

Una alborada para Miguel

EPOPEYA DE AMOR Y LIBERTAD

josé gerardo

Editorial Sin  Censura

José Gerardo Alvarado de la Cruz, autor de *una alborada para Miguel, se hará llamar José Gerardo en su trabajo escrito. Es egresado de la Normal Rural J Guadalupe Aguilera, Dgo., y especializado en Lengua y Literatura Españolas. Activista magisterial y social, cofundador del Proyecto Revueltas de Villa Juárez, Lerdo, Dgo., donde se impulsa una cultura desde el pueblo para el pueblo. 1953 es cuando nació en Torreón, Coah., y fue creado más al norte, también en Villa Juárez y en su propio lugar de origen. Chihuahua, Durango y Coahuila son la fuente de su hechura, de su inspiración y de su literatura. La Comarca Lagunera configura su epicentro de edificación.*

"El apóstata José Gerardo en sus aguas naturales: vivir el desatino de bucear en las aguas encrespadas de la izquierda; el ubicuo José Gerardo domina las malas y las buenas artes para sortear el campo minado de la costumbre: igual imparte clases de español en su trinchera, José Revueltas, igual se fuga en solitario como promotor de la cultura. A veces, José Gerardo se afantasma para insuflar vida a sus muertos... ¡de una Villa que se resiste a ser ciudad! Quizás, José Gerardo sea (y sólo eso) el niño extraviado en el apremio de proteger la sangre de un cadáver hermoso: su propia madre. Tal vez José Gerardo sólo sea el niño solidario (que explota en cólera) cuando su padre lo traslada (con histrionismo didáctico) al combate de ciudad Madera.

Acaso, José Gerardo sea sólo eso: un intérprete escénico de sus padres. Probablemente".

Jesús Mario Rodríguez Galindo.

Una alborada para Miguel

josé gerardo

Edición:



www.sincensura.com.mx

Editorial SinCensura

Donato Guerra 457 Sur

Col. Centro

CP 27000

Torreón, Coah.

Tel. (01) 871 712 0504

Fax (01) 871 712 4967 Ext.103

Email: ramador54@hotmail.com

Director General: Lic. Raul Amador S.

**PORTADA: Miguel Quiñones en el momento que es bajado
a la fosa común en el panteón de Madera, Chihuahua.**

Primera Edición: Septiembre 2013

Tiraje: 1,000 ejemplares

UNA ALBORADA PARA MIGUEL

josé gerardo

josegerardo_01@yahoo.com.mx

EDITORIAL

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, registrada o transmitida por cualquier sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, eléctrico, magnético, electrónico, fotocopiado o de cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, del autor.

*A Socorro y José, mis padres,
que me pusieron en la senda
del pensamiento.*

*A Estela Quiñones y
a Eduardo Gómez
que son equipo hurgador
de la verdad.*

*A Carlos Montemayor,
que me inspiró y ayudó
para encontrar arte en la palabra.*

*Al senador Alejandro Encinas,
que fraterniza con
la cultura popular.*

PRÓLOGO

Hay muchos huecos en la estructura del estado mexicano o de la nación. Uno de ellos es ver la cultura o la literatura como algo accesorio o de etiqueta y no como el factor básico de formación, investigación e identidad nacional. En este contexto y como reflejo de los movimientos sociales y el crear y recrear lo que somos como pueblo en su caminar social, político, económico y en momentos de rebeldía y hartazgo social; cuando estos espacios se cierran y los empujan a las armas o manifestaciones cíclicas, pacíficas o violentas.

Ahí se enmarcan los esfuerzos de aquellos que a través de una prolongada y acuciosa tarea de investigación y acopio se van configurando los hombres y las mujeres que cobran vida y estatura en sus reclamos y acciones en la siembra de conciencia; como si, muy atentos, los estuviéramos viendo en este momento, escuchándolos y acompañándolos en pos de su ideal, del sueño libertario, de igualdad y justicia al que anhela todo mexicano y mexicana bien nacidos.

Ahí va Gerardo a través de *UNA ALBORADA PARA MIGUEL* como aquellos que llegan de Durango cuna de valientes, para plantar luz y semilla en las tierras feraces de Chihuahua; lo mismo aquellos que han muerto y los que viven. Ahí vas Gerardo, tesorero con la alforja llena de imágenes, de reclamos, voces y senderos.

Ahí vas terco, tenaz, recorriendo Chihuahua, Sonora y de nuevo Durango y Coahuila, marcando camino, esculpiendo piedra, forjando sueños. De aquellos tus camaradas, tus compañeros, que te antecedieron; que te emocionan y no te abandonan como el “camarada” de Octavio Paz que cae y muere en un lugar remoto, pero no se dobla y sigue vivo a través de los sueños y las líneas que tu libro va trazando para recogerlos, *UNA ALBORADA PARA MIGUEL*.

Un largo esfuerzo, muy firme y constante como los cientos y miles de finos hilos que se van tejiendo hasta completar la hermosa prenda, que abriga y da lucimiento. Así, el puñado de microcuentos que van recogiendo al ser humano, al niño bueno, al vago, al travieso, que se fue convirtiendo en hombre serio, luchador, comprometido y luego enfilándose a Madera en 1965, rencontrándose de nuevo a través de esta trama que tu vas tejiendo, para dar a conocer dichos acontecimientos. Ahí están, ellos son, más vivos, más nuestros; en calles, escuelas, colonias; en libros, artículos, debates y a través de internet, más altos y más lejos... pero tu libro, al fin, amigo Gerardo, poeta y literato en la trinchera de rescatar la memoria, de traernos aquello que parece lejano, pero que en tu pluma, tu letra, tus imágenes, en fin, tu sensibilidad como ser humano y altamente solidario; acercas lo lejano o desconocido, para algunos, en detalle muy familiar, muy nuestro; y lo diario o cotidiano lo presentas como lejano, misterioso, desconocido y por lo mismo atractivo. Ese es tu mérito, el toque fino de tu narrativa, que va entretejiendo los cuentos para dejarnos un gran libro. La narrativa siempre oportuna, nos da la posibilidad de reflexionar sobre nuestro desempeño diario, en lo individual o en lo colectivo.

Tú has brincado por esa ventana para llegar a nosotros a través de tu libro; cuando salgas, lo harás por la puerta grande, de eso no me cabe duda. Por tu libro transitan aquellos que se atrevieron a empuñar las armas en 1965, para enfrentar al estado y sus estructuras al servicio de unos cuantos y a una clase política simuladora y nefasta; Arturo Gámiz García, Pablo Gómez Ramírez, Salomón Gaytán Aguirre, Miguel Quiñones Pedroza, Rafael Martínez Valdivia, Oscar Sandoval Salinas, Emilio Gamiz García y Antonio Escobell Gaytán. El estado caduco y perverso carente de esencias nuestras, que se renueva cada seis años para mantener la misma estructura de explotación, siempre simuladora e inhumana con el sacrificio de obreros, mineros, trabajadores

en general y recientemente en hechos vergonzosos como Acteal, Aguas Blancas, Pasta de Conchos, Guardería ABC.

Las páginas de tu libro serían limitadas para recoger y revisar a fondo este sendero tortuoso y sangriento por donde se ha deslizado nuestro país, empobreciendo y aplastando a las grandes mayorías que no tienen el mínimo para una vida decorosa. Pueblo que espera, tal vez, como en la Grecia antigua al mítico Prometeo que alienta en torno de los héroes y aquel fuego divino que el gigante robó al cielo e inflama las almas generosas de los hombres. Aquellos hombres que llevan a cabo una empresa atrevida; cada vez que un mártir cae, por la fe o por la gloria, el espíritu inmortal de Prometeo los alienta a tener la firmeza de transformar una sociedad encarnecida, marginada y explotada a lo largo de los siglos, por extranjeros o por los propios porque unos no dejan de ser lobo del hombre, viles y farsantes, con tal de tener poder y riqueza, ya sea acaparando tierras, bosques o minas o trazando y calculando como explotar al obrero y esquilmar a la sociedad con un sistema financiero voraz, dominando y enajenando con publicidad el comercio electoral y político. Simuladores todos (aquí las excepciones no cuentan) pues no pesan, no se miran y no tenemos un estado de derecho y, por ello, caminamos como dando tumbos en todos los órdenes de la vida nacional. Los demás países, que asumen resoluciones, nos van dejando atrás.

Necesitamos revolucionar conciencias, necesitamos mover las masas virtuales a través de las redes ciudadanas para empujar al pueblo real a decir ¡ya basta! Es preciso rescatar con mayor vigor la memoria y legado de los que han muerto luchando, y siguen vivos en el colectivo de la sociedad “Madera 65” que se encadena como eslabón a otros como “Jornada primeros vientos” y a todos aquellos compañeros y luchas sociales que han jaloneado este horizonte que corre del siglo XX y vamos por el mismo a través del siglo XXI.

Tu libro *UNA ALBORADA PARA MIGUEL* es un aporte más.

Cuántos quieren y queremos conocer a singulares seres humanos, cotidianos, esforzados y comprometidos, que venidos desde distintos senderos, termina por asumir un compromiso la fría madrugada del 23 de septiembre de 1965, por los cuatro costados del cuartel militar de ciudad Madera Chihuahua.

Qué nos dice Miguel y qué expresan sus camaradas, todos muy jóvenes cuando se atrevieron al despuntar el alba, como renuevos de la floresta en aquel inicio otoñal de la sierra, buscando una alborada para nuestro pueblo ávido de justicia y libertad plenas. Qué nos dice Pablo, hombre maduro de letras y medicina, que simboliza congruencia y valor. ¡Hazlos hablar! Llévanos de la mano a través de las páginas y abreviar de esta fuente cristalina y perdurable, para lograr una firme toma de conciencia que nos permita avanzar y dejar atrás, más temprano que tarde, este país de injusticia para la mayoría de sus hijos, y someter o expulsar a los perversos del capital y del poder político, que amafiados y facciosos se reparten la riqueza nacional.

En fin, llévanos pues a potenciar la capacidad de imaginar, sentir y pensar en relación con uno mismo y con los demás en la posibilidad de generar ideas, acciones y pensamientos alternativos y mundos posibles. Como lo dijera William Shakespeare: “Estamos hechos de la madera de los sueños”. Hoy caminaremos a través de tu sueño hecho libro. Y llevaremos consigo un telescopio para agrandar lo bueno, el mensaje positivo; dejaremos el microscopio para el mezuquino que no ve ni escucha y espera en la sombra de su egoísmo, descalificar sin darse cuenta que su ingrato trabajo, como el perro que ladra, va señalando a los que hacen camino.

Octubre 2010

**Por el Comité Primeros Vientos
Francisco Ornelas Gómez**

PRESENTACIÓN

La fabricación de *UNA ALBORADA PARA MIGUEL* llevó del verano 2005 hasta el invierno 2011. Fue una tarea de construcción y reconstrucción que me trasladaban de montaña o llano a la ciudad y viceversa. Esto ocupó visita a varios estados de la república buscando protagónicos para enterarme sobre su actuación en los diferentes hechos de la vida activa y compleja del país que les tocó. O bien, para recoger su opinión sobre mi escrito acerca de ellos en historia donde se les incluía. Destaco colaboración de varias personas excepcionales que estuvieron, junto a mí: hurgando, sugiriendo, corrigiendo y apoyando. Especialmente Estela, hermana de Miguel Quiñones Pedroza referente de la historia narrada y Eduardo Gómez Caballero, el hijo del doctor Pablo Gómez Ramírez otro actor fundamental que aparece en el libro. Sin ellos hubiese sido imposible haber llegado hasta profundidad de lugares, hechos y personajes que componen sucesos históricos dentro de una narrativa mágica. Estela, Eduardo y yo estamos absortos, diría “embruajados” por esta recopilación que nos metió en una atractiva y seductora realidad en que estuvieron inmersos sus valerosos familiares y otros camaradas: lo merecen por persistentes. Además, son diligentes miembros del “Comité Primeros Vientos”, organismo ejemplar que se dedica a conservar y promover el ideal y la heroicidad de los atacantes al régimen sordo del pasado, difundiendo esa manda ética dejada por héroes caídos, sobrevivientes y posteriores actores trascendentes.

Notorio sigue siendo el norte centro, Durango, Coahuila y Chihuahua, donde se desarrollan acciones de seres reales que aportan esfuerzo y existencia, para entregar una mejor vida mundana en favor de muchas criaturas que les han sembrado desventajas intencionales. Arropadas las historias verdaderas, por la imaginación fantástica que el pueblo le acomoda a sus

preferidos, se va tejiendo una leyenda de ángeles de carne y hueso acunada en sierras, llanuras y arrabales. Atracción por alados, con halo mítico, combinado con el misterio astral que por milenios ha planteado incógnitas maravillosas a la humanidad. La gente común atribuye poderes especiales con misión benévola y divina, a hombres y mujeres que construyen caminos dignos, arriesgados, sobre espinales y pedregales puestos a propósito. Estos ángeles, seres asexuados, son equilibrio exacto, ambivalente e impetuoso, en la equidad de géneros. Y marcan singular creencia en dotados que rompen el orden religioso ortodoxo. Para los justos, estos peculiares ángeles y las estrellas revelan sentidos de esperanza, protección, justicia y, puede decirse, hasta necesaria venganza, misma que es ejecutada por algo a través de alguien, venido desde una divinidad enigmática. Hasta los justos más escépticos, escondido, les dan ganas de que esto pueda suceder.

En este contexto de hechos reales y misteriosos hasta cierto grado, se pone a flote la injusticia llevada por pedantes ambiciosos equivalentes al mal, y en contraste están virtuosos que la combaten a riesgo de perder su vida. Los primeros protegidos por leyes a modo, amparados en las malsanas riquezas para aplicarles fuerza bruta, a semejantes desvalidos sin guita. Sorprendentes resultan estos hechos registrados en datos históricos y combinados con versión testimonial de mujeres y hombres partícipes, que aplican el sentir emergido desde los contornos sociales de creencias y doctrinas, sentimiento fantasioso quizá pero disimulado, que habla de justicia angelical, venida de una estancia metafísica protectora.

UNA ALBORADA PARA MIGUEL, recoge 18 capítulos minuciosos de cuentos sobre epopeyas, engarzados en torno a la injusticia y una respuesta enérgica del movimiento popular del centro norte, vertido en armas, como consecuencia obligada. Hay muchas más acciones que se deben revelar, para redemonstrar que esta zona geográfica es muy congruente con su defensa del sentido

moral patriótico. En este libro se resaltan hechos sorprendentes e inéditos, que el autor recoge acudiendo a la década de los cincuenta y marcando traslación hasta nuestra época contemporánea.

“El asalto al cuartel Madera” en Chihuahua, es ícono fundamental de avanzada organización popular llevada por talentoso y aguerrido grupo guerrillero, que influye pese a su desgracia experimental, en el ánimo pro justicia del ámbito nacional. Al centro norte le deja un legado particular por condiciones geográficas y de costumbres; que otros osados le agregan nuevos sucesos temerarios, agrandando la epopeya que se inició cuando Madera en 1965.

La tierra en unas cuantas manos, las farsas electorales y aunada la nula transparencia del ejercicio gubernamental, el servil entreguismo por gobiernos alejados de la ciudadanía y favorecedores de monopolios para oligarquías, la juventud truncada en preparación profesional y trabajo, los jueces prevaricando contra un pueblo inconsciente, la represión e inseguridad restregando a los de abajo, entre otras cosas complejas son elementos de ayer y hoy, que dan pie al advenimiento de corrientes progresistas y de algunas criaturas impares que las crean, representan y defienden, siempre contracorriente.

Así se diseñó esta narrativa engarzada, con personajes mexicanos preocupados por el tormentoso andar del país, dadores de solidaridad y rechazadores de indiferencias, indolencias y comodidades personales. Porque sin ellos son infecundas las pequeñas y grandes conquistas para favorecer una democracia que está todavía en pañales. Será ilógico y hasta inmoral que alguien que se declare “avanzado” no reconozca en hombres y mujeres de Madera y secuelas del legado, su aportación al fortalecimiento de los ideales libertarios en la nación azteca. Cuando hay un olvido tonto e intencional, muy violentos toman fuerza y se manifiestan en ciclos. Porque así es, entre excesos del enorme descuido ciudadano, héroes emergentes se encargan de sostener y trasladar una estafeta de fuego. Y son resueltos y virtuosos que portan

molduras de maestros, campesinos, estudiantes, jornaleros, amas de casa.

UNA ALBORADA PARA MIGUEL es capítulo o cuento largo que detalla el ataque al cuartel Madera, durante la madrugada del 23 de septiembre en 1965. Miguel Quiñones Pedroza maestro rural duranguense, es un referente que tiene el autor a mejor modo, para reconstruir la proeza fidedigna que dio nutrición a insurrecciones armadas de los sesentas y posteriores décadas. Combinando hechos históricos con elementos costumbristas, psicológicos, filosóficos, políticos, sociales, religiosos, metafísicos y científicos se textura **UNA ALBORADA PARA MIGUEL** y los demás capítulos que la integran. Así es la construcción, con deliberada seducción, orden y contenido:

PRIMERA PARTE: *Las causas, el asalto y la heroicidad.*

Arroyo Amplio 23

La crucial configuración, llegada a una predestinada familia en un poblado serrano, sobre problemática que requiere respuesta violenta.

Una alborada para Miguel 34

El asalto al cuartel militar desde la perspectiva de un profesor rural integrante de los trece miembros del comando rebelde.

Óscar y la alegría 53

La inútil búsqueda de un padre preocupado por su hijo que está en la sierra del que sabe no regresará porque anda en una causa justa.

Florencio Lugo 64

Un campesino postergado sin tierra que pasa, en fabulosa evolución, del oscurantismo a tornarse en un notable histórico.

Historia de Paco llamado, también, Luis 74

Intrépido e ingenioso hombre que regresa años después a las ruinas del cuartel asaltado, desde donde remembra el porqué se diseñó tal osadía.

Herculana y Tiburcio 90

Personajes populares ligados a la guerrilla, ocupados para logística, movimiento social y cobertizo protector hacia el grupo insurgente.

Los muros de agua y los amaneceres rojos 99

Crónica inverosímil sobre un sobreviviente de Madera que se fuga desde las Islas Marías y durante eso, le aparecen vivencias magnas.

Jacott 114

La bonita del grupo que reprime su amor de mujer y oportunidad a la comodidad, por dedicarle propulsión a sus ideales.

Alguien tiene que empezar 131

Enfoque de Pablo, elemento fundamental que vela armas, recuerdos, deseos y que dio con palabra y hechos, vida a una época de subversión.

Fabricando eternidad 147

Reconstrucción de quehaceres embrollados por un mortal histórico, que buscaban implantación de una

patria para los trabajadores.

SEGUNDA PARTE: *El paradigma y su proliferación.*

Cubriendo la retirada **169**

Un adolescente destacado frente a fuerte embate milicio, cubriendo a sus compañeros de combate en la segunda guerrilla del norte centro.

Natalia **185**

Otra talentosa y brava mujer, participa en un triple asalto bancario fatídico, bautizando nacimiento de nueva pléyade insurrecta.

La lucha por la madre tierra **200**

Retrospectiva desde otra región, tiempo y personajes, a los motivos de la revuelta Madera, partiendo por el reparto agrario.

Chispa y pólvora **215**

La guerrilla urbana con legado Madera, sufre fuerte represión y son las mujeres, quimérico arquetipo de fraternidad y arrojo.

El solitario y su amigo ocasional **228**

Un hombre signado para realizar cometidos individualizados, espera para cubrir la llegada de brigada armada que sufre percance mortal.

El catorce, los empolvados y el chupón **239**

Sepelio impar en polvoriento llano, animado por un angelical con baja cerebral y un cortejo que

rememora anormal anecdotario del difunto.

El chaval

247

Degradación fatal asumida por un militante forjado en heroísmos, al habersele abandonado sin dársele salida digna para una vida pasiva.

José Arcángel

257

El imprescindible protector de causas justas y sus actores, enmarcando una síntesis de época y proyección a futuras acciones de honor.

Cuando mi padre me enseñaba constelaciones del infinito, recostados en el omóplato del carruaje de bestias en la campiña norteña y, sostenía que estas las componían vigilantes pendientes de conductas humanas, no imaginaba que décadas más adelante me reafirmarían esa creencia: serenos y sabios pobladores, aplicados en la observación del firmamento y de compleja actividad ejercida por criaturas humanas. *UNA ALBORADA PARA MIGUEL* ratifica tal creencia y sostengo, volteando a donde mis antepasados, es magia tangible.

Cuando conocí a Carlos Montemayor, ya había leído todo lo referente al caso Madera y sus redes consiguientes, que se me pusieron al frente. Cuando le palpé contenido de “Guerra en el paraíso”, alusión al conflicto bélico en Guerrero llevado por Lucio Cabañas, me inspiró a construir narrativa de lo que conocía y de lo que deseaba investigar para hacer una reseña de sucesos epopéyicos del continente cultural en la región que me tocó para batallar existencia. “Las armas del alba”, magnífica descripción del caso Madera, que él escribió, fue un terminante convencimiento. Carlos terminó por brindarme amistad y consejo literario sincero. Recuerdo consternado todavía, que me acompañó con los maestros de tendencia liberal en la Comarca Lagunera

días antes de su muerte, en último evento público donde dictó conferencia magistral sobre literatura, historia y educación. Con el cáncer visible se dio tiempo para sentenciar algo básico, un “abc”, “emergencia en tiempos complejos”. El buscar una reconquista de valores para una reconstrucción del alma republicana, en momentos convulsivos, violentos y confusos; recomposición de la izquierda, como línea ideológica y rumbo político, con una estrategia inteligente para sobrevivencia, y como una alternativa real que tenga la clase popular. Entonces sí será impulso macro de cultura, educación y ciencia que sirvan a seres plenos. Manifestó profundo amor a su tierra y a los edificadores del suceso Madera el escritor boreal, quien sabía que los atrevidos, jóvenes partícipes en mencionada jornada bélica, tenían la cualidad linda que abraza el revolucionario, como lo dijo el Che, parafraseándolo: un profundo amor...a la humanidad.

A él, le habían contado de mi trabajo y me pidió se lo diera para leerlo y apadrinarme con su opinión y buscar adecuada edición. No fue posible, se retiró para siempre el día último de febrero del 2010. Esta epopeya también es aportación al homenaje interminable y merecido para el maestro Montemayor y su obra maravillosa que versa sobre seres extraordinarios y sus sacrificios por nobles causas, deseada y defendida por el poeta y activista nacido en Parral.

En reconocimiento a sorprendentes personajes ausentes, presentes y por venir, así como a hechos del fabuloso pasado y del presente que va rumbando igual, dedico: ***UNA ALBORADA PARA MIGUEL***, esperando sea aportación de beneficio para los que edifican progreso corajudo, tomando paradigmas de notables antecesores, que el recorrido del tiempos jamás podrá borrarles huella. Como recalco en esta epopeya de amor y libertad, unos ya mostraron su verdad y su odisea, para que otros se encaucen y sigan haciendo alboradas, construyendo eternidad.

PRIMERA PARTE:

*Las causas, el asalto
y la heroicidad.*

ARROYO AMPLIO

*“Señor caballero, no necesito
que vuestra merced me vengue ningún agravio
Porque yo sé tomar la venganza que me parece,
cuando me la hacen”.*

Del Quijote de la Mancha.

El muchacho de una tribu pima que venía desde la congregación Mesa Blanca, en aquel amanecer, escuchaba sin perder detalle junto a tres testigos las palabras que le dirigía Salomón Gaytán Aguirre, “el güero”, en un extremo del caserío de una población enclavada sobre un pequeño claro, decorado por fina naturaleza compuesta de pinos y encinos, táscates y madroños, tepeguajes y palodulces, vinoramas y alamillos que les aumentaban adorno desde el suelo: preciosos rosales de enredadera, exquisitas margaritas silvestres, escasas verticales jarillas y dispersos zacatones tono bajo. Todo amalgamado con otra amplia y entretejida vegetación, sólo reconocida por los sabios caminantes que trajinan en las altas planicies de Chihuahua.

-Tú preguntas, Manuel Ríos, “¿En qué parará todo este ‘argüende’?” “Ese que encuentra desato en entrañas de la sierra”. Pues está claro, acabará cuando se repartan los latifundios y fenezca esclavitud en socavones. Será que deje de correr la sangre nuestra para que ya no responda el fuego justiciero. Justicia y más justicia queremos y andamos buscando.

-¿Violentemente tendrá que hacerse ésta?- sigue interrogando el de la congregación indígena.

Muy serio, viéndole de frente, responde Salomón con su acostumbrado tono paterno, derrochando palabra y filosofía, precisas:

-Necesariamente así será. En la región Babícora recuerdas, fue asesinado el líder agrarista Socorro Rivera y junto a él, cayeron Cresencio Macías y Manuel Jiménez, por balas de las guardias blancas al mando de amos y señores del bosque y capital. Sus cuerpos descansan en el panteón de Madera. En sus lápidas está escrito: “Héroe”. Se confiaron. Quisieron hacer las cosas con reclamo pacífico y olvidaron que este régimen, somete a cadalso o exterminio a quien muestre inconformidad.

El mismo infausto nos cayó después tú lo sabes. Arteramente quitaron vida al profesor Francisco Luján Adame, por afanosa insistencia en el reparto agrario. Tocaron puerta de su hogar para atravesarle con infame estocada, el noble corazón. Fueron agravios al pueblo. Fuego por esos recuerdos y ejemplos traigo conmigo. Lo encendí más allá. Desde mi lecho familiar, hasta el gremio de maestros; desde agrupaciones mineras, hasta explosivos núcleos campesinos e indígenas. Por eso le quité existencia al Florentino Ibarra Ronquillo, para vengar muerte de tu hermano y mi amigo del alma, quien era hombre idealista, honesto y de valentía proba.

Quedaron meditabundos, centrándose en último comentario vertido por Salomón, porque allí estaba la razón de su justicia. La corte latifundista dictó sentencia de muerte para él. “El güero” vivo, era peligro.

En Mineral de Dolores sin defensa, fue acribillado Carlos Ríos por mano abusiva. Le arrancó existencia un “carnicero” y tristemente célebre miembro de caciquil familia, adueñada de casi todo. El asesino era usurpador de tierras, controlador del gobierno y muchas voluntades, violador de doncellas, enviciador del joven y del adulto, robador de ganado y usurero abyecto. Le quitó vida a mansalva disparándole a quemarropa. Pero Salomón le hizo pagar tantas atrocidades, las que define la reseña de su memoria turbia.

Carlos, cayó indefenso por sus reclamos de igualdad, lanzando último aliento en los escalones de pino sobre la vinatera de José Ibarra Ronquillo, perverso mayor en la abusiva y mortal dinastía.

Un año más tarde, los briosos corceles de Salomón: el zaino y el palomo, llegaron al mismo establecimiento. Uno montado por él y otro por su inseparable sobrino Antonio Scobell.

Gaytán desenfundó primero: acertando. Desplegó su justicia. La ironía como destino, de venganza; en los mismos escalones donde cayera el pima, quedó el cuerpo inerte de Ibarra. Se llevó ojos atrapados por asombro. Duro laudo cayó a quien sólo se ocupó en horrores, heridas y desamores. Porque fue vinagre de maldad... pócima de crueldades.

Manuel, envuelto con embrujo que extendía la plástica, quedó mirándole y, en su rostro cobrizo se plasmó un destello de orgullo y agradecimiento.

- Que nadie quede tullido - agregó Salomón - porque sangre de lepes viene hirviendo por rincones de la sierra y barriadas. En la mismísima ciudad de Chihuahua con los estudiantes, en Delicias y Saucillo con el movimiento social de los Gómez Ramírez, en las trincheras de Arisiachic con Miguel Quiñones. Pero también en Zaragoza y en Casas Grandes cerca de donde es Florencio. ¡Ah!, por cierto te presento a mis compañeros...ellos son...

No dieron tiempo porque uno se adelantó y los demás le prosiguieron.

- Arturo, maestro en Mineral de Dolores y recién egresado desde la penitenciaría estatal por liga con el movimiento de los desposeídos, considérame un amigo a tus órdenes.

- Mi nombre es Margarito González, venido al mundo y amamantado en Tres Ojitos de Madera. Incorporado a la rebelión por iniciativa propia para engrandecer los principios revolucionarios. Estoy muy empeñado y ocupado, consiguiendo tierra a punta de conejazos. Puedes contar conmigo cuando se ofrezca.

- ¿Cómo le va?, yo soy Florencio. Busco al igual que Salomón y mis otros compañeros, se instale Revolución para que ésta misma, implante una república favorecedora para los pobres. Mil condolencias por su hermano y, de arrastradita le aconsejo que no

deje lucha. No afloje, porque un cristiano sin reclamo...es muerto en vida.

Se despidieron de Manuel, prometiendo éste se incorporaría al grupo rebelde. Luego enfilaron rumbo a la casa paterna de los Gaytán Aguirre para prepararse alimentos, recoger diversos enseres y emprender camino rumbo a la clandestinidad.

Florencio, buscando revancha de vida ociosa; Margarito, dándole vuelo a su impulso contra lo mal establecido; Arturo, amalgamando histórico liderazgo y Salomón, fortaleciendo el carácter justiciero. Constituían parte de un grupo, muy al punto para confrontarse contra lo malo. Otros igual de bragados, pronto los alcanzarían.

- Mándale mensaje a Salvador. Que diga a Martínez Valdivia y a Emilio mi hermano, que esperen instrucciones venideras del barrio Santo Niño, en Chihuahua - dice Arturo a Salomón, quien encabeza la columna.

- Ya se lo hizo saber Ramón Mendoza - contesta sin voltear -. Recuerda que lo habías indicado cuando pasamos Cieneguilla.

- Por cierto - interrumpió Margarito -, ¿sigue certero Ramoncito?

- Igualito con rifle y palabra – sostiene Salomón.

En cieneguilla de Dolores del municipio Madera empezó la bronca dura contra caciques regionales. Y es que los campesinos decidieron exigir tierras, despojándose de milenarios temores. Acudieron con el presidente seccional en Mineral de Dolores, a pedir su apoyo y tuvieron fortuna. Salvador les cedió la fuerza de una incontentible irreverencia: su cándida estirpe. La contundencia Gaytán Aguirre fue para ellos.

Para mayor providencia de los desarrapados, se sumó a la causa el maestro del lugar, secretario de Salvador. El virtuoso Arturo, se convirtió en jefe natural del descontento: estaba escrito, fue verdad creciente.

Los Gaytán Aguirre y sus dos sobrinos Scobell Gaytán de

ascendencia inglesa, lograron ganar la presidencia seccional de Dolores, llevando a Salvador al frente. Anudaron con fuerte lamento justiciero, pueblos, congregaciones y rancherías en amplio territorio del bosque norteño. La firmeza del poder popular dio frutos cuando el reclamo por la madre tierra brotó preciso. Era necesidad mayor; única.

Sin embargo, la aspiración de los “sin tierra” fue denegada por el absolutismo. El poder monopolista mal asentó bases opresoras., provocando que los valientes brincaran al fuego, contestando lo mismo. Corrupción y violencia encontraron brava contención en la familia de Rosendo y Aurelia. Sus hijos y nietos, nobles pendencieros arribaron del Arroyo Amplio, desde un entresijo de la pasional tarahumara.

La cordada o “acordada”, como irónicamente decían voces campesinas a la juntura de policías judiciales, procuraba a los muchachos con ganas extremas de daño. Un rumor crecía: “quieren destrozarnos la salud”. Y es que aquella aferrada exigencia rebelde, por hacerse justicia había levantado bullicio inesperado a los de comodidad exagerada.

- Quédate aquí Margarito, por las dudas. Avisas si algo pasa - ordena con suavidad el novel comandante.

- Subiré un poco más al cerro. Quiero tener mejor vista del panorama. Los espero. Traten de no tardarse. Eso sí, regresan con una tortilla de harina bien calentita acompañada con su chile de molcajete. Y sobre todo, recuerden que el hijo de su tal por cual Rito Caldera, con ayuda de su “acordada” nos quiere enfriar.

- Se quedará con las ganas - tercia Salomón -. Ése nomás es bueno en bola, porque solito es puro “pájaro nalgón”.

La risotada fue culminación de charla. Ponían en manifiesto su alegría, sello implícito de los que no quieren cargar amarguras. Esos que viven a plenitud, explosivas vidas. Los reconstructores de existencia imperfecta, por designio tienen más energía que los conformistas, acostumbrados al arrastre de sus penas. Los

sapientes, por orgullo prefieren vida forzada y gastada en conquista del honor. No importa si la vivencia es breve, ¿para qué duración longeva infectada de humillación?

Clara la aurora, fueron faldeando el “cebollín”. De la montaña bajaron y entraron presurosos al hogar de Salomón. Lecho donde nació y recibió enseñanza moral, patriótica. Rosendo su padre, amigo y compañero del maestro Luján Adame les indicó a hijos e hijas, el sinuoso sendero hacia derechos de una sociedad libre. Temple y valentía para alcanzar justicia, les endosó Aurelia su madre. Esa adorable vieja, siendo soldadera se pasó destruyendo al maligno porfiriato. Fue quien puso fusil vengador en manos descendientes, sin miedo a lo adverso.

- Mira cómo vienes, mi tesoro – dice tomando entre sus brazos al inquieto vástago -. Si supieras cuánto rezo y pido por ti.

- Estoy bien madrecita, sólo...

Cortándole palabra, arremete con más de su interior:

- Los chacales han dicho que te mataron unos judiciales. Yo he gritado: ¡Nomás atórenle y sombreros les sobrarán! Les aseguro, sabrán lo que es orinarse en los pantalones si enfrentan a mi Salomón, mi Juan Antonio o mi Chava. Y tantito peor, escupo en sus caras, si agregados van mis nietos, tan condenados y alebrestados como sus tíos. Así son los hijos de mi Albertina: Lupito y el otro Antonio, los Scobell Gaytán.

- Qué orgullo nos da usted. Cuídese mucho madrecita. Sepa que yo hago lo mismo porque mi deber de soldado revolucionario me lo exige. Debo mantenerme vivo para construir justicia.

Le brotaron palabras casi quebrantadas por llanto. Sin embargo lo cortó elegante y súbito, dándole un beso a su creadora. Hablaba con dignidad. Sabía del enorme compromiso, como lo sabía Aurelia. Su ser estaba en compás, con el designio heredado. Construiría, en atención al instinto familiar su propia justicia. La misma que reclamaban tantos. Salomón, como en la crónica bíblica se designó guía de clan y pueblo. Buscaba estrategias para cambiar

a vida digna. Pretendía coaligar en caminos de la decencia, con otros como él.

Se pusieron en faena. Muy ordenados, muy presurosos, pero Florencio y Arturo escuchaban consejos cariñosos y bravas arengas de otra madre coraje. Les hacía recordar sus distantes hogares. La especial ternura de Aurelia suplía lo que no podían brindarles en directo sus familias.

- Péguenle en la cola a esos diablos avarientos. Que al paso de años, décadas y centurias, siga hablándose de los hechos esforzados de ustedes y se tome ejemplo del heroísmo mostrado. Que el Maestro, mi Dios, les indique camino y muestre la solvencia de su guía. Si la sangre ha de venir que sea por buen motivo. Pido sin fatiga, no les gane el miedo. Encuentra tu fuerza Arturo, que mis hijos ayudarán a que sea más grande, como son tus amigos y compañeros de causa. Enséñales Salomón, cuánto valen mi carne y mis huesos. Cuánta fuerza tiene este corazón que les dejo para que no cesen pelea por aquéllos venidos del parto sólo a navegar penurias porque han nacido en catres indigentes.

- No se mortifique doña Aurelia, las cosas serán como dice – contestó su propio hijo -. ¿Verdad que sí compañeros?

Todos afirmaron en diferente manera. Singular y simbólico compromiso con la mujer e ideales, se hizo manifiesto. Representaba un “ángel guía” de sus razones. Impulsó a conquista de meta con heroísmos, quedó claro.

- No te preocupes hijito, me enorgullezco por ustedes. Vayan y cumplan el deber. Cuando vengas tu padre y mis otros hijos, diré que estuviste con muy buena compañía. Ya Juan Antonio tu hermano, quiere irse contigo porque lo andan cazando como conejo o jabalí. Y es que carga con el pecado de llevar tu hechura. Agradaciadamente el condenado, es igual a ti en lo atrevido. Qué vamos a hacerle, esta es mi sangre y este mi destino. No defrauden. Hagan que juventud, vocación e inspiración, respondan por Dios, patria y familia.

- ¡Sí!- alguien enfatizó.

Dio bendición a cada uno y repitió consejos. Arengó gritando:

- ¡No vuelvan con deshonra!

Desapareció en su jardín: hermoso edén de propia manutención, con armonía del trazo rayando en lo perfecto. Pareciera, cultivaba flores coloridas y fresco pasto como enseñando el mundo agradable que soñaba, deseaba, esperaba y ayudaba en su construcción.

La mañana se había desgastado. Latigazos solares entraban vertiginosos sobre claros que se les pusieron enfrente. Cumplían rutinaria jornada, como lo hacen en cada milenio.

Margarito González mantenía observación máxima desde el encinorroble, su puesto de vigilante. Con agudeza peinaba uno y otro punto de la serranía. Atento, con instinto felino escudriñaba ruidos y movimientos.

Fue entonces que vio en pequeña ranura una figura de cuadrúpedo: un venado “cola blanca”. Sus ojos estaban habituados a esa bella especie. Campesinos decentes como él, se empeñaban en cuidarla contra el exterminio de humanos depredadores.

Para fortuna suya descansó vista en el animal y fue testigo del centellante desplazamiento que dio. Lo vio internarse en la profundidad del verde oscuro, haciéndose invisible en segundos. Maravillado quedó y por eso, descubrió la razón de fuga repentina del “cola blanca”. Receptó imagen de una sombra en la montaña. Pertenece a un hombre que estaba entre troncos y ramal en mitad del “cebollín”. Algunos doscientos metros o más, lo separaban de él.

Su agudeza alcanzó cúspide. Se percató que llegó otro individuo, y uno más, y otro y otros. Se completaron arriba de treinta. Cuando lo entendió el cerco estaba montado. Entró en indecisión, nervioso, pasivo, sudoroso, al ver fusilería con tendido de horror y muerte. Como lo presentía, Rito Caldera y judiciales rondaban en rapiña.

- Fíjense en alguna señal de Margarito, por si andan cerca polizontes o sardos. Vean con cuidado, - en voz media señala

Arturo.

- Se ha de haber quedado dormido, – responde Florencio.

- Ha de estar dormido, esperando su tortilla de harina calentita con el chile de molcajete. Es rete tragón Márgaro. No perdona comida – asienta pícaro, Salomón.

Risas y pláticas espontáneas aunadas con moral fortalecida por Aurelia y llevando encendidos recuerdos como una comparsa y por el ruido del movimiento, se pusieron en desventaja. No se percataron de las piedras que les arrojaba quien en guardia estaba. Lo hacía para no gritarles y delatarse el que cubría defensa menor; única.

Estupidez, resultaba tanto descuido. Metidos en charla común, quedaron a merced. Con desesperación y coraje ante tonta negligencia, desde su refugio Margarito gritó a todo pulmón, lo que le nació:

- ¡Pendejos! ¡Agáchense que los matan!

Espontáneo y sin pretensión insultante se llevó jerarquías, de pasadita.

Cuerpo a tierra fue el reflejo. Los plumazos pegaron en línea horizontal, despostillando rocas, quebrando tallos y sacando polvo sobre el terreno donde alcanzaron a cubrirse.

El regañón grito de González los salvaba.

Los inermes jóvenes aprendieron axioma: sin descanso estará el instinto de conservación. Un enemigo represivo e inexorable, dispuesto a colocar dogal tiránico sobre cuello insurgente nunca guarda compasión.

Otra vez suerte o destino. A Márgaro no habían descubierto los matones. Ocupados seguían vomitando ráfagas. Unas tras otras volaban llevando mortales mensajes.

Hizo señal a compañeros de quedarse quietos. Preparó contraataque orquestado en improvisación. La adversidad le fraguó temple. Recargó el M1 sobre una horqueta del encinorroble: faro de francotirador. Se dispuso. Abrió ojos y oídos. Esperó.

Nada humano para acertarle, sólo follajes y troncos. Desesperación y angustia cobijaban al hombre.

Se preocupaba escuchando ruido por desplazamiento de hombres que bajaban hacia sus víctimas. Pensó: “Se va cerrando el cerco”.

De pronto le apareció. Alcanzó a verlo en lontananza. Muy poco lo distinguió pero se puso visible el cuadril de un agresor y no lo pensó más. Tomó puntería y soltó raya que atravesó el espacio e hizo blanco preciso. Fidel Hernández cayó de espalda y gritó con viva voz del dolor:

- ¡Ya me jodieron! ¡Hay otros guerrilleros en el cerro! ¡Dios mío!

- ¡Cúbranse! ¡Cúbranse! ¡No se ataruguen! - desconcertado ordenaba el jefe, bien tirado de barriga.

Los hombres habían reulado, buscando desesperada protección. En contracción entraron músculos, nervios, respiros, testículos. Miedo, imaginación sangre hicieron su trabajo. Descontrol les trajo un disparo rebelde. No dieron cuenta que una sola bala los lanzó de bruces y siendo atacadores se tornaron víctimas. Un solitario se encargó, era el inquieto serrano nacido y amantado en “Tres Ojitos”.

Cuando el asustado Rito Caldera se asomó y coordinó ideas, sus presas eran humo. Se las tragó la sierra.

Entrada la tarde, una mujer llegó ante la impetuosa madre.

- No te preocupes, presencié cuando tu hijo y los demás “se pelaron”. Ante tanta humillación, los indignos babearon rabia. Los vi. Quédate tranquila Aurelia-le susurraba una mujer mayor

- Lo estoy.

Así ya estaba; la sustancia era esa.

Siendo mayor la noche con sarpullido de estrellas sobre el rostro celeste, Salomón miraba en lo alto y a lo lejos luces, producidas por fogatas y aparatos de petróleo en Arroyo Amplio. Allí donde empezó el desacato. No tenía idea si regresaría a la ensoñadora

tierra, donde habitaban sus dioses del bosque. Sólo había algo seguro: él, junto con otros arreciarían revuelta. Eso permitiría hacerles asequibles sueños a los suyos. Su familia, con tan bulliciosa sangre, sería abono para nuevas páginas del heroísmo. Iniciaba el deambular para aquellos “ángeles vengadores” que arribaron pasando grandes despeñaderos y fantásticas cañadas, desde sus entrañas. Nuevo brote justiciero se cocinaba en hoguera tarahumara. Aurelia y Rosendo habían enseñado compleja receta de la rebelión.

Flamas similares en núcleos de idénticas familias, relumbraron la inconformidad. Chihuahua, una vez más estaba por sorprender a su nación que seguía hipnotizada. La postiza quietud recibiría en pago, bruscos estremecimientos. Los elegidos cincelaban historia con bayonetas. Materia prima era amalgama volcánica: venganza y justicia.

Años después, quedarían en reposo esperando resurrección.

UNA ALBORADA PARA MIGUEL

Con cariño para Estela

*“Me voy por el camino de la noche,
Dejando que me alumbren la estrellas” [...]*

José Alfredo Jiménez.

Comienza dura zozobra.

Fue sólo un instante. Como descarga eléctrica llegó el impulso. Le comenzó cerca de las rodillas y bajó como latigazo hasta las plantas de sus pies. Esta vez fue hacia los dos, no rumbo al derecho como siempre. La estremecida regresó en torbellino hacia la espalda, provocándole contracción que se extendió por brazos y manos, haciendo completo el espasmo. En seguida, el reflejo fue a parar al cerebro y en rebote hizo que pronunciara palabras incoherentes, con alguna especie de dolor. Al final casi grita: ¡No! ¡No! En consecuencia, despertó. Abrió los ojos con apuro, a manera de escape. Sudando, Miguel se incorporó, sentándose en el catre con la vista al máximo y muy fija, puesta en la pared de adobe de aquella casa campesina del pie de la sierra duranguense.

Su mujer se mostró serena como eterna compañera maternal. Le dolían quebrantos de Miguel, por siempre. Obsesionada con el legado ético de mujer campesina era ella. Fino orgullo aplicado en cuidado de hijos y esposo hacía su comportamiento habitual, invariable, infinito.

-- Tuviste una pesadilla, me imagino. Hace mucho que no sucedía, ¿no? -- le dijo con serenidad acostumbrada, propia para sembrar confianza.

Miguel, aún perplejo habló sin mover cabeza. Las palabras fueron fluyendo graves y lentas. Quería explicar y explicarse lo sucedido, un caso raro fuera de lo común. Cosas que ocurren a los

humanos, muy pocas veces.

-- No sé qué pasa... me siento confundido... es un presentimiento y... no alcanzo a entender si bueno o malo. No te podría decir. Llegó y, aquí me tiene empequeñecido.

- Malo no es. Tú siempre haces bien y Dios es justo. Nos gratifica. A veces se tarda, Él así acostumbra. De tantas maneras lo hace, que por torpeza no captamos. Tómate tranquilidad y descansa, no tarda en amanecer. ¿Notas que está cambiando rumbo del viento? Si pones atención sentirás movimiento que hacen aves y animales. ¡Escucha!, el gallo canta, nos anuncia día bueno. Retírate preocupación.

- ¿Qué fecha es hoy?- preguntó el campesino.

Poniendo mano en uno de sus hombros, procurando transmitirle amor y solidaridad ante notoria incertidumbre, con voz suave que induce al ánimo, dijo ella:

- Es 23 de septiembre.

Con esas palabras de magia envolvente, quedó cobijado e ilusionado, porque se consideraba justo ante sus semejantes. Sobre todo con mujer e hijos, a quienes entregaba cuerpo y alma. Para ellos no le bastaba darles alimento y vestimenta. Junto a la esposa se ocupaban de brindarles el estudio, inculcándoles principios justicieros. Así los recordó y una sonrisa oculta, fue señal: tomó tranquilidad. Su agitado corazón, dio un descanso. Sin darse cuenta se le acercó chispeante y confortable, recuerdo de un ausente. Del vástago con mismo nombre: Miguel.

Convicción y carácter.

Horas antes, en otro lugar. El camión de carga recorría camino accidentado. La frescura en madrugada pegaba quemante al rostro de Miguel por movimiento del vehículo. En la cabina iban el chofer y dos hombres importantes. La caja compartían diez personas junto a Miguel hijo. No estaban en condiciones de confort. No por el frío

hiriente y dureza de la plataforma, sino por el drástico compromiso que rato más tarde cumplirían. Así, en silencio, salvo intromisión lógica por ronquera del camión y el tañido de la naturaleza, iban metidos en íntimas cavilaciones. El cargamento humano en ascenso y descenso, atravesaba geografía compleja con aroma inconfundible a serranía. Estaban juntos meses antes. En reciente tiempo habían caminado desde un campamento de Santa Rosa Arisiachic, donde vivía y trabajaba Miguel. Con sueño, cansancio, hambre y frío, penetraron y salieron las montañas. Para resistir, la moral alta aportaba mil recursos. Ese 23 de septiembre, el bosque chihuahuense ponía fijación en el grupal juvenil. Alguno de ese equipo diría que los saludaba extendiéndoles viento congelante, el que saluda a los audaces que renuncian al lecho cómodo habitual, porque construyen futuro en presente, con mérito y esfuerzo. Anomalía es la mejor consejera en ávidos del cambio. Quien teme transformación se construye mundo simulado, sin cambios sustanciales. Por eso, los elegidos llegan sólo en ciclos y siempre expuestos a intemperies de injusticias, ahuyentando mediocridades que gobiernan y reconociendo por contraste a consecuentes seres. Es manera como aportan cualidades.

El accionar del grupo resultaba por fusión que daban a su “verdad absoluta” y a un valiente “apechugar”. Diferencia ante letargo que se estila en sociedad de consumo enajenada.

Más o menos este pensamiento campeaba en la plataforma del camión carga trozos, aquella madrugada. Cada muchacho bien asumía en retrospectiva, recuerdos, ideales y sueños. También se arremolinaban sinsabores significativos y errores sin corregir. No sabían si tendrían oportunidad de arreglar los pendientes, consiguiendo revancha y rectificando males guardados. Esa posibilidad, aclararía la alborada del 23. Muy poco faltaba para comprobarlo.

Miguel se remontó a su niñez. Con dulzura le vinieron imágenes de padres y hermanos. Los repasó y saboreó como única vez en sus

escasos años. Se dijo: “Ni siquiera se imaginan”.

Casi escuchó desde conjunción del aire, pinos y montaña la tierna voz de Cuca, su madre. Volvió a sentirla cuando lo despertaba, aseaba y alimentaba antes de ponerlo en la escuela. Su primaria adorada: “Guadalupe Victoria” estaba frente al hogar en su pueblo natal San Bernardo, Durango. Allí, donde su maestro Alfredo lo esperaba con alegría. Llegaba feliz, puesto el morral de tela gruesa hecho por Cuca. En esa escuelita rural recibió de su mentor más querido, conocimientos y consejos que le motivaron evolución recia. Maestro y familia marcaron inicial camino para hacerlo hombre de bien.

Un amor supremo aparte de Cuca, esa cotidiana guía, fue su padre. Cuando le venía recuerdo, brotaba y se extendía el orgullo. Qué valentía en su progenitor. Cuánta rectitud traía. Nombre, temeridad y honor eran semejanza entre padre e hijo.

Ningún pasajero percató los estremecimientos que provocaron en Miguelito los fuertes y cándidos recuerdos. También, iban disfrutando y sufriendo por lo mismo. Nostalgia, tristeza, alegría, temor y obligación trasminaban trece viajeros. Sólo el chofer del trocero llevaba otra seria y diferente preocupación.

Perdigones en las almas.

Fin al descanso. El sueño le decretó abandono a Miguel padre. Vacilante lo acogió de nuevo su sobresalto. Sintió presión sanguínea alta y dolor de pecho. Recostado buscó organización al pensamiento. Entre miedo a lo desconocido por presentimientos recientes y su temple natural, vino fortaleza urgente que le dio equilibrio: la presencia de Cuca y sus hijos. Otra vez el ritmo cardíaco cedió favoreciéndolo. Tomó el calmante infalible: su familia.

Pensó en cada integrante de su estirpe. Dejó firme adhesión con cada cual. Con fluidez los recuerdos se alargaban y tomaban

anchura al margen de cualquier dolencia, asistemáticos.

El amor por su Cuca, solvente manantial de caricias cristalinas, era reclusión a la gloria anticipada. Qué mujer, alternativa coincidente para tanta necesidad. Preciosa farola del umbral de su paraíso formado por pinos, montañas y aire congelado. Reflexionó: “Si adversas vienen duras situaciones, ella afrontará”. Madre en construcción elemental, cosiendo y cocinando: zurciendo vidas y alimentando almas, perseverante. Callada, no sumisa; cariñosa, no fingida. Ingeniosa frente a crucigramas hechos para su familia y medio de amor. Sin gritos, con embelesos ponía “arreglo” en los hijos y el padre. Suave complemento para inspiración del carácter de familia, pues componía prosa fina y poesía.

Caso contrario pero no en principios, Miguel. Duro, estricto, orgulloso, fajado: era su natural. A cabalidad asumió cultura de sus antepasados cubierta por trabajo, disciplina y decencia.

“Patrimonio campesino para sobrevivir y dar herencia”, decía a colaboradores y amigos, cuando fue presidente municipal de San Bernardo, donde levantó bandera del reparto agrario a sangre y fuego, durante memorables jornadas. Esa historia honorable la cuentan viejos agraristas y sus linajes, en aquel municipio que lleva nombre del santo francés, fundador y abad del monasterio ubicado en un valle claro (Claraval). Clérigo muy ufano y defensor pertinaz de su creencia. Será por eso que oriundos del lugar adquieren orgullo y fama de trotamundos, como su patrono. Sólo por lo dicho, vale el nombre San Bernardo para este pueblo. Con esto se ampara la justificación.

Voz fuera: “¡Que frío! ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!”. Lento fue al frente donde la estufa de leña. Abrió escotilla y, auxiliado con fragmento ramal en forma de gancho, acomodó tizones de pino y encino que fueron mejor consumo para el fuego. Generoso, se incorporó calor ambiental y socavó al frío hiriente que penetraba por ranuras de pegaduras defectuosas. Con tarea cumplida regresó a una silla del fondo en la cocina fraterna. Observó de reajo,

advenimiento del alba que iluminaba el patio. La higuera, los granados y el nogal, que muy niño plantó Miguel hijo, le mostró la luz del día. Recordó cuando descalzo y usando pantalón de pechera, corría entre corrales con pelo al ras por corte que él le hacía. Su niño devoción, se transformó en hombre cuando menos imaginó: acto común en los padres.

Volvió vista a la aurora. Ya no hubo duda: premonición era por el ausente que les canceló comunicados. El hijo obediente y ético. Aquél presentimiento dejó enervantes en él, cruel sembradío de alarmas y dolor. Tomó adopción el mal. La punzada dejada por la incertidumbre esa vez, le aceleraría el fin biológico. Pago de contado; consecuencia fatal.

Sin embargo, su armadura guerrera aún reluciente, estaba para combate, si algún indeseado quisiera llegar. No se derrotaría; no esa vez. Por esa ocasión levantó ojos al cielo y vio cómo las estrellas más brillantes se resistían al retiro. Lúcido, recompuso leyenda sobre ellas. Una que contaba a descendientes en la milpa cuando trabajándola a desdén y se les hacía noche, les animaba. Regresó sonrisa tenue recordando carita angelical de su niño. Por instantes, cerebro y corazón la sujetaron como película y dijo algo parecido a una oración. La mente, del espacio al bosque vino, cerrando puños y párpados sus palabras trémulas abrieron volumen en la atmósfera. El mensaje: “Dios te acompañe, hijo mío”.

A corta distancia Cuca observaba, calladita. Se incorporaba al juego del destino en silencio, a su manera. Con firmeza, por el fino instinto de protección que tienen y atesoran las madres.

Destino histórico.

Poco antes de incertidumbre del padre, Miguelito revisaba armas, cartucheras, dinamitas. El grupo establecido a orillas de una laguna cercana a ciudad Madera, trabajaba con esmero. Tejía una aventura aproximándose el amanecer. Su cita con el arrebato,

era en horario impostergable.

Habían repasado tácticas de ataque al enemigo. En remedios, era el único. Gobierno y terratenientes habían provocado respuesta del fusil contra fusil. Asesinatos de campesinos, indios y maestros por autoridades y guardias blancas no seguirían, dijeron. Jefatura monolítica, gobernador enfermo del cerebro y acaparadores del bosque acabaron por destruirles creencias jurídicas. Ya no servían quejas ni manifestaciones. Desgastadas, se volvieron insuficiencias. Qué hacer si nadie escuchaba. Dónde buscar si sólo les esperaban el encarcelamiento, la tortura, el asesinato y... ¡oh, crueldad!, la burla. El ministerio de “justicia” era horca y cuchillo, servil a poderosos. Los que encontraron respaldo en Práxedes Giner, gobernador indecente y represivo. Aunque se declarase destacado villista, gente visionaria lo calificó de obcecado, palurdo y mendaz. Cuenta la voz popular, que comerciantes ubicados en calle Libertad se burlaban, alegando que su apellido sonaba a “nazi” de baja categoría. Con menos de esto, era suficiente para rebelión. Aparte, insurrección del pueblo libre se deslizaba sobre el cosmos. Desde una isla del Caribe llegaban olas con espumas libertarias y esto encantaba al espíritu indomable de la juventud virtuosa y adelantada, donde giraba el maestro de San Bernardo con su moralidad.

Se había acumulado tanto golpe, tanta injusticia, tanta soberbia, tanta miseria. La cerrazón se hizo obstinada y mostró descaro; exageración. Lógico, encontró rechazo en mentes libres y valientes corazones; no esperaba. Así se acuñó el grupo.

La laguna vio a Miguel levantar rostro hacia el firmamento. Con mirada profunda, su marca, observó las estrellas e insistente, el cerebro siguió con acarreo de recuerdos hacia depósito donde los sentimientos: “Las estrellas son almas de personas buenas que cuidan de nosotros. Un ser superior las designa como testigos de conducta humana. Por esa fiscalía: malvados son castigados y benignos reconocidos.” Eran palabras que le decía su padre

durante faenas campesinas, allá en su milpa de San Bernardo en el pie de la sierra duranguense.

Se reacomodó chamarra. La que con cariño le había guardado su hermana la maestra, quien marcó senda del magisterio en su familia. Por segundos: otro recuerdo, y murmuró: “Ya verás Estela, lo van a entender, claro que sí”.

Su mente quedó en blanco. Debieron ser segundos. En seguida, quiso pero no pudo. Inevitable fue. Habló su corazón y pisó terciopelos del amor; no siempre son eso. El cariño de mujer tan vital, le respingó. Por algo lo dice el cantor: “Es necesidad que sirve para vivir”. Apenas comenzaba a descubrirlo y lo aceptaba como: el mal incurable, sin vacuna. Plaga picante virulenta, destanteo de los mortales, enfermedad que causa quebrantos. La que mata poco a poco o al menos ataranta. Qué barbaridad, si el resto de la humanidad no estaba exenta del reproductivo virus, tampoco sus compañeros. “Ni Miguel”, se dijo. A todos, aunque parecieran descansar, llegaba sensación agrídulce del amor en retazos, con recuerdos y deseos. Amor...explosión y consumo total en los sentidos por causa de fusión del apetito insaciable que tienen alma y cuerpo. Dique termal con aguas tentadoras y profanas. Abismo o cima, escozor o gratitud, lejura o cercanía. Infierno y gloria es el amor. Impredecible, regresivo y cambiante, se hizo cargo de latidos en arterias del plasma fresco, esa noche concluyente.

Pasional inteligente, Miguel buscaba de la vida, oportunidad para encontrar mujer idealista acompasada por pasiones. Sus ensueños eran fugaz pretérito. Aspiraciones, intentos...caricias pasajeras: nada más. Con letal conclusión, cerebro sentenció a corazón y ordenó darse tiempo para encenderse fuegos. Sonrió y fijó vista en el espacio, donde estaba su inspiración suprema. Por el rostro encendido, eso parecía en aquella noche de septiembre.

Entrecerró sus negros ojos y extendió el largo y delgado cuerpo. La agudeza mental cambiaba del entresueño a claridad del estar

despierto y al revés: veloces pensamientos de recuerdo a convicción y de ideal a evocación. Este hombre vació alforjas existenciales, esparció vivencias e hizo reverencia por su creencia aquel día, sobre aquella laguna de la orilla, en una ciudad, sobre esa sierra. Lo mismo hicieron sus amigos que junto a él, parecían estar en descanso mundano, despreocupado y, no era cierto. Los minutos con sus segundos imperturbables, fueron precisos. Como han sido desde la creación del tiempo. Quien ha vivido con intensidad lo entenderá, como entendían huéspedes del hostel de la laguna. Ellos ofrecían por coraza contra tanto infierno, su limpio y noble pecho. Lo hacían porque otros gastaban existencia en nada, perdidos en adoración de fetiches del consumismo; falacia desgastante.

Sonó la campanada final que sus instintos estaban esperando.

- ¡Arriba compañeros!-- dijo el joven campesino, encargado de la última guardia. Reconocido por "justiciero".

- Es hora de entrar en acción. Es nuestro momento. Tiempo para justicia - aseguó la voz de otro muchacho, el comandante principal de esa atrevida camada, a quien le llamaban Ernesto, por nombre para combate.

La hora había llegado: meta a la vista. Habría que ir a conquistarla. Cruzarla; menudo problema.

El chofer del camión maderero, con preocupación diferente, encendió máquina. El ritmo del motor fue regulado; contrario el loco movimiento de corazones gladiadores, prestos para ir a la batalla, sin cargas patéticas y fuera las compasiones. Por eso, con entereza se sacudieron cargas mentales cuando sintieron el tufo de adrenalinas. Ahí, encargaron geografía de imágenes soñadas. Quedaban al resguardo en la laguna, como tributo guerrero a una monumental y misteriosa naturaleza divina.

En la penumbra desapareció el camión, secuestrado un día atrás. La ciudad absorbió su carga. El nuevo día lanzaba señales en cocinas y patios. Una historia presta, preparaba papel de apuntes y

cálamo favorito: con tinta rojo carmesí.

Herencia de honor.

Abrió la puerta quitando con un pie, la piedra que ocupaba función de tranca. Miguel padre salió y miró los lados de la calle. Puso aire fresco en sus pulmones. Era el mismo que respiraba a diario desde inicio del siglo, cuando vino a la vida. El aire era su elemento preferido por complicado a la mercadería. Complejo para entubarse, embotellarse o hacerse tabletas, era un maravilloso regalo a las criaturas del “Señor” (esto lo aprendió de Neruda), por eso, no se lo arrebatarían a sus hijos. Y cuando en forma de viento recorría veloz las dos avenidas del pueblo, lo deleitaba revoloteo de polvo en cabellos, crines, ilusiones y vidas. Era el aire, simbolismo de lo que deseaba a sus retoños. Eso les decía tantas veces, cuando dormían o no se daban cuenta. Era didáctica de su cultura: enseñanza dura con dogma ancestral. Táctica del aprendizaje guerrero en disciplina férrea pero cariño grande muy apenas insinuado, pero perceptible en quien lo conocía y aprendía de él.

El inusual cerrojo, aseguró la puerta. Fue al interior, al patio. Ya en él, escuchó sonido de naturaleza estática y en movimiento. El ruido triturador del molino, reloj gratuito de los pueblos campesinos, le atrajo más recuerdos. El tinamaste, utensilio y habitante común del último corral, los remachó. Vio generaciones de familia cocinando nixtamal en él. Cada hijo aprendió el oficio como ritual. Así Miguel hijo, antes de internarse en la normal Salaices, pasando Parral. Primero le otorgó herencia de trabajo diseñada por padres y abuelos: pastar animales, ordeñar vacas, trabajar milpas, desgranar mazorcas, prender fogatas, ir al molino. Así suscribe ese legado: trabajo es movimiento, es honor, es enseñanza. Educándose lento y muy fuerte. “Haciéndose hombre”: decía con dureza el padre.

Otro aprendizaje, rocío de purificación, lo completó: corretear gallinas, leer cuentos a Cuca, husmear el escritorio de papá, oír noticias por la radio en familia. Frecuente broma y pleito con hermanos por ocurrencia o bobera. Al final, risas con alegría puesta: infantil refugio. Alegre, obediente, se hizo Miguel. Se transformó en hombre más allá del físico. Creció en desconocida dimensión; la que es negada a conformistas. Se fabricó a sí mismo, como estalactita milenaria, diseñada por cristalinas y purificadas aguas subterráneas.

Miguel, volvió a su silla favorita. Le retornó la perseverante inquietud, que le había acompañado siempre. Estaba agitado como en los viejos tiempos. Pero esta vez era enjundia del guerrero; no de enfermedad. La que algunas veces cargó por defensa del agrarismo acompañando razón con revólver. Fue tanta, que anduvo fugitivo por esa causa. Sólido, inalterable, vio correr sangre por emancipación campesina. Otro orgullo: su pobre palacio municipal fue trinchera de “los sin tierra”. En el lugar se acreditó: “guerrero del pie de la sierra”.

A pesar de todo, recuperó confianza y caviló: “Ojalá mis hijos sepan distinguir diferencias entre el bien y el mal...y aprendan defensa...para enfrentar perversidades...ojalá, oja...lá”.

Con el rostro de su Miguel, fijo en la cámara cerebral y acomodado en el corazón, empezó a dormitar. La alborada entraba en madurez.

Una alborada para Miguel.

Con una historia hambrienta de cambios y disponibilidad del grupo, fue inevitable historia cruenta. Esto sucedió durante el tiempo del amanecer. La orden para iniciar ataque salió sin vacilación. El comandante mayor ordenó:

- Pégale al foco.

Cuando fue hecho añicos por disparo que hizo otro novel y

osado campesino, de los mejores rifleros formado en la montaña, se desató tormenta.

La milicia insurgente atacó plena en coraje, descaro, lucidez. Tronaron fusiles, impropios para tan complicada jornada. Estallaron anhelos junto a bombas molotov de construcción casera. De ese tamaño era el mísero presupuesto de guerra. Armas que portaban eran impropias: altos, sus ideales. “Alguien tiene que empezar”, les dijo uno de ellos, el muchacho con mayor edad, de probó valor y sabiduría inmersa. El médico y maestro de profesión y vocación: un guerrillero por obligación con múltiple convicción, llamado Pablo.

Por tanta bravura y decisión al abordaje, cayeron los primeros soldados del gobierno. Les pareció posibilidad de triunfo y creció ánimo en el comando. Lo esperaban, ante enorme esfuerzo conjuntado. En ese amanecer vibraron con furor por la batalla. Hecho vertiginoso: sobre vibraciones se empalmaban más vibraciones y sobre éstas, otras y más. Los cuerpos no tenían forma de regularse; mucho menos tiempo. Aún que requerían función nerviosa al cien, ante delicado momento, fugaces se les echaron encima sueños y recuerdos en el clímax del combate. Ahora: mandato de corazón a mente, fue irónico gusto que se dieron. Tan sólo imágenes que aparecen cuando se siente el fin, fue pasarela puntual.

Sin embargo la respuesta no tardó. Hechos rebasaron teorías y ubicaron justa dimensión. Detonaciones estruendosas sonaron desde el bando contrario. Las balas, chirreando llegaban a sus costados, como avispero cercenador. Fue preámbulo diminuto anunciando fatalidad. Los fusilazos contrarios eran continuos y potentes, apantallando a la pobre artillería de los zagales. Entonces, arreció la tormenta y el termómetro que mide emociones tronó. Cuando el ejército se puso en las espaldas, la emboscada vestida para festín cerró pinza mortal.

Agresiva reversa les llegó. La pequeña tropa superada en

número y armamento, olfateó final. Descomunal ofensiva su cuota de sangre les facturó. Comenzó caída cuando estaba asomándose, tibia la mañana.

Miguel nunca abandonó trinchera. Cumplió firme el acuerdo de resistencia necesaria. Recorría raudo distancia entre escuela e iglesia, y viceversa. Rápido y cuidadoso, vaciaba parque de su fusil. Mantuvo a raya sus contrarios por buen rato. Luego lo triste, a compañeros vio en agonía, pronto muertos. Los disparos rompían carne y huesos, acortando respiros y tiempos de pelea material. En el lugar, “muñecos de cuerda”, ametrallaban a los de solvencia moral que: “sabían por qué”.

Cuando sintió enemigos en sus costados, se le mostró patente el final. Rotas estaban las trincheras. Sin amarguras se percató de conclusión. El ideario y fuego familiar, apoyaron magnificación sobre el umbral del comienzo, donde empezaba su eternidad.

“Sé que entenderán”, dijo con voz suave, audible para él y concluyó plazo. La aurora y sus rayos pegaban en rostros y cuerpos de atacantes que sin contemplaciones, fueron por él.

Con agudeza mental y agilidad aún intactas, ingresó en milpa cercana del combate. Ahora disparaba un revólver 32-20, comprado con su último préstamo magisterial, en verano.

Miguel era atleta, alférez natural de reflejos felinos, al qué sorprendidos soldados no le acertaban, coloreando de epopeya su resistencia. Cada pedacito temporal de vida lo agrandaba y desprestigiaba agresores. De fábula sería precisar ideas que le fluyeron, entre disparos de verdugos y acciones en su organismo. No lo contaría la historia limitada. De eso sólo estarían hablando los dioses.

Los movimientos se hicieron cortos; muy largos en dimensión. Para desgracia, tuvo conclusión la desigual confrontación. De costado, rumbo a pecho y estómago le llegó ráfaga en escala. Cayó de lado, sobre légamo del maizal. Fueron dos impactos que le provocaron choque hipovolémico. Pegadito, sobrevino el ciclo

terminal. Se afiló su nariz. Los ojos se le hundieron y pusieron vidriosos. Sintió euforia y angustia, cambiantes de una a otra. Hizo presencia una sed extrema. Color terroso pálido adquirieron sus labios y llegó respiración rápida, superficial.

Con esfuerzos, su cabeza iba de un lado a otro pero su cuerpo permanecía inmóvil. Claros, evocaba los nombres de Cuca y Miguel. Después entrecortados, ininteligibles. Su respiración se hizo lenta, profunda, dispareja. Dejó de hablar. Llegó la nada. Cuando le dieron “tiro de gracia”, ya no supo, ni sintió.

Era jueves 23 de septiembre, durante su alborada, cuando el nativo de San Bernardo quedó para siempre viendo el infinito y sus estrellas.

Esa mañana sembró huerto de esperanzas anegado con sangre, para hacer posible el cultivo. Silentes testigos fueron pinar y montaña, laguna y maizal. Fue “una alborada para Miguel” y sus amigos. El amanecer de la justicia, escrito en carmesí.

Leyenda en extensión.

Cinco sobrevivientes emprendieron retirada obligada, rumbo a su madre natura. Dicen fue hechizo: la sierra multiplicando fronda y agrandando despeñaderos, invalidó pasos enemigos. La pertinaz lluvia obscureciendo sendas y ocultando paisajes, cegó intrusos. Los maltrechos luchadores confeccionaron resistencia improvisada, y una ventisca del interior desparramó olores eliminándoles olfato a los sabuesos del capital. Respondiendo al instinto justiciero, la gente les esparció amor y protección. El que tenía otra inquietud, comprendió la razón de sus raptos. Aquel día, por vez primera en mucho tiempo, el latifundio tembló. La alborada anunciaba nueva época.

El indolente gobernador recibió informe de la acción justiciera, contraponiéndosele. A los caídos les llamó: “[...] locos mal

aconsejados”, Luego, frente ante ellos que nunca quiso ni supo escuchar, pronunció palabras que según criterio cristiano, lo acercaron al infierno: “Querían tierra, hártense de tierra”.

Sin mortajas ni lágrimas, sin ataúdes ni responsos. Nula la piedad, Miguel hijo se acomodó en hilera, junto a sus amigos, en fosa común. La húmeda tierra del montañés cubrió los cuerpos con eternidad. La excepcional tumba, el pueblo hizo monumento del ideal libertario.

Estela, lo reconoció en foto que publicó un periódico. Vio la sonrisa cautiva, aún en momento supremo. Eso dio tranquilidad y afianzó cariño por Miguel. Sigue recordando: “llevaba puesta chamarra que le había guardado un tiempo”. Se enterneció por el hermano. De hecho, empezaba mistificación partiendo desde donde debería: en entrañas de los suyos, con cariño y coraje, marca indiscutible de la casa.

Un hombre falaz de gesticulación repugnante y rostro flácido, que llamaban presidente, desde un despacho capitalino revisaba nota periodística de prensa irreverente. Insolente, desde punto de vista del individuo. Con sus ojillos leyó ávido, a través de cristales con aumento alto en anteojos caros. Una mueca le abrió exorbitante boca mostrando dientes amarillentos.

- ¡Que se vayan al demonio!-gritó, arrojando el diario al suelo, encabritado, y salió presuroso.

La nota decía: “Este 23 de septiembre un grupo de jóvenes revolucionarios asaltó el cuartel militar en Madera, Chihuahua. Con ello se confirma la falta de atención del gobierno sordo con su pueblo, en este caso para los campesinos e indígenas del norte. En acción perecieron ocho guerrilleros, que nos avisan sobre cambios necesarios, que sustenten la democracia para los mexicanos”. Era nota que desquicia a cualquier gobernante dictatorial. “[...] a mayor fiereza del averno; mayor será su castigo. Así reza una máxima del

libro de ángeles justicieros”, concluía la nota del periódico que, por disiento, fue clausurado.

Días después, al fondo de una cañada por Canutillo, el Mayor Medina suspendió trabajo. Detuvo yunta y secó sudor. Puso ojos sobre el cielo y, recordó cuando fue combatiente de la Brigada Morelos en su División del Norte. De pronto, marca del disgusto se dibujó en su rostro. Mandó mensaje: “¡Qué vergüenza eres Giner! Nunca tuviste talla. ¡Cómo no te fusiló mi General!”. Y terminó con voz apenas pronunciada: “Debí haberte ajusticiado yo merito”.

Compuso figura y suspiró desahogándose. Dio el arre a bueyes uncidos al yugo y satisfecho, continuó jornada.

Esa navidad, en un corral de choza humilde en Arisiachic, una niña tarahumara llamada Consuelo, mostró a sus abuelos un notorio hecho. Encima del encino, sobre firmamento, habían aparecido más estrellas. Más de las que había observado en su tierna vida. Ahora, desde la ventana de pino cubre su inocente rostro luz de plata fina, lo cual fascina a la traviesa.

Dos años después de la gran alborada, Miguel padre regresó con su “madre tierra”. Mermada la salud por tanta batalla, el guerrero mayor cerró cansados ojos, para siempre. Su herencia de leyendas recorre pie de sierra en su paraíso y pasa de generación a generación. Durante atardeceres, los viejos que despiden la vida con sabiduría, sentados sobre esquinas pueblerinas de San Bernardo y El Oro, aseguran: “hay nuevos fiscales en el cielo”.

Cuca, en místico silencio, guardó legado de padre e hijo. Remendó heridas, maquilló cicatrices, dispersó miedos. Lo hizo a fuerza de carácter maternal y esposa íntegra. Y avanzó, muy orgullosa...con paso firme.

Una década después del acontecimiento en la comarca grande, Gilberto tomó estandarte del amigo que llevaba moralidad suprema. Y si escucha cantar a José Alfredo, le reviven pasados. Inspirado en Miguel se enroló en igual proyecto, germinado. Madera resurgió en conciencia y venas de otros mozuelos. Otra vez dique y deseo. De nuevo del sueño al sacrificio. “Qué remedio”: seguirán diciendo las estrellas.

Secuelas de primeros vientos.

Décadas después del hecho, un novel desconocido, esbozó:

“Sucedio hace tiempo. Ni siquiera sé si hace mucho o poco No podría precisarlo, porque es relativo y está subordinado al suceso que fue trascendental en historia que marcó cambios favorables para las mayorías. Los hechos relevantes de acciones humanas en bien de la sociedad dejan marca imborrable en historia verdadera; no la que falsea y, por desgracia, va a parar como texto a pupitres de niños mexicanos. Mi padre, con quien escuchaba la radio de banda corta, cuando pequeño, describía defensa mítica del pueblo cubano contra imperio del Norte en Bahía de Cochinos, me mostró una revista semanal de circulación nacional que con morbo y crueldad exhibía a jóvenes postrados ante la inexorable muerte. Los vimos arrojados al fondo de una tumba común que habrían de compartírsela por eternidad”.

“Al paso de los años entendí mensajería del padre. Antes de la tumba, compartieron corazones durante precoz pero consumada amistad. Su única mortaja sería tierra de montaña tarahumara. La que les había inspirado sueños e ideales y que por corajuda congruencia brindaron por ella, con vino tinto; su sangre”.

“Ahí estuvo Miguel. Exacto fue con el glorioso destino. Valiente, muy valiente y decidido lo acompañó fuerte carácter a la cita. Firmeza su fiel melliza, cabalgó en comunión absoluta junto a él, durante su corta vida mortal. Alto y apuesto era este

norteño, acostumbrado a decencia extrema y colectivismo social. El maestro rural de ascendencia campesina, no estaba exento de dolores ni limitaciones humanas lo que amarra y no permite paso firme en el transcurso de vidas, haciéndolas poco originales. Miguel creció en ambiente defectuoso muy pecaminoso, muy parecido al nuestro. Como pocos, él supo hacerlo a un lado: deshizo convencionalismos y construyó trascendencias”.

“Mucho antes de la globalización extensa del monopolio, vestido con frac neoliberal. Más atrás del esfuerzo democrático que abarca de los sesentas a ochentas y que trajo “guerra sucia” del sistema, cumplió con aportación de joven héroe, dando lo máspreciado del ser humano: su vida. Quedó signado: “grande” por valiente y arriesgado. Está en el tejido de leyenda, la más cautivante que cuentan los rarámuris. Relato mágico, esparcido como nutriente cultivo a parvulitos cobrizos y mestizos, en oración mistificada. Primeros vientos soñadores salieron del bosque y fueron a universidades y taller. Fauna, flora y cielo vieron luz del alba llegar al ceremonial. La aurora dio fe del escenario epopéyico. Majestuosa, la alborada registró proeza del hijo ausente y amigos. Fue una ‘alborada para Miguel’, y los demás guerreros: los caídos y los que sobrevivieron”.

“Los jóvenes estremecieron falsos procesos, estrujándolos con movimientos convulsivos de su muerte, firmando acta de hechos. Sabían, pronto se multiplicarían en otras corrientes turbulentas, empezando en Tlatelolco. Nuevas epopeyas revolucionarias del pueblo, hechas con glucosa generosa, fueron al tintero. El ataque al cuartel rompe tranquilidad del absolutismo. Cuánto tardamos en aprender la enseñanza de esa alborada. Siempre será insuficiente escritura, música, lienzos, en homenaje. ‘Serían buenos ejemplos haciendo brechas’, dirán en donde estén. Ellos sí que germinaron limpias aspiraciones renunciado a premios y formalidades, sin equivocaciones por causas de amor o apreciación política. ‘Están bien’ porque lo hicieron. Su conquista: La alborada del 23 de

*septiembre será paradigma y recuerdo por todos los tiempos.
¡Salud!”.*

OSCAR Y LA ALEGRÍA

EL JUZGAR A LOS DEMÁS.

*“El discípulo no es superior a su maestro;
Pero todo el que sea perfeccionado,
Será como su maestro”.*

Lucas 6.40

El rocío, perdía su liquidez por la fuerza de los rayos solares en el amanecer ya crecido, que se filtraban en diagonal entre pinos y encinos. El destello chispeante que aparecía y se iba, debido al efecto del caminar, semejaba la caída de rayo láser o hadas en movimiento. Era la preciosa aurora celestial. Las tonalidades mayores del paisaje estaban compuestas por el azul del cielo y el verde múltiple de la arboleda, matizados con verticalidades cafés de los tallos y las nubes y sus figuras caprichosas hechas como en tejido de algodón. Aquí y allá, el amarillo gramilla con variadas intensidades. Como cereza del pastel sobre el paisaje, remate en llamativos colores las preciosas flores silvestres. Lienzo armónico natural, acompañándolo el fondo musical producido por animales, aves, insectos, aire, agua y otros instrumentales milenarios de la sinfonía serrana. Deleite para los sentidos frescos: el aroma, los sonidos y la vista. Fuente inspiradora para poetas con rimas mágicas. Encanto del pintor de ensoñadores lienzos. Gracia para músicos envueltos en revolucionadas notas. Qué montaje tan espectacular es la sierra mostrando su plenitud. Pareciera que los dioses del universo estuvieran señalando, en similitud, cuán bella debiera ser la existencia para los mortales con la satisfacción de sus gustos. Belleza exterior e interior se desparraman provocando inquietudes y sensaciones avanzadas. Invitación a búsqueda de felicidad por ley cósmica. Como diciendo, si pudiera decir esta

ley: “De la evolución del universo vengo, para ser compañera de las criaturas vivientes junto a sus necesidades”. Pero en contraste, la extensa geografía cautivante de Chihuahua, en el penúltimo año del lustro número trece en pleno siglo XX, pertenecía a monopolios y obedecía leyes del capital. No concordaba con los dictámenes naturales de la evolución.

Verde y más verde bajo el techo celeste, había recorrido durante semanas, Manuel Sandoval. Vio y conoció junto a cascadas, arroyos y ríos, muchos pueblos en pie de montaña y trepados sobre ésta. Los visitó en caída y cúspide. Tuvo acercamiento con sus humildes pobladores y, ellos con él. Los observó “jugando” sobrevivencias. Viviendo de prestado, sobre su milenaria tierrarroca que penosamente, los arropaba desde el nacimiento hasta la muerte.

En este majestuoso marco escénico, indígenas y campesinos no atinaban la respuesta que Manuel quería. ¿La ignoraban o la cuidaban? Sólo ellos lo sabían, dadas las circunstancias complejas y peligrosas de región y época en que vivían.

- Usted debe acordarse de él. Ponga esfuerzo. Cierre los ojos e imagínese. Haga de cuenta que lo tiene enfrente. Es fácil identificarlo por la sonrisa contagiosa. No para en habla, haciendo bromas y riéndose a carcajadas cuando se extrema. Difícil es verle enojado. Además, se pasa cante y cante a todo pulmón. Le gustan canciones de Pedro Infante y José Alfredo. Es un muchacho alegre que no carga maldades. Ándele, métale al recuerdo y dígame que sí lo ha visto – desesperado, pero con voz suave, Manuel decía al hombre.

- Como le expliqué, de verdad no lo he visto. Le dijera si supiera. Usted dice que anda con un grupo de maestros y campesinos. Le contaron que yo podría saberlo, pero es casi imposible darse cuenta qué pasa en el resto de la sierra. Sí, es cierto el rumor de un posible levantamiento. Pero es desde hace mucho. Me acuerdo, cuando era niño, ya se escuchaba el comentario. ¿Por qué no sube a los

cerros altos, por Cieneguilla de Dolores? Dicen que ahí se han registrado disturbios hechos por una familia Gaytán y un profesor, dizque meritorio, de nombre Arturo. Andan alborotados contra el gobierno, se cuenta. ¿Su hijo está metido en eso?- pregunta el hombre, con cierta inquietud.

¿Cómo había llegado hasta ese punto, buscando a Óscar? Recorriendo rincones en la Sierra Madre Occidental, por rumbo de Casas Grandes, Creel, Guachochi y ahora, Madera.

- La causa lleva en sus venas. Más no sé si esté dentro del grupo que dice. Quiero cerciorarme para no cargar duda. Cuando menos eso.

- Si lo encuentra y está comprometido, ¿qué hará?- arremetió

“De veras”, llegó reflexión a su interior. ¿Qué haría si lo encontraba? Óscar no era joven dependiente. Él mismo le había enseñado: “desecharse sujeciones para liberarse espíritu”. Lo educó con cargas enormes de reflexiones, sacadas de crítica y autocrítica. ¿Cómo iba a contravenirlo?, si éste, basaba sus acciones en la creencia de cambios.

- ¿Cuántos años tiene su muchacho?- pregunta el serrano.

- Apenas diecisiete. Pero como si tuviera treinta o cuarenta. Ha tenido madurez extraordinaria porque lleva lectura voraz y accionar centella. Desde niño aprendió a ser dueño de propio destino. De limitaciones no sabe. Es extremadamente tenaz, algunos dirán terco, cuando enfrenta injusticias. Entonces verá usted cómo su carácter alegre lo transforma en coraje. Eso sí, muy organizado en estrategias de respuestas adecuadas. ¡Ah!, mi Óscar, míreme dónde me trae.

- Pase amigo, hágame favor de aceptar un vaso de café o de agua. Esta humilde casa es suya. Misma que está abierta para personas con buena fe.

Manuel, no se hizo del rogar. Desgastado estaba el caminante después de muchas jornadas, preguntando a recomendados y extraños sobre el paradero del chamaco. Descanso de un rato

le vendría bien, al que nunca descansaba. “¿Cómo se puede descansar si se vive en un mundo de necesidades?”, alguna vez le habían dicho. Fueron su padre, llamado también Manuel, y su madre Bernarda, cuando de la Región Lagunera duranguense lo llevaron al Valle de Juárez por la frontera chihuahuense. Eso mismo les inculcó a sus hijos, a quienes vio crecer con arte de la lectura y el trabajo. Descendiente de familia cristiana, convertido en bibliotecario analista, pronto aprendió entrando en parábolas, epigramas y metáforas. Los sacaba de Marcos, Mateo, Lucas y Juan, en los evangelios del *Nuevo Testamento*. Aprendió esencia de la vida que *Jesús* dejó a los mortales. El resumen por la búsqueda de plenitud en pureza y existencia completas, lo aplicó en familia. Aseguraba seguidamente, que tal doctrina habría influido en inquietudes comunistas de sus hijos. ¿En qué punto convergen razones divinas con necesidades mundanas?, ¿a caso, *Cristo*, era consumado comunista que hacía extensiva su doctrina a través de evangelios sinópticos? ¿Qué diferencia existe entre soñar con felicidad y exigirla? Ese es punto de quiebre entre deseo frustrado y anhelo convertido en acción. Así se manejaba su familia; así se conducía Óscar. Libre literalmente, y sin cortapisas.

- Aparte del muchacho, ¿quiénes más componen su familia?- cuestionó amablemente el anfitrión.

Se motivó. El interés del improvisado amigo le exhaló aire suplementario. Su existencia, cubierta de esfuerzos y amores recibía alientos, a veces.

- Mi mujer, con quien comparto cariño y hogar, se llama Consuelo Salinas. Yo le llamo “mi Chelo”. Mis hijos son, de mayor a menor: Velia, otro Manuel, el inquieto que busco, Héctor, Fernando y Jaime. Vivimos en Chihuahua porque ahí los tengo estudiando. Cuando el hambre golpeó, no quise pasarme al otro lado de la frontera. Quiero que mi familia tenga preparación para que ayude al levantamiento de su propio país. No quiero, por nada, lo abandonen y dejen a merced de los avaros. No señor. Siempre

he dicho a mis muchachos que no traicionen la patria. Los aferro a su raíz. Porque esta tierra fue orgullo de antepasados y seguirá siéndolo para descendientes- hablaba sin capotes, con deliciosa emoción cubierta por ética y buenos modales.

- Entonces su hijo Óscar es parecido a usted- le confirmó el anfitrión, visiblemente interesado en la temática-. Si inquieto es el retoño, ha de haberlo heredado. Quede satisfecho con ello. Más que preocupación debe sentirse orgulloso, o ¿no cree?

Orgullo por su crianza era su constante sentimiento. Las palabras del hombre le revolotearon y sublimó admiración por familia. Un embeleso por el púber ausente fue agrandándose. Lo arropó satisfacción del deber cumplido. Si su hijo era de tal manera, él no tenía disgusto. Ni siquiera Chelo y sus otros hijos lo tenían.

- ¿En dónde más aprendió Óscar querencia y defensa del prójimo?- pregunta amigablemente el campesino.

Volvió al recuerdo y a las meditaciones.

- Mmm, seguramente en la Normal del Estado. Allí merito tuvo que pasar eso- repuso meditabundo.

Tal vez presentía o sabía que esa escuela, era nido del idealismo habitado por los constructores de senderos. Quién sabe si Manuel Sandoval estaba enterado. Lo más seguro es que sí. En su vasta historia, Chihuahua lleva impresa la gran trayectoria humanista de esa controversial institución. Catedráticos con vocación democrática y estudiantes aspirantes a lo mismo, componían su comunidad escolar. Un ambiente libertario cuece necesariamente, la molienda que genera transformaciones. Quienes reciben verdad aprenden a defenderla contra adversidades. Eso recordó, a Manuel, las palabras bíblicas de los evangelios: “La verdad os hará libres”. Entonces no había nada que discutir. La propia enseñanza de moralidad religiosa moldeada en corazón y mente de sus hijos convertía en especial a Óscar, de pupilo a maestro. Así se evangeliza. Cuánto se puede predicar con humildad, fraternidad e igualdad. El “poco hacer”, es la constante de feligreses que pierden su sentido de

clase. Por lo regular todo les queda en palabras. Sólo quien habla de *Jesús* con el ejemplo, sabe que puede comprometer su vida. Así lo hacía el más inquieto de sus hijos, el más tenaz, el más alegre de todos los alegres, su pequeño. Otro niño adelantado: magna ebullición. Ésos que se aparecen, como ángeles para solventar las carencias de los limitados. ¿El verdadero mensaje de la palabra cristiana aplicada con hechos, es un equivalente a revoluciones? Desde que salió a rastrearlo, asumió esta interrogante y con el paso de los días... se agigantó.

El hombre que escuchaba, había puesto su atención en grado mayúsculo por la emoción. Observaba solvencia del contenido moral en aquel padre. Él solamente buscaba a su hijo, porque quería justificar las razones del aprendizaje justiciero que había adquirido ese ser de su sangre.

- ¿Usted es creyente de Dios?- ya más entrado en confianza le asignó la pregunta.

Le vio a los ojos, suspiró, miró hacia la montaña y asintió con la cabeza.

- Creo en el Dios supremo de justicia, él que enseñaba y enseña a pescar. Soy devoto de él; no fanático. El Dios de la transformación permanente. Aquel que ayuda al hombre cuando este se ayuda. "Ser Supremo" de cambios por obligación, en favor del amor, es mi inspiración. Ese Dios de alegría.

- Entonces, sugiero deje en sus manos destino del muchacho. Aseguro que monta buena causa si está donde me imagino. Sepa señor, esta sierra hermosa que ha recorrido, no es nuestra. Vivimos dispersos, en este suelo bendito. Pertenece desgraciadamente a grandes monopolios. *Bosques de Chihuahua*, es uno de ellos. Hay otros, y unos con nombres americanos. Nomás estamos por "encimita" de nuestra propia tierra, talando el bosque y favoreciendo vividores. El frío cala al hueso como la verdad a la conciencia y no hemos aprendido a organizarnos. Sólo unos cuantos valientes han comenzado el reclamo. Lo hacen a nombre de nosotros,

“los sin carácter”. Vea a los tarahumaras, con dietas de pinole y chile. Quienes los explotan sin misericordia, los encomiendan a los “dioses de la súplica y la piedad”. Le tienen miedo al “Dios justiciero” que usted invoca. El suyo debe ser como el mío, o acaso... ¿es el mismo? Ese que carga alegría perpetua, como la propia de su valiente hijo.

- ¿La alegría de mi Oscar? Sí, nada ni nadie podrá destruir la fuerza que en él emana cuando se entrega. Tiene enorme espíritu de servir. Entre broma y broma, con sonrisa bálsamo, va brindándose con quienes ama acompañado con partitura de regocijos- se lo dijo, acomodado en la serenidad, con una meditación profunda.

¿Quién es capaz de crear partituras de alegrías?, y luego compartirlas. No todos, cuando menos no cualquiera. “Sólo los visionarios hacen por los demás”, como les decía el maestro de música en la normal, el profesor Jesús Sánchez, mejor conocido como “Chito”, orgullo de metaleros y juiciosos filósofos de ayer y hoy. El que moldeó apasionados escultores de sonidos. Esos que capturaron mágicos ritmos y verbos sentidos para la interpretación de alegrías interiores de Óscar. Esta era palabra de “Chito”: “El socialismo es el futuro de la humanidad, indiscutiblemente”. Con sentido y maestro, prendieron las fogatas pasionales en el cuadrante de alumnos distinguidos. Entre ellos estaban: Óscar y su gran amor Bertha Medina. También su hermano Manuel, Fernando Hernández y Rafael Martínez Valdivia, también inmerso en grupo gladiador, buscador del sueño en la montaña. Eran base: Sociología, Economía Política, Historia Evolutiva, Principios Filosóficos y otras materias convulsivas, impartidas por un corrillo de ayos liberales, coincidentes en idea, lugar y época. Territorio de “ángeles rebeldes” era esa escuela normal. Mezcla para albañilería de vanguardia. Futuros estremecimientos; su pólvora. Jalones para encontrarle rumbo al pensamiento liberal. Del embrión normalista se hicieron cocteles transvases, especiales para transfusiones de sangre brava hacia arterias vacías; inoperantes. Esos que curan las

dolencias producto de atropellos inmisericordes. Allí coincidieron por atomicidad, Arturo, Pablo, Rafael, Francisco y Óscar. Cinco de los trece atrevidos. Los que remontaron la altiplanicie, buscando gloria.

El hombre lo volvió al mundo. A la charla reflexiva que se daba en las afueras de Madera, Chihuahua.

- Mire señor Manuel, hay tanta necesidad y existe una profunda incertidumbre, preñada por miedos. Somos enanos ante la complacencia del dinero. Figúrese, me han invitado a participar en lo más duro de la lucha, porque me han visto inconformidad. Saben que no soporto desdén y disfraz de este gobierno, engendro del mal. Estuve en la invasión del predio "La morita" y en otras movilizaciones. Decían: "Este es bueno para jales mayores", pero no, a eso no cualquiera le entra. Solamente los muy valientes y talentosos, porque ya vienen designados para ello. Diría: "Astutos y pendencieros músicos, poetas y rifleros se juntaron para bien". Deben ser todos lectores como su Óscar. Ellos, nadie más, tienen la capacidad para hacer lo que otros no podemos aunque quisiéramos. Y le digo esto con razón. Los que lo enviaron conmigo saben que simpatizo con quienes impulsan "los acuerdos de la sierra". Esa tarea debe tener su risueño chamaco, es corazonada. Déjelo ahí, Manuel. Permita que siga los impulsos de la verdad. Para que se diga que *Jesús* otra vez enseñó a pescar, a propósito de "los evangelios". Váyase en paz. De alguna manera, luz de sabiduría emanará.

Quedaron callados. Cada cual su pensamiento, componiendo imágenes para el futuro deseado. Se despidieron y no agregaron nada. Un apretón de manos y una mirada de agradecimiento fue la firma. Dos orilleros de las causas del pueblo, cubiertos por principios del universo noble habían expuesto razones y sin razones.

Agarró vereda hacia la estación del ferrocarril. Pasó cerca del cuartel militar y vio soldados que se ocupaban en meter miedos a

campesinos invasores de latifundios. En su paso meditó: “Cuántos infelices populares, castigando a sus iguales tiene la vida; a quien roba comida, lo condenan por “crimen capital”. Qué absurda historia lleva esta humanidad, siempre, necesitada. Esperando arribo de un mesías con séquito de arcángeles y ángeles. Desorden por bobería acompaña a la sociedad.

“Tranquilo voy, hijo mío. Me queda claro lo que vales: ya me quedaba. Sólo quería verte, abrazarte y hablarte del orgullo que sentimos por ti. No te quepa duda, entendemos esa manera como predicas tu verdad. ¡Ay!, Óscar, cuánto extraño risa y alegría que te acompañan. Elevo mi espíritu para recordarte y poner tu imagen junto a mí. Te quiero tanto y quisiera decírtelo directamente, una vez más. Tanto te aman tus hermanos. Los más pequeños que no saben en qué andas, diario preguntan por ti. Tu “Chelo”, cariñosa y tierna mujer que tienes como madre, cultiva con amor y riega con llanto la idolatría que te ha dedicado. De verdad te digo, queremos verte de nuevo, siquiera para despedirte. Como me lo dijo tu adorada Bertha: “Para verlo otro ratito, de perdida”. Quédate tranquilo, muy quieto y haz lo tuyo. Siempre estaremos contigo, ya tú lo sabes”.

El gusano de acero, con su carga de problemas e ilusiones, descendía laderas del bosque misterioso. En medio de la carga humana se mecía de un lado a otro, Manuel padre, ya desahogado, sin temores. Regresaba estaba presto para seguir cultivando verdades. No sabía que sería del valeroso hijo, pero sí del ascenso glorioso. Seguía estupefacto, admirado y digno porque su mozuelo alcanzaba estatura moral. ¿El maestro se da cuenta que el alumno ya es igual a él? Con estos motivos alegró sus interiores y se quedó dormido. En Chihuahua, las aventuras de la vida proseguían sin reposo.

Que asombrosa historia la de Óscar Sandoval Salinas, aspirante al cielo. El joven guerrillero que, siendo apenas estudiante se fue a pisar el altozano y después la cumbre para defender sus

creencias. Entre bromas y risas inacabables, seriamente cumplió con su misión. Mosquetero del cielo. Predicador con armas del purificante fuego.

Cuando envejecía septiembre, en una tarde fresca, dentro de su resguardo en calle Riva Palacio del barrio Santo Niño en colonia Las Granjas, Manuel Sandoval, padre, y Consuelo Salinas, se estremecieron escuchando “radio ranchito”. Bruscamente el locutor interrumpió la canción de moda “el siete mares”. Pasó la noticia que sellaba con luto una leyenda: “Esta madrugada, varios rebeldes atacaron el cuartel militar en la ciudad de Madera. Se habla de muchos muertos, entre los que se encuentran el profesor Arturo Gámiz y el doctor Pablo Gómez, según el gobierno del estado”. No escucharon más pero les quedó claro. Óscar no regresaría. La fuerza de su ejemplo daba primeros pasos.

Ese día, dicen sus hijos, Chelo transmitió a Manuel, llena de valor y orgullo, estas palabras bíblicas: “Cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os perturbéis, porque es necesario que así suceda”. “Bienaventurados los que padecen persecución, por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Años después platicaba en panel familiar, Fernando Hernández, amigo y compañero de Óscar, además de miembro del grupo musical formateado por el maestro “Chito”. Sintetizaba la personalidad del extrovertido mancebo. Lo hacía muy metido y con finura, jaloneando detalles desde vivencias pasadas: “Pese a lo bromista que era, cuando se trataba de asuntos delicados, asombrosamente asumía firme actitud solemne. Me sorprendí y lo admiré, la vez que estaba ecuánime haciendo exposiciones teóricas en una mesa redonda. El grupo maduraba el asalto. Esto fue en la ciudad de México. Si hubieran visto quienes lo conocieron, no creerían. Óscar dejó al niño travieso, cuando se requirió. Fue su ascenso a guerrero completo. Sin embargo, para todos seguía siendo un canto imprescindible su himno de alegría. Así lo quisimos, con ese talento tan singular. En el regreso a Chihuahua listos para remontar

la sierra, el grupo llegó a una vivienda del barrio Santo Niño. A pocas casas habitaba su madre y, un poco más allá, la maestra Bertha, su gran amor. No fue capaz de tomarse un permiso para visitar familia y novia. El deseo lo consumía; pero no. Qué enorme disciplina revolucionaria portaba Óscar.

Después lo llevé a la cúspide junto con Emilio, el hermano de Arturo, y Rafael, mi otro compañero músico de la normal. Iban otros pero no recuerdo quiénes, es que ya son más de cuarenta años del suceso. He tratado de recordarlo, sin lograrlo. Los trasladé en un *chevrolet* azul, modelo 1950. Cuando llegamos, Óscar se despidió gritándome y alzando una de sus manos en señal de triunfo. Me dijo: “¡La hora cero ha llegado!”. Eso fue lo último que le escuché. Llegaba segunda quincena de septiembre cuando montaron campamento. Sólo era cuestión de tiempo para conocer lo que ahora sabemos. Pese a las adversidades, no eran unos improvisados. Sabían qué querían y cómo hacerlo. Si no lograron el objetivo total con la toma del cuartel, si consiguieron concienciar y poner ejemplo. Honra eterna para Óscar y Rafael, mis amigos. Nunca dejaré de hacerlo y pregonarlo mientras siga en esta vida”.

Hoy en día, bajo superficie de la tierra “tarachita”, en el suroeste de Chihuahua, se guarda el máspreciado tesoro. Es cuidado celosamente, por la Madre Occidental. Ocho hombres fecundan raíces que germinan preciosas plantas e ideales. Comisarios de pueblos en cimas y laderas, junto a su gente, los veneran. Desde Arisiachic, tierra que atrapó el corazón de Miguel Quiñones, hasta Cieneguilla en Dolores. Eterno es el tributo del paria a cada Odiseo que le brindó su existencia.

Las estrellas, cuando nadie ve, titilan rítmicamente como si fueran un concierto de filarmónica alegría. ¿Será, como se dice, que esta tierra norteña es territorio de ángeles? Habría que revisarlo muy a fondo, mientras se tenga oportunidad de poder hacerlo.

Esta es la historia de Óscar. Corto su jornal. Eterna su leyenda.

FLORENCIO LUGO

*“Madre intranquilidad, bebí
en tus senos electrizada leche”.*

Pablo Neruda

Se quedó atento; lo más que pudo. Agudizando sentidos, trataba de leer un mensaje que alguna persona ajena a él, había dejado sobre la pared. Siempre analizando cada detalle del rededor desde que tuvo uso de razón, un poco después de su nacimiento allá en El Apache, pueblo nostálgico y agridulce donde se apilan las necesidades, convertidas en hambruna. Calamidades desde sus antepasados hasta su presente. Cruel lastre, herencia para descendientes que vinieran, hasta que alguien o algo dieran giro al curso del trajín sin sentido humano. Desde niño fue atisbo con mundanos en su camino. Asomó a su mente por ventanas del imposible, hurgando en los jardines de ilusiones. Buscó salidas construidas en sueños, para encontrarse mejor vida. Así inició ruta azarosa, buscando el mínimo soporte que le diera oportunidad de darse un estirón y no ser caso rutinario en el soso ambiente de siempre.

El anterior atardecer turbo, se refugió en brazos del engañoso amigo “don alcohol”. La autoridad múnice lo enclaustró, contra su voluntad, en esa celda fría y polvorienta.

Cuando regresó de siesta incómoda con resaca, lo primero que su vista encontró fue un letrero casi en garabato, que no alcanzaba a descifrar. Se levantó a medias y como pudo. Quitó una hebra que colgaba de un clavo chueco. Esta hacía confusas algunas letras del contenido.

Escuchó que alguien hablaba por micrófono, en decibeles muy bajos para sus oídos. Aparte, voces de guardias e inquilinos forzados, no permitían centrar el fondo del mensaje que se trasmitía

por el aparato de sonido.

Reacomodó su cabellera sacudiéndola y peinándola con los dedos de ambas manos. Talló sus ojos con los índices y se puso en pie. El letrero y la voz del exterior le dieron tarea doble: leer texto completo y lograr captura de contenido. Además, no había otra cosa por hacer.

Sopló la pared y quedó recargado en ella buscando aprovechar la luz del día que comenzaba a irse.

Florencio Lugo, deambulaba en rancherías, pueblos y ciudades del impresionante territorio norteño, cubierto luego por nieve congelante y a veces de sol deshidratante. Territorios pletóricos de soledades. Sin trabajo fijo, con sueldo invisible, iba como peón y jornalero destrabando sentidos.

Para la sexta década, del siglo XX las tierras en el páramo, las acaparaban pocas manos. La *Reforma Agraria* huérfana de resultados, hacía que tarahumaras y campesinos fueran espectros. Las riquezas naturales; sólo eran gusto a la vista e imaginación. Calladitos, permanecían buscando un milagro o, más bien, sepulcro.

“Únanse al movimiento popular, es tiempo de responderle al abuso de la autoridad”. La voz le llegó lejana pero clarísima. Era inconfundible textura de sonidos femeninos. “Júntense con nosotros, no tienen otra alternativa si buscan tierra y empleo. Si exigen justicia”. Esta vez, las palabras le sacudieron núcleo del cerebro y, en mandato se le encendió corazón. “Cuántos años de opresión necesitan para quitarse venda de la mente. No dejen hijos humillados y miserables”. Estiró el cuerpo pero no alcanzó una altísima ventanilla, mal decorada por rejas de sucio acero. La escucha tuvo complicación, porque se combinaron: rumbo del aire, ruidos, voces internas y problemas técnicos de un altavoz defectuoso.

- ¿Tú eres Florencio?- le refirió un preventivo vestido por descolorida cachucha y camisa desfajada.

- Claro que sí.
- Pasa para que pagues multa.

Antes de hacerlo, intentó conectarse a la voz femenina. No lo consiguió. Sólo le trajo el viento, ruidos sin comparsa. Sin embargo, en la vuelta atrapó mensaje del muro: “Súmate a la revolución, no mueras por nada. ‘Movimiento Heraclio Bernal’, búscanos ahora: es tiempo de empezar”. Mezcló esa expresión con palabras dichas por la hembra, en alguna calle de aquel pueblo llamado Casas Grandes. Le sobrevino presagio: “esos son los que espero”. Le fue señal con fuerza desconocida, descomunal y esto pondría brújula al timón de su vida.

El aire helado de la tarde frotó al joven rostro que disfrutó el contacto. Como maravilla llegaban ideas y esperanzas frescas. Letrero y discurso inquietaron, para siempre al “potrillo de llanura larga y sierra alta”.

“Entonces equivocado no estaba” decía su interior cerebral. “No soy el único que piensa que todo anda mal porque vivimos estancados y muy maneados. Cuánta torpeza hemos permitido”.

Fue augurio impostergable por necesidad. Debería hacer algo fuerte.

Cuando Florencio Lugo nació, el municipio de Galeana era rico en necesidades, tanto que su abuela Lorenza hizo función de comadrona y encomendó su niño a la “gracia divina” a parto venturoso como recurso casi único en desposeídos. Lo hizo volteando rostro vacío hacia el cielo.

El niño se logró y creció, embarneciendo cuerpo con rudeza de jornales. Agudizó instintos alimentándolos con decoros. Eran espejo de alma y decencia. La mocedad se construyó, volando de un empleo a otro. Poca paga; mucha dinamita. Estruendo en espera por abuso de sobresaltos. El intelecto le aconsejaba rechazo al tren de vida incómoda.

Muy temprano, abrió puerta vital: la perspicacia. Buscaba salirse del revolcadero, contenedor de polvos asfixiantes. Qué

tiempos esos. Mujeres y hombres casi muertos, deambulaban de los sembradíos a las fondas, de las fraguas a las caballerizas, de los cargaderos a los minerales, de las desocupaciones a los vicios, de las vidas inútiles a las muertes. Esos carruseles, abordajes de míseros fue odiándolos el jovencito que aún no cumplía los veinte. Ya venía cargando gigantesco desprecio, por cuenta de sus ancestros, contra sistemas que enriquecen a grandes señores. Así comenzó búsqueda de almas gemelas. Olfateaba raciocinio dentro del valle de “muertos vivientes”. Por eso, letrado en la cárcel y texto oral femenino le avisaban que no todo era sometimiento en aquel reino de amos con absurdos dictámenes para lacayos.

Cuando encontró lugar, el mitin había terminado. Con peritajes, obtuvo señales que mostraron autoría. Esas almas que buscaba estaban cerca. La posibilidad lo puso afanoso.

Del suelo, tomó una hoja impresa con líneas manchadas por efecto de mimeógrafo rústico. ¡Ah!, pero el contenido volvió más loco al de por sí no tan normal, Florencio. “No tienes tierra, porque unos cuantos la han robado. Únete a nosotros y construyamos justicia para los oprimidos. ‘Movimiento Heraclio Bernal’, estaremos junto a ti”, así estaba escrito.

- Son los mismos. Los de la cárcel son los del mitin. Es el mismo grupo. Claro, exigencia dura equivale a prisión.

- ¿Qué dice joven?- le preguntó el anciano sentado en una banca de la plaza, cuando escuchó y vio a Florencio hablando en voz alta.

- Verá mi amigo, estoy descubriendo la existencia de ángeles buenos, que son de carne y hueso. Voy a buscarlos ahora mismo-lo dijo festejando la intervención del otro dialogante, con sonrisa y sentido nuevo.

Salió con rumbo perdido, preguntando aquí y allá, mostrando entre sus manos un pedazo del ala angelical: formateado en papel revolución.

En el territorio de Florencio siempre fue así: salida a cualquier

parte, al destierro mudo. ¿Por qué atarse?, no existían lazos patrimoniales y eran tiempos para nómadas. Tiempos de vivencia al día procurando sol, aire, agua y alimento, como se pudiera.

Descubrió que vivía en región desolada, copada por desilusiones: dos fatalidades. Ya juntas, arribaban muerte al alma, antes que fuera física. Hecho lamentable es este padecimiento humano. Pobre infeliz sin mínima voluntad, a merced del oscurantismo.

Al fin los encontró.

- ¿Usted es la profesora Magdalena? – dijo en tono suave, tratando pareciera agradable.

- A sus órdenes. ¿Con quién tengo el gusto?- devolvió la suavidad.

- Con un errabundo, carente de títulos y gracia. Olvidado, además, por divinidades y sus representantes de la tierra.

- Y, ¿qué desea de su servidora? – preguntó sorprendida.

- Ayuda para encontrar salvación desde este mundo, no después de mi muerte. Por eso vine a usted.

- Bienvenido al “Movimiento Heraclio Bernal”. Esta es su casa. Pero tendrá que seguir construyéndola con manos propias si decide entrar en ella. Junto a la suyas estarán las de sus amigos que aquí ya viven. Otras vendrán luego. Estamos a la espera.

Había encontrado la dueña de voz que buscaba desde el día cuando salió del presidio cuando su loca borrachera, ahora bendita.

Profesora y hombre, entraron en comunión única, impresa en florida comunicación de sustantivos profundos que pondrían a Florencio, muy pronto en la epopeya de época. Comenzó a conocer ángeles, hechura carne y hueso, en paraíso complejo, imperceptible.

Entró a un sendero de medallas, imaginarias, ganadas en quijotescas campañas: invasiones sobre predios latifundistas, concentraciones populares, caravanas de rebeldías, plantones en edificios públicos y otras actividades de no menos esfuerzo.

Y consiguió el podio para quienes quedaban en la cumbre del sacrificio. Análisis galopante de escrituras críticas y estructura organizativa insurreccional, era alimento al espíritu.

Los de la cima sabían de sobra, que serían llamados a tareas del alto vuelo, “de ligas mayores”. Así las definían.

Una vez, en algún lugar y durante alguna acción, escuchó el habla de un muchacho de su edad. Tenía profunda mirada negra, verbo pausado y conmovedor. La gallardía era su porte.

“Debe ser de los principales, se le nota a leguas. Lo va expirando”. No volvió a verlo. No en aquel espacio y tiempo de aprendizaje.

- ¿Quiere irse con Arturo? Él desea conocerlo – dijo otra vez, la mujer.

- Si hubiera manera, mucho me gustaría.

- ¿Se siente seguro? ¿Está listo? No hay necesidad de forzamiento. Así no resulta la querencia.

- Hace mucho su servidor está al punto. Por imposición nada hago y llevo amor de fuego para donde me está invitando.

Nuevo escalón estaba construido. Florencio Lugo recorrió escuelas con asignaturas sabias y centelleantes, contenidos y métodos basados en necesidades: verdaderas estrategias para heroísmos.

La escuela superior esperaba la guerrilla rural de su país. Recurso obligado y recién redescubierto en Chihuahua. Reinventado por otros jóvenes parecidos a sus ángeles. Pronto los conocería.

En breve, ascendió a geografía de la cordillera, junto con otros seis prospectos. Él, buscador de alados seres, atrapando su destino. Durante jornadas sacrificantes recorrieron metro a metro compleja contextura serrana. “Solamente regreso glorificado o muerto honorable”, susurraba a su inquieto corazón.

Desde el mineral de Dolores que tiene delicioso aroma en sus montañas fascinadoras e impresionantes, bajó para encontrarlos Arturo.

Supo Florencio que apellido de éste, era Gámiz, nacido en Súchil, un pueblito cercano a la serranía duranguense. Le maravilló hasta el azoro, verlo ensimismado en lecturas de contenido y apasionado a la música clásica. Lugo hizo copia fiel de esas cualidades: adoptándolas.

El comandante del primer grupo insurgente armado y organizado de la posrevolución mexicana, estaba junto a él. Vestido en mezclilla y calzando bota minera. Con tesura blanca, voz regular y media barba. Brincados, apenas, los veinte años. Buen mozo, amable y sencillo de trato como se lo habían descrito.

- ¿Cómo los trató el camino camaradas? ¿Tuvieron penurias?

- Amolados pero ya estamos aquí y nadie nos moverá - contestó alguno de los recién llegados. Lo que provocó aplausos, risas y un grito de festejo.

Semanas más tarde sólo Florencio, de aquel grupo de siete, quedó en el bosque con Arturo. Argumentando: “tengo problemas de salud”, “pongo al corriente mis asuntos y regreso”, “nada más que nazca el niño y aquí estoy”, “le entro cuando esté la cosa en serio”, “tengo miedito pero nomás que se me pase y me retacho”, “no me explicaron bien de que se trataba”. En breve, se retiraron los demás.

Cuánto cuesta cambiar la inercia cegadora; si tan sólo el intento. Quien pretenda hacerlo enfrentará, mil veces, feroces tempestades. El que quiera quitarla, sin saque, pierde comodidad familia y completa salud. Los señores del dinero no promueven cambios, ¿para qué?, si tienen lo que quieren y desean. En cambio la servidumbre sí, pero cómo cuesta que entienda y cuánto tarda en hacerlo, sin contar el serial de dificultades que enfrenta para lograrlo. Cambiar inercia hipnotizante es tarea hecha por titanes o tal vez por ángeles en emergencia.

Pasado el invierno subieron los primeros y, súbitamente bajaron casi todos. Con primavera media siguieron las cribadas. En verano, sólo quedaron bragados: valientes, remplazando cobardes.

Allí, el del Apache, impávido, muy claro de su violento porvenir, preguntándose en personal secreto: “¿Siempre será así el camino de los justos?”.

- ¿Cómo se siente compañero? Da gusto encontrarlo con nosotros, en momentos cuando valor y talento son requeridos. Y qué difícil nos resulta encontrarlos. Estamos en estas cosas por causa del sistema atrabiliario y miope. Florencio, sé de sus cualidades y me honro en volverlo a ver en este lugar. Me llamo Miguel. Estoy a sus órdenes.

- Igualmente compañero- contestó Florencio dándole, emocionado, fuerte apretón a sus manos.

Siguieron en charla que variaba de lo mundano a lo profano. Pláticas que se dan cuando están los que saben, son momentos especiales anudando amistad inmortal. El que poseía mirada negra y profunda, verbo pausado, inteligente y conmovedor, era su amigo. Llevaba consigo Miguel, notable gallardía, en momentos del preparativo destellante por locos condestables recorriendo cumbres rebeldes.

Lo sucedido entrado el otoño, está escrito. Fue vertida sangre juvenil en páginas de agitada historia mexicana.

El diálogo hizo a un lado palabras y adquirió lenguaje de balas: forma comunicativa y la más aceptable, para hacerse escuchar ante tanta intencional sordera. Sangre cubrió pinos y noticia recorrió la patria.

- ¿Cómo define el famoso “asalto al cuartel Madera”?, haciendo a un lado información distorsionada de una prensa vendida - preguntaba en plena clase el universitario, a su maestro de filosofía y letras.

El catedrático, otro duranguense, terminó por limpiarse los anteojos y acomodando melena entrecana atrás de sus orejas, una costumbre de reflejo estilista, y habló pausado.

- Buena es tu pregunta y, como tal merece respuesta de igual medida. Sobre todo para que puedan difundir verdades, que son

fuente única para generaciones transformadoras.

Cuando se juntan tantas décadas con oprobio constante, llenas de laberintos espinosos sin salidas, ¿cuál es la respuesta?, si tu gobierno es necio, tardo e intolerante. Peor tantito si careces de organización partidaria que esté al frente de tu problemática. Cuántos intelectualoides deambulan con palabrería sobre justicia social, sin compromiso en hechos. Los héroes verdaderos no emergen de palabras, se construyen con centellas. No esperan milagros del raciocinio aletargado. Basados en los problemas actúan. Ya lo refiero en un libro mío. Lean “Ensayo sobre un proletariado sin cabeza”, para que profundicen sobre el tema.

Aquellos jóvenes que asaltaron el cuartel sintieron necesidad organizativa ante el descontento por verborrea politiquera. Aunque alguien firmara decreto insurrecto, este no se da por eso. Se produce por ansiedad para resolver obstáculos que no permiten vivencia decente. Héroe, es quien evita le ahorque el destino engañoso: mejor cae luchando.

Estos gloriosos norteños fueron primeros en nueva etapa que cuestiona y asume hechos obligados. Recuerden, pasó hace tres años y miren qué estamos viviendo aquí en la universidad. El gobierno, odioso es por su indiferencia y, faccioso por su respuesta represiva. Un estado que no puede ni sabe atingir con quienes debiera representar, está expuesto a rebeliones. Este año de olimpiadas puede resultar no tan limpio. Les prometo que seguiremos en la introspección de condiciones objetivas y subjetivas provocantes para alzamientos de irreverentes. Es todo. Vayan a la movilización de hoy. Cuídense.

Así, en ese estilo, terminaba clase José Revueltas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Era una tarde lluviosa de julio.

Regresando con Florencio Lugo: herido, consiguió cruzar la sierra. Por un amigo, se enteró sobre comentarios del maestro Revueltas acerca de la cautivante hazaña juvenil. Y aún estaba

enfrascado, muy afanoso, en búsquedas angelicales y guiándose con estrellas del sur, fue a montañas guerrerenses, tras eso. Otros, cuentan esa forja de acero.

Nada logró quitarle culto por transformación constante. Ni siquiera la tenebrosa prisión de Lecumberri, cuando lo tuvo como mesonero.

Si quieren conocer a Raúl Florencio Lugo Hernández, hijo de Celestina y Ramón, humildes campesinos; el que fue jalado a este mundo por su abuela Lorenza; ese buscador de ángeles justicieros, quien ignoraba que él era uno de ellos, visiten Sonora. Lo encontrarán estacionado en Agua Prieta. En piel y entraña lleva puesta suspicacia como alarma y, fino olfato para vida nueva. El buen labriego, a más de cuarenta años de la indocilidad en la montaña, sigue cultivando su semilla puesta a cultivo en fría madrugada. El rondín de estrellas galopantes observan un Florencio Lugo aunque con misión cumplida, yendo al encuentro de advenimientos con perentoriedad donde los protagónicos son: querubines vengadores.

Sabe muy bien, el “potrillo de llanura larga y sierra alta”, que sigue viviendo en demarcación enredosa, territorio mental enajenante, que ocupan seres que ya están muertos desde el alma. Por eso adquirió alas libertarias. Idiotez de muchos; no le permite descanso. Así sea.

HISTORIA DE PACO LLAMADO, TAMBIÉN, LUIS

*“Un buen día quise ser una caricatura,
para de este modo, hacer mil travesuras”.*

Walt Disney

- ¿Cuál nombre llevarás durante el combate?- le preguntó Ernesto al finalizar otra jornada de entrenamiento, muy cercana al compromiso que pronto afrontarían, sin imaginarse con qué fuerza habrían de hacerlo.

- Me van a conocer como Luis.

- ¿Por qué así? ¿Se puede saber?

Sonrió antes de contestarle.

-Verás, he estado pensándolo desde que hiciste la propuesta. He concluido que si Florencio se llamará Hugo y mi nombre real es Paco, ahora me conocerán como Luis. De esa manera cubrimos el trinomio: Hugo, Paco y Luis, los azarosos sobrinos del pato Donald.

Apenas contuvo risa. Le dio palmada al hombro que, Paco interpretó: festejo a la ocurrencia.

Al gemelo Francisco Ornelas Gómez, le rebotaban recuerdos. En su mente estaba Arturo, llamado Ernesto en honor al Che, cuando afinaba detalles para el histórico asalto. Tomó por nombre Luis para bautizo de sangre comunal.

Allí estaba, muchos años después, mirando ruinas en un desolado edificio. Lo que fue cuartel militar construido con árboles. Sin pereza reconstruyó filme, justo en el lugar donde su cuerpo dio estremecedores impulsos. Los más fuertes de su vida.

Quienes han tenido fortuna de conocer a Paco, saben lo saleroso que es. Un personaje de cobertura crítica, febril para el debate y cortejante con lo que quiere. Regala amistad indiscutible llena de

vida, con su leyenda. Sabe de ello y puede contarlo con su gracia, aplicando sencillez. El honor tiene espiritualidad sin percibirle falsas modestias. Da gusto platicar con él y más, escucharle su historia. La que fue epopeya en Madera. Ésa que contarán sus hijos y los de éstos y, las cadenas de su sangre, en todos los tiempos del hombre. No cualquiera gana gloria tan mancebo y se da gusto recordándola y transmitiéndola, como lo hace el amigo Paco llamado también Luis. Grandioso es como el personaje de historieta al que instintivamente, le encomendó suerte y destino. Paco o Luis, por método, rumba por la vida estilando agrado y alterando lógicas de objetividad, en similitud al ingenioso Quijote: atrevimiento de Cervantes.

Vio el cuartel en ruinas, fuera del cuadro de aquella fría madrugada, cuando hicieron alba con resplandores por habla fusilera. Una avalancha nostálgica arropó su pensamiento. Cargaba en su morral: verdad y pasión de ocho hombres. Su voz y coraje: eran aquéllos. Por sus pulmones respiraban, su cerebro los multiplicaba. El corazón era el de todos. Entrevenado para conducir sangres rebeldes, muy púrpuras para escribir historietas cándidas de vida eterna. Seguía admirando el atrevimiento. Preguntándose: “¿Cómo, en este lugar de la galaxia se juntaron ganas y genialidad? Fuimos arrebatados muchachos. Viajeros del tiempo llevando mensajes existenciales de años luz, sin hora ni lugar para descanso, con fatiga a cuestras, haciendo que los minutos fueran semanas. Muchas noches vistiéndolas con soles sacados del imposible. En un puñado de años fabricando salvaje colmena con deliciosa miel sobre planísimos riscos, alimento fuera del alcance humano común. Sólo probado por quienes alimentan ilusiones y sueños jubilosos. Todo eso éramos”. Emocionado, suspiró profundo.

Le pareció que el viento, traía aroma de amigos. Sintió mezcla de torbellinos y pasiones. Como si estuvieran junto a él o, apenas hubiese dejado de verlos.

Lo que en pie quedaba de la gendarmería, agigantó su

remembranza. Un estremecimiento se le hospedó. Se figuró pasado: estantería de pinos dispuestos como paredes, pisos, techos y cercos de la sede militar. Le brisaba el ayer, su energía, el coraje, su mocedad. Sintió que los objetos observaban sorprendidos por tenerlo enfrente, a plena luz. Atrevido, treinta años después regresaba para reconstruirse y darle respiro a la inquietud. Un mozalbete del alba diferente, estaba parado frente a ellos. Se les quedó mirando esperando le hablaran, quizá. Fascinado, con paso lento hizo recorrido. Observando a detalle cada sobreviviente objeto del viejo cuartel. Admirándolos con su cerebro refinado. Su interior seguía diciéndose que ese fuerte militar fue defendido por jóvenes iguales en edad. Contestaron al fuego rebelde con fuego oficial por órdenes e instinto, salvaguardando sistema anquilosado, protector de monopolios. Se imaginó soldados, como fantasmas, caminando en patios e interiores apenas en flor de vida, perdida sin gloria. Contrario sus aliados, que retornaron al pueblo convertidos en historia y mitología.

Un atardecer, vergel de Saucillo, casa de Loreto la abuela, tuvo corto y decisivo diálogo con Pablo. Recibió palabra estrujadora que le cambiaría existencia. Principiaba el verano previo a su otoño de fuego.

- Haremos uso de las armas. Es una decisión consensuada, después de un análisis profundo. El sistema que padecemos no da para más. Cerró todos los caminos posibles y si queremos construir sistema de igualdad, será bajo tormentas. Por ello me obligo a preguntarte: ¿Quieres ir?, ¿estás puesto para la ardiente tarea? Si crees que no, entenderé y, de cualquier manera seguirás teniendo el cariño que te he profesado porque eres mi sangre. Aclaro, también lo tienes por ser joven entregado a la causa de parias. Confiando en tus ideales y admirando tu intrepidez, he propuesto que seas un elegido. La decisión es tuya, Paco, de nadie más.

- Quiero ir. Seguro que sí - dijo sin titubeos - Desde que empezaron nuevas acciones del movimiento, he visto que no hay

más camino. Sólo el que plantea. El segundo encuentro de la sierra “Heraclio Bernal”, dejó esta conclusión. Estoy listo para enfrentar aflicción... tío Pablo.

- ¡Órale! Así será.

El doctor sonrió festejando que la bravura cubría a su familia, desde que sus padres habían marcado camino de justicia. Su progenitor Pablo y Loreto, su madre, eran apegados consecuentes con ideales villistas y cardenistas. Inculcaron en descendencia, estruendosa reacción para defensa del noble instinto.

Paco respondía a exigencias inéditas, sereno, completo, orgulloso.

No hubo más discurso. Dos seres con temple que buscan buen futuro, hablan poco: recurren a hechos. Es práctico lenguaje.

El tío dio fajo billettero de baja denominación al sobrino para trasladarse a Zacatecas y México, lugares donde recibiría entrenamiento mayor, antes de acometida guerrera.

El joven, miembro del clan Gómez y estudiante de la normal del estado era sobresaliente vindicador de los carentes de tierra, casa y empleo. Sin darse cuenta se convirtió en un ángel para ellos. Lo entendió durante segundo encuentro de pobres ilustres, realizado en tierra duranguense. Quedaba claro: ante camino complicado, los mejores serían protagónicos. Ya presentía: uno sería él. Rumbo sin retorno y en carreta iba trepado.

“El encuentro llevó por nombre: ‘Heraclio Bernal’. Este fabuloso personaje justiciero de Sinaloa, que no pocos duranguenses reclaman como propio, fue brazo moral y vengador contra compañías mineras extranjeras: explotadoras y martirizantes durante el opresor Porfiriato”.

“El acto fue en Durango, tierra de Arturo y Miguel, y los Gaytán descendían de campesinos mineros. Es clave: se confirió honor a Bernal”. De tal forma afirma el llamado Luis, a quienes ignoran este asunto.

El aire de montaña lo regresó al cuartel malparado. Dos veces

habían estado juntos. Sólo dos veces. En pocas horas los sentidos alcanzaron plenitud. La primera: locura suelta en madrugada del lejano 23. Emergió congestionada con elíxir de heroísmo por aroma juvenil. La segunda: paz interna ganada. El deber cumplido, le dejaba tranquilo el espíritu. Era “reencuentro con disfrute especial” que los tiempos respetarían.

El cumplimiento acarrea tranquilidad a los íntegros, que sobrepasan faenas rutinarias muy pesadas. Francisco o Luis, entiende que seres inconscientes y sumisos tienen minúsculas reacciones. Por eso la tarea: despertar la gente, llevando tatuajes coherentes y perseverantes. Porque el inútil carece de presente significativo. No tiene herencia que entregar. Lo sabía, sin amargarse. Su temple le regalaba fuego para enfrentar fatiga de otros. Imposiciones válidas son las que ellos, los valientes, por si solos se asignan. Y lo hacen por la necesidad que implanta su fogosa existencia. De otra manera no van, porque no existe inspiración.

El viento fresco de la montaña lo retornó al cuartel. Tocó algunos postes del viejo resguardo militar. Los hechos de tres décadas atrás, volvieron a invadirle. Quedó pajita gracias a la claridad con que llegaba pasado. El glorioso ayer fortalecía y daba rumbo por mucho, a su continuar. Lo respiraba. Legado: seguiría conservando, defendiendo y esparciendo ideales de caídos en los primeros vientos libertarios.

Le brotaron imágenes y acciones. Rostros en la refriega fueron a su mente. Cristalinos, sonrientes, olorosos a barro y pólvora llegaron a su cámara de retenciones. Con prontitud los tuvo llenos de vida, antes que la muerte les diera beso de recepción.

La carga emotiva lo estremeció. Habló a su corazón: “Desde esa escuela y aquella iglesia lidiaron con valor a pesar del pésimo armamento, Pablo Gómez, Emilio Gámiz, Antonio Scobell y Miguel Quiñones. Cayeron combatiendo. ¡Ah!, amigos, parece que están conmigo, ¿sí?”.

Dio suspiro con su peculiar estilo y giró vista a donde estuvo el terraplén para carga y descarga del ferrocarril, lugar que fue fortín del ataque frontal en septiembre memorable. Otras siluetas a la mente. Una, Arturo Gámiz, el comandante. Otra, Salomón Gaytán, el justo. Al final, Ramón Mendoza, riflero de lo mejor, que sobrevivió por designios de quién sabe.

Avanzó a un costado. Topó con derruidas viviendas del lugar que fue local para talleres y almacén de trenes. Fluyó soliloquio: “Si hablaras, Casa Redonda, me dirías qué fue de mis camaradas. ¿Por qué los desamparaste del horrendo fuego? ¿Sí quisiste hacerlo? Esa siempre ha sido mi idea y disculpa el reclamo, es que duele la vida de Óscar Sandoval. Sin tregua lloro muerte de Rafael Martínez Valdivia, pero agradezco tu cuidado y protección para Lupe Scobell y Florencio llamado Hugo, como un pato de mi suerte”. Hizo mueca para regocijo.

Expresión traviesa viste Paco. Aflora tal vestimenta a cada paso rutinario. Ufano, suspicaz y pícaro es muestra permanente. Sin más lanza verbo y sustantivo, contagiosos. Profundidad de palabra es el hombre. En contraste, desaira y se vuelve fantasma escurridizo, cuando ve poca monta en quien quiera fraternarlo. Conociéndolo, se entiende por qué.

La inquietud le roló tarea: regreso a ciudad Madera, subirse a su pasado. Puso vista e imaginación en el largo de una calle. Como sueño, al fondo estaba Matías Fernández cuidando el camión carga trozos con armas de reserva. Se le erizó piel. Otro jovencito sobreviviente de otoñal alborada fue Matías, también fuego adolescente.

Antes de concentrarse en último escondite del asalto, veloz sobrevino la imagen familiar. Rostros espectrales le brotaban y engrandecían querencia. Al principio sus abuelos, generaron epopeyas transmitidas a descendientes y recibidas con orgullo. Por nobleza se veía heredero comprometido con la gallardía ancestral.

Con singular disfrute, distinguió la “Casa Pacheco”. Puso ojos en ella. La sintió señorial para gusto y acomodo del momento. Estaba a la medida para invocación de patos. Dicen que perteneció a un tal Pacheco, de allí su nombre. Al verla sintió zangoloteo en toda su tierna bizarría. Como autómatas se acercó a su casa de la suerte, que le daría abrigo aquella madrugada gélida del mítico enfrentamiento. Desde una esquina, el rifle siete milímetros escupió fuego, al grado de fundición. Ese amanecer su pecho no albergó bala mortal esperada. ¿Por qué? Cosas que tiene la vida. Fortuna: narró al mundo, la fuerza y gloria de su proeza. Con su historia maduraron ilusiones para seres dignos de un país estropeado y, deshizo verborrea embustera del parte oficial.

-¿De dónde sacaste ideal y coraje?

- Viene de familia y, si me apuras precisión, te diré que por madre y tíos traigo cadena inspiradora.

De tal forma contestaba Francisco en conferencia de prensa, años después del hecho que inspiraría a guerreros y al arte de compromiso.

Su familia es orgullosa recurrencia constante. Cima que no abandona porque permiten respirar vientos de libertad, como dicen los Gómez, como lo asevera especialmente Paco.

El recuerdo de Herminia, mujer que le dio vida, lo pone en vibraciones supremas en velocidad saeta. Sólo con escucharle y verle faz, captas amor guardado para ella. “Mi madre tenía maravilloso canto. Decían era un ruiseñor. Y más, leía tanto al grado de retraso en trabajos domésticos. Qué virtudes inmensas las de mi pequeña”.

Herminia murió joven, pero la veneración es longeva en quien subió a la montaña, pensando en ella.

Insistente gorjeo y ramaje mecido le avivaron memoria. Fauna y flora de la tarahumara, son banquetes inspiradores. Luis, el pato insurgente, admirador y vigilante del medio natural, aumentó convicción. Estaba inspirado el guerrero de la montaña. Los

ríos: sus golpes, las nubes: sus sollozos, los riscos: sus rugidos, los cielos: sus trinos, las gramillas: sus zumbidos las miserias: sus lamentos, los socavones: sus gritos, le agrandaron vertientes revolucionarias, pendencieras.

Iba absorto y maravillado, fuera del mundo, como duende de bosque. Adoptó monólogo con mímica y gesticulación. Decía: “Aquí cayó Arturo”, “desde allá llegaron soldados cerrando emboscada”, “si hubiéramos hecho retirada a tiempo, pero cómo saberlo”. “Cuánta testosterona cargaba el comando, no cabe duda”. En eso estaba cuando dirigió mirada arriba. Le llamaba el faro contra incendios “la Chinaca”. A lo alto de los cerros fue a continuar reconstrucción de la epopeya.

La faena empezó muy de mañana en el recinto del panteón municipal. Saludó a compañeros con su estilo irreverente. Arturo, Pablo, Salomón, Antonio, Miguel, Emilio, Oscar y Rafael, escucharon muy atentos. “Así atienden algunos muertos a vivos sinceros que hacen de ideas ideales”, esto le argumentó a Saúl, su hermano. Otro que tiene historia.

Estaba, como creyente de igualdad, frente a tumba monumento, leyendo memorable epitafio: “El México nuevo, en donde haya una verdadera justicia social se construirá, con el dolor, el sacrificio y la sangre de sus mejores hijos en aras de los más sagrados ideales del pueblo”: Dr. Pablo Gómez R. Seguía admirando cada día del recorrido terrenal, solvencia moral y carácter acerado de los sacrificados. En concepto popular: “a cual más de bravo”, “ni uno menor en calidad humana”.

Recordó una anécdota que mostró compañerismo, herencia cultivada en ellos. “Todos descendientes de clase baja, lectores ávidos y arquitectos visionarios, leyeron por los que no, para observar futuro. Dibujaron porvenir por los inoperantes”. Murmura con frecuencia, hablando solo.

La anécdota: cierto día en el valle donde el Popocatepetl, su grupo ejercitaba cuerpo y espíritu teniendo en mira la “Misión

Chihuahua”. Hubo momento que la actividad se empantanó y Paco se dio cuenta por qué Arturo no ejecutaba ejercicio eficaz. El motivo: había olvidado su cinturón en el campamento e ir a traerlo, subiendo intrincada planicie resultaba incómodo. Sin embargo, trataba de mantener en secreto la dificultad. Pero resultaba penosa pues, con una y otra mano sostenía el pantalón para que no cayera.

- Ponte por favor, mi fajilla- le habló Paco al oído, queriendo secundarle trivial secreto.

- No es necesario. No hay ne...

El nombrado Luis, habló en galope. No dio tiempo a negación. Disparó síntesis conceptual.

- Por favor no me cuestiones porque rechazarías solidaridad de un compañero. Dices que es hermosa cualidad revolucionaria. Tómalo por favor. Lo pido en nombre de los que damos todo por construcción del hombre nuevo. Ese que encabezará el esperado orden social donde no habrá sello discriminatorio y estará plétorico de justicias. Que será respiro para virtuosos y alivio de enfermos y ancianos. Además, gracia para caudales de inocencia: niños ignorantes de calamidades e infinidad de adultos con paso mental lerdo.

Arturo quedó inefable por concepto contenido fuerte, vertido tan rápido, tan pícaro. Ya no dijo nada. Se quedó mirando, agradeciendo, a Paco y a quién sabe qué más. Estaba admirando la calidad del comando. Qué maravillosos seres compartían suerte con él.

- Toma mi ceñidor y, tampoco vayas a negarte - dijo Miguel Quiñones Pedroza al propio Luis, cuyo nombre verdadero era Paco. Escuché lo que estabas diciendo.

Por lo dicho, no se negó. Cómo hacerlo, si él había impuesto condición para fraternidad, sin cuestionamientos.

- Ahora, te entrego el mío amigo Miguel y, de igual manera, no repliques, sé consecuente con lo que predicas - algún otro bravío

le ofreció a él.

Luego a éste, otro y, al otro, alguien le cedió el suyo. El mismo ceremonial prosiguió en los demás hasta cerrar círculo.

“Ya no recuerdo cómo quedó la distribución. Nadie quería ser menos cabal. Ese día, la rebelión demostró cuán contundente amistad poseía. Qué estatura de principios llevaba el grupo que rumbó a las cumbres norteñas. Yo estaba en él y por él combatí. Tenía diecisiete electrizantes años”. Con piel chinita esto cuenta, cuando se requiere, el descendiente de la dinastía Gómez. Y siempre agrega: “Fue el hecho de por qué Arturo, en hora de su muerte, llevaba cinturón con inicial “F” de Francisco. Conmigo quedó cinto de Quiñones y lo porté en el combate. Espero regresárselo a su hermana Estela. El mío quedó inmortalizado en la fosa común. Aún ciñe, con mucha honra, las cenizas de un héroe”.

Seguía platica con imágenes pasadas y, avizorando el faro retador de fuegos. “Templo de ánimas del bosque”, concepto de Francisco.

Y seguía con solitario discurso.

“En caso de retirada la palabra clave era “águila”. Luego iríamos al huerto de manzanos o a esta atalaya, para reagruparnos. La expresión designada nunca se escuchó porque la dirían quienes murieron, siendo temprana la degollina. Ahora ya lo sé. Ellos pensaron, en los primeros instantes, ganaríamos la batalla. Sólo que el enemigo multiplicó fuerza y pasó lo que pasó. Eran más de los esperados. No cabe duda, la historia se edifica con muchos tabiques de contrariedad. Riega cultivos de vida con desembocaduras de violentos arroyos y ríos rojos. Marca cauces para ramificaciones de existencia, arrebatando finísimos follajes a los árboles vitales”.

Sus ojos acariciaron la pedrería que componía musculatura del vigía de floresta. Se quitó mochila llevada para la ocasión. Elemental era su contenido, pero mucho mejor lo traído en otra, cuando atravesó peñones en nueve días y ocho noches.

Dispuso preparativos para acampar, la oscuridad se avecinaba

Así lo hizo treinta años atrás. Era idea que en el faro platicarían con el cobijo de penumbras. Hablarían sobre pericias libradas durante el asalto. Pablo, Arturo y Salomón tomarían nuevos acuerdos logísticos para vanguardia y retaguardia. Pero no fue de tal manera. Aquel día en aquel septiembre, sólo Paco acudió a la cita. Ocho quedaron sin vida, formando fatídica línea en singular sepulcro. Los otros cuatro, prefabricaron escape milagroso por veredas hechas del apuro.

En el inmenso cielo, las linternas colgadas de clavos invisibles le inspiraron memoria. El corazón acarició hazaña de su fuga. Otra vez las estrellas, esas incansables protagónicas, participando y coaligando con temperamentales actores mundanos. ¿“Estrella” con luz propia, es el nativo de ciudad Delicias?

Mandó atención a una constelación. La más clara. Cuando menos para él. Ahora sabía, era la Osa Menor, conocida como “el carrito”. Conjunto de luces milenarias o, ¿ángeles guardianes? para quienes están en soledad. Recordó, le marcaron trayecto hacia el hogar, cuando la noche convertía, sin distinción, en negro profundo, todos los tonos y colores.

- ¿Cómo fue que te les escapaste, Francisco? ¿Quién cubrió tu retirada? ¿De dónde te brotó lo invisible? ¿Algo poderoso quiso que no cayeras? ¿Hay cuestiones incomprensibles, que designan suerte a los vivientes?
- Durante el resto de mis días seguiré preguntándomelo.

Embelesado contesta a su familia, con la inspiración a cuestas, todavía. La amamanta, desde que el cosmos se la obsequió durante las inolvidables noches de fuga.

Raúl Gómez, su tío y después padre por la partida de Herminia, le reinventó vida salvaje. Coraje contra abusos. Mezcló cariño y virilidad familiar, sazonados con creencias de antepasados.

Su manifiesto: “Dice Loreto, que tu ángel materno cubrió con manto bendito la retirada. No te hallaron. ¿Cómo?: bruma eras. Fuiste viento ascendiendo serranía. Querían luz para clarearte;

eclipse total mandó tu madre. Ellos, torpes ciegos y sordos sin ojas, no te percibieron. Lo impidió el manto de la virgen. Ángeles o estrellas, por cordilleras y ríos te guiaron hacia nosotros, hijo mío. La sangre de Pablo es cuota de amor al pueblo y, tu designio será: narrador de su hazaña, dice la abuela. Ahora, ¿abrirán ojos los mexicanos? No importa tiempo que tarden, pero sí”.

“¿Qué más puedes probar que lo probado? Pactaste firmando con sangre. ¿Quién lo hace? Gracias Paco, nadie olvidará tu hechura. Desde la fuerza de los tuyos te multiplicarás. Septiembre, lo exigirá siempre. Da oído y respeto a la fe de tus mayores, que por algo dicen las cosas”.

Con este recuerdo cerró ojos e intentó dormirse; no pudo. La solemnidad del bosque lo reanimó. Sólidos estaban los hechos de seis lustros. “¿Cómo salí del cerco?”. “Increíblemente”. “Viento sin polvo y ruido, fui”.

Pinzas, con fuerza retrospectiva, lo sujetaron. Durante el tropel evasivo, el desgarrar en su mochila hecho por ojiva de milico, fue aviso de la parca para el sobrino simulado de Donald. Pero los temerosos desconociendo cuantos osados fueron al combate, se arrugaron. Francisco lo aprovechó y, se ciñó traje de luces color bosque. En otros lados: Florencio, Ramón, Guadalupe, Matías, se esmeraron y consiguieron la verde protección.

Páramos de hambre y frío, laceraban su cuerpo; no su fe. En los límites de vida y muerte ponía sus plantas el hombre de suprema suerte. El fuego fundía y moldeaba acero; el suyo. Al maltrato, otro caballero.

Con toque angelical e inspirado por su clan, se fue deslizando tras el canto ruiseñor, en lo alto de la cordillera. Por las noches, rutas le dibujaban sus estrellas. De día, como circense equilibrista, por senda paralela al gran río. El caudaloso que traía desde el norte, cristalinas aguas congeladas, es el Río Papigóchic, ahora lo sabe. Conoció en apuros su impresionante belleza. Otra más que brinda Chihuahua: tierra de paraísos.

Con frío en grados bajo cero y hambruna para cancerar, el instinto talentoso le brotó. De hojarasca del montañés, hizo cobija. Con ejercicios traspasó gélidas madrugadas. Aferrándose al fuerte carácter de su signo, sobrevivió, derrotando adversidad, que es tangible fantasma que vomita a los mediocres.

Guiado por el canto ruiseñor, bajó la cordillera. El presentimiento era exacto, no había enemigo en espera. En Temósachic compró boleto de tren destinado a la capital del estado. Paco siempre lo platica: “Guardé billete de cincuenta pesos, de los azules que tenían imagen del presidente Juárez”. Le había sobrado del fajo que le dio Pablo en casa de la abuela. Lo ocultó en un zapato, “por si las moscas”.

En vagón de segunda, compartiendo con disipados soldados federales, con descaro, muy insolente emprendió descenso a la ciudad principal. Justo, lo acompañaba razonamiento en ascenso. Trepó a la serranía en traje de recluta y, bajó galardonado, ya convertido en moldeado gladiador.

Al atardecer del noveno día, después de la combativa alborada, llegó a Chihuahua. En una subida del terreno antes de la terminal del tren, con un salto abandonó serpiente acerada. Burló el último cerco policial y, los ángeles responsables de su cuidado, descansaron un tiempo.

No era mascarada la sonrisa porque firme proa traía por rostro. El olor a sangre vertida le sería eterno sello amoroso: ceremonial inacabable como su tributo por los sueños que tenían trece jóvenes.

Agostado y extasiado por un ayer de candentes tareas, se quedó dormido al pie del faro. Soñó, concibiendo trigo nuevo para mejor vida como soñó Arturo y Pablo y los demás.

Así, con fuego pasional se ha escrito la historia de Paco llamado, también, Luis. Todo sucedido en territorio de cautivante beldad. Donde viven criaturas aladas de carne y hueso que hacen traviesas revoluciones.

Cuando alguien pregunta, ¿Qué hace el profesor Francisco en estos días?, sus muy cercanos, contestan con palabras de él:

“Estoy al cuidado de mi descendencia. Aplicando obligación y derecho del padre. Enseñándoles a que amen y valoren su país. Cultivo raíz y manda de mi familia. Quiero ver a mis hijos con valor, espiritualidad y talento, combatiendo por la patria. Extrapolando todo su accionar, señalando simulaciones y combatiendo injusticias”.

“Sigo firme pensando sobre salud de familia y República. Ayudando en la tarea que me corresponde. Procuro que sea con honradez y sin desmayo. Busco, hurgando y construyendo junto a otros, nuevos vientos de libertad convertidos en cóleras organizadas”.

Si se quiere husmear sobre un sobrino pato, debe acercarse al aroma de transiciones. Ahí lo encontrará, infatigable, diciendo hasta el cansancio: “No me jubilo en lo social, laboral, profesional, familiar, ni sexual”. Con sus picardías aclara con punto fino, sobre sentido del humor: “Los revolucionarios no están exentos de frescuras. Hay más en ellos que en nadie. Nunca sobrarán plumas y tinteros, cuando toman su magia”.

En Chihuahua, ciudad, salida a Delicias, Paco fríe pescados para sus amigos del mundo que bien lo quieren y los quiere. Le hacen preguntas que no puede evadirles respuesta. Les manda contestación honesta, por la amistad que siente, porque traen igual aspiración. Así enmarca reflexiones, el virtuoso y legendario hombre, aclarando dudas.

“Veo a mi tierra y al país, muy vapuleados. Además cubriéndose el estado oligárquico, en monsergas estrenadas durante días de vergüenzas y llantos. Juárez combatió fueros militares y eclesiásticos. Hoy, la clase política es el fuero que debemos combatir porque aplasta, engaña y explota al pueblo. El sistema gubernamental entroniza empresarios dominantes, manteniendo suprema e inhumana marginación económica en campesinos y

obreros. Se aprovecha del misérrimo nivel político e ideológico del pueblo enajenado por los medios de comunicación puestos para servir al régimen de subordinación”.

“Mi patria da opulencia vergonzante para unas cuantas familias y escupe andrajos a las grandes mayorías, que siguen sin entender, desprendidas de educación y cultura transformadoras. Y para acabarla, perdido el magisterio con enseñanza conservadora sujeta al capricho mercantil de la Gordillo. Se olvida el maestro mexicano que educación y cultura es segura herramienta para revolucionar sociedades. Sin empleo, sin idea del cambio la gente pobre aporta, obligada, cada vez más muertos y asesinos; sin y con uniformes militares. Las cárceles están diseñadas para encarcelados y carceleros del pueblo; también los sepulcros. Por eso los cambios se tornan violentos cuando el gran capital y las transnacionales exceden su poder poniendo a nuestra clase trabajadora en agonía. Cereza agria, de un pastel podrido, es la inmensa tragedia y drama nacional del narco y su secuela mortal. Se ha destapado la “caja de Pandora” y otra vez el pueblo a construir murallas contra crímenes atroces”.

“Así es, amigos míos, la realidad mexicana. Por eso a lo largo de mi carrera con más de cuarenta años frente a grupo, he procurado sembrar conciencia en mis alumnos para que sean libres surcando educación, investigación y literatura. Les pido entiendan a su sociedad como un todo sin desigualdad para que no se cultiven odios. Remarco el compromiso con el debate y la libre expresión para que corran paralelos como profesionistas, técnicos y demócratas. Que sean parte procesal del humanismo para este siglo XXI. Y en esto el papel de las mujeres lo es todo. Su largo caminar con la humanidad ha sido aporte valioso. Hoy están a punto de llamarse vanguardia en lo más complejo. ¡Bien por las mujeres y por todos! Mi corazón y voluntad están con ellas”.

“Puertas y ventanas estarán abiertas para los amigos, y en especial para aquellos que tienen línea y congruencia que les

permite avanzar y crecer con esos mismos que en otros caminos, tiempos y procesos han jalado largo horizonte de lucha, aportando enseñanzas con ejemplos”.

En alguna parte, alguien muy propio, dijo palabras acopladas a Paco:

“Queriendo ser guerrero contra imposibles forjó, sin falsa pretensión, cándida inmortalidad. Cultivó sobre desierto reseco y espinoso. Y predicó credo justiciero que bien sabe, dominará algún día. Aunque emprenda retorno hacia el origen, como estrella de luz propia: estará observando”.

HERCULANA Y TIBURCIO

*“Vieja la noche, vieja,
largo mi corazón antiguo”.*

Jaime Sabines

Singulares son sus nombres y mágicas sus vidas.

Dicen que lo trajo el río Aguanaval el que, mal dreña las desecadas lagunas de Mayrán y Viesca en la comarca grande del norte. Cuentan que arribó cuando no llegaba a juventud el siglo XX. Que se le vio navegando un tormentoso cauce de aguas chokolatasas sin remansos, desde su natal Zacatecas. Se tardó tanto en arribar al lugar donde se alojaría para siempre, el ritmo de su corazón.

El dicho Aguanaval es irregular e irrespetuoso. En veces te estanca, por falta de corriente líquida, durante larga temporada. Otras, te atiborra con turbulencias para llevarte más allá de la estancia deseada. En una de esas arrempujadas, agotadísimo llegó Tiburcio. Paró en el centro del río, entre rancherías de San José del Aguaje y Santa Rosalía, donde está enterrado el ombligo de Herculana.

En la comarca este río, mal llamado de navegación, divide fantasmales poblaciones campesinas de Coahuila y Durango. Sus moradores ven sus siluetas de un lado y otro sobre las riberas, como espectros. Cubiertos eso sí, de mucho sol y tierra. Repletos sus cuerpos, de abundante necesidad y de enorme indecisión, sus mentes.

En Santa Rosalía, en lado duranguense se reveló la pasión de Tiburcio. Derretido cualquier orgullo, quedó en sujeción perpetua de amor por Herculana quien en poco tiempo comandó un hogar como esposa, madre, compañera y soldadera. Llegó, surgida del mismísimo embrión de la injusticia, en forma de singular

antivirus.

“Di ai onde tony Aguilar nació, ta mi pueblo”, suele decir don Bucho a los suyos y de vez en cuando a ciertos curiosos, aceptados por ellos.

“¡Uh!, sépanle que, asina, duranguense como Pancho Villa, Miguel y Arturo, yo soy todita. Y nos aprontamos acá en Chihuahua, porque nos gusta, pa’ hacer las peloterias”, seguidito platica fervorosa, la nacida en Santa Rosalía.

La pareja, en el majestuoso valle de Delicias, pasadas las décadas, con quebrantos a cuestras suelen describirles a sus hijos, amigos y uno que otro extraño en su humilde vivienda, incidencias contraídas por sus agitadas vidas.

“N’ombre, espantando el hambre nos arreamos p’al norte yo y la vieja, y apeamos en Conchos. Pero de ai jalamos al pueblo del Treinta y Nueve, cerquita al Puerto. Íbanos juyéndole a la probeza, pero onde quiera se nos aprontaba la canija”.

“Si pa’ otro lado no jui, jue por seguir a este. Le tengo ley por eso lo acompaño en sus bullicios”.

Especulando: en toda evolución de los seres vivos sobre cualquier lugar del universo se van fabricando muchos cambios, productos del aguante o quebranto de necesidades. El ser vivo, de cualquier nivel y dimensión, está sujeto a trasformaciones debido al accionar de la dialéctica, que es madre perturbadora y figura natural de toda metamorfosis. La vida se encima y debe resolverse el conjunto de convivencias y subsistencias. Es una tarea obligada de los vivientes para poder seguir siéndolo, y para que los que les precedan puedan también, proseguir con su esfuerzo de evolución.

El punto es que esta tarea, no se cumple con cabalidad e igualdad porque hay quienes desempeñan afanosamente, el trabajo que otros realizan a medias y el de muchos que nada hacen. Eso explica el advenimiento de individualidades singulares y muy extraordinarias, montadas en carreta de especial transformación.

Conectadas con anterioridad, al mundo de las revoluciones, esas que ellas perciben, fabrican y disfrutan. Y si es cierto lo que dicen los “cósmicos”, cuando lleguen a otras vidas habrán de seguir haciéndolo, y cada vez mejor, más purificados. Los muy mortales no han sabido porque no pueden darse cuenta de “seres superiores” y que aquí se encuentran muchos. Si es así, con toda claridad Herculana Adame y Tiburcio Fernández son parte de este advenimiento tan único, de la naturaleza divina del universo.

Es cosa de hacer recorrido sobre las “zangoloteadas” que ha sufrido Chihuahua, para encontrarse huellas de la pareja, que marcan su lucha por la conquista de una parcela para darles sustento a los críos. No había caravanas por dignidades, que no encabezaran. En invasiones de predios del latifundio, fueron los primeros. Estos filósofos del pueblo y graciosos maestros en uso, casi poético, de arcaísmos y barbarismos son los personajes necesarios, mejor dicho indispensables, en las confrontaciones más complicadas que se dan por ese motivo llamado “lucha de clases”. Gente quisquillosa contra lo irracional; pero cariñosa y fiel con los que encabezan odiseas, que son por sí mismas honorables.

“Nosotros servimos de corazón a Raúl y Pablo Gómez, que no eran rajados y que tenían mucha suerte pa’ que los quisieran un resto de endinos. Ellos no tenían juste porque eran muy libres y corajudos. No le juyían a los mitotes prietos”, pegando suavemente con los nudillos de sus manos en ritmo lento y con los ojos cerrados, hablaba Tiburcio ante el silencio majestuoso de familia, amigos y extraños. Secundaba Herculana: “Raúl fue el que comenzó todo y... el doctor Pablo se unió a la boruca. ¡Ah!, jijos del tal los del gobierno: si no podían con uno; menos con los dos”, terminaba con pequeña y agradable risa. Con seguridad se los estaba imaginando.

¿Sería en esa región, antes algodонера, que nacieron los primeros brotes libertarios del joven siglo en forma más organizada? Cincuenta años después del inicio de la revolución, en Chihuahua

existían los latifundios más grandes de la nación azteca. ¿Podieran ser, estos, los motivos?

“Sepa la bola, pero un día mi compadre Marcial me envitó a una reunión en la escuela 80, dizque p’a solicitar tierra. Y ai me jui con todito y Juan José, m’ijo. Pero este huerco ya no estuvo sosiego hasta que jue a parar con Pablo y el profe Gámiz. Sí jiñor hasta Madera, a la meritita sierra. Ustedes ya saben lo que ai pasó”, casi se para el anciano, por el reflejo emocional.

“Todo el argüende lo empezó el dotorcito, Raúl y un hartal de Gómez. Lo’, pa’ cabarla de refregar se juntaron con Arturo en lo de Heraclio Bernal, en eso. ¡Bestias de gobierno!, puras temblorinas les pegaban”, al máximo con sus recuerdos la mujer hablaba sosteniendo una paloma blanca de cerámica entre pecho y manos.

Cuánta ley se ha tenido esta milenaria pareja. Más allá de los sobresaltos está la fuerza del apego a su creencia. A esa primitiva idea de figonear en el mundo de los sueños, a lo que muchos no incursionan por miedo a comprometerse de más. Por olfato reaccionan al cariño y al golpe, instilando toda su fuerza y espiritualidad. Que dualidad de emociones compartidas en un solo esfuerzo. Herculana siguiendo a su Tiburcio o, tal vez es al revés. Eso no importa; para ellos es intrascendencia. No pierden tiempo en trivialidades de la civilidad. Su tarea es encontrar tormentas para moldear huracanes. Ángeles andrajosos en apuros constantes han sido estos chispeantes ancianos. ¿Cuántos más vinieron antes?, ¿quiénes más están ahora?, ¿cuándo vendrán los nuevos?, ¿será cierto que por causa de tanta indiferencia humana, se van creando? Para quienes viven discapacitados de sus instintos; están los ángeles guardianes. Qué trabajo para los últimos.

Estela, la maestra y hermana de Miguel “el Ético”, suele pasarse hora tras hora, ensimismada y soñando al compás de singular conversación que regalan la duranguense y el zacatecano, adoptados por Chihuahua. Por nada los distrae. Sólo oye y observa

la forma y gracia como cuentan su vida y las hazañas de sus héroes recientes. Los que pusieron dinamita en historia moderna de la “república de los miserables”.

“¡Achis!, con su boruca los señores terratenientes y los del gobierno ri bien que no les paró la lengua pa’ hablar rete mal de los caídos en Madera. Pero no le aunque, nosotros sabemos que eran güenos. No tenían sosiego contra los ricos, pero a los probes les tenían muncha pacencia. ¡Ay!, doctorcito Pablo, se ponía a regalar la medecina a sus pacientes y yo nomás le decía: ‘cómo es tonto, cuide lo suyo’. Él me vía y se ría. Por eso, ¡achis!, piensan que los muertitos tan re solos; pero tan riti bien apoyados por quienes los conocimos y por los que tienen choya pa’ comprender. A mí no se me olvidan; no sé si a otros sí. A nosotros pa’ nada porque tenemos re’ buena concencia”, son palabras que repite en retahíla agradable, Herculana, cada vez que topa con piadosos escuchadores.

De norte a sur del estado aún están huellas de sus inquietas sombras. Mismas que plasmadas quedaron en campamentos, plantones, caravanas, mítines, encuentros, en todo tipo de confrontación contra sus odiados capitalistas. Sin contar que escondieron armas, atendieron heridos y refugiaron fugitivos. Uno fue Toño Scobell, caído después en batalla.

¿Oyes, mujer, el fusil?

Nos invita a combatir.

Puesta su chamarra vieja, que por algo le gusta usar, acomodados sus anteojos y recién llegada la lucidez del momento, sin ver a los escuchas Tiburcio diserta en su espectacular manera:

“¿Y ora qué vamos a hacer?, nos decíanos yo y José Esperanto, cuando comenzaron a meter al bote a tanto cristiano, dizque por invadir tierras de los ricos ladinos. Pos sepa, nos contestábanos. Yo le decía: t’aría güeno saber qué dicen Arturo y Pablo. Qué iban a decir, ya andaban trepados en el cerro. Sin remedio, terminaron

por hacerlo porque los ricachones y su mal gobierno los obligaron. Ya vites que rete avarientos son los del poder, le argüendaba a Herculana, que sigue haciendo vilis por eso”.

“M’ijo Matías, que lo’ se cambió el nombre por el de Juan José pa’ que no lo agarraran y pa’ irse al asalto del cuartel, desde muy mocoso lo vide con el ancho, pos, por si se pusiera la bola re juerte. Cuando lo llamó el dotor Gómez, yo misma le dí el fusil y le dije, nada de rajarse. Primero dijunto a que se juera hacer pa’ tras. Lo’ le’ché bendición a mi Juanito. Que chulo se vía m’ijo, no como otros que pa’ mí se escondieron porque no cualquiera es de tamaños”, una lágrima de orgullo llegó a cada uno de los cansados ojos de la duranguense. La vieja portaba lentes “fondo de botella”, que agraciaban, toda vía más, su rústica figura. Así encantaba a la familia, amigos y extraños.

Con el puño cerrado de su brazo derecho extendido, Tiburcio parece que acusa con energía a un culpable, de tantas miserias. Quien acarreo para si todas las cóleras violentas del pueblo. “Siempre hace esto”, dice su hija Silvia, “aunque nadie se lo pregunte”.

“Mi compadre Marcial era villista de verdá. Siempre cargaba con sus papeles pa’ todos lados. Esos que le firmó el merito general Villa y en persona, porque demostró valor en combate. No como tú, Práxedes, que te hicieron general los de México, nomás pa’ que fueras gobernador. Acuérdate, en el balcón de tu palacio de gobierno el Mayor Marcial, mi compadre, te lo gritaba cada vez que te asomabas. Re que te ponías colorado y no quero decir de coraje, pos pa’ mí qu’era de vergüenza. Ya tú te morites pero no descansas en paz, porque dejates muchos pendientes. Por ai tan todos tus pecados: no juites general de verdad, cerrates hartas escuelas, zangoloteastes al pueblo que l’único que quería era tierra y justicia. Aunque quieras estar bien, pos no se puede porque trais detrás el fantasma de los caidos en la sierra. Ya no se puede ¡chacal!, qué le vamos a hacer. Y te digo que ya vide a la plebe

reconocer a sus muertos, ora son sus héroes, esos muchachos que asesinates en Madera. Que los metites en joyo sin tabla alguna que los separara entre ellos. El mismito polvo sigue siendo su ataúd. Lo güeno jue que la tumba se hizo monumento pa' los guerrilleros que tanto quere mi gente; que no es la tuya. Ese sí es castigo, pecador mundano y asesino”.

Juan José fue el verdadero nombre del hijo de los amorosos con causas ajenas. Por testamento moral se hizo dueño absoluto de la problemática que llevan los indecisos; adquiriente único de trabajos que no hacen los indiferentes. Muy fiel a la herencia de sus creadores. ¿Cómo pueden ser tan cómodos éstos, por los que se lucha? ¿Qué no sabrán que por ellos, se ha derramado mucha sangre? Y es que, para el colmo, festejan con familia y allegados cada aniversario de independencia y revolución. Seguramente, un día cuando se decrete legalidad de esos hechos sucedidos en la sierra del norte, harán conmemoración por Madera. Entonces estarán brindando por los jóvenes héroes: por Arturo y Pablo, por Miguel y Juan José. Pero mientras otros, los razonables de ahora, obligarán a la historia para que tome senda vindicadora. Los ángeles no descansan, ¿quién les da oportunidad?, ni este ni aquel. Están siempre renovándose. Los indefensos con sus descuidos, son el motivo.

Aquel 23 de septiembre, en el último año del tercer lustro, fueron cinco guerreros los sobrevivientes: Ramón Mendoza, Guadalupe Scobell, Francisco Ornelas, Florencio Lugo y Juan José Fernández. Con huella de combate, salieron de la montaña encubiertos por naturaleza y pueblo. Ocho bravos combatientes dieron en tributo, sangre y cuerpo a la madre tierra norteña.

En sustrato: son los arrebatos de la juventud los que tuercen los renglones de textos y hechos oficializados. Fue así que se erigieron los verdaderos ventarrones de dignidades y los primeros vientos de libertad como bien lo sintetizó Paco, uno de los guerreros sobrevivientes ligado por parentesco y valor a Raúl y Pablo.

“Di un lao pa’ otro tráibanos las cacerolas y los peroles. Montonones de leña usaban las cocinas onde los invasores de tierras. Jueron tiempos para aventaos, como la familia de doña jelipa, mi compañera en la lucha. Chorratal de señoritas del internado Flores Magón nos acompañaban por seguir a su querido maestro, el dotor. Ta’ mi acuerdo de tanto relajo, condenada muchachada. Parece que lo’ toi viendo orita mesmo”, amor, orgullo y recuerdos le saltan, por doquier, a la simpática lagunera convertida en digna y atrevida chihuahuense.

Luego se queda seriecita y nadie parece respirar, esperando reacomode imágenes de su pasado. Prosigue: “Es pura vil mentira que los guerrilleros hicieron cosas aceleradas. No jue asina porque ellos eran muy mulas y de buena legua. Pensaban en todo. Pa’ que sépanos, tenían organizadas hartas bullas en todo el estado. Jueron al asalto contra los sardos esperando nuestra polvarera. Tiburcio y yo mercamos más ollas y cazos porque la cosa prometía. Munchos días tuvimos en la cuidá en campamento, esperando que nos arriaran pa’ invadirles tierras a los catrines. Yo lo viví. Bucho también lo vido. Naiden nos dio l’orden pa’ ir a los predios. Desamoralizados, el 22 nos regresamos a nuestras casas. Otro día oyimos la noticia por el radio. Pablo, Arturo, Toño, Miguel, Salomón... todos, estaban muertos. Afigúense, sigo sintiendo las traiciones, rete juertes, en mi corazón”.

De primitivas necesidades surgen insurgencias. En estas, mujeres y hombres de valía edifican sus leyendas. Miedo, codicia y envidia crean defecciones. Los ruines traicionan la moralidad. Así se ha hecho, se hace y se seguirá haciendo hasta el fin de los días; ojalá sea hasta ahí. Si no, cuando menos, es una gran esperanza.

“Lo’ vino el corredero. No tuvo límete el miedo de muchos soflameros. Nos atrancaban la puerta pa’ no recibirnos y no comprometerse. Yo les decía: ta’ güeno ai quédense con su cochina concencia, no los necesitamos. No quero que la historia olvide a

estos miedosos, y no l' aunque que sigan viniendo a esta vida, porque mientras síganos teniendo valientes como nuestros muchachos, no importa", se quedó serena viendo su paloma blanca, sonriéndole ante el absorto público selecto.

Cuenta Rogelio que su hermano Juan José, víctima de cruenta enfermedad sucumbió en lejano pueblo. Y es allí donde descansan sus restos. Sin embargo, antes de morir pidió sepulcro en su querida Chihuahua, donde dio ejemplo de coraje a sus paisanos, cuando se inmortalizó en las cúspides cercanas al paraíso. Sobre su tumba deberá colocarse una paloma blanca, la que Herculana mandó esculpir y ahora cuida. "No hay dinero, por eso no lo tenemos entre nosotros", recalca con resignación, Rogelio.

Su madre, en un rincón, parece que hace oración. Esperando quizás la aparición de nuevos ángeles y serafines, los relevos que seguirán surgiendo de otros valientes en las nuevas jornadas de tiempos difíciles del horizonte turbio, sobre todo chihuahuense.

En la colonia Benito Juárez de la preciosa ciudad Delicias, Herculana y Tiburcio se alimentan con las reminiscencias de sus refriegas. Recurren, con facilidad al álbum anecdótico y a los sucesos propios, plenos en combatividad. Les galopa lucidez cuando sienten, tan sólo, murmullos de valentías. Dicen sus hijos que por las noches buscan con insistencia, la brillante estrella que está "encimita" de la montaña, en dirección al bosque. Allí donde viven para siempre sus amigos. En el epílogo de su estancia en este mundo, cuando cuentan sus vidas, suelen estremecer de pasión a sus devota concurrencia, compuesta por su familia, sus amigos y, por casualidad, algunos extraños.

LOS MUROS DE AGUA Y LOS AMANECERES ROJOS

“La suerte favorece al osado”

Virgilio

Cuando el cielo encendió su tenue pantalla de blanquecina luz, seguía el rítmico chasquido arrancado del esfuerzo que hacían unos vigorosos y jóvenes brazos al introducir y jalar en reversa, los finos remos hechos por la necesidad y moldeados en lujosa caoba. Cada remada semejaba el paso normal de un hombre en tierra firme. Si era más larga, se comparaba a una zancada. Por eso tenían que decidir si caminaban o trotaban; correr no era lo correcto. No querían que el desgaste les llegara tan pronto.

La claridad se tornó rojiza por el bello amanecer que cubría, como metáfora del fuego, los desbordados ánimos de la tripulación. Dos mancebos, desacostumbrados a las absurdas disciplinas, escapaban de su cautiverio cruzando un área del majestuoso Océano Pacífico, el que de serenidad sólo su nombre tiene, cuando se torna furioso y agresivo. Iban enfrentando muerte para poder respirar instantes de libertad, cuando menos. Remaban, encadenando inteligencia, fuerza y corazón. Morir, en todo caso sería algo mejor. Sabían que cautivo el “halcón cazador”, su destreza fenece; para qué vivir así. “El aire pleno, prisionero no permanece y encuentra salida; permiso, nunca solicita”, habían comentado.

Ramón, no dejaba de estirar agua, acariciándola luego y golpeándola a veces. Miraba desaparecer pausado de Polaris, por efecto naciente del día. La estrella más brillante de la Osa Menor en coordenada precisa está, desde el inicio de la galaxia, en línea recta con Merak y Dubhe, astros del lado ancho de la Osa Mayor. Son adornos celestiales, como bengalas, acomodados en lujosa pizarra

para que sean observados por aventureros del mar. La solitaria Estrella Marinera, guía para osados navegantes, es Polaris. La luminosa, según cuenta una leyenda, en correspondencia amorosa les indica ubicación del norte glacial para evitarles extravíos.

Apenas sabía, que las estrellas serían sus ángeles nocturnos en aquella singular travesía, aunque ignoraba mitología griega que de estas se contaba: "el 'Carro Mayor' es la bellísima ninfa Calisto, que cuida de su hijo Arkas, representado en el menor. Amante y descendiente de Zeus, convertidos en astros, fueron eternizados con brillante colorido como si fuesen luciérnagas, en el oscuro fondo del firmamento". Nada sabía de tal mitología el chihuahuense. Sin embargo, la vetada mancha de oro y plata, le agrandaba imaginación inagotable. La suerte se convertía en compañera consejera y dulce adoración. Era su modo.

- En el mar, soy dueño de la ubicación. Aquí manejo mi destino. Si te fijas, las estrellas te hablan y conducen. Son seres vivos. Unas son dioses vigilantes. Otras, los honorables antepasados. Cuidan por mandato, a mundanos merecedores de su gracia - dice el navegante de proa, señalando hacia el infinito y volviendo un costado de su cara hacia Ramón el norteño.

- Eso debe ser. Casi siento el sonido de sus voces. Me los imagino con brillantes alas, desplazándose hacia nosotros con fin de darnos ánimos. Me llega sensación de sus plumajes, alientos, alegrías y corajes. Presiento que no hacen tarea completa de adrede, porque su misión es otra. Solamente la diseñan, la muestran, la insinúan. Nos conminan a que la concluyamos. Ligeras o fuertes, como se prefiera, es jornada que nos dejan. Por algo están en lo alto, con ese brillo y esa forma que maravillan. Pero cuántos en este mundo no voltean a ver a los ángeles, porque viven agachados, postrados y vencidos. Los seres que machacan contra el sufrimiento propio y ajeno, que habitan en montañas ricasas y oceánicos oleajes, con toda seguridad entablan diálogo permanente con guardianes que cuidan desde el cielo.

Quedaron en silencio. Tal vez, dando gracias a esas leyes que rigen hechos de los bravos. Esos que rehabilitan planeta por obligación y convicción, mismo que otros destruyen por tarea maquina o perversa.

La canoa de cedro seguía su rumbo. El sol radiándose, les golpeaba un costado y daba nuevas instrucciones de navegación. Una cortina de salteadas nubes se enrojecía rumbo al oriente, duplicando su obra en colorido abanico sobre gruesa manta celeste del Pacífico, agregadas blanquecinas chispas sobre impresionante oleaje. La comparsa musical del agua removida, se escuchaba como “melodía de la esperanza”, interpretada para aquel lírico dueto de locos concertistas.

Más locos se pusieron los guardias cuando pasaban lista a prisioneros en comienzo del día. La isla Santa María Madre, bartolina de rebeldes contra el sistema político, amanecía con noticia desconcertante que gritó colérico, en formación de reclusos, el sargento Carranza: “¡Se fugó Ramón Mendoza, ayudado por Cuauhtémoc el tabasqueño!”.

Los adormilados prisioneros, en imperfecta fila, no pudieron disimular risita burlona, con carácter hiriente, dedicada a desesperados guardias. Especial, para quien hablaba gritando. El “odiado”; quién más.

El sargento Carranza simbolizaba, con muchos méritos adjuntos, patético verdugo del sistema político castigador de hombres pensantes. Desde que Porfirio Díaz puso decreto en 1905, dejando a las Islas Marías como prisión de contrarios al gobierno, fue cautiverio de rebeldes. “Los muros de agua”, como lo describió José Revueltas, cuando fue huésped en esa prisión blindada por líquidas paredes.

- No llegará muy lejos el insolente- decía con rabia acomodada al rostro, sin importarle picardía que le brindaba la deleitada concurrencia-. No pasará sobre embravecido mar. Que muera de inanición y lo disfruten los tiburones. Que igual suerte corra el

que se dejó embaucar. ¡Maldito seas Ramón! Cómo te me fuiste a pelar. Ya te encontraremos vivo o muerto. Dará lo mismo. Más te valdría que estires la pata, porque si te agarro con latido, desgraciado, sufrirás en carne propia cuando te exprima hasta la última gota de sangre que te quede. Disfrutaré tu quejido ahogado, pidiendo misericordia. Juro, no tendré consideración, para qué. Dalo por seguro. ¡Deshonraste mi honor militar! Eres...has sido un completo...

- Perdone mi sargento, piden se reporte a la dirección – le interrumpió un militar de menor rango-. Se está organizando persecución de fugitivos.

Lanzó gargajo que provocó escrúpulos. Se fue caminando, tosco, con violencia y desesperación, vergüenza. Hablaba entre dientes, arrastrando las palabras. Amasijo de frustración y rabia, era su voz:

- Me dijiste te diera permiso para atrapar un perico. Te condicioné: “El primero será para mí”. Reíste diciéndome, “claro que sí”. Luego te fuiste presuroso, burlón, acompañado de tu risita. Seguro estabas mofándote, por supuesto de mí. Has de haber dicho, “perro sarnoso, voy a escaparme y te quedarás aullando con miserable rabia. La que te portas ‘por imbécil’, como dicen los internos, aquí”. Eso pensaste con seguridad. Te moviste como lobo serrano, lo que eres; lo que serás siempre. Esperaste el momento, tu momento, silencioso, paciente, calculador. Ahora me explico: clavos, martillo, serrucho, machete y chapopote no se perdieron; los robaste. Ya me habían advertido desde la penitenciaría de Chihuahua, “[...] es muy peligroso por eso lo mandamos. Puede escabullírseles, es muy sagaz, Se habla de tú con la naturaleza”.

- Por aquí mi sargento, están en la oficina de enfrente.

- ¡Maldito, mil veces maldito, Ramón Mendoza!

- ¿Qué dice usted, jefe?

No contestó, entró a la sala preocupado, humillado y derrotado. Tenía clavada, una daga vengadora certera que Ramón le arrojó

con su escape. Fue mensaje venenoso y él, dio acuse de recibo.

- Tome asiento – se oyó una voz en tono autoritario-. ¿Cómo estuvo que le permitió ir a buscar un perico?

Las horas habían pasado lentas, pesadas, abrumantes. Sacándole agua a la canoa con un bote de tornachiles. Chupando limón para evitar mareos. Impresionante paisaje, cambiante de azul a verde y viceversa, era vista única. Luego la negra noche, contrastando con cerillos encendidos en lo alto. Agudo cansancio mostrado en músculos y huesos contraídos por esfuerzos, escondían sus hombros. Los sostenía el honor, su historial y las ganas de vida. Sus callosas y engarrotadas manos seguían la ruda tarea de jalar agua hacia atrás. Así, se les encimó profundidad de la madrugada. Después, el alba desplegó tintes para adornos especiales.

- A ver, dímelo fuerte-señaló, sonriendo, el profesor Francisco Luján-. ¿Qué quieres ser cuando grande?

- Para acabar con fregaderas, seré villista-repitió el niño.

En escuela primaria, enclavada sobre montañas misteriosas en la Sierra Madre Occidental de Chihuahua, se desarrollaba singular charla.

El profesor deducía sentir del inquieto alumno. El hijo mayor de Carmen y del otro Ramón, gran caballero independiente. Montador completo de potros salvajes, encabritados, de media rienda y del paso fino. Ellos le habían heredado sentido de libertad, a tan digno primogénito.

- Usted dijo que se necesitaba otra revolución para acabar con felonía - le interrumpió pensamientos, el pupilo consentido.

- Sí, así es. Yo mencioné todo eso- volvió a sonreírle.

Le dio gusto respuesta del tutor y con velocidad primaveral abandonó pupitre para asomarse por la ventana y ligero golpe sintió en el costillar y, un quemante sol le cosquilló su cuerpo.

- ¡Despierta Ramón!, hay que darle porque nos lleva la tiznada,- expresó su compañero de travesía, mientras le picaba el tórax con su remo.

Allí estaba un cielo rojo junto a él. Filtrándose entre nubes y produciendo caprichosas figuras mientras arribaban rayos como lanzas hirientes. Sintió que la inmensa mar lo miraba, con un ajado rostro, sin límites. No tenía comienzo ni final. “Qué remedio, otra vez a tironear el agua”, se dijo. De nuevo, frente a ellos, se levantaba ese horizonte con holanes de muerte. El trajín, la dolencia, el miedo, la angustia; los consumía. El honor, la causa, el valor, la esperanza: los levantaba.

El militar de rango tomó sus anteojos, acomodó líneas laterales sobre orejas, acercó la silla, ocupó asiento, puso manos en respaldos. Con todo dispuesto, escupió verborrea vestida con recriminatoria retórica:

- ¡Fue pura pendejada! Les vio la cara. Sobretudo al que lo dejó ir a buscar un perico. ¿Cuál perico?, puras babas. Qué ingenuos cuando permitieron que sembrara huerto cercano a la playa. Les traía hortalizas y muy contentos, las agarraban. Mientras se atragantaban, él armaba embarcación. La huerta redondeada de árboles, era el astillero. ¡Idiotas!, ustedes le proveen su fábrica. Nomás les faltó montarle suntuosa inauguración y una invitación para mí, bola de...

Civiles y centinelas, escuchas muy nerviosos, permanecían estáticos. Ni el incómodo calor que remojaba cuerpos y ropas, ni el resoplido de brisa colada por las ventanas les distrajo atención en iracundo coronel. Más de uno, según gestos en rostros, no aceptaba el regaño. De todas formas, guardaron silencio; se plegaron. Bebieron humillación, sin más. En un rincón, fijos los ojos, el sargento Carranza portaba máscara inexpresiva, tejida con hilos del azoro, esos que no se quieren porque los años convierten en traumas y se traslucen en amarguras. Cuando se intenta quitarlos, la vida para entonces es otra. Es que los nuevos no entienden y los viejos no pueden.

- Aquí tiene Coronel - una mujer con aceptable presencia, le extendió carpeta de cartón -. Es expediente del reo Ramón Mendoza

Torres.

La tomó poniéndola sobre una mesa. Más tranquilo, una vez desahogado, tomó agua del vaso puesto a propósito y prosiguió palabra, ahora trasladada a cierto decoro:

- Caballeros, les ruego ayuden a resolver la problemática. El gobierno federal se encuentra indignado por escape que nos propinó Mendoza. En preocupación, no tiene sosiego. Del otro, quien huyó con él, luego nos ocuparemos. El nativo del Mineral de Dolores, es el que nos ocupa. "El respeto a la autoridad está en juego", lo dijo con restregamiento para nosotros, el licenciado Mario Moya Palencia, Secretario de Gobernación. Recuerden distinguidísimos señores, que es el responsable directo de esta prisión. Piensen, seguro será presidente de México, en breve. Para qué contrariarlo. Busquemos con firmeza al enemigo público. No olviden que estuvo y disparó armas en el asalto al cuartel Madera. ¿En qué número está la cuenta de hombres del sistema, muertos por su mano? Demasiados han sido. Por eso lo quiero mejor muerto. A este expediente falta dato de su defunción, apórtenlo ustedes.

Los hombres se fueron con su carga; misión extrema. El claro del terreno isleño adquirió un tono gris durante la puesta del sol. Pasó entonces brochazo de tinta negra. El color blanco dio vuelta y desapareció. De esa manera, la isla cambió día por noche. Sin nubarrones al frente, brotó puntual, sobre delicada piel del firmamento la Estrella Polar, rodeada por brillante compañía.

A pesar de músculos engarrotados, prosiguió el jaloneo. Rascando al mar se fueron deslizado. Arreciaban ritmo y lo disminuían. No querían pero les caía entresueño vacío, sin figuras. Por instantes silencio y quietud, proseguidos por ronquidos entrecortados, sin volumen amplio. Los ruidos de rasgaduras del agua, caían al cerebro provocando balbuceos. Y otra vez incansable, el majestuoso Pacífico tocaba, con sus nudillos líquidos la embarcación de cedro. Les llegaba por reacción el quejido, los suspiros, sus orgullos. Sonaba voz en los remos. Se marcaba en el

océano, sobre interminable página, ligerísima raya hecha por una canoa sembrando minúsculo bolígrafo.

Al paso de horas endureció jornada. Entonces se apagaron bengalas de lo alto y se hicieron presentes rayas amarillas: los relámpagos. En poco tiempo aguas con aguas se juntaron. El amamanto vino de arriba, por fluidos de sus repletos pechos: las nubes. Viento y rocío avisaron, como heraldos del torrente. Llegaron ráfagas de lluvia.

El chubasco cayó al cansancio, como “ungüento divino”. Caricia refrescante y curativa, eran las gotas cristalinas, que se deslizaban sobre desgastados cuerpos. La frescura envolvió tejidos y aumentó al pulso el ánimo. Con adiestrado equilibrio nacido en premura, se pusieron de pie sobre el centro en la pequeña plataforma de navegación. Estiraban tejidos y huesos procurando alivio, fuerza, vida, ilusión. Tardaron en reanudar ruta por almacenar energías. En descanso los remos, entraron en destape muchos recuerdos.

Ramón cayó en su delirio. Le vino explosiva nostalgia. Empezó a narrarle con voz bajita, odisea al compañero. Murmullo del aire y rugido de la bestia marina eran inusual acompañamiento musical. La madrugada con sus luces y sonidos, los contemplaban.

- Esa vez, se anunciaba el alba por su brillo. Fue cuando un olor de pólvora sustituyó aromas del bosque. Nuestras parduscas vestimentas se cubrieron de sudor, tierra y sangre. Las arterias estallaron destruyendo vidas; construyendo héroes. Ahí estaba yo, pegado al terraplén como parte de su cuerpo. Resollando sobre su carne pétrea. Pidiéndole me protegiera con su tirado de tierra apisonada. Rapidito decía, para que oyera: “Que en tus aceradas vías, reboten balas asesinas que me buscan con ansiedad. Cubre a mis amigos, que ofrendan vida por cambiar destino de muchos aletargados que hoy, como si nada duermen en descansos hogareños, cargando angustias”. Cosas así, decía entre tanta boruca del estrujado enfrentamiento.

- Te sigue revoloteando tu rojo amanecer, cuando buscaste ese

duro encontronazo. Ya es parte de tu alma y te acompañará por el resto de la agitada existencia que llevas. Aprontaste infierno, para eso te concibieron, y fuiste capaz de retornarte. Ahora vuelves a tentarlo, ¿cómo te atreves?, insolente. No respetas la vida. Ya eres así, desenfrenado, bronco, tozudo - comentó Cuauhtémoc, en tono de frazada solidaria.

- Soy justo, como aquellos hombres que, junto a mí combatieron. Los que murieron por causa que me apasiona y convulsiona. Todavía llevo en mi memoria los cuerpos inmóviles de Salomón y Arturo. Ni cuenta cuando los batieron. Fue luz del día quien los mostró estáticos, ya sin vida. Podría decir que sus sueños salían a flote con el borboteo de la sangre. Después supe que otros cayeron combatiendo, valerosos. Debes saber, están en mi adoración por siempre. Nunca los olvidaré. Sería como borrarme yo. No hay olvido por ningún motivo, seguirá vivo su ejemplo. Madera, muestra rumbo democrático a mi país desde Chihuahua, la tierra brava.

Se sintió, como si arrastrara las palabras, con dolencia el comentario. Tal vez por eso, callaron voces. No hubo agregados. Ya sin charla, se metieron en maraña de recuerdos y deseos. Remada y pensamiento, pensamiento y remada era redondel de tarea rutinaria, agobiante, aunque llena de esperanzas. Mucho trabajo, poco diálogo era constancia para aquellos temerarios navegantes.

De pronto les llegó lo inesperado. En forma rara, el agua se rasgó en dos líneas. Serruchos acuáticos la separaron. Era agua herida con sonidos sofocados, sordos. Continuó un golpeteo seco, contundente, constante en casco de la embarcación. Les nació angustia y pronto les abordo mucho terror, disimulándolo como podían.

- No hagas ruido, sube el remo, ¡te lo van a estirar! Caímos en banco de tiburones. Ya lo esperaba, pero no quise decírtelo - hablaba entre dientes, queriendo despistar a los animales del acecho.

- ¿Por qué atacan el casco?-pregunta Ramón, con reprimida angustia.

- Seguramente no tienen otra cosa que hacer.

Se acrecentaron sonidos en la noche, por rasgueos y zumbidos escualos. Ahí estaba la parca con abrazo de exterminio, sobre señorial cubierta del océano. Cada sacudida de las bestias, semejaba sádica burla.

La canoa empezó danza mortal, acompañada por ritmo tamborilero que interpretaban tiburones con sus golpes. El vaivén fue aumentando y se puso al compás de rápidas percusiones. Al baile macabro lo envolvió una corriente de aire frío como un colofón del terror. La volcada era un hecho. Final cruento y atroz les esperaba.

- ¡Pégale duro a la base!

Acto reflejo: obedeció el chihuahuense. Los golpes de remo, sin ensayo, fueron acompañados por oratoria ritual de sobrevivencia, “¡largo!”, “¡largo!”, “¡largo!”, “¡largo!”[...]. Luego convulsiones finales y se paralizó la barca. Quedó muda, sin respiración como sus tripulantes. Parecía pegada al mar. En pausas silenciosas la resurrección hizo acto de presencia. Estaban mudos, sumergidos en ellos, cuando sobre la cristalina y salada plataforma el astro rey paría primeros destellos del resplandor. Las retinas de neón, pintaron colores al planeta. Pasadas unas horas, el espejo de Poseidón regresó fuego a las alturas. Los tripulantes atónitos estrenaban vida.

- ¡Observa aquella mancha!- señalaba el piloto con una mano, gritando para hacerse escuchar sobre potente ruido del aeroplano.

- ¡Sí! ¡Ya me había fijado! ¡Debe ser una mantarraya! ¡Aquí abundan! ¡Mejor agárrale para el sur, chance que hacia allá jalaron!- contestó con fuerte voz su acompañante, el copiloto.

En la mar, dos hombres sostenían con dificultad el hule azul. Muchos problemas tenían para darle cobertura a la canoa, mientras escuchaban estruendo del avión.

Siguieron desgastándose en la inmensidad. Remando, pensando, sacando agua, chupando limones y moldeando fantasías consumieron horas. Con tan desgastante actividad, superaban eventualidades. Los entresueños eran liquidados por ronquidos, sobresaltos, zumbidos o piquetes a las costillas que los hacían regresar al problema. En juegos de supervivencia, se fabrican ilusiones. Enredadera de penas y quebrantos, era la ruta. Su puerto: “jardines del amor”.

“Eres hombre trascendente, opuesto a fatalidad. Tu juventud eroga globalización de querencias, destrezas y arrojos. Pero debes saberlo y entenderlo, quien pone decoro a la existencia construye tempestades. Sobre todo si es colectiva, seguro daño para privilegios”.

De alguna manera llegó un recuerdo de otro maestro. Jovencito, Ramón ganaba para Sonora en busca del trabajo. Distinguido caballerango de nivel llevaba sobre montura decencia y cuestionamiento. En Llano Blanco conoció a Rafa, otro profesor de primaria. Éste le enseñó doctrina del Che y le fijó sustancia que tiene el socialismo. Supo argumentarle fracaso de la Revolución Mexicana. Resonaron sus palabras: “Los ricos se chuparon idearios de Villa, Zapata y Flores Magón. Engañaron erigiéndose como honestos sucesores. Los dinerosos tienen al país para negocios personales. Los capitalistas gringos son patrones cómplices. Así no es fácil implantar un gobierno de corte popular. ¿Cuál debe ser el equilibrio justo? Los ricos se autonombran honestos y nacionalistas, salvadores del país porque le invierten capital; pero en provecho propio. No creas, Ramón, con su nacionalismo madrean al país. Es necesario creación de varios frentes guerrilleros, para garantizar triunfo del pueblo como una realidad”.

Mientras sorteaban marejada, avivó recuerdo de su hechura de acero, que se agigantó con el tiempo. Nació rebelde de cuna, como pocos. Por eso respetaba y admiraba a los valientes, como Cuauhtémoc su compañero. El tabasqueño asesinó y purgaba

pena por vengar ultraje de su hermana. La audacia emanada del chihuahuense daba contagios a seres parecidos a él. Tormentas justicieras lo llevaron al Arroyo Amplio de los Gaytán y esa extensión lo condujo con Arturo y Pablito, como definían al hijo pródigo de los Gómez saucillenses. Seguía narrando al estilo campesino, aflorando sonrisa junto a pícara mirada, anécdotas de sus amigos. Con frecuencia decía: “El profesor Miguel Quiñones, fue de los más correctos del grupo. Cuidadoso en sus tareas, tenía movimientos enérgicos, finos y elegantes. Palabra profunda distinguía a tan corajudo personaje. Eso sí, en valentía nadie quedaba atrás. Si alguno tuvo miedo, alguna vez, nunca lo escupió. Qué grupo, qué muchachos aquéllos de los que fui parte. Cuánto arrojo y audacia. ¿Dónde quedó el ejemplo? Dios quiera que otros sigan el camino, porque es mentira en todo tiempo, que podamos vivir en armonía ricos y pobres. ¡Qué diantre pueda hacerse!, son engañadores quienes lo afirmen, en cualquier generación”.

La noche les consumió rutina y ellos saborearon íntimos secretos; los que les daban vida. Esa inspiración que permite escapes de los despeñaderos sin fondo y de los océanos sin páramo.

- ¡Mira qué bello amanecer! ¿Así son en tus montañas norteñas?

- Son hechura de dioses, mar y sierras.

Se quedó viendo un complicado juego de colores. “Figuras que esculpen ángeles con cantera de nubes”, recordaba a su madre.

- ¿Qué te recuerda Ramoncito? Date cuenta que es maravilloso cuando nos sacude la vida, contemplando y disfrutando naturaleza: ¡ese aroma del amor!

No contestó, otra tarea lo tenía absorto. Miraba fragmentos de estatuas del cielo, como lo hacía en la profundidad del bosque chihuahuense cuando fue reclutado para el asalto. Ocupó tarea en exterminio de léperos al servicio del sistema; que son un mundo. Se hizo la imagen que lo zambulló en campo íntimo. Había un dolor causado por el reclutamiento: delicia echada a un lado, no al

olvido. Fragancia de mujer, en nueva cuenta le absorbió el coco. Recordó diálogo de siete años atrás:

- Debes de estar listo para tarea mayor. La insurgencia toca tu puerta, porque cada Gaytán, pregona valor que encima llevas.

- Siempre dices lo mismo, Chava. Desde que Juan Antonio, tu hermano, me presentó a Arturo, me reporté listo. No tengo doblez de palabra y me considero hombre de honor. Es tanto mi compromiso con tu causa, que sigo posponiendo arrejunte con mi Ema. Pero como se alarga el ocio y no llega la combatividad, ella vivirá conmigo. Ya quedamos. Será en pocos días...sólo que me sorprenda.

- Por eso estoy aquí. Sales mañana para México. Te unirás al comando que operará ataque histórico contra el sistema burgués.

No hubo más palabras de por medio. Le facturaron su acción de bravura y su renuncia al placer. El adiós a Ema, fue sentencia que le obligó su convicción. Siempre lo seguiría repitiendo durante su alborotada vida: "Acuérdate Ramón de esa preciosa hembra. Tu maestra, la que te voló el sueño por culpa de su atractiva figura. No olvides cómo te hizo aflorar temblores pasionales. ¡Esos pechos!, ¡esas caderas!, ¡esos muslos! Y sobre su perfumado cuello el bello rostro. ¡Ah!, y los sensuales labios, que encendieron tus fuegos del deseo".

La veía y acariciaba con su mente. Estaba en hechura de nubes, ramas, olas y estrellas. El viento seguía acarreado respiración, voz, ternura. La noche lo atrapaba con recuerdos. Lo alimentaba una posibilidad remota: encontrarla para perderse en ella.

Ese día, el viento los fue llevando más fuerte. El remo se hizo maduro, fino. Rudimentario buque entraba y salía cadencioso, entre el ropaje acuático. Llevaba como si lo supiera, un mundo de ilusiones para reparar vidas. Muy pronto, les parecería esa vez, la noche comenzó jornada. Encendió sus candilejas y extendió los ruidos. Los astros se acomodaron en tablero del universo pareciendo piezas del ajedrez como un jolgorio entre las

deidades. Continuaron precisos, cumpliendo su tarea infinita con renovación imperceptible para el minúsculo ciclo de vida humana, pero construían radicales cambios en las rutas habituales del cosmos. Destinos tradicionales, sufrían grandes desviaciones en su evolución. Era quinta noche del escape y fueron entendiendo sesgos de vidas. El amor por familia, pareja y justicia los mantenía en reflexión, en vida.

De nueva cuenta, el nocturnal envejeció para volverse moribundo. Nació el alba que vino estirando la aurora. Cada alborada que presenciaba Ramón, era una solemnidad para el honor que fue mostrado en 1965.

Sin embargo, nuevos retos le marcaban piel. Aquellos osados por estribor divisaron costa y hacia allá apuntalaron proa. Las mentes dieron órdenes para obligar esfuerzo extremo, tensando brazos y piernas. Por fuerza del movimiento perdieron ritmo y dieron vuelta en abanico contra puños del océano y ola gigante los puso a la deriva, azotándolos. El mar absorbía, pero ellos resistían como titanes, agotando su vigor.

- ¡No dejes que te gane! ¡Esfuérzate!

- ¡No!- asintió Ramón. Su cuerpo engarrotado pero en reyerta contra el océano escupía a la par, salazón que atacaba garganta.

Desencadenada la tortura marítima, los jóvenes dependían de tiempo y fuerzas. Otro rojo amanecer, era escenografía, cuando la Estrella Polar, aún visible, observaba desde el infinito. La muerte exigía y las vidas se resistían. Así, vino desenlace.

Isla Santa María Madre, un mes después.

- Señorita, por favor entregue este informe vía oficio, por teléfono y en telégrafo, a las correspondientes autoridades de Bucareli en el Distrito Federal. Ellos sabrán que hacer al respecto. Pero antes, déle lectura a la parte subrayada, por si se pasó algo.

- Enseguida coronel- le dijo su secretaria, la mujer de aceptable presencia, quien leyó corridito con matizada voz -“Después de mantener hermético el cerco militar en la costera del Pacífico

y buscar en toda latitud marítima, sostengo conjetura que los fugitivos sucumbieron ante fuerzas naturales y su tumba es sin duda, el fondo del mar”.

En un rincón, serio y cabizbajo permanecía de pie el sargento Carranza. Portaba para siempre, vestimenta de la humillación.

Presa Peñitas, en las afueras de Ciudad Madera, veinte años más tarde.

- A ver Lalo, ¿qué se propone para resaltar historia guerrillera de Madera?- asentó el hombre, mientras descansaba en un peñasco, llevando a la boca una botella de sotol que en parte ancha y central decía: “bebida de apaches y villistas”.

- Vas progresando, ya no tomas tescüino- le dijo pícaro, con solemnidad para proseguir -gente de principios honorables, viene organizando un comité. El propósito es darle vida a hechos de los muertos, divulgando entereza y fuerza de sus ideales. Después que cayeron los valientes, el grupo sembró ejemplo. Ya lo vez, están pasando cambios en el país. De aquí, brotaron los primeros vientos de libertad. Tú fuiste, eres y serás parte de ellos. Eso, ya nadie lo quita a ti y a los demás.

Se pusieron de acuerdo, como saben hacerlo los que portan causa común en los complicados senderos de mortales.

Eduardo, cachorro del doctor Pablo Gómez, con temperamento y persistencia como el padre, se puso en umbral de la cabaña, viendo aquel jinete que se alzaba en retorno al centro mágico serrano. Sólo alcanzó a pronunciarse palabras que sonaron como a plegaria: “Venturoso eres por lo que expones. Sé siempre así Ramón Mendoza”.

La Osa Menor en el escaparate del infinito, empezaba instalación de su alumbrado, incansable.

JACOTT

*"Mi corazón oprimido
Siente junto a la alborada
El dolor de sus amores
Y el sueño de las distancias".*

Federico García Lorca

Dicen que se cuenta, en región babícora, sobre muchos abuelos apasionados narrándoles a sus hijos y estos a los suyos, la existencia de reencarnaciones. Esos rarísimos casos acaparan fascinación de los que empiezan a vivir. El regreso obligado, de seres superiores acudiendo en ayuda con abundantes mortales simples, cuando tienen serios problemas y no atinan a resolverlos. Debe ser por eso que la gente más humilde, aquella que carece de mínimas defensas contra abusos, pone creencia absoluta en apóstoles, héroes, arcángeles y sus ángeles, para que acudan a vengarles tanto agravio. La leyenda sigue creciendo. Los parvulitos tarahumaras y campesinos, no pocas veces ponen vista en cielo y horizonte esperando fantástica llegada. Así nutren esperanzas.

¡Qué historias! ¡Cómo va tejiéndolas la sastrería popular.

“¡Ah! Veamos. ¿Cómo lo escribe? Jacott se pone con j, aunque se pronuncie “y” la “j”. Yacott... Así es... ¡Muy bien!”

“Lo primero que puedo decirle es que nací en La Junta en el estado de Chihuahua, pueblo donde se atan y desatan caminos que para la alta montaña, vienen y van. Fue pronto cuando palpé ausencia de paraíso terrenal. Contaban cuatro años de mi existencia la vez que mi padre nos abandonó. Salió a comprar pan; nunca regresó. Mi madre y mis abuelos maternos se hicieron cargo del cuidado familiar. Una ideal y cándida niñez no tuve, fue cancelada por la absurda realidad. Me apretujó dándome penalidades, para

que comprendiera el complejo mundo. Fui construyendo senda propia después que paladee hieles ricas en amargas, con mis cortos años. Condiciones adecuadas para moldear en mi país, seres sumisos. Si se te unen: miseria, explotación y resignación; adiós vida. Sólo que seas de otra configuración, no reconocerás ni aceptarás conformidad impuesta. Serás libre desde el principio, si lo haces. Si no te resistes; eres materia de subyugación”.

¡Con la vida aprendes confeccionándote; o te destruyes!

En el siglo XIX cuando la intervención francesa en México, soldados de los regimientos galos quedaron atrapados, por cercos fascinantes, en los territorios del norte. Eso explica otra vertiente de sangre blanca conjuntada con sangre mestiza o indígena en patria mexicana. Aunque son contados los Jacott en Sonora, Chihuahua y algunos emigrados a Estados Unidos, es la versión más acercada sobre su ascendencia europea. Con esta sangre de galanía mezclada a la yaqui explosiva, se componen torrentes sanguíneos que llevaría en sus venas: Lupita. Llamada, así, en honor a su abuela materna.

No es que quisiera; destino era. Por lo paterno, Jacott: la distinción. En lo materno, Murillo Primero: la fuerza. Tuvo marca fina de origen y, adquirió más clase durante su construcción. Belleza física le dio su etnia. Fortaleza y sencillez fue factoría del espinoso camino recorrido. Cada pedacito de su textura lo tejió la vida tesonera y trepidante sin cortinas simuladoras, ni desconectes que la separaran de cuidar el planeta por su esencia humanitaria: investigando origen de penurias, destruyendo falsos remedios contra indigencias, inventando milagrosas pócimas para mitigar subrepticios dolores de cancerosas neuronas que provocan humanos adormilados.

¡No puede creerse! ¡Sólo viendo se aprende!

“Prosigamos. ¿En qué nos quedamos? Sí ya recuerdo...Desde

muy niña, le decía, me habitué en oliscar dentro del dolor junto a la alegría, en tempestades y remansos. Observé con atención complejidad que tiene nuestra vida material y laberintos que envuelven la condición humana. Sin saberlo, abría ventanas buscándole ruta a mi camino, construyéndolo con propios pies y carta de navegación elaborada en recorrido cimentado: prueba testimonial y objetiva de áspera andanza mundana. ‘¡Sácale sentido a la vida Guadalupe!’, mil veces me lo repetí desde pequeña, una infinidad. Arte, cultura, principios y familia con sangre bullente generan inquietud y transformación a fuerza.

Del mineral de Sombrerete, Zacatecas vino José Murillo y se casó con Guadalupe Primero: mis entrañables abuelos. Cómo se entregaron al cultivo de su descendencia, junto a mi madre. No sé si le dije su nombre. Por si no, como Ofelia Esperanza, era reconocida. Abuelos y mamá, fueron apoyo, inspiración y dilección, por siempre. Inquietud, tiempo y destino, me llevaron al huracán que todos saben”.

¡Tempestad mañanera! ¡Época de osadías sin descaro!

Romana, dama duranguense de la sierra pidió a sus hijos fueran espléndidos en cultivo de lectura y arte. Ellos, dieron correspondencia con fama mundial en música, pintura, literatura y cinematografía. Es famosa historia de dinastía Revueltas Sánchez. Resultaron revoltosos con causa, como el apellido.

Parodiando es misma trocha de Lupe. Canto de vida para ahuyentarle cualquier pena a su espíritu consternado, poema amoroso que brinda dulce polución al corazón quebrantado, lienzo mil tonos germinador de esperanzas para vida desgastada. Esas son prácticas sistemáticas ejercidas por la bulliciosa Guadalupe. ¿Su fuente de inspiración?, su abuelo materno: ebanista, escultor y pintor. Su abuela, madre de su madre: arte culinario y protectora de indígenas, plebeyos y rebeldes. Ofelia Esperanza: continuación de obra. Ella: colofón profuso por lógica. Y sumada belleza física, su

carne fresca la distinguió como atributo, moldeada en alta costura natural. Rostro, cuerpo, nítidos y simétricos: fueron geografía de mujer. Otra crecida la estimulaba: leyendo, preguntando para resolver encrucijadas de vivencia. Belleza interna y externa, elegancia e ingenio, sencillez y prestancia adquirió la muchachita Jacott.

¡Cómo son las cosas! ¡Hay que hurgar en la gente!

“Quien encuentra claridad, busca salida sobre cercos de pignoración. No se queda en nebulosas y abre puertas para escape. Sí, en mi época la mujer absurdamente tenía complicado el caudal del progreso. Había un misticismo: abnegación femenina; loza contra aspiraciones para superación. Eso dio sello de vanguardia por igualdad, a quienes nos atrevimos a cuestionar el papel machista patético. Mire, al principio lo asumía en los hechos. Ahora comprendo y sostengo: ‘si quieres vida digna, será de hombre y mujer por igual, sin distinción mínima’, y lo seguiré sosteniendo hasta el último aliento que me dé respiración”.

“El instinto me condujo a jalonadas. Por intuición, buscando igualdad, fui al estudio profesional. Mi aspiración encerraba descontento que de entrada, era confuso ponerle orden. Después lo entendí con tanta fuerza que me llevó al proyecto que encierra la fuerza de mi vida”.

“Así, un día acompañada por mi madre, estaba presentando examen en la Normal Rural Ricardo Flores Magón. Universidades y otros equivalentes, ¿de dónde? Había que afrontar circunstancias o ¿destino? Lo que fuera. Junto a Ofelia Esperanza, le entramos como creímos. Quedé número uno en lista de admisión. ¡Qué emoción! Empezaba construcción más alta. Hacía mi carta para navegación. Verá, porque siempre hice lo que según yo era correcto”.

¡Camino rudo: vida fuerte! ¡La osadía es la ruta!

Distinguida jovencita, puso cerco a la casualidad. Para que

esperar embestida del sistema desigual. La sangre hervía y el anhelo estiraba. Como maestra daría decoro a familia y ancestros, creía. Se regodeaba por futuro bruñido que le vendría. Llegarían pan y fruta a la mesa construyéndoles sonrisas a sus hermanos, barro fino para labranza del abuelo alfarero, víveres que la abuela Lupe daría a indulgentes y disidentes. La madre, satisfecha viendo dispersión de adversidad.

Qué suaves sueños construye la juventud. Explosiones burbujeantes, maravillosas, inundan y envuelven razón. El tiempo sigue su tránsito pero aspiraciones juveniles son las mismas. Sólo un puñado en cada generación suele captar el dilema: inequidad. De ese pequeño grupo, todavía una vanguardia selecta busca remedio para tan tremendo mal.

Alguien dijo que el mundo, desde su origen, está dividido en clases sociales muy diferentes. Pocos que tienen todo y muchos desposeídos. Los pocos obstaculizando con mil argucias o violencia entera, para que los muchos no les perjudiquen ganancias. “Mientras la humanidad tenga mayoría maltrecha, habrá desasosiegos”, alguna vez escuchó la muchacha esta expresión de su maestro Pablito. Lucha de clases, lo fue entendiendo más tarde.

¡Ay, Lupita, cuánta verdad! ¡Acentuado fondo tiene la existencia!

“Aprendiendo en cada tramo y recodo del camino, emprendí nuevo vuelo. Agilicé aprendizaje con percepción del mundo y sus criaturas. Empecé a moldearme creencia en construcción del paraíso terrenal. ‘Si Dios existe, debe querer felicidad para nosotros desde este mundo con toda seguridad, porque Él es bueno’, recuerdo que esto decía a mis compañeras en la normal. Por tradición familiar me hice creyente, por eso cuando me despidió le digo: ‘Dios lo cuide’, ‘Dios lo bendiga’. El mismo deseo mando para los míos y a quienes son justos”.

“Me puse en marcha y disfruté estadía en el internado. Si

no, este se convertiría en tramposo confinamiento. Así han sido tantas historias en las normales rurales, hasta ahora. Te moldeas o rezagas; no existe otra opción. Sin alternativas a la vista adapté cuerpo y espíritu en tarea normalista. Todavía vienen a mi mente recordaciones y cavilo con agrado por aquellas sentidas añoranzas. Me veo recorriendo patios y dormitorios gritando a las muchachas, mis amigas. El limpio aroma de lavandería y un paliativo olor a panadería siguen haciendo lista de presente en mi olfato. La fábrica para sueños muy seguido me lleva al principio de lo que soy. Aquella banda de guerra retumba en mis oídos y sigo portando bandera en la escolta y leo junto con las amigas bajo rústicas candilejas hechas por iluminación de velas. En comedor y biblioteca vaciamos picardías y encendemos deseos. Abrimos puertas y ventanas al amor que vendrá. Algunas veces aparecen dilemas nuevos que sólo el futuro, haciéndose presente dará cuenta de ellos”.

“Me hice secretaria general de la sociedad estudiantil y hoy día siento que sigo siéndolo. Aprendí que el ciclo biológico invariable, convierte la materia, pero el destino: ¿se prepara, si uno quiere?”.

¡Sólo el presente existe! ¡Firmeza del momento da fuerza al futuro que será presente siempre, mismo que volverá a preparar otro futuro, y así sucesivamente, lo harán quienes vida del momento es enérgica!

Entonces, vinieron ellos. Como brisa refrescante, inesperada. Sin aspavientos, colonizando poros mentales en criaturas racionales. Adosándose a fibras emocionales de quienes debían usarlas. Invasión cíclica había llegado; muy contaminante. Exigente la intromisión, buscaba centellante respuesta.

Vestían harapos mundanos hechos para la ocasión y ayuno hechicero para alimentarse de nada. No eran “zombis”; sus arterias latían con rítmicos himnos del combate. Eso sí, palabra, sensatez y sentimiento eran colorido limpio: admiración de muchos y horror

para algunos. Notas distintas, componían tonos en nueva sinfonía de las chusmas, indescifrable para quienes adolecen del sentido armónico social.

Aparecieron de la nada, portando convulsiva oratoria plegada por conceptos: novedosos, extraños, atractivos, exóticos, fulgentes. Nuevas fuentes de pasión hechas por insondables escultores. Rostros con miradas firmes y sonrisas preclaras, acompañaban sus locuciones. ¿De dónde provenía el torbellino? ¿Quiénes lo habían traído? Nunca nadie supo a fondo; ni siquiera ahora. Se habló que eran ideas provenientes de ínsula utópica, fantasmal, locuaz, inaccesible. Mucho se dijo que eran pléyade: inadaptada, anticristiana, soliloquia, incomprensible, inmoral, altanera, sensual, comunista. Coludida, rumoraba el sistema con intereses herejes extranjeros, cuyas pretensiones era imponer un gobierno de los trabajadores, para poner en sus manos los medios de subsistencia. Eso era la tribu y quería bienestar para todos.

¿Las calamidades forjaron ideales? ¿Otros seres de otras generaciones las provocaron? ¿Fueron ambas vertientes su inspiración? ¿Qué sería?

Jacott los vio venir, cuando esperaba por ellos.

¡Cosas que guarda la vida! ¡Quién tuviera tal destino!

“En Saucillo, donde mi normal, divisé páramo para construirme vereda. Verdad impartida por destacados catedráticos, abrió mentes. Elevados, didácticos, morales, definatorios, fueron conocimientos y mensajes del doctor Gómez. Eran acaparamiento que rompía las rutinas juveniles. Del doctor atrapamos enseñanzas de las que hicimos aprendizajes fulgentes, incluso hoy. Del conocimiento científico nos trasladó con su elegante método, a posición innovadora: trueque de podredumbre por equidad. En el nocturnal, las más destacadas y motivadas entrábamos en corrientes filosóficas favorables al espíritu con tutoría de él. Nunca descansaba. No se daba tiempo. Preparando clases y consejos, investigando temas,

dando solidaridades, escribiendo manifiestos, resolviendo dilemas, planteando nuevos, repartiendo tareas y agitando conciencias, el doctor consumía físico y mente.”

“Él, trajo al otro. Arturo, un día se presentó conmigo. Me encantó el misticismo, su texto cuestionador. Qué agrado resultó su sinceridad, lo fraterno y la inventiva que portaba. Cinco cuentos de su inspiración, tengo conmigo. “La explotación humana y el marciano”, así se llama uno, mi favorito. Es muy significativo. Encierra visión y deseo de Gámiz. Fíjese y anótelos. Habla de perversidad que tiene el capitalismo que contamina todo, oculta y destruye materias primas. Las encarece y tiene control del comercio para obtener plusvalía. Narra Arturo, sobre desigualdad y ambiciones y nos alerta del rompimiento de nuestro desgastado ecosistema, provocado por depredadores indecentes. La opresión, es eminente amenaza para la humanidad. Pero qué fabuloso desenlace acomoda a su historia. Un marciano que observa y hace conjeturas, decide llevar al singular concejo resolutivo de su planeta, el caso crítico estudiado. Mandato: Invasión al planeta Tierra, castigando perversos para salvar la raza humana. Eran marcianos muy humanos, ¿no le parece?”.

“Siempre tan serio y formal Arturo, tenía confianza en gente común. Gran respeto e inspiración para el maestro, fue el doctor Pablo Gómez. Hicieron histórico complemento en ideario para combate organizado. Pregúntemelo, y le diré hechos reales, precisos, porque viví el afecto que se profesaron estos grandes hombres”.

“Luego vinieron: Miguel Quiñones, los Gaytán y sus sobrinos Scobell. Después otros. No a todos traté buen tiempo, pero juro que eran muy lindos y extremadamente valientes. ¿Sabe cómo se juntaron? La pasión les dio brújula para encontrarse. Iban por una hazaña. De alguna manera, esta mujer, los acompañaría”.

¡Cómo se forman las leyendas! ¡Grande quien tenga valor y talento!

Una mujer tan singular podía darse un exceso. Por tener cabellera rala, cierta ocasión Guadalupe decide cortarse el pelo a rape. Creía, que con ello, mejoraría crecimiento mejorado del cabello. Lo único que consiguió fue sobrenombre: “Pelona”. Así la conocerían sus amistades toda la vida. Pablo, así la llamó siempre.

En el internado, puso fuerza en apoyo de caravanas e invasiones campesinas contra latifundios. Las raciones alimenticias de la muchachada fueron recortadas, por propia voluntad y repartidas entre contingentes de los descamisados.

Luchas de carácter, contrastando la tranquilidad le fueron nutriendo filosofía dialéctica y determinación extrema. Como si no tuviera con la carga que traía; cargó con más.

De cualquier manera, Jacott tuvo recios atrevimientos considerando la rígida época que le tocó vivir. Brotaba con sus acciones derecho a la equidad: primitiva emancipación de la mujer. Hacía paralelismo con otras respetables hembras de su tiempo, en tenaz lucha por mejorar vida y ser tomada en cuenta.

El hostel en Saucillo sirvió a la doncella, para tomarse elementos purificadores, fortaleciéndole su inquieta esencia. Indelebles le quedaron sonidos y figuras del mítico internado. Un día, contagiada por locuras de época y ávida por búsquedas, decidió abandonarlo a un año de terminar carrera. No había más que ofreciera su normal. Huérfanas quedaron ambas. La escuela sin Lupita entristecía y viceversa. El vendaval llamaba.

Otro áspero destino buscado por una mujer que nadando contra corriente ascendía a la cima. Tocaba espinas; no pétalos. Así era suerte que ella quería. ¿Sería posible? Era verdad contundente.

¡Cuán maravillosas son las buenas esencias! ¿Quiénes las portan?

“Sin sombras, agarré atajo hacia territorio del gran desacato. Arturo y Pablo recriminaron manera como cambié ruta. Querían que fuera profesionalista como primera meta. Ellos, caballeros

insólitos dándole lugar a la mujer, contrariando costumbre de época y aflorando esencia noble. Yo, buscando equidad de género: temprano entonces. Sin embargo, sigo pensando, me aceptaron con signo de admiración oculto. Fue por mi atrevimiento. Pronto pasé a cotidianidad con el grupo que organizaba rebeldía”.

“Escuelas de formación ideológica conducidas por el doctor y Arturo, fueron alimento nutricional al espíritu. Supimos describir el “ABC” para integración de liderazgos y tácticas para reclutamientos. Lectura marxista fue columna vertebral. Conocimiento de *reforma agraria* y *Constitución Política*, para demostrarnos fraudes del gobierno”.

“También hice gestoría, apoyando compañeros que estaban en el ancho territorio chihuahuense. Recorrí el estado por riberas, montañas y planicies ayudando en faena, resolviendo casi nada. Sin embargo, con satisfacción alimenté respaldo al trabajo que estos formidables seres hacían por indios y campesinos. Así estuve en Juárez y Casas Grandes, en Arisiachic y la Babícora, en este lado y en muchos más. Hasta Durango acudí a invasiones de latifundios hechas por el sonoreense Álvaro Ríos, hombre visionario y valiente, patrimonio del pueblo. Con él, en ese lugar, celebramos ‘segundo encuentro de la sierra’, que abrió camino hacia las armas. Todo eso y más anduve, apreciable amigo”.

“Después preparación de alimentos especiales para campaña rebelde. Cocimiento, disecación y transformación en polvo del frijol. Carne seca, papas, fruta verde, enlatados, pinole, harina y manteca, eran materias obligadas para ocupar espacio en mochilas que llevarían los muchachos en su cita con el combate”.

“Me tocó ser parte en dirección administrativa de la falange. Recogía cooperaciones con muchos distinguidos personajes, casi todos amigos del doctor. Algunos daban su apoyo manifestando gusto, otros con el temor a vistas. También operé miserables compras para mover aquel engranaje revolucionario”.

“Cuando arreciaron condiciones del movimiento, fuimos a

México capital para recibir entrenamiento militar. Usted sabe que el grupo estuvo en faldas del Popocatepetl creando acondicionamiento físico y acoplándose al uso de armas”.

“En septiembre de 1965, fue regreso a Chihuahua. Retornamos por grupos en diferentes transportes. Nunca me dijeron del siguiente paso; lo presentía. Ya en nuestra tierra el doctor me indicó fuera a Anáhuac, donde vivían unos tíos. Me dijo ‘Pelona, espere instrucciones’, no dio más explicación. Quise preguntarle qué sucedía, pero guardé silencio. Era disciplina férrea, asumida por compromiso previo. Le desee buena suerte. Sabía, iba con los demás y jamás volví a verlo. La mañana del 22 de septiembre mi cuerpo estaba en casa de los tíos, mi mente en la montaña, mi corazón se había ido con ellos”.

¿De qué se alimentan los ángeles? ¿Quiénes cumplen tareas de otros?

Forma salvaje es su compromiso. La carencia de vacilaciones la acercaron a campo prohibido, donde no van seres rutinarios. “La bonita” tomó compleja ruta de navegación, animada por su instinto. Terciopelo para la vida, nada que ver. Ayudó en una historia hecha por héroes en apuros, atravesando el oscurantismo.

En *Cartas a Guinea-Bissau*, experiencia educativa de Paulo Freire en África, sostiene: “[...] una experiencia [...] aprender primero [...] luego enseñar, y [...] seguir aprendiendo. Aprendiendo con [...] los trabajadores de los campos [...] se nos hizo posible enseñar también”. Contenido y método del maestro brasileño, era sistema pedagógico en Jacott y singular grupo. Fabricaban sueños para transformaciones. Dice, Freire, que sirven para construirnos pequeñas realidades agradables. Sin sueños, los objetivos carecen de fundamento pasional.

Aquel vértigo de acciones, fueron alta escuela para la chica. Códigos, teorías, leyes y recetarios pasaron a reciclaje, ante hechos verdaderos; templadores. Modernos jóvenes ocurrentes, entraron

por complicados laberintos que tiene la justicia, donde para salir hay que sufrirla.

“¿Quiénes entenderán lo que hacemos? ¿Cuántos maltrechos, por miedo e ignorancia, seguirán apoyando al sistema opresor? ¿Dónde brotará apoyo emergente? Surgirá, estemos o no. Llegará para bien”, una vez escuchó Lupita, decirlo a Arturo el nacido en Súchil, Durango. Agradecida y admirada, sigue sintiéndose por fiera heroicidad que mostraron sus compañeros. Nada llega al que inmerece. La casualidad seguirá siendo abstracta para el innovador, como ellos que vivieron de lo verdadero y buscaron felicidad práctica; sin subjetivismos. Así fue y es Guadalupe, con su etiqueta de mujer elegante y pendenciera. Son contrastes complementarios.

¿Cuántos atrevidos existirán? ¡Locura, muy buena!

“El 23 de septiembre por la mañana, una estación radiofónica lanzó nota pintada con rojo fuego. La noticia fue arrastrada durante el día. A cada repetición del impresionante y sorpresivo hecho, mis entrañas se desquebrajaban intermitentes. Ayer los cuerpos y las voces; hoy tragedia enfrente y duelo sordo. La premonición tuvo acierto. El hecho mortal rebasaba fatalidad. La guerrilla se hizo exterminio físico y puso paradigma al país”.

“Quedé muda, con punzada al pecho. Un zumbido se apoderó de mis oídos. Las palabras se me resbalaban, sin sentido, cuando mis tíos me hablaban. No encontraba equilibrio para acomodar sensatez y una saliva amarga atacó mi garganta y mi boca. Veía las figuras confusas. Le diré, que casi borrosas. Desesperación jamás experimentada, me consumía. El atrevimiento cobraba al extremo; irónico”.

“Anduve autómata buen rato. Después, no sé cómo tomé camión para Chihuahua. Ya no lo recuerdo bien. ¿Cómo reconstruirlo?, si iba en consternación total. Tal vez un ligero llanto hubiese sido descanso para sentidos, pero así no fue. El dolor agarró subterráneos

ríos y mis neuronas no dieron cauce a respuestas; se trincaron. Sólo el cerebro repetía: ‘¿Qué falló? ¿Cuánto faltó? Ahora, ¿qué? ¿Quiénes cayeron? ¿Empezar de nuevo? ¿Cuál es el aprendizaje? ¿Cuántos quedamos? ¿Qué harás, ahora, Guadalupe?’ ”.

“En estadia dentro de mi hogar, llegó el servicio secreto policial. En automóviles se situó en la acera. Era detención, con riesgo grave”.

“Mi cuñado, alto y delgado como yo, disfrazado de mujer, tomó calle. Mordieron anzuelo: vehículo del gobierno fue tras él. Qué vergüenza para la inteligencia oficial. No era Guadalupe; José Elías, resultó”.

“Salí por puerta trasera. Familia y amigos convertidos en resistencia obligada, me llevaron a Torreón en automóvil. Ahí, tomé corrida de transporte hacia la capital”.

“Poco a poco fueron llegando a cuenta gotas, sobrevivientes y demás miembros de la falange chihuahuense. Cabizbajos, dolidos, con rabia y decisión se incorporaban a recomposición: acomodando venas nuevas, sobando heridas morales”.

“Nuestros muertos comparecían en juicio histórico. Más leyenda se esculpía, arrancada de peñascos norteños. Lo que pasó después, usted conoce. El tiempo seguirá estibando mitología, sucesos y supuestos sobre hombres y mujeres que participamos en aquel hemisferio de guerra moderna hecha por una insurgencia popular. El país sería otro desde entonces. Eso dejó por herencia la sangre presta, fresca, joven, rebelde, pionera”.

¡Secretos de una sangre bulliciosa! ¡Qué suerte conocerla!

Nada por agregar. Compromiso con su destino: saldado. Como lo buscó. Aunque fue adverso; cobró vidas. Claro, tal desenlace no quería pero era posibilidad muy objetiva. Fue imaginándose se vendría encima heroicidad por el asalto, ¿cómo encausarla? Había que prepararse para ello, suponía. Estuvo capoteando efectos sombríos de la tragedia y le dio curso correcto hasta donde

podía. Jacott enfrentó días aciagos, acariciando gloria de recientes héroes. Fortaleciéndola como ahora. Llorando su pérdida corporal y cargándoles el honor. A pregunta: “¿Valió la pena?”, flota respuesta valiente: “Sí valió, porque es mejor que no hacer nada y quedarse callado”.

Como cascada llegaron atrevimientos juveniles como ese donde estuvo Lupita. Durante la olimpiada sangrienta, con Lucio Cabañas, Genaro Vásquez y otros más. Formaron época gloriosa porque pedazos de existencia dejaron plasmados, por sus bravas desobediencias. Fueron evidentes: cárceles y muerte. En el futuro inmediato, adherida en insurrección estuvo la mujer mexicana ofreciendo su cuota de sangre, su felicidad. Sin discriminación de género; el verdugo aceptó cuota.

Es imposible ir a Chihuahua sin poner vista en montaña rebelde. Sobre pastizales de Saucillo, aún se escuchan gritos: “¡Muera el latifundio!”. Y en la normal, bajo los trinos que salen entre arboleda donde está ‘la Pirámide del amor’, estudiantes nortañas se prenden al recuerdo de Jacott. “¿Qué nunca volverá a pasar? Se necesitan repeticiones. Hay tanto basurero acumulado”, dice una chica activista del Consejo Estudiantil ‘Pablo Gómez’ de dicha normal”.

Por gracia y agilidad, como “La venadita” le bautizaron los salaicinos. Sigue siendo fantasmal imagen, fresco recuerdo en el vacío edificio que ocupó la Normal Rural “Abraham González”.

Quién sabe qué traerán los tiempos. Soberbio, viene el destino acomodando rutas. Sobre la sierra, nuevos rumores recorren veredas y cañones. De minerales a cascadas, de planicies a cañadas, llegan las voces populares: “Hay cansancio, coraje... otra vez”.

¿Dónde estás Guadalupe? ¡Tu gente te quiere ver!

“¿Qué pasó con el amor? Es pregunta fuerte la que hace. Contestaré con claridad. Cuando hay vacío en cavidad del corazón, no tiene sentido creación del pensamiento. Va desviado de necesidad

humana que busca felicidad como principio básico. No tengo todas las respuestas para este convulso mundo, reconozco. Sólo digo: Tratemos de ser felices en mil maneras. Eso cambia cosas y diseña sabiduría para transformación. Es el amor, elemento variante de la conducta humana. Capaz de regalar sacrificio máximo, como la vida misma. Es motor para existencia y, ¿quién lo puede evitar?”.

“Mis compañeros amaron a plenitud: sociedad, familia y mujer. Era tanta su entrega, su idilio, que quisieron construirles edén, alejándolos de penumbra. El amor todo lo vale; hasta el luto”.

Abuelos y madre fueron amor de construcción. Quienes tengan misma dicha como la mía, entenderán”.

“Amor colectivo, por sociedad justa, llevé con la comuna que dirigieron el doctor y Arturo. Sigo preguntándome: ¿Podrá darse, alguna vez una civilización armónica y fraterna? Ese era objetivo central nuestro: generaciones amorosas, integrales. Para mí, lo sigue y seguirá siendo, hasta el último aliento que tenga”.

“El amor de hombre, pareja que se busca para cruzar el puente, ¿en dónde quedó? Me dio abstinencia. La causa partisana era primero; sin distracción. Sobrevivencia, estaba en juego”.

“Sin embargo, esa naturaleza que tiene la atracción, sobrepasa campos herméticos y dogmas. Lo adivinaba él. Traía en sus sentidos, mi necesidad de mujer. Yo sabía, no era falsa percepción, cariño y pasión que guardaba para mí. Nuestras miradas de fuego, mágica espiral, fueron simbolismo. Era amor torrencial en potencia. Cuestión de tiempo, muy poco, para desato del idilio. Ironía; nunca se dio. Rodeo buscó el destino. No pudimos evitarlo. Me quedó recuerdo de su aroma y la sonrisa en sus labios, aún quisiera besarla. Nunca pude antes, y en el panteón de Madera quedó sepulta esa posibilidad. ¿Quién fue? Es la primera vez después de casi 44 años que diré su nombre. Era Antonio Scobell Gaytán. No sé si hubiera dado resultado. Pero estoy segura, que mi corazón jamás volvió a tener ritmo loco, como entonces. Antonio fue amor de hombre. Pareja posible, para una soñadora como él.

El tiempo puso marca imborrable. Todavía me pregunto: ¿Qué tal si hubiera sucedido? Mi corazón y mi piel, algunas veces buscan del norte, el pasado de añoranzas”.

“¿Pablo Gómez? Sustituyó, por mucho, falta de padre. Su don de mando y orden me dieron objetivos. Tomó posesión como hermano e hijo en ánimo de mi madre y la abuela Guadalupe. Era hombre fuerte, pero piadoso. En estos tiempos grises, el sueño suele traérmelo con frecuencia. Sigue dándome consejos frescos para el momento. Casi es realidad su voz despabilada, potente: ‘Pelona, no me gusta esté caída. Enfrente lo que sea. Como le enseñé, vaya adelante’. Es recuerdo de mi querido maestro, otro fuerte amor que llevo”.

¡El amor y sus mil caminos! ¡Cuando bien se ama, la añoranza vale!

Ahora... ¿Dónde anda Jacott? ¿Por quién vive? ¿Cómo es su causa? Debe seguir haciendo sortilegios en destinos; travesuras. Atrevida incurable seguirá. Bella flor en camino espinoso, es Guadalupe. Preciado aroma en alborada de partisanos, simboliza. En pastel de electrizada harina, ella es cereza. Nombre de mujer que simboliza identidad de patria mestiza: “raza de bronce”, como escribió el poeta.

Los caminos cambian; rumbo es el mismo.

Renovados amores mueven vibras de la chihuahuense: sus hijos, sus nietos. Hípermatriarca es ahora con su descendencia. Dolencias, le han dejado tantos golpes del despreocupado destino, aunque esquivó algunas embestidas. Reflexiva y cariñosa superlativa resultó en consecuencia, después rudo empellón propiciado en camino espinoso que escogió como ruta de navegación. Astigmatismo agudo monta su vista. Unos especiales y mayúsculos anteojos le elevan su natural gracia remarcándole nuevo nombramiento: abuela.

Sigue original. Es su elegante feminidad aflorada en desgastada

carne. Dando bocanadas al cigarrillo, su gusto drástico, Guadalupe aporta contestación mirando a los ojos. Es invariable aflorando vibraciones, oprimiendo el corazón, recordando a sus amores en su sueño de tantos años a la distancia.

Sabe que los parvulitos siguen poniendo vista en alturas y planicies, esperando lleguen astros con luz propia. Es su esperanza.

¡Ya regrésate a Chihuahua, Guadalupe! ¡Ella espera por ti!

- Algún día se repetirán los hechos. Habrá mejores elementos para acomodar destino. Otros completarán lo que empezamos. Harán mucho mejor jornal, sé muy bien. Nuevas formas inteligentes, de levantamientos, redimirán la maltratada sociedad. Absolución, mis compañeros no buscaban; se las otorgó su pueblo. Esta sentencia se repetirá.

Por su paciencia para escucharme vivencias, muchas gracias. Cuando se regrese a mi querido norte, háblele de aquella epopeya que relumbró en Madera. No quiero que la olvide.

- Fue un placer saber de usted, maestra. Hasta pronto.
- ¡Dios lo cuide! ¡Dios lo bendiga!

ALGUIEN TIENE QUE EMPEZAR

“Nuestra generación no se habrá lamentado tanto de los crímenes de los perversos, como del estremecedor silencio de los bondadosos”.

Martin Luther King

Marylin Monroe, de candidez supo construirse controversial amor; Isabel segunda, tomó perseverancia y edificó un reino; María Dolores Pradera, moldeó el canto para darle estructura a su magia; Miguel Dominguini, del capote al vuelo tejió arte; Fidel Castro, con justa causa, hizo un pueblo libre. Ellos, los del fuerte carácter, nacieron en el año 1926. Igual Pablo Gómez, el que sembró ideales y con canales de fuego, supo regarlos.

Un miércoles 22 de septiembre, por la noche, velaba armas junto a sus compañeros. El santuario del bosque era recinto solemne. La batalla iniciaría apareciendo el alba. Cargando serena cara cruzaba minuto a minuto, las horas difíciles. Iba al encuentro del destino, construyendo su historia. Habló de consecuencias y estas, lo tenían cumpliendo tarea de bravura. Pronto entraría al combate fusil en mano. Con vista puesta sobre firmamento conectó cerebro y corazón. Como lluvia de estrellas cayeron añoranzas, encontrándose con él. No había sueño; ni tiempo para este.

Dieciséis años atrás:

Pasado el andador del jardín, subió tres escalones y llegó al edificio administrativo central. Cinco metros después abrió puerta lado derecho. Entró, sin premura, con sonrisa puesta sobre su recio rostro de granito.

Otro hombre con notables pómulos salientes y vestido en modesta elegancia, le indicó con la diestra tomara asiento. Dieron

fuerte apretón de manos amigas.

- Querido Pablito, ¿cómo estás?
- Me mantengo firme, maestro.
- Es tu coraza de siempre. Lo dicen.
- Imagínese si no.

El trascendente maestro José Santos Valdés, dialogaba con el legendario, también maestro y doctor, Pablo Gómez, en el internado normalista de San Marcos, Zacatecas, en mañana septembrina, vísperas de la quinta década del siglo XX cuando ambos forjaban a plenitud, sus historias.

- ¿A qué horas entras con tu cátedra de matemáticas?
- Justo ahora, maestro. Pero hoy daré Ética al segundo profesional.
- Adelante, muestra lo que sabes.

Pablo ganó hacia las aulas al pie del cerro. El lagunero tomó fondo por el comedor, a impartir conocimientos sobre métodos de enseñanza: su fuerte.

Se despidieron alegres porque tenían atada para siempre, enorme amistad. El tiempo se encargaría de acrecentarla. A una alta cúspide la llevaron.

Años delante en la ciudad de México los mismos personajes, pareciera, continuaban con el mismo diálogo. El maestro Valdés, autoridad educativa; Pablo, perseguido político.

- Imagino, bravura es recurso que te queda y no cualquiera tiene. Sé de la causa que llevas junto a Raúl tu hermano. De las dificultades enfrentadas por ambos, en defensa de los derechos frustrados del hombre, para tener vida con dignidad. Mi respeto para ustedes y sus razones, querido amigo.
- Sus palabras son vientos reconfortantes. Quien carga principios y ha luchado sin descanso, espera reconocimiento a su causa, más que para él. Y usted ahora, hombre con estatura moral incuestionable, engrandece mis motivos sin objeciones.

- Sólo cuida las formas si puedes, Pablito. Sé lo difícil que resulta por esa persecución que padeces, sobretodo en Chihuahua, pero no enfrentes de lleno. Pienso, falta tiempo y organización. Espera momentos favorables y date prudencia. Es necesario para mis amigos. Dile a Arturo y los demás.
- Agradezco, maestro, lo que dice. Veo respeto, aprecio y solidaridad en su verbo. Ya lo dijo; me persiguen. A mis compañeros también. Algunos son huéspedes en mazmorras del podrido régimen y, cuántos han caído por balas asesinas del mismo sistema. Le digo por si se ofrece y para que recuerde un día: no todos se han de lanzar a la revolución, pero alguien tiene que empezar.

Estas palabras lo marcaron y habría de pronunciarlas con frecuencia, durante intrépidas tareas en el rudo tiempo que se le vendría encima.

El maestro sonrió, justificando y aceptando las razones de Pablo Gómez Ramírez. Se sintió afortunado por conocerlo y tenerlo en amistad grande.

El chihuahuense regresó sonrisa. La fortuna de los osados, como él, lo ponía al lado de José Santos Valdés, uno de los maestros más limpios y virtuosos que ha dado la nación azteca, traído a vida en la Comarca Lagunera.

Pasado el tiempo, se confirma consecuencia. Fusil en mano el de Chihuahua, esperaba proximidad del alba en la montaña. Con fuego obligado, enfrentaba destino. Ruda misión escogida con desvelos inescrutables, cargando penurias de indecisos, recogiendo ejemplos de valientes que ya no estaban, acomodando ideas para vanguardia, sorteando críticas e indecisiones de tibios y oportunistas, ajustando bolsillos para compras obligadas, dejando a su suerte la familia, solucionando crucigramas humanos y morales.

“Nadando contra corriente, siempre así; es la gracia”, asentó la

voz de Pablo, en el momento que lanzó piedra al ras del nivel de la laguna, donde velaba junto a sus armas.

Muy a menudo, con su familia y amigos de confianza, en su casa frente a la plazuela Juárez de Lerdo, Durango, el maestro Valdés subrayaba razones concretas que pusieron a Pablo en la lucha armada.

Siempre usó mueca agradable por su recuerdo: “Nada más Pablo. Inquieto como pocos. Solo y ‘su alma’ en caminos espinosos. Y me refiero a su esposa Alma Caballero, fiel compañera que padece contagio de misma causa, por querencia al hombre. No hubo contención contra su adelantado espíritu. Con mente y voluntad abiertas a las corrientes modernas y progresistas del pensamiento. Lo pienso así, porque al llegar a San Marcos, se precisó su personalidad por el saber científico y por su apasionada defensa de las causas justas. Cuestión de tiempo, el virtuoso buscará igualdad. No le importará de que manera sea”.

- ¿Por qué papá es así, madre?- preguntaba con interés Alma, la primogénita.

La respuesta de Alma grande su madre, siempre la misma. Pletórica pasión es su habla.

- Es producto villista y cardenista, por inspiración de sus padres Loreto y Pablo. Tus abuelos lo envolvieron en carácter y por eso no tiene juicio. Raúl tu tío, es como él. No les gusta que les griten, ni manden. Dicen que la explotación en México se hace del trabajo humano. Lo pregonan sin vacilaciones. Por eso anda junto a ellos tanto lepe. Con entusiasmo y buen humor enfrentan adversidades. Por la querencia a una vida justa es así Pablo, tu padre. Quiere que sus hijos y los de otros vivan bien. Desea lo mejor en ti, pequeña y busca te alimentos, con sustanciales mieles de vida.

Quedó en suspenso la niña. Entendió, a su manera, que la madre

hablaba maravillas del padre. Empezaba con finura, adoración por su familia. El futuro la pondría en senda de relevo, llevando a cuestas los mismos fuegos.

En la plaza de Delicias, cierta ocasión dos personas hablaban sobre la tierra que buscaban para el cultivo de sus vidas.

- Ire comadre Herculana, toy ritiarto de juirle a la probeza. Ni pa' onde jalar queda. ¿Verdá que sí?
- En la desértica Laguna busqué y ora aquí, busco la tierra. Pero ya jallé al dotor Pablito y junto a él lucho pa' tenerla. Asina de harta plebe ta' con su güena causa. Arrejúntese al movimiento compadrito. Mi viejo Tiburcio y la familia, en su camino chancamos. Aquí no hay rajón. El incansable Don Liberto, luchador total del pueblo, parejea en el rumbo junto a los hermanos Gómez Ramírez. Ese dotorcito sí sabe cómo.

Allá en la montaña, el brillo estelar en rebote con las armas le iluminaba mirada. La tenía puesta en otro lado, en algo que no estaba a su alcance, cubrir los cuerpos de sus hijos para protegerlos del frío. Aún así mandó hasta su hogar paternal beso y un ato de finas esperanzas, sembrando una oración.

Cuando Pablo nació en Saucillo, encontró recesión. Arribó al mundo durante reinado de latifundios impuestos en su vergel chihuahuense; un absurdo. Tesoneros sus padres, le mostraron caminos para libertades. "Ataduras al ser humano, ninguna", decía su madre Loreto. Por eso se moldeó obstinado, idealista y alegre. Frecuentado y alagado por amores y amistades; respetado y temido por extraños y enemigos. Presto a la autocrítica, con hechos de firmeza aprendió a destañir la crítica barata. Avanzaba desbaratando miedos.

¿Cómo se comprometió con los desbordamientos? La gente dice que traía marca divina. "Es un señalado", la opinión de Raúl

su hermano. Fue cuestión de corto tiempo para que organizara junto a Arturo, el desacato con método de fuego adecuado a las condiciones.

Un día se conocieron Pablo y Arturo y tuvieron universal entendimiento. Aún siguen unidos en tierra y eternidad. Mancuerna volcánica para jornada corta y húsar legendario, son. Con una sola idea y hombro con hombro izaron bandera proclamando libertad. Sordos y ciegos ante consejos lampreados de oportunismos, dieron rienda suelta al vendaval de sus legítimas aspiraciones; estreno para la juventud de época que les tocaba vivir junto a ellos.

Pablo asumió apostolado por justicia, nada dejó a oscuras. Con palabra tersa y candente según la ocasión, acompañó caminar sobre espinas y en tinieblas. Se hizo práctica extenuante enseñar ruta de luz al final del túnel, en esta vida; no en la otra, intangible. El presente, le significaba tarea única y admisible para la construcción de futuros sólidos y asumió vivencia para materializar sueños; no para vivir con ellos.

Había dentro de su abadía sonrisas no fingidas, lectura permanente, trabajo colectivo, aprendizaje para enfrentar vida, crítica constructiva, afianzamiento ético, solidaridad al compañerismo y otras buenas tareas.

Sobre penumbra de madrugada Miguel Quiñones, reconoció la silueta recia de aquel cuerpo. Era el doctor Gómez que le pareció más amigo, compañero, hermano y padre que nunca. “Qué hombre es Pablo, cuánta cabalidad lleva con él y cómo la contagia” le dijo su interior. El nativo de San Bernardo, recordó algunas visitas a la normal de Saucillo, siendo estudiante en Salaices. La casa de Pablo en el internado para mujeres, era visita obligada. Después de la cena obsequiada por Alma, entraban en materia. Los temas: “latifundismo y lucha de clases”, “plusvalía y movimiento obrero”, “revolución socialista”, “América y Cuba”, “Fidel y el Che”, “regreso del Centauro”, “otra revolución” y otros temas similares

a la pasión que llevaban.

- Ayúdame, Miguelito, a recortar las notas periodísticas sobre corrupción e injusticia en Chihuahua. Me las llevaré para mostrarlas. Sabes que iré a la Habana. Allá me entenderán y apoyarán para regresarme con mayor orden. Así combatiremos de fondo al régimen tirano. Enviaré misiva al gobierno revolucionario cubano para que sepan mi causa.
- Qué buena será esa ayuda. Seguro doctor, recortaré con todo gusto.

Entonces supo Quiñones, sobre deseo del doctor de mudarse a Cuba. El rumor se aclaraba. Siendo Pablo el joven de mayor edad en el grupo insurrecto, pretendía cubrir la integridad familiar para asumir compromiso total en la vanguardia. No se pudo, lo impidió el sistema y otros que los creía compañeros. Se comentó eso de Lombardo Toledano; desgracia histórica, muy lamentable. “Una traición se viste para la ocasión”, comentaba en el verano previo a la jornada histórica, ante Salomón y Arturo al pie del Popocatépetl, durante un remanso, cuando cumplían tarea de preparación.

Aprendió a ser maestro desde sus viejos, con Santos Valdés, a través de su alumnado normalista y con su pueblo mísero, compuesto de campesinos olvidados por reparto agrario. Maestro para agravios; de lo imposible.

Las armas del alba, como si supieran, seguían regresando fiel reflejo al rostro: puerta de su alma.

“Alma, querida, ¿cómo estás? ¿Qué no te dije con precisión? Pero por qué decirlo: lo sabías. Siempre supiste, por eso estoy aquí, construyéndome. Dándole fuerza y gloria a mi raza y estirpe. Guárdame y continúame de cualquier manera que regrese contigo. Alguien tiene que empezar correctivo para darle rumbo a esta sociedad perdida, huérfana de cariño y comprensión. Madre madrastra huraña es la patria con los pobres, lo dicen Neruda y Flores Magón, conjuntando sus palabras. Pero quién lo entiende, Alma mía: sólo unos cuantos pueden hacerlo. Entre ellos este

hombre que por siempre es tuyo, aunque tan alejado parezca. Si amor es cima de entrega, entonces estoy en el lugar porque mi entrega es total por ti, mis hijos y los míos. Como vuelva contigo, recuérdalo y entiéndeme amor mío. Solito, con 'mi Alma' seguiré adelante, estoy claro de eso. El tiempo nos dará razón, con toda seguridad”.

El débil resplandor de occidente provocado por candilejas opacas de ciudad Madera, fueron arreciándole nostalgias. No era su barrio en Delicias, donde los suyos. Estaba viendo el campo de combate. Cosas de la vida y paradoja absurda: la visión del cercano infierno lo trasladaba al paraíso lejano.

- ¿Es cierto que tu padre es un comunista, enemigo de Dios?
- Papá es de los hombres más dignos del Señor, porque es libre. No vive atenido a nada. Recuerda que Jesús dijo: “Ayúdate que yo te ayudaré”.
- Pero el sacerdote comenta que es violento y quiere quitarles sus tierras a las familias respetables de la región.
- A los terratenientes dirás. Recuerda, la Biblia sentencia que Cristo no soporta a los tibios, los cobardes. ¿Tu familia cómo es?

Algunas veces, en principios de los sesenta una niña sostenía diálogos de tal naturaleza, allá en Chihuahua. Primero en el poblado Flores Magón y después en la ciudad de Saucillo.

Este diálogo, con pocas variantes textuales fue frecuencia en la niñez de Almita. Casi al punto de los golpes igual que sus hermanos, una infinidad de veces hubo de sostener por apego al instinto sanguíneo y la honorabilidad familiar. Se cuenta, fue con la voluntad sujeta al convencimiento. Otros años y hechos hablarían de la continuidad del fuego, venida de abuelos y padres.

“Almita, conságrate y rebasa lo que te muestro. Continúame pequeña y prende a tus hermanos. Porque vida irónica es para el

hombre que alimenta esperanzas de fuego si los suyos viven a oscuras. Enciende el camino hija, mi princesa. Otros, ¿serán los tuyos?, verán tu ejemplo y seguirán el tesón justo”.

Fue lento, a recargarse a un encino. A sus lados estaban los amigos más convencidos de esa firmeza que contagia radicalismo para el cambio. “La vida jodida es para los jodidos de mente”, alguna vez escuchó decirlo a su padre en reunión de amigos, cuando le increpaban sobre resignación cristiana para vivir en conformidad con la miseria que... “Dios manda”.

Salomón, mantenía última guardia antes del levante definitivo. Con sus problemas consumiéndole interiores, el joven campesino justiciero vio que Pablo intentaba dormitar junto a un encino de la laguna.

Los cuerpos de aquel comando permanecían al filo, en alerta. Les pasaban pasiones y anhelos, en ráfagas. El descanso no era real, se tornaba agrídulce. El sueño roto los tenía reconstruyéndose biografías, sus anhelos quebrantados y las encomiendas para los que dejaron. Lo que no alcanzaron a encarar.

El joven de mayor edad, como debiera era ejemplo por lo que decía y hacía. Con esa tranquilidad, el doctor logró medio conciliar sueño algunos minutos.

Siendo ya maestro Miguel, invitó a José Albavera un profesor michoacano egresado de Santa Teresa, normal rural en Coahuila, a reunión con selectos personajes comprometidos, en la colonia las Granjas de Chihuahua. Comenzó por la tarde y culminó al amanecer de verano norteño. Pepe, aún recuerda la pasión brotada en Pablo y Arturo, argumentando necesidad para inicio del movimiento armado en inmediato.

- ¿Qué piensa doctor, creamos más condiciones antes de levantarnos en armas, o las vamos construyendo fusil en mano?

Pablo, pasó al frente del grupo. Llevaba puesto por estilismo

distintivo, pantalón de casimir y camisa arremangada: su manera. Sabía vestir con elegancia, semejando su interior.

Dirigió mirada para aportar explicación, a Álvaro Ríos y Óscar González. Les sonrió antes del habla.

- Pienso como tú maestro Arturo. ¿Quién nos escuchará en este valle de sordera? La juventud espera guía y somos nosotros los obligados a ser eso. No es desesperado buscar rebelión, ni acto machista. Es exigencia, necesidad, resistencia, inspiración, moralidad. México, no sólo Chihuahua necesita estremecimiento mayor para despertar de sus hijos. Los más valientes necesariamente, iniciarán cambio verdadero. Los que dicen que no es tiempo todavía nada más que vean como nos persiguen y recuerden a la plebe carente de tierra para sembrar, para vivir. Nuestros muertos son testimonio y las cárceles siguen abarrotándose con campesinos, indígenas y profesores. Yo no viviré con vergüenza; no la soporto. Por mi creencia iré a donde tenga que ir y seré primero en empezar, no les quepa duda. Con firmeza les digo, seremos ejemplo con hechos; palabras solas, no sirven.

En un rincón sobre estancia de las Granjas, Pepe y Miguel, observaban y escuchaban atentos la magistral conferencia argumentativa sobre condiciones objetivas y subjetivas que dictaba Pablo. Lo sabían, era expositor y vocero de aquellos jóvenes en proceso de insurrección. Era la experiencia que apoyando camada de mancebos en ebullición, sentenciaba el camino de las armas como única salida. Era voz y ejemplo: fuerte autoridad. Los rebeldes sintieron que estaba cubierto su campo ético con la imagen del doctor en ellos.

Eso les marcaría por siempre, destino. Aquella noche norteña Miguel amarraría aún más su liga con el grupo indócil y José, caminaría al sur a cumplir otras tareas que tienen que ver con el *quid* justiciero.

Esa falangina juvenil sería muy pronto: explosión total. Y más

delante inspiración libertaria de nuevas venas. La epopeya en preparación, estaba destinada a que músicos preclaros, audaces pintores y plumas comprometidas contaran el atrevimiento quijotesco de los falangistas.

Destino, rumbo de humanos para dejar huellas de vida o pasar invisibles, indiferentes e innecesarios. ¿Se busca o viene solo? ¿Cómo nacen los héroes? ¿De dónde vienen? ¿Cada cuándo es que aparecen? Comenta códice náhuatl que la indiferencia o miedo de la sociedad, germinan criaturas honorables para afrontar momentos complejos, cuando es inevitable la reyerta que cura.

El doctor Gómez, ocupado en curaciones de cuerpo y mente, consumía su vida. Médico cirujano se formó para servirle mejor al humilde. Pretencioso de sugerencias a su pueblo buscó caminos de acercamiento con él. En el aula, como maestro, fundamentando conocimiento y ética. En el consultorio, atendiendo los males del necesitado y marcándole ruta del bienestar moral. Conocimiento y amor, perseverancia y verdad, astucia y valor, universalidad para transformación contenida en un solo hombre llamado: Pablo Gómez.

Revisó la mochila, sólo para tocar un pedazo de tela, doblado cuidadosamente. Era encomendado para extenderlo al aire una vez librada la batalla.

Volvió al recueste, dejando su escarcela a manera de almohada y cubriéndose el cuerpo con un pequeño sarape. El rostro al descubierto, semiabiertos los ojos, cancelados los temores, desbocadas las ilusiones: regresó el interior.

“Estrellita del Norte”, quiero rebotes mis deseos, ahora o más tarde. Resguárdalos y llévalos al recinto del corazón de mis hijos. Diles que los amo. La fuerza, mi acompañante, sale de ellos. Los años pondrán en claro la razón de mis hechos. Almita, Pablo, Beatriz, Eduardo, Perla, miren alguna vez la estrella que me vio en

esta sierra. Pregúntenle sobre mí que de cierta manera contestará, lo verán. Entenderán, sé que sí. Jueguen para que vivan a cabalidad su niñez y estudien para que sean personas con recursos mentales necesarios para una vida mejor, no se queden atrás. Lean mis cartas. ¿Qué les digo?, comprenderlas será la tarea. Ojala éste que los recuerda, pueda descifrárselas con lectura propia, paternal. Si no, sean dichosos. Divulguen mi palabra porque es paso a la felicidad. Son tan pequeños: cómo podérselos explicar ahora. Papá no tiene tiempo; no hay concesión. Toma uno lo que viene o espera otra oportunidad y no sé si vendrá otra, por eso estoy aquí. Porque he insistido con frecuencia, que alguien tiene que empezar lo más difícil: iniciar una revolución, obligadamente la necesaria.

Otros instantes para descanso exigió naturaleza del cuerpo. Volvió cabeza de costado y quedó tranquilo, cuando cedió enorme encomienda al firmamento. Tal vez mandarías trazos óleos, musicales y poéticos con heraldos de su mensajería. “Muchos sabrán qué hacer”, se dijo y dormitó, otra vez.

Cierta ocasión, reunidos los Gómez Caballero, cuando vivían en Delicias:

- ¿Quiere mi familia sintetice formato de Pablo?
- Háganos favor, madre - reafirma uno de sus hijos.
- Ventarrón increíble sin doblajes de palabra ni contenidos confusos, es su padre. Roca pura, donde topa el corrupto y encuentra fortaleza el decente. No tiene reversa su propuesta por una vida digna. Cueste lo que cueste, sabe ir a la vanguardia por lo que dice. Por tal motivo quiso ser doctor, aparte de maestro. Increíblemente dado al compadrazgo exagerado, para brindar amistad, aunque no fuera creyente declarado. Gustoso por los rodeos y los toros. Amante de la práctica del basquetbol y con sus hijos muy paternal, llevándolos a cuanto viaje se le antojaba. Será por eso que ustedes son así, que no tienen

paradero.

Cuando conocí a su padre mi madre me dijo: “Dios no quiera que te cases con ese”. Insistente Pablo, no tuvo descanso para la conquista y Dios quiso me casara con él. ¿Mamá? primero se resignó, después le entregó cariño ganado a pulso. Se hizo “pablista”, sin remedio.

Siempre lleven sonrisa, digan verdad y sean solidarios, así darán tributo al padre. Él espera eso de ustedes.

Se preguntaba por el resto de compañeros que no encontraron. Habían quedado de verlos durante la noche, en su llegada a Madera. Sin equipo de comunicación era imposible saber por qué no estaban en el lugar acordado para reunirse, como habían quedado con anterioridad. El tiempo explicaría las cosas. ¡Ah!, y faltaban armas. Las meras buenas. Esas que llegarían desde alta cordillera, decomisadas al gobierno cuando apenas iniciaba la insurrecta.

Depuradas dudas y temores se encontró con la voz de Salomón. Llamaba al levante para escribir historia.

Con sus dedos, intentó darle acomodo estético a su cabello indomable; como si importara: es su estilo para el orden.

Se puso en pie y fue donde Arturo. Platicó algunos instantes afinando puntos rediscutidos desde tiempo atrás y apenas, horas antes.

- Estamos listos doctor.

- Si, ahora tenemos que empezar trabajo para construirmos revolución.

Es obligación, sin salida. Conocemos al monstruo y sabemos acabarle.

Sólo atacándolo aspiramos a ello. Labremos destino, Arturo. Dura es la jornada que viene, no hagamos que espere. Pongámonos en marcha.

Tocó cada cual, el hombro del otro a la usanza rarámuri, cuando está acerada la vinculación fraternal. Muy cerca respiraba el alba

de la montaña. Sellaban, con firmeza una alianza sostenida en el recuerdo de todos los tiempos que pudiera tener el universo. Una sonrisa, se brindaron en la oscuridad. El cielo que empezaba a encapotarse, anunciaba lluvia para el día. Se escuchó sonido grave del motor. La pequeña tropa abordó el camión trocero. Iba al encuentro de su destino. Las armas fueron veladas conforme ceremonial que fija la norma de los caballeros andantes y justicieros. Era momento de ir sobre castillos donde se resguardan morbosos los intereses cretinos que ostentan poder absoluto.

Alguna vez, estas palabras:

- ¡Ay Pablo!, no te cansas caminante.
- No puede. ¿Qué sería de nosotros sin él. Sin su fuerza, sin su corazón, sin sus razones, sin sus anhelos. ¿Qué sería?

La bóveda celeste encapotada. La adrenalina en ebullición total. La tropa rebelde dispuesta. La historia lista para el registro. La traición presta para cumplirse. La fatalidad esperando banquete. La ideología superando fronteras del temor. El cuadro escénico estaba completo. Se estrenaba obra: “asalto al cuartel Madera”.

En iglesia y escuela muy en silencio, Pablo, Emilio, Rafael y Miguel, se acomodaron con tendones y músculos dispuestos al movimiento porque esperaban disparo inicial.

En otro extremo, Ramón Mendoza soltó la bala quebrando el foco: la señal. Iniciaba todo. Todo terminaba. Era el alba del jueves 23 de septiembre. Brotaba la leyenda.

Cuando la primera palada de tierra cayó sobre el rostro del doctor Gómez, la historia tenía registro del atrevimiento. El cielo quitó su capote cuando una lluvia milagrosa, como deidad griega había lavado sangre de ocho guerreros caídos en combate. Voces populares llevaban y traían noticias, entre montañas y ciudades, entre veredas y callejones, noticias sobre sus héroes. Eran susurros

de lamentación y duelo, mientras un indigno sacerdote les negaba asistencia espiritual, responso para despedida. Inecesaria en verdad, para los caídos que habían rebasado cualquier acto de piedad y fe.

Cuando los ocho cuerpos quedaron inmersos sin ataúdes, en el panteón de Madera, se veía el color púrpura del heroísmo, de nuevo.

En las normales rurales de Salaices y Saucillo se plantaron como musgos, lamentaciones y rabias en los pasillos. Con semblante triste que le dejó la nota, una muchachada carga su pena y la pule. Le da brillo para colocarla en lo alto de su espíritu. No quiere que se olvide.

La radio repite y repite el sorprendente hecho: “Oiga usted, guerrilla hay en Chihuahua. ¿Cómo? Dicen que por tierra. No salimos del asombro. ¿Dará respuesta el gobierno. Por Dios, estamos en nueva era, lo dice el mismo presidente. Ya pasó una revolución, o... ¿no?”.

La autoridad; en azoro. Respondiendo verborrea, maquillando las noticias. ¿Dónde la democracia?, si al combatir el hambre la sangre había brotado. Los muertos dejaron rostros de acusación y una bandera, que llevaba Pablo muy bien doblada en su mochila, con la impresión: “Viva la Libertad”.

El amanecer en septiembre juntó lluvia y viento para lavar sangre inmaculada y fundirla en la tierra y esparcir sus aromas en una dormida suave patria.

El maestro José Santos Valdés, en algún lugar y desde luego lleno de consternación, escribe su libro *Madera*: reconocimiento de un grande para otros igual.

En el sillón de una humilde casa sobre la ciudad de Delicias,

una mujer contempla a sus hijos. Les manda una caricia, cargada de anhelos, con mirada ausente de llanto. Diseminado el manto del dolor, no hay más lágrimas para brindarle al caído. Otro es el trabajo, rebasando penurias. Sabe de tarea que viene. Recuerda a su hombre y aclara: “Siempre entendí en que andabas, mi Pablo. Ya lo ves, aquí estoy. No me derrumbo. Levantaré tu vuelo y cargaré legado que dejaste. Seré asistente en emergencia. Te amaré por siempre. Tranquilo deja la estafeta que esta mujer la tiene hace mucho tiempo. Lo sabías. Sabemos ambos; nada más importa”.

Iniciaba otra etapa de esfuerzos que otros platicarán, sin duda. Saldrá de voces populares recorriendo veredas y callejones.

Alma, serena, cerró los ojos y se puso a disfrutar historia de su Pablo.

FABRICANDO ETERNIDAD

“El dolor es indispensable para pasar con el tiempo, a la eternidad”.

Simone weil

Los ronquidos de motores eran leves, muy esporádicos, por la hora avanzada que corría sobre aquella noche. Algunos ruidos producidos por diferentes pasos, bicicletas y carruajes estirados por bestias, que iban a tempranear al trabajo, se escuchaban durante espacios alargados. Desde el centro llegaban sonidos de tranvías que entraban en funciones. Voceadores deshacían amarras en hateros del periódico y revistas, antes de publicitarlos con gritos y movimientos manuales. Sobre banquetas las vendedoras preparaban café y atole, arreciando fuego en calderas rústicas y acomodando pan sobre humildes mesas de servicio. Algunos “trasnochados”, serían seguros clientes para hacer la cruz. La fría madrugada capitalina tejía, con el movimiento de sus criaturas, peculiar manto urbano. Venía haciéndolo, casi invariable, por siglos en repetición.

Un silbato sonó en la penumbra y se escuchó el macizo paso de botas. La puerta principal fue desprendida y arrojada con brusquedad, al interior. Culatazos, golpes, patadas y gritos soeces, asentó el ejército contra sorprendidos estudiantes, en los dormitorios prevocacionales del Instituto Politécnico Nacional.

- ¿Por qué hacen esto?-, algún reprimido gritó.
- ¡Bola de revoltosos, ustedes se lo ganaron! – bramó el oficial al mando y, agregó- ¡Aparte de sus agitaciones locas quieren techo y comida. El gobierno no mantiene comunistas hijos de su..! -. Vino metralla de maldiciones y una conclusión letal - ¡Se quedaron sin nada!

Amanecía. Era septiembre 23 del año 1956. Infinidad de

jovencitos, fueron arrojados a la calle acompañados por miserables pertenencias rescatadas de la refriega. Su otra compañía eran: soledad e ingratitud. Veían hechos añicos sueños de superación. Aquellos internados, para estudiantes opulentos en pobreza, creados por el presidente Cárdenas; Ruiz Cortines destruía.

Un muchacho, reconocido por inteligente y decidido, miraba aparición de aurora en smog, diferente a la observada en su pueblo, puesto sobre una alta planicie norteña. Guardaba coraje y “tragaba” rabia, sin saber que en un futuro cercano, la vida le ofrecería revancha. Su primo Salvador, líder estudiantil del Politécnico, lo llevó para que buscara una profesión. Provenían de familia honorable, pero rica en penalidades. Ese amanecer conoció represión. En precoz contraste aprendió arte organizativo y le dio rumbo al indómito instinto que lo marcaría como fabricante de eterna causa. Así la realidad fatal, decidió su regreso al norte y empezó dicha tarea con singular esmero. Otro 23 de septiembre, en otra década, vendría a su encuentro. Remarcaría su signo, ratificado por el tiempo, quien pone sello de eternidad a la buena hechura. Sólo los irracionales serán incapaces de conmovearse y prenderse con su hazaña.

Este hombre emanó, natural, desde un rincón mágico donde se cruzan gérmenes electrizantes, dadores de genialidades indómitas: Durango. Esta increíble epopeya la narraron personajes reales que vivieron a lado de ella. Así engendró leyenda. Mágica fue desde el principio.

Un día del siglo XVI, Martín Pérez, capitán en cordada real al servicio de la corona española procedente desde Sombrerete, quien buscaba nuevos minerales, arribó a un caserío en territorio desconocido, con el tiempo Nueva Vizcaya. Una chica de la tribu chichimeca “mochi”, cuyo significado es pescado, estaba a la entrada. Sobre sus manos, llevaba silvestre flor. El español se quiso dar a entender, como pudo, sobre nombre del poblado.

La chica, absorta, entendió se refería a lo que llevaba con ella y, contestó “súchil”, bella palabra primitiva y regionalismo del vocablo náhuatl xóchitl, en castellano: flor.

Súchil es pueblo al pie de las montañas, cabecera municipal de alta llanura. Escalón final hacia sierra duranguense. Desde allí, una familia virtuosa y progresista se esparció por el estado. Un ramal, con suerte, hacia Chihuahua. De tal manera arribó él. Orgulloso constructor futurista, por herencia de su clan. Acostumbrados al espacio libre, los suyos, donde estuvieron, se opusieron a despojos y sometimientos que quisieron imponerles dueños perniciosos de negocios capitalistas.

Cuando regresó a Chihuahua, adonde su familia había emigrado, puso tatuaje al corazón con imágenes de compromiso terrenal.

Pocos años después:

- Entonces, ¿es la única salida que tienen?
- Obligada y más recomendable, diríamos. No encontramos, por mucha voluntad que pusimos, alguna puerta legal y justa. A todas puso cerrojo el sistema, estrangulándonos anhelos.
- Sea lo que Dios quiera, hijo. ¡Ah!, si Emilio va contigo, condúcelo con fortaleza. Parece niño, todavía, pero convencido de lo que dices y haces. Sobre todo, por los actos consecuentes que ejercitas. Como toda la familia, él sigue tus pasos. Ya tocaría que mis hijos enciendan hogueras de revolución.
- Lo sé, padre. Así resultaron las cosas, sin remedio. Antes que nada, emano agradecimiento infinito para ustedes. ¿Qué sería de mí, sin enseñanza y apoyo suyo y el de mi madre? Nada, padre, nada. Sería sombra que se diluye con cualquier tenue luz. Sépalo una vez más: en este mundo de tinieblas, sobresale el amor por mi familia, la base de mi

impulso por equidades.

Se dieron fuerte abrazo, en silencio, para no despertar a la familia. Dijo adiós con mano siniestra y salió. La puerta del hogar obrero dio cerrojo. El hombre atravesó “sesgándose” por los patios en la “Celulosa y Ponderosa de Chihuahua”. Como si flotara, por efecto de la niebla, pasó junto a ramales y troncos que sirven para elaboración de cartón, papel y triplay.

El aire congelado erizaba la piel y entraba en glucosas, a su antojo, presto para provocar consecuencias malignas. A él, parecía no causarle efectos negativos. Estaba acostumbrado a estos extremos porque nació en una planicie serrana duranguense. Tranquilo, con paso firme, su delgado cuerpo se perdió en borrasca de Anáhuac, pueblo cercano a Ciudad Cuauhtémoc.

Se asevera que el destino no tiene favoritos. Se asegura que este viene y arrastra lo que encuentra. Va y regresa con igual sistema invariable, insensible, procesando y sentenciando vidas útiles e inútiles por sus consecuencias. Voces legendarias aseguran que no siempre es así. Hay seres ordinarios convertidos en inmortales porque retaron destinos opuestos e impuestos. Son férreos testigos de la firmeza que tienen los corajudos irreverentes, vientos que pasan y vuelven sin agotamiento, astros que observan infatigables, rutas que colectan huellas milenarias. Lo dice concejal popular, certificador de marcas humanas, verdaderas.

Pasividad es tranquilidad, tibieza, infecundidad, dependencia, muerte cerebral temprana. Acción de vida es desasosiego, osadía, fecundidad, independencia, heroísmo, causa que sabe a eternidad.

En coloquios de “Las Quebradas”, sobre una hermosa Sierra Madre duranguense, abuelos de raza tepehuana recuerdan a sus ancestros, legando su filosofía para aquellos sustitutos de los que emprenden camino al infinito. Les recuerdan: “De valor urgido y honor elevado, cuando pone cerco final la muerte, sobreviene la

eternidad de hechos fecundos. Lo insignificante, pronto desaparece sin mención”.

- Es todo por este día, amigos. Los espero la próxima semana con lo que acordamos.
- Recuerde que tenemos pendiente los sucesos violentos del Mineral de Dolores- dijo un reportero antes de retirarse.
- No olvidaré, es pendiente.

El hombre dio un trago al vaso con agua depositado en el escritorio. Había terminado la conferencia de prensa.

Con seco sudor en su frente. Se paró junto al ventanal que daba vista hacia la calle Libertad. Quedó serio, quizás ordenando el pensamiento. Luego giró hacia el interior de la oficina, en coloquio.

- Pedro, acompáñeme a ver un asunto en oficinas de abajo. Sirve que nos da el aire. En el trayecto platicamos sobre lo que usted requiere. ¡Qué calor se dejó venir! , - dijo y, murmuró - en ambiente y política.
- Caminemos pues. Adelante, señor procurador.

Bajaron de planta alta del palacio gubernamental. Al término de su andar por escalinata, cortaron a un costado, justo donde se monta altar de sacrificio del cura Hidalgo. Allí, continuaron diálogo.

- Aquí platicaremos en confianza. Mi despacho está invadido por orejas, mandadas a propósito. Ahora si puedo decirle, queda entre nosotros esto, que tienen razón sus escritos. El latifundio se aferra a Chihuahua como bestia en madriguera.
- ¿Así le parece? Es bueno si usted lo dice. Me reconforta oírlo. Gracias por leer mis artículos y ponerles atención.
- Es interesante, además lo plasma con objetividad. En este 1964 debieron repartirse tantos predios monopolizados. Bien dice que Lázaro Cárdenas, permitió con “ley del 39”, por emergencia alimenticia, que ganaderos obtuvieran

- grandes extensiones de tierra para crianza de manadas. Fue una ley temporal. Pero eso acabó y el reparto al campesino debió iniciarse.
- Pero usted sabe, vino ofensiva contra el pueblo. El presidente Alemán, concedió nefasto amparo en favor del latifundio. Otra vez los ricos contra el nacionalismo de Cárdenas.
 - Claro, Pedro. No conforme con eso, el gobierno federal, permite simulación. Los terratenientes fraccionan la tierra en familiares y prestanombres. El patrón sigue llamándose monopolio feudal. ¡Ah!, si mi padre viera esto.
 - Entraría, de nueva cuenta, con arranque justiciero. Es serio lo que sucede en el campo chihuahuense. Muy grave, mejor diría.
 - Aún no hemos confirmado alzamientos en la sierra. Sabemos que hay grandes inconformidades más allá de Madera, en Arroyo Amplio y Mineral de Dolores. Quedó incendiado después que Salomón Gaytán quitó vida al potentado Florentino Ibarra. La cosa es grave como dicen sus notas.
 - Señor procurador, ¿en esto andarán nuestros amigos?
 - No me extrañaría. Son justos, valientes y tienen razón.
 - No coincide con Giner, que de bandoleros y locos no los baja.
 - ¿Me pregunta o afirma? Si le contestó me despiden, como lo hará con usted su patrón José García Valseca por escribir tantas verdades catastróficas. Él es apegado en defensa de patrones –. Su rostro se tornó mueca de risa. El otro agarró contagio.

Avanzada la mañana, Pedro Muñoz Grado, encaminó su andar hacia oficinas del Heraldo de Chihuahua, donde era gran reportero. Hipólito Villa Rentería, hijo de Austreberta y Francisco el centauro, dirigió el paso a su secretaría de “penalidades y simulaciones”, como la llamaba.

Entre multitud, abarrotando espacios, se desplazaba. En su camino encontró paleteros, globeros, dulceros y fritangueros. La gente, despojándose sus penurias ilusoriamente, disfrutaba día de asueto gastándose miserias económicas; única posesión.

Desde banqueta esquinera en plaza Hidalgo, hizo señal con palma siniestra a la mujer para mostrarle presencia. Con paso rápido fue hacia ella. Vino saludo adornado por sonrisas y manos se estrecharon para complementar querencia. Amables voces dieron reafirmación.

- Dicen andas perseguido por los gobiernos. Como rabiosos perros te buscan, muy afanosos. Me contaron apenas.
- Es serio lo que nos está pasando. Por eso la cité en este lugar, aprovechando esta concentración de pobres. Seré breve en lo que tengo por decirle.
- Claro, amigo. Conmigo siempre han contado, desde que los conocí al frente de caravanas campesinas que venían de Madera. Cuando era periodista, antes de convertirme en compositora e intérprete. ¿Lo recuerdas?
- ¿Cómo no recordarlo? Desde entonces, la señora Judith Reyes, se hizo pieza importante, fuerte apoyo de nuestra causa.
- Gracias porque lo creen así. ¿Cómo puedo servirles ahora?
- Difundiendo más fuerte y multiplicando resistencia. Vamos a necesitar todo lo que pueda ayudarnos. Compraremos más armas, otras ya quitamos a militares. Necesitaremos medicinas, alimentos, uniformes, transportación y escondites en ciudades y rancherías. Estamos integrando brigadas ciudadanas de apoyo al movimiento armado.
- ¿Cuándo sucederá?
- Ya está sucediendo. A mis padres y hermanos les he

comunicado la alerta. En Arroyo Amplio, sobrevivimos a una emboscada del gobierno, que luego nos cobramos con un ataque contundente. Caravanas y ocupación de latifundios han sido escalón para lo que viene. Pronto estará formado el ejército del pueblo. Muchos conocidos suyos ya están enlistados. Recibiremos instrucción y condicionamiento en ciudad de México. Allá puede solidarizarse en tareas auxiliares, tan necesarias.

- Es claro que no volverás a mi hogar para resguardarte.
- Es peligroso para todos. La casa de José María Mari y calle 23, quedará en mi profundo agradecimiento. Allí encontré amor y fraternidad.

Platicaron, con brevedad otros asuntos necesarios que sólo tratan los amigos. Incluyeron discrepancias, fundamentales para ir amarrando verdadera amistad. Abordaron finísima temática de fondo, la que permite fogatas que dan calor a fraternidades altas. Buena concordia resulta del fruto delicioso, germinado de acuerdos y desacuerdos. Pusieron relación escabrosa, propia para tormentas con fuegos que aceran existencias. Aquella hembra tamaulipeca, avecindada en Chihuahua, le reiteró fuerza solidaria. Brincados los tiempos quedaría demostrada. Era para eternidad.

En orillas del pueblo, alejadas de la aguda óptica social, agrestes puertas de antro, estaban cerradas, aún. Regadas ásperas banquetas de piedrilla y los arbustos del frente, el trabajador daba limpieza a interiores del salón. En unas horas abriría el lugar: “La pasadita”, ubicado en un madrejón del río Chuvíscar. Río que dio origen en un costado a Chihuahua, el 12 de octubre del lejano 1709.

Acudirían, con sutil embozo, personalidades del comercio, la ganadería, la política y excéntricas individualidades. El menú: comida rica en grasa, licores finos y adulterados, juegos de azar, tijera aguda y sexo ocasional disfrazado. Chelito, la dueña,

esmeraba esfuerzos en detalles para el recibimiento. A este lugar de boga del escándalo, se podía llegar tomando un camino largo, contrario al que iba hacia antiguas mostrenquerías, las típicas cárceles para ganado de propietarios descuidados, que ocasionaba daños a terceros.

- ¿Quiénes, importantes, vienen ahora? Dímelo. Quiero estar lista.
- Los ocho de siempre, algunos funcionarios medios del gobierno estatal y el delegado de hacienda con su séquito de lambiscones, Chelito - contestó el encargado de la cantina.
- ¿Crees que ahora sí vendrá el gobernador?
- ¿Giner?, no creo. A ese ya se le subió. No recuerda cuando fue “coronel mandadero”, en este lugar.
- Les hacía mandados a poderosos que venían al local. Vivía de pura gorra. Cómo es embustera la política: al buey lo hace rey, si quiere. Qué cosas vemos en esta tierra de mis amores.
- Y más que veremos, señora.
- Bueno, preparémonos para recibir clientela. Que dejen sus billetitos y monedas. Al fin, al pueblo se los le quitan como magos de oficio negro.

Cantinero y madrota fueron hacia la ruleta que produce espejismos. Caponeras y cortesanías, libación y cortejo, esperaban estampida de actores para embrutecerles, sentido por sentido, con ese multicolor opio hecho para engaños.

En El Mezquital y Súchil, regiones altas de Durango, se comenta breve narrativa fascinante, oscilante entre tepehuanos y michis. Acomoda sabia moraleja sobre vida eterna:

“Un hombre tuvo ocurrencia de hacerse un dique para retener el

agua. Pero como vio que había mucha, se desistió. ‘Es innecesario construirlo’, se dijo. Aparte, representaba esfuerzo grande y peligroso, el hacerlo”.

“Un día las corrientes perdieron liquidez y sobrevino sequía mortal. Por pereza y cobardía, el hombre inútil murió de sed junto con los suyos. Grave, no hubo quien quedara en pie para llorarlo y ponerlo en el recuerdo”.

“En contraste, otro mundano sí levantó difícil obstáculo para contener corrientes. Lo hizo con tanto sacrificio que pereció, por agotamiento. Ahora, los que beben del retén, su digna obra, siguen recordándolo con honores y transmiten a otros, que van llegando, su historia heroica. El dique, por siempre, seguirá hablando por él. Inmortalidad supo fabricarse a través de su esforzado obraje”.

- Me da mucho gusto verte, Rafa.
- Para mí es grato saludarte y escucharte, maestro.
- Podrás hacerlo mientras no me alcance el destino.
- Si nos alcanza, querrás decir. Pero si lo hace, que sea para bien.
- Me alegra que así lo tomes. Como debe entenderlo un virtuoso. Ahora dime, ¿cómo sientes esos ánimos para buscarte justicia por mano propia? Moral y coraje van en camino hace tiempo. Puedes desistirme si lo quieres.
- ¿Desistirme? ¿Tienes dudas de mis principios y valor?
- Nunca he dudado. He visto el temple que cargas y la fuerza de tu verdad. Pero a todos tendremos que preguntarles, antes que sellemos convenio con juramento de valientes.
- Que sea última vez que me preguntas, camarada. ¿Lo prometes?
- Lo prometo, compañero. Eres hombre de nivel, Rafael Martínez Valdivia. Causa alegría ser tu amigo. Créemelo.
- Entonces estoy listo. Hagamos trascendencia.
- Comienza pues. Con Miguel Quiñones y otros, te encargarás

del campamento receptivo por rumbo de Arisiachic. Dile, a quien desconozca, que mi hermano Emilio, va. Decidimos los dos. La familia apoyó en seguida.

- Es bueno, porque sabe cuán fuerte es el compromiso. De preparatoria tiene su nivel educativo. En el intelectual, lleva alta escuela. Emilio es adelantado. Monta filosofía buena. Cabalga potro de ventarrones y sabe hacerlo.
- Así son mis hermanos. Actúan igual: Lola, Amalia y Jacobo. Es tenacidad venida de venia familiar. No cualquiera tiene tal herencia: lo aseguro.
- Qué digno clan tienes. Da “envidia de la buena”. Bueno, amigo comandante, necesitamos que estés bien en todo. Cuídate.
- También hazlo tú. La organización te quiere. Lo ganaste.

Otros con entendimiento afín pusieron acuerdo rápido, temerario. Corría verano extremo en barrial de Santo Niño. Las barrancas, desde lo alto, esperaban llegada de huracanes diferentes. Oleadas vengativas estaban por mudarse hacia los acantilados.

Perseverancia: vienes como eres, con tus resonancias puntuales, constantes, inagotables. Desequilibras: monotonías, sometimientos, causales, somnolencias. Contagias: esperanzas, amores, hermandades, valores, saltos. Contrastas: oscurantismos, pasividades, inoperancias, sumisiones, mediocridades. Representas: atrevimientos, cambios, pasiones, fuegos. Formas: incontrollables ríos, caprichosas estalactitas, galaxias inalcanzables, ángeles salvadores, impredecibles milagros, pecados obligados. Perseverancia eres fuente vital, cambio frecuente, canto ilusionado, enseñanza innovadora, relevancia oportuna. Nunca desapareces, ya que vida sin ti es mortal monotonía para mundanos.

En un regazo hogareño de Anáhuac, una mujer pundonorosa

con especial elegancia campesina, muy sincera, de instintivo sentimiento, dialoga con su hombre: un obrero calificado que trabaja en “Celulosa y ponderosa de Chihuahua”.

- Emilio, ¿recuerdas cómo era inquieto desde que habitaba mi vientre?
- Siempre has dicho. Cómo olvidarlo, si recalcas una y otra vez. No olvidaré. Te encargas que lo tenga presente. Eres incisiva como tu propio hijo. Perseverantes hasta el infinito, son.
- Después fue a la escuela, todavía en Durango, y asumió estilo bueno que aplicó al estudio.- hablaba mirando por la ventana como si estuviera-. Qué inteligente resultó tu muchacho. Cuánto talento lleva.
- En México y ahora aquí, en Chihuahua, ese talento lo trasladó al movimiento social poniéndole ruta a sus hermanos.
- Y a nosotros, cuando le entendimos su inquietud. Engendré un hombre que trascenderá sobre los tiempos. Ya lo verás amor. Sonidos que arrullan la vida plena, cantará su nombre.
- No dudo, inquieta Elodia. Me gusta tu imaginación. Aunque la trascendencia cuesta tormentas. Pero, como a ti, me enorgullece su lucha contra inequidades.

Poco después del atardecer, encendidos los candiles en colonia Santo Niño, un auto *chevrolet* de modelo muy pasado, proveniente del centro, paró frente al número 2309 de la calle Riva Palacio. Un jovencito bajó, tocó suave la puerta y regresó a recargarse en el destartalado vehículo. Un varón maduro asomó por la ventana y saludó, inclinando cabeza. Después salió otro joven. Sonrisas que marcaron sus rostros, revelaron fuerte relación amistosa.

- Dijo mi padre que esperabas por mí - comentó mientras estrechaba mano de Fernando.

- Me dio saludo por la ventana, don Manuel.
- Padre y madre saben de penalidades que vivimos. Están claros y tienen idea sobre el compromiso de Óscar, mi hermano, pero... ¿sucede algo malo?, ¿hay dificultades serias?
- Las de siempre. Ya nos acostumbramos. “el Ingeniero”, vino a Chihuahua y debemos sacarlo ahora mismo. La chuchada anda sobre él. Escapó de aquella emboscada en Arroyo Amplio pero no descansan, lo quieren difunto. No tienen sosiego en eso. Lo llevaremos hasta Anáhuac, con su familia.
- Se me hace que arreciará la violencia. Así parece. Bueno, manos a la obra, hagamos la tarea. ¿En qué iremos?
- En mi poderosa nave - señaló al destartalado.
- Mejor lo llevamos cargando, puede que sea más rápido.

Se pusieron en obra, consumidos en risas por los ingenios descarados; irónicos. Chorrocientas veces, como lo dice el pueblo, estuvieron atendiendo antojos del automóvil adicto a descomposturas, antes de alcanzar destino. Cercano el nuevo día tomaron regreso. Satisfechos, Manuel Sandoval hijo y Fernando Fernández, maestros en inicio de su profesión, cumplían misión: “resistencia y logística para insurgencia”. El aire chihuahuense les ponía al espacio primaverales cabellos y luces estelares iluminaban sus almas frescas, propias para los tiempos de confusiones. Poseían espíritus que saltaban sobre convencionalismos, que dejan huella indeleble en otros corazones.

La oficina principal de gobierno en Chihuahua seguía produciendo retazos intrigantes, injustos, oscuros, como el que los hacía.

- No quiero saber más del asunto de tierras. Ya le dije.
- Señor gobernador, hemos preparado un documento donde se concentra explicación adecuada para que se entienda

legalidad del amparo agrario. Cualquier ignorante comprenderá. Así el gobierno estatal se lava las manos. Decimos el porqué no puede aplicarse en repartos agrarios. No tenemos derecho de ofender a terceros. Aparte, son personas distinguidas y amigos.

- Revíselo con el grupo de asesores agrarios. Denle impulso en toda la prensa que nos apoya. También a esos locos periodistas muéstrenles nuestras razones. Que la piensen, antes que escriban agitaciones. ¡Malditos!
- Así lo haremos, General. Verá que las aguas volverán a su nivel.
- Pónganse al trabajo, que ya no quiero escuchar esos asuntos de tierras. Estoy harto por tanto revoltoso, ofreciendo espejismos a campesinos y estudiantes. Ignorantes son quienes escuchan a esos “locos mal aconsejados”.

El bufón secretario salió presuroso, sumiso. El gobernador quedó en silencio, con la oscuridad; su compañera única. Estaba solo, como siempre. Cavilando desataduras, para no comprometerse con la pobre sociedad. Buscando darle correspondencia a rapaz burguesía. Esa que le había dado nombramiento de “coronel mandadero” en un tugurio.

Es Durango rudo y noble. Valientes y geniales seres ha parido esta tierra. Consumidos volcanes vieron en caminos rojos, aquel brioso trote de la División del Norte comandada por el oriundo de San Juan del Río, con rumbo a desiertos y praderas mexicanas para aplicarles su revolución. Antes, Guadalupe Victoria metió bravura en proceso independentista, para darle vigor. Zarco y los hermanos Revueltas, con artes de fuego, hicieron señalamientos oportunos, candentes y, dieron alternativa para correcciones poniendo como garantes sus propias vidas. ¿Cuántos duranguenses han dado pauta en combate contra atropellos? Es seguridad que muchos aportaron lo necesario. Incuestionable, seguirán haciéndolo cuando se

requiera. Cambios verdaderos llegan de tal manera: arriesgando todo.

Él sabía historia de su pueblo. Conocía bravura en su estirpe, que consiguió abolengo por inquietud, suspicacia, inteligencia y tenacidad. Lo que le fue plataforma de inspiración y acción. Complementada en su estancia por el Politécnico y llevada a las alturas combatiendo por los lepes del norteño estado de Chihuahua.

Otro duranguense libre dando dentadas tiernas a un tiránico sistema, acomodaba las piezas edificadoras para su obra. Dejaría evidencia de su firme paso mundano.

En algún lugar de la Sierra Madre Occidental chihuahuense, una tarde de otoño:

- Ya te expliqué que sí se reforzaron los soldados. Lo dicen todas las fuentes.
- Lo sé, Salomón. Desde México presentíamos. Cuando llegamos a Chihuahua, equipos de apoyo confirmaron sospecha -, contesta el comandante del grupo rebelde.
- Los del gobierno no duermen. Por algo tienen una infinidad en el poder, viviendo con riquezas ajenas, cautivas.
- Tienes razón Florencio, – afirma Salomón - pero, ¿qué habremos de hacer?
- Lo convenido. Nada más,– habla el comandante – nada diferente. Espinoso nos resultó el camino por extensa enseñanza. Nuestros principios son verdad y acción. En eso somos diferentes a quienes se quedan en puro señalamiento. Marcamos ruta con paso propio, firmando pacto de sangre. El bosque hará suya nuestra fuerza, fabricada con valores y ejemplos. La destrucción de la máquina burguesa no será cualquier trabajo. Para que llegue economía basada en fuerza productora, vamos a sufrirla. Así es que asumo decisión del asalto al cuartel. La victoria no llega con simulacros y

tibiezas. Buscándola se percibe; no de otra manera. Puede resultar dolorosa. Si es así, nuestros hechos hablarán en la eternidad. El pueblo sabrá que por Chihuahua empezaron nuevas construcciones.- terminó diciendo tomando un hombro de su hermano Emilio, el del valiente corazón.

- Que así sea. Vayamos al combate. Pase lo que pase, ya estamos haciendo cambios verdaderos. Empecemos nuestra ruda tarea. Desgastadas las palabras; hablen las armas – confirmó Pablo.

El comando reafirmó con gritos y aplausos. Esa decisión haría historia y ésta, daría de qué hablar sobre la inmortalidad.

El tiempo aclara y acomoda las cosas. Asuntos complejos encuentran salidas. Los males mueren, aunque nuevas penurias se forman. Otros emergentes atrevidos, llegan y se ocupan de amortiguarles dolores a semejantes indefensos, construyéndose leyendas. Las épocas se repiten. Nuevos esforzados aportan cuota cíclica que da decoro a la humanidad del momento y, para siempre, son paradigma.

El primo Salvador, líder del politécnico, protestó como gobernador de Durango, pasados los años. Hipólito Villa Rentería, no tuvo afinidad y renunció, con dignidad, al cargo de procurador, abandonando su oficina de “penalidades y simulaciones”. Pedro Muñoz Grado, hombre de verdades, fue despedido del Heraldo en Chihuahua y fundó “El Pasquino”, su humilde pero honesto periodiquito. La absorbente modernidad se tragó “La pasadita”, y nuevas caponeras y cortesanas llevaron sus opios del embrujo a otros parroquianos de otros tugurios, en otros lugares. Judith Reyes apretó denuncia y protesta, con acción y canto, para adentrarse al forzado exilio en Europa, dentro de Francia e Italia. La resistencia prosiguió tarea, abriéndose venas por principios libertarios. Los inconformes siguen sin descanso, desde entonces.

Unos padres, estuvieron con dolor “rojo vivo” por sus muertos

y la persecución. Llevando sobre dolor orgullo por su brava descendencia, siguen en pie. Una fuerza insólita los mantiene firmes, adherida en inquebrantables como ellos.

En vísperas de los nueve años del ataque al cuartel, una conmovedora carta familiar llegó a prestigiado y crítico diario nacional.

“Señor director:

Los que firmamos la presente somos padres de Jacobo Gámiz García, aprehendido por la policía hace 55 días en la ciudad de Acapulco según noticias que constan en diarios de la localidad y en “Excélsior” del 13 de marzo. Han pasado 55 días angustiantes de infructuosa búsqueda. Autoridades judiciales, policiacas y militares, así como la propia Secretaría de Gobernación, niegan conocer el lugar donde se encuentra detenido.

Somos unos padres que sentimos gran respeto por la moral y honestidad con que nuestros hijos se han entregado a la lucha por sus ideales, surgidos de su trato con los pobres y los explotados.

Muy doloroso ha sido para nosotros todo lo vivido por las consecuencias derivadas de los caminos tomados por nuestros hijos: sin embargo no es hora de llanto inútil ni tiempo para pedir clemencia, cómo podríamos hacerlo sin atentar contra los principios por los que murieron Arturo y Emilio en ciudad Madera en 1965, y por los que lucha Jacobo, cuando se convive con la miseria extendida y el hambre multiplicada.

En todo caso nuestro sufrimiento de padres que han visto como desaparecen sus hijos, no es comparable al ejemplo moral dado por ellos. En este sentido somos también, lo decimos con orgullo, unos padres felices, pues vivimos acompañados por el recuerdo y la dignidad de nuestros hijos. Si hoy dos están muertos, dos más exiliados en Cuba y otro, Jacobo, en manos de la policía, se debe al signo de estos tiempos en que toda persona honrada lucha por la verdad y la justicia.

Señor director, ya no hay recursos que poner en práctica para

conocer el paradero de nuestro hijo Jacobo Gámiz García, sólo nos queda exigir como ciudadanos a los que nos asiste el derecho, saber el lugar donde se encuentra y la autorización para verlo. A la vez culparemos concretamente a los cuerpos policíacos y a las altas autoridades de todo deterioro que sufra su persona después de su detención.

De gran utilidad será la publicación de esta carta en el respetable diario "Excélsior", por lo que anticipamos nuestro reconocimiento y agradecimiento.

México, D. F., 7 de mayo de 1974.

Atentamente:

Elodia García de Gámiz.

Emilio Gámiz Fernández".

La resistencia en asamblea refulgente. Un auditorio para disidentes, recibe a los herederos de la causa imperecedera: comité "Primeros Vientos". Damas y varones visten tono distinto, es misma tela para combate. Palabras de temple honran legado. Rostros revelan mueca admirativa. Fotos de recientes héroes penden sobre una pared. Bien saben que costará mucho para que los vivos tomen acuerdos. ¿Cómo honrarlos?, gran pregunta. El ejemplo fue claro, moral, contundente. La exigencia será máxima, sin esquivo para creyentes de la causa.

Estanque, para conservar virtudes, fabricaron los ausentes. En cada homenaje y accionar se engrandece obra, leyenda, perpetuidad.

Se habla de otros obrajes semejantes que siguieron a insurrección de Madera. Lo hacen renovados seres sobre mismas necesidades por las que consumieron existencia terrenal Arturo y otros bravos, abriéndose a la vida inextinguible.

"Más vale poco y bueno.", dijo Lenin para estrategias de revoluciones. Estas palabras son medida exacta en Arturo,

que tenía 25 años cuando cayó. Su corazón de acero seguirá complementando siglos, latiendo. Se va cantando su leyenda como lo predijo Elodia, su madre. Es que supo, junto a sus compañeros, trascender: fabricando eternidad.

Gente de campo y ciudad, ordinaria y extraordinaria, conocieron tan singular gesta. Así nació esta historia, narrada por personajes reales que la vivieron y la siguen viviendo, porque fueron y son parte de ella. Otros mortales seguirán contándola. Seguro es que piel y conciencia se estremecerán por sus efectos. Esto, todavía no termina.

SEGUNDA PARTE:

*El paradigma y
su proliferación.*

CUBRIENDO LA RETIRADA

*“La lucha será terriblemente prolongada,
No se contará por años sino por décadas”.*

Arturo Gámiz García

No supo de qué manera llegó al lugar, sola y desconcertada. La plazoleta estaba cubierta por enormes árboles, muchos álamos y sauces llorones, llenando con abundantes sombras el zoco. A ella se le hacía que daban aspecto compungido. Así lo concebía y, más cuando el cielo se llenó de nubarrones negros. Muy rápido pudiera decirse, apareció infinidad de cuervos graznadores que poblaron la arboleda. Hacían muy fea armonía con truenos descomunales expulsados por oscuro firmamento. Todo este ambiente le pareció sombrío, con sesgo hacia el terror, peor cuando se presentó un viento denso y frío que por asalto, anunciaba repentina lluvia; linaje caprichoso que hace la naturaleza cuando se lo propone, sobrepasando pronósticos de expertos, si así desea. De plenitud solar con encantadoras aves adornadas por nubes blancas sobre lienzo del techo celestial, sin aviso alguno llegaban negro y plomizo convertidos en colores de presagio y desgracia. Así se han contagiado historias escalofriantes, desde que la humanidad tomó decisión de echarse miedo sobre sus propios hombros, sometiéndolo a razonamiento.

Corrió a cubrirse de lluvia y escenografía desagradable al refugio que se pusiera al paso. Vio la iglesia y rumbo dio acelerando paso para entrar en ella. El templo estaba solo. Solas las bancas y serios los confesionarios, vacío el púlpito para sermones y ausente su coro de animación. Ni un feligrés a la vista, sólo ella era auditorio.

Contrastando al exterior, el lugar estaba cubierto por luz clara. Intensa se relejaba de rebote, en paredes blancas del santuario misterioso.

Atraída, se encaminó al altar. Pasó dos escalones y se puso en el centro. Frente a su persona estaba la patrona del lugar, portando rostro bañado en dulzura que el escultor se esmeró en maximizar. Tenía los brazos semiabiertos, en posición para darle seguridad de protección al doliente. Sus labios dirían locución divina, pensaban los creyentes.

Fue entonces que escuchó la voz, cuyo recuerdo le acompañaría hasta el resto de sus días.

“No tengas miedo Gloria. Pon mucha atención a lo que diré y no dejes que inquietud alguna te arroje corazón. Habremos de quitarte, porque está dispuesto, a tu hijo Carlos David. Parece inquietante el hecho, pero será por bien. Todavía no será, sólo que ya lo sabes hija mía”.

Quedó en silencio, combinándose desconcierto, miedo y creencia. No atinaba a clarificarse lo profundo del sentimiento. Tan sólo dio vuelta y salió de su refugio con paso corto, uniforme.

Contempló la plaza y paseantes. Las sombras ya no estaban pero sí, con presencia radiante; azul en las alturas, el verde de una vegetación tónica plural, la luz solar potente y el armónico canto pajarero. Así fijó atención en una torcacita que cantaba. Parecía brindarle melodías y esto le produjo algo de paz interior. De pronto, sus ojos fueron al anuncio de un negocio que estaba pasando la calle. La placa decía: “Textiles de Chihuahua, S.A.”. Quedó impresionada, ese no era el lugar donde vivía. Quiso correr otra vez desconcertada y... despertó.

Se levantó, siendo madrugada, en su casa del poblado Flores Magón, municipio de Buenaventura y casi corrió a la cuna donde descansaba plácido e inocente, como lo hacen los infantes, su Carlos David. Lo abrazó, acercó su rostro y le dio un beso. Dijo algo que semejava aleación entre deseo y bendición. Después dejó que vida, destino y divinidad dispusieran a su antojo.

“Este día fue brutal por tareas fatigantes. Es dura nuestra misión

y fuerte el aprendizaje que deja. Cada minuto de existencia en los pobres, debiera destinarse al esfuerzo por conquista de mejor vida. Pero qué le vamos a hacer, si eso fuera perderíamos dicha de que aparezcan quijotes justicieros. Decía Diego, al interior, mostrando superficial sonrisa, mientras miraba al hombre que descansaba bajo un pino donde recargaba su fusil, ocupado en escribir su famoso “*Diario de campaña*”. Era Óscar González Eguiarte, otro intelectual virtuoso y valiente que ha dado Chihuahua, en favor de los desheredados. Esta tierra norteña de aprehensora naturaleza y fuego volcánico, cultiva muy seguido seres con espíritus apasionados y desbordantes.

Corría año del despertar estudiantil que trajo olimpiada sangrienta y pasaba lista, segundo destacamento expedicionario de otra bravía sangre. El coraje organizado posaba sobre cima en despeñaderos tarahumaras, otra vez. Seguían construyéndose versos de balada interminable, a ritmo de metralla. Era otro nombre de combate: “Grupo Popular Guerrillero “Arturo Gámiz””.

*Continuando el movimiento
de Arturo Gámiz García
la gente de Óscar González
combatió en la serranía.*

En octavo mes del año anterior, habían iniciado hostilidades contra el sistema y en tal acción ajusticiaron a Ramón Molina, un cuestionado terrateniente. Ya en año olímpico arreciaron odio de potentados contra ellos cuando el ardor del verano se potenciaba. Volaron aserradero en municipio de Guerrero, cercano a La Junta. Esto puso al ejército tras ellos cuando tomaban escape rumbo a Sonora. Los atrevidos dejaron un militar muerto y su helicóptero reducido a cenizas. Eran días aciagos de agosto y Óscar cumplía, entre sangre y fuego, veintitrés años.

“Para que negarlo, esto aceleró odio de ricos hacia ellos”,

comenta el compositor y cantor coahuilense Nacho Cárdenas.

Se pusieron activas dos operaciones: “Águila” y “Nudo corredizo”. Iniciaba cacería de seis bisoños combatientes por siete mil efectivos del ejército, que creyendo defender la patria fueron a enlodarla.

Desde relieve de terreno que le permitió tomar asiento para descanso, Diego seguía masticando reflexiones sobre contexto objetivo y subjetivo que los había llevado a las armas. Todo con respaldo de la teoría mundial revolucionaria que conocía al dedillo, igual que Óscar, su compañero y comandante. Le quedaba claro: no bastaban sólo conocimientos teóricos para vapulear adversidades. “Se requiere ese algo extraordinario que no poseen personas rutinarias: bragas y sus cosas bien puestas”, así lo concebía el chico que tenía mente y amor en tamaño sideral, que medía en vida terrestre apenas dieciséis años y meses, llenos de osada precocidad.

“Ojalá aprendan la lección”, siguió acudiendo a su interior, gracias al remanso que dio tranquilidad de la sierra cuando sus compañeros hacían lo propio, metidos en ellos mismos. Esa forma gustaba a Diego. Primero su reflexión serena, después sus mil dinamitas. Aplicaba planeación y construcción, con la arquitectura en que era especialista. La que estudió en “universidad de lo adverso”.

Se quitó los lentes. En ese momento podía prescindir de ellos, el grupo estaba inmóvil. No había peligro de tropiezo, resbaladura o choque. Con dedo medio y pulgar de mano izquierda, la diestra acariciaba arma larga, dio tenue masaje a sus ojos cafés, siguiendo sustraído.

“Lección y mensaje que dejamos son clarísimos. La acción ‘Miguel Quiñones’ debió dejarlos impactados, sobre todo la quema del aserradero ‘Maderas de Tutuaca’. Los habitantes en Tomóchic, esclavizados durante décadas, deben tomar de este ejemplo, fuerza y voluntad organizativa. Potentados de compañías madereras y el

mal gobierno opresor, irán entendiendo: el pueblo estrena 'ejército vengador'. Régis Debray, asegura con razón que las condiciones revolucionarias latinoamericanas son especiales y diversas a otras en el mundo. Reafirma que de núcleos campesinos avanzados saldrá una fuerza potencial, base para creación de la esperada milicia popular libertaria. Esta se unirá con otra, emanada de los arrabales obreros”.

Debray, compañero del Che en la aventura boliviana, fortalecía teoría sobre éxito de la guerra popular prolongada, partiendo de focos insurreccionales en sierra y selva, como en Cuba con Fidel, Camilo y Guevara. Primero se enciende el campo y con bríos libertarios, se sopla para extender fuego a la ciudad. Así lo planteaba el intelectual francés y el grupo lo asumía con fuerte consecuencia radical y demostrada.

_ ¿De qué te ríes compañero? interroga Lupito Scobell Gaytán, hermano de Antonio y sobrino de Salomón “El Justiciero”, caídos en asalto al cuartel Madera.

- Algo se me vino a la memoria, luego te platico - le contestó riéndose, el mozuelo guerrillero.

Y dejó trabajando imaginación, con elegancia que le acomodaba su alma de poeta y el puño de guerra.

“Cómo fue que vine quedando ‘ceguetas’. Lectura obsesiva, bien cobró. Bueno, también me secó cerebro como al caballero de triste figura. Ahora troto sin descanso y semejándolo, construyendo sueños para ahuyentar pesadillas. Querida madre, siempre en aflicción, por mi apetito convulso de libros. Cuidándome salud me arengabas y apagabas la luz temprano. Jefecita linda, te hacía mil trampas, leía bajo las cobijas con lámpara encendida. Por eso mis faroles desgastados y flameados. ¡Ay, madrecita!, si supieras, cómo aprendí de mágicos bolígrafos. La lectura despierta mentes, agranda corazones y nos hace virtuosos atrevidos. Por ello estoy aquí. Venimos a triunfar o morir, para que niños y mayores lean libertades. Para que sueñen y puedan construirse pequeñas

realidades”.

Soñando, se conectó a magia real cuando se presentó. Frente a sus desgastadas pupilas, se revelaba un espectáculo maravilloso para el espíritu, brindado por la naturaleza: otro alumbramiento crepuscular. El filtro de nubes daba, a rayos fugitivos del sol, chance de plasmar exposición de figuras y colores sobre el infinito: divina acuarela. Esto se hace desde la asunción del mundo, como señal que nos mandan dioses del universo. Esas muecas que aparecen en cumbre y mar, al fusionarse atardecer y noche, tan parecidas a las que exhibe la serena aurora, sobre majestuosas sierras e impresionantes océanos.

Motivo suficiente para inspiración, que en raudales le brotaba a Diego, almacenándole diversas reminiscencias existenciales de su corta, pero sustancial presencia en el planeta.

“¿Qué haces Minerva? ¿Cómo te encuentras hermanita? ¿Todavía trepas a la azotea para pedirle deseos a esa estrella favorita: nuestro ángel guardián? Te acordarás de cuentos que narré. Un día serán verdaderos. Por eso subí a la sierra. Quiero que niñas como tú tengan finales felices. Princesa, pláticaselos a mi hermano Tete, a mamá y papá, a desdichados y a personas buenas. Diles y pídeles busquen un mundo mejor. Tienes sensibilidad para hacerlo. Mira, lo digo yo, el hermano mayor que debes obedecer. ¿Recuerdas, cuando éramos pequeñines? Toda la pandilla, incluyéndote, me nombraba su rey y mi mandato real era invariable: aseo de la casa por servidumbre. ¿Lo recordarás mi pequeña? Ahora estoy aseando casa grande: la patria. Mandatos que beneficien a humildes: se obedecen sin chistar. Órdenes para oprimirlos; duro se combaten. Aquí encierro mis razones, Mine, que poco a poco irás entendiendo, no tengo menor duda que así será”.

Mandó, con creencia hacia mares del futuro, una botella conteniendo todos sus deseos, su cariño inmenso.

Desde pequeño diseñaba cuentos. En ellos no existían tristezas y necesidades, mucho menos injusticias. Estas historias dibujaron

precoz intelecto que pondría, aunada a la práctica, en palestra diseñadora de caminos dignos, demasiado temprano.

- Caminaremos otras horas más y, en zigzag treparemos hacia el risco de “Las cotorras”, para ponernos en lo alto de la cañada. Al amanecer estaremos protegidos y tendremos mejor vista sobre “el Cajón”, así se llama esta parte del arroyo, será excelente. Si nos persiguen tendremos ventaja - instruyó Arturo Borboa, joven encargado de logística, y agregó- ¿te encuentras bien?

- Excelente y listo, camarada-contesto Diego.

- ¡Cómo siempre!- dijo dándole un apretón fraterno sobre el brazo, constante señal cariñosa en aquellos solitarios obreros de fragua para misiones candentes.

¡Qué muchachos! ¡Qué conciencias!

¡Qué valor! ¡Qué decididos!

Qué dispuestos a morir

por lealtad a sus principios.

Entre peñascos forma de redondel, manearon caballos de carga y monta. Diego se hizo cargo del “Diecinueve”, nombre dado en honor a la acción “Miguel Quiñones”. Ahí quedó el corcel junto a semejantes: “El Muñeco” caballo pequeño y el más brioso llamado “Anselmo”, igual en nombre al que usara el “Che” en expedición de la selva boliviana.

Esa noche en agosto, favorecidos por gran luna con cielo limpio cenaron tortillas de harina con manteca y último arroz. Luego vino asamblea para discutir plan de escape al cerco militar. Después, estudio crítico sobre posiciones políticas y estrategias para estancia en la sierra.

- Hablemos del “revisiónismo”. Retomemos ese tema, porque quedaron hartas dudas desde la otra sesión, interrumpida por fuerte aguacero que se vino encima. Esa noche no iluminamos cerebro, pero sí bañamos todos cuero y esqueleto - habló sereno y festejado

otro Gaytán Aguirre del Arroyo Amplio, de nombre Juan Antonio ante risas “guasonas”.

- ¿Sintetizas ese asunto, querido Diego? Ilumínanos tú que sabes y lo has vivido en propio ser- mientras le despeinaba coco en muestra de querencia, Óscar lo invitaba a su participación.

Agradecido, volvió vista al cielo para atraparse inspiración. En apasionada oratoria la regresó al pequeño batallón.

- ¡Desdicha doble tiene el pueblo! Por un lado, un sistema opresor enajenante y por otro tipejos dizque sus salvadores, que en realidad vacilan y traicionan por miedo a enfrentarse con enemigos de clase. Ese pegajoso terror lleva al “revisiónismo”, doctrina oportunista que huele a comodidad. Es clara desviación del camino en construcción socialista o dictadura proletaria. Hablo de un gobierno dirigido por la ciudadanía, poniendo medios productivos en manos trabajadoras del campo y la ciudad. Enfatizo: los ricos a la buena, no soltarán riquezas que se han acumulado del sudor y dolor de los humildes. Hasta me imagino, de puro chiste, a ricachones diciendo: “Miren señores Lupito Scobell Gaytán y Toñito Gaytán Aguirre, como son ustedes de una familia pensante y aguerrida, les daremos las concesiones del mineral de Dolores y así lo colectivizan como lo han querido, entre mineros y sus familias. ¡Ah!, y en honor de Salomón y el otro Antonio, los suyos, caídos en el heroico ataque al cuartel. Lo hacemos también, tomando ejemplo de quienes forman el grupo ‘*Bosques de Chihuahua*’, que repartieron miles de hectáreas entre campesinos y tarahumaras. El gobierno acordó se hagan éstas cosas”. Ya me imagino a los señores latifundistas, haciendo esto. ¿Ustedes creen?- preguntó con voz grave y tono irónico.

Llegaron risitas burlonas por el ejemplo teatral de ocurrencia.

- Claro que no, por eso estamos aquí. Ricos y gobierno sólo explotan fuerza trabajadora, sin llene, ni moral - dijo al aire José Luis Guzmán, otro componente del embrionario ejército montaños: comando de relevo emergente fundado en Madera.

- ¿Es verdad lo que digo?- prosiguió Diego, sintetizando -. No hay oportunidad. La burguesía no compartirá su ganancia mal adquirida. La fuerza organizada es único camino, basada en experiencias de otras sociedades. Lo marca teoría y práctica del marxismo-leninismo. Sepan pues muchachos, que los revisionistas quieren cambiar forma de construcción revolucionaria. Dicen que por las buenas y eso es una falacia. A latifundistas y gobierno les encantan estos “señoritos intelectuales”, que evitan combate frontal contra sistema explotador. A nosotros, los revisionistas nos llaman “locos” o “enfermos”, para cubrirse mediocridad. Algunos hasta cobran por criticarnos, respaldados en tibias doctrinas. Eso es camaradas, una síntesis del “revisionismo”.

Resumió en su mejor manera, adecuándose con aquellos campesinos: hombres generosos y virtuosos, guerreros naturales provenientes de alta montaña. Ellos a la vez, captaron mensaje fundamental del porqué tomaban vía armada. Entendieron que era algo necesario, para saciar su torrencial sed de libertad y justicia.

Diego, no era experto en síntesis. Igual que Óscar, reunía caudal teórico con alta capacidad analítica, adjuntándole crítica y autocrítica. Era parte de su existir que lo mantenía solventando argumentos y en discusión permanente; hasta con él mismo. “Si gasté mis ojos en lectura, fue para saber construirme verdadero camino hacia la revolución”, es locución inmortal pronunciada por Diego.

- Dispongámonos al descanso. Otro día hablaremos sobre vericuetos de la causa rebelde. Discutiremos a profundidad, “enfermedad e infantilismo en la izquierda”, y tocaremos por supuesto, el movimiento estudiantil que está generándose en la capital del país. Verán beneficio contundente que deja al proceso de transformación radical - ordenó y sentenció el jefe alzado agregando, de creencia y esperanza un dejo -. Con quema del helicóptero estamos destruyendo operativos de persecución del enemigo, por eso descansaremos unas horas más. Saldremos al

amanecer hacia el rumbo que exploró la brigada logística.

Qué lamentable apreciación del comandante. Tornado exterminador buscaba estropearles para siempre, su dorada juventud. El feroz operativo miliciano del gobierno preparaba mandíbula trituradora. Lo que nunca falta en las guerras: pobladores engañados, comprados, amenazados, ponían delación contra los rebeldes. Los métodos nefastos casi siempre, consiguen objetivo.

Durmieron a placer, si pudiera decirse así, sabiendo se pernocta en puertas del infierno y muy lejanas las manos de un cristo de salvación que proporcione fuente para menguar la sed y no morir por ello.

Los curtidos y cansados cuerpos destensaron tejidos, el sistema óseo medio se recompuso y los dolores disminuyeron; no más. Sin embargo las neuronas negaron desconexión, en eso no hubo tregua. Sin remedio fueron arrastrados al campo de los sueños que a veces son pesadillas. Por cierto demasiado frecuentes durante las estancias fugitivas. Descansos quebrantados y presentimientos fúnebres, era el toque aventurero. Peor en últimas semanas, disminuidos alimentos y contactos. La tropa se redujo a seis, por desertiones y reacomodos obligados.

Comenzó soplo el viento, jalado desde interior de los cañones, formando maravillosa sinfónica del bosque. Armonioso efecto hace su fuerza cuando mece ramajes, levanta hojas muertas, choca contra sólidos y aguas haciendo rebotes y chasquidos.

Diego había despertado. El minúsculo descanso le dio su fin. Ley de sobrevivencia llamaba para que diera cuentas al riguroso régimen que él mismo se había impuesto. Durísimas reglas tiene la revolución. Música, proveniente de la montaña, le refrescó memoria y se montó en la inspiración de nueva cuenta: "Ojalá, algún buen día regrese con los míos. Abrazarlos y decirles que valió la pena lo hecho, eso haré primero. Junto a ellos estaré construyendo nueva sociedad, que enterrará putrefacción; epidemia contra el pobre. Entonces diré a mi padre: me fui de casa para hacerme hombre,

como lo quería. Le daré gracias por entenderme. Manifestaré además, orgullo que siento por amistad que llevó con el doctor Pablo Gómez, otra inspiración que guía mis impulsos. Si regreso, pondré desenfreno en la lectura. Leeré ávidamente con luz del día y, compartiré cualquier comentario contigo madre, mientras me sirves succulenta chuleta con papas fritas. No desatenderé a mis hermanos y compensaré privación que tuvieron de mí. Juntos, curaremos torcazas y haremos campamentos en las azoteas. Allí, platicaremos nuestros propios cuentos y desde luego, mandaremos deseos a las estrellas. Esto será cuando cumpla mi compromiso revolucionario. Pero como te dije madre estoy dispuesto a morir por un mundo mejor. No me arrepiento de lo que hago. Si supieran cuánto los extraño. Sólo espero verlos y gritarles la querencia que llevo por ustedes. ¿Qué habrá sido de los míos? Tan siquiera me mantengan en su corazón y percibiré su amor. ¡Dioses de la rebeldía!: que los míos quieran y difundan la justeza de mi causa y que si no cumplo con el regreso, puedan entenderlo. No hay mayor tristeza para un guerrillero, que sean los suyos quienes no lo asimilen. ¡Ay!, querida familia, cuánto te amo”.

Quedó absorto, colocando en su mochila subversiva el largo rosario de los ojalá: sublime aspiración.

Una voz amiga le espantó absorción, comunicando orden para avanzar. Por modorra y bruma no supo autoría. La complejidad volvió; madrastra indolente. Entraron en tarea como si fuesen zapoyolitos, trepando árboles. Subieron y bajaron laderas con pulso firme. Arte felino, silencioso y elegante fue desplazamiento hecho. Vadearon arroyos y ríos multiplicando agilidad en los sentidos. Con marcha forzada atravesaron peligrosos claros. Posibilidad fatal es que les llegaran balas y de golpe fulminante, ilusiones y vida quedaran mutiladas.

*Audazmente anduvieron
despistando al enemigo*

*pero fueron delatados
cuando pasaron Yoquibo.*

Tomaron rumbo a “Sierra oscura” camino de Uruáchic, donde llegan olores desde Gogosachic, en un punto llamado La Mesa Larga. El 23 de agosto cubría su turno.

La borrasca del amanecer casi terminaba su empaque de tendido nebuloso. Entre piedras y árboles, ocultos, los aceros mortales eran poseídos por manos militares zombis. Fácil se reconocen por oquedad que portan en sitio del cerebro. Rostros hipnotizados y mirada seca los delata. Van enfermos, infectados de miedo y perversidad. Maldicen en sus adentros la incomodidad provocada por riesgo al combate. Mal se sienten alejados de cuarteles, alcohol y fornicación abaratada. Van jaloneados en defensa de una patria que no entienden; ni los entiende. Simple: obedecen mandos criminales superiores. El presidente de la “olimpiada negra”, huérfano de diálogo y sensibilidad, es comandante del más alto rango. Única orden: “No escuchen, ni enjuicien; acribillen”. Las armas están preparadas a emitir fuego para ángeles, esa vez en agosto.

- ¡Alto! ¡Deténganse! ¡Ríndanse! ¡Están rodeados!- fue único mensaje que hizo un cercador.

Pegado a su voz, el vómito de balas. La brega había empezado.

Diego sintió su carne rota. Como pudo juntó fuerzas, se cubrió y abrió fuego por reflejo de sobrevivencia. Su valor maximizado, dio agazapo. Los desconcertados fusileros entendieron mensaje bravo enviado por el agalludo mocetón.

Silbaron proyectiles y el aroma mudó, tradicional fragancia, por pólvora quemada. Las aves se desprendieron de los tallos, guiadas por brújula del instinto primario. El tecleo de metralla superó al orfeón agreste con notas de marcha fúnebre.

La sorpresiva refriega decidió rumbo en instantes. Diego que

avanzaba en vanguardia, quedó en un claro, cubierto por una ladera, su nueva trinchera. Árboles y piedras pusieron cobertura al resto del comando. Óscar, quedó herido también. Por cientos se contaban ráfagas buscando carne insurgente.

En el claro quedó estancado, abrió fuego de uno y otro lado mientras tuvo fuerza. A los soldados parecía eran varios fusileros disparando. Para el comando: imposible su rescate. Hacerlo era muerte colectiva. Salir al claro significaba precipitación del fin. Eso decidió la acción que marcó historia y le significó honra. No se restringió. Sereno, lanzó heroica orden:

- ¡Avancen compañeros, estoy herido! ¡Desde aquí los cubro!

Quedó enfrentando y hablando su "M2" automático: locución del fuego. Cubriendo la retirada fue trabajo mañanero: faena de su vida. Recostado sobre tierra chihuahuense, su adoración, agregó minutos de resistencia para que la brigada alcanzara escape. Agrandaba razón del tierno peregrinar: sus ideales por justicia. Con maltratada milicia se le iba el recuerdo. Ya no habría lecturas, sólo las de valor; que ahora enseñaba. Otros lo escribirían, engarzando la chuleta con papas fritas de mamá e historias de sus hermanos. Diego, daba alimento para nutrir las almas. No narraría más cuentos a los suyos, pero otras criaturas angelicales harían con sus sangres, muchos más.

Absorbió por vez postrera, aromas de la vida que deseaba para el pueblo. Luego: silencio total. Muy "quietito" quedó Carlos David Armendáriz Ponce. La mañana muda parecía honrarlo. Aire y sol se empeñaban en cauterizarle heridas, queriendo regresarle vida. Cadenciosas hojas doradas caían de los árboles, pasando junto al sereno rostro. Eran confeti para el niño mártir.

Quedó inmortalizado, quien se bautizó como Diego por nombre de batalla. Se sabe lo hizo por un amigo del "comando M19", otro tizón contra tiranos muy al sur, en Colombia.

Las gafas puestas, adornaban rostro. Los ojos claros quedaron fijos al firmamento, con perspicacia puesta. Tal vez, esperando

aparición de su estrella. Ese astro guardián del clan fue imagen última. Deseo supremo debieron sostener el cielo y él.

*Carlos murió en combate
cubriendo la retirada
el día veintitrés de agosto
consiguiendo que escaparan.*

El temeroso pero intuitivo pueblo, comprendió misiva amorosa remitida por alzados de las cumbres. Humilde, la gente cubrió con piedras el cuerpo guerrillero. Agregó flores, deseos y amor. Devoción al “Niño de la montaña” se convirtió en proclama para descendencia popular del serrano que transita en las quebradas.

Panchita, maestra honesta, se sumó al tributo. Con ese amor que portan quienes tienen sentimientos condujo mientras tuvo vida, a sus alumnos a depositar capullos frescos de la floresta, en sin igual cripta. Ensanchaba con bella constancia, loa del caído.

El majareta que se ocultaba y conspiraba en Palacio Nacional mandó instrucción de muerte para el resto del grupo. Otra vez un mandatario sordo, sayón y buitres, ofendió heroicidad juvenil norteña.

Ya en Sonora José Luis, Arturo, Juan Antonio, Guadalupe y Óscar fueron capturados. Después de torturarlos y hacerles cavar sus propias tumbas, cayeron fusilados en Tezopaco. Fue una tarde del once de septiembre. Cabalística fecha resultó porque ese mismo día del calendario en años posteriores, bombas americanas asesinaron inocentes en otros continentes. Una igual mañana la administración Washington, quitó vida al querido presidente del pueblo chileno: Salvador Allende. ¡Qué tristeza! ¡Qué venganza! ¡Qué dolor para la humanidad!, dos torres cayeron en Nueva York, por misma consecuencia del odio, en un amanecer de otro once de septiembre.

El Grupo Popular Guerrillero “Arturo Gámiz”, logró con

sangre darle sorbos justicieros a una sociedad en estropicio. Desde la alta Sierra Tarahumara hasta los pueblos campesinos de cumbres sonorenses se dice, hay un sonido que producen dioses de los bosques. Ellos inspiraron con toda seguridad, a Nacho Cárdenas quien les canta su balada.

*Óscar, Toño, Guadalupe,
José Luis, Carlos y Arturo
combatieron por el pueblo
contra un gobierno injusto.*

Una mujer moldeada en granito observa a Gloria que pide, con dulces palabras, venturas para su hijo en donde se encuentre él. La señora de Lourdes en su templo ubicado en avenida Zarco de Chihuahua capital, mantiene la invariable ternura que le plasmó un esmerado escultor.

El santuario de su sueño existía, tan real como la fuerza candente del fusil de su hijo. Esas cosas le quedaron clarísimas cuando regresó al hogar. Llevaba legado de Carlos David: encausar a sus otros hijos por el camino que mostró el ausente. Gloria dio rumbo al futuro y puso en orden libros, cartas y colección de timbres del que duerme con tranquilidad suprema en la montaña.

Niños y maestra, siguen saturando el lecho con rusticanas flores. Sellan alianza de Armendáriz Ponce con su pueblo. La torcaza, gran misterio, permanece sobre el pequeño mausoleo moldeado en piedra rústica.

Las estrellas vigilantes continúan rolando papel milenario. Al mortal una adivinanza inescrutable le rebota: “estas, ¿serán ángeles?”.

En nuevas paredes, cumbres, túneles y lugares, mismas constelaciones observan nuevos “Diegos”, prestos para combates frescos. Habrán de regresarse sufrimientos, mismos que colgarán, en rostros sustitutos, pesadas lágrimas recientes.

Desde algún techo, Mine avienta a los cielos, renovados y convulsivos deseos. Casi deja de ser físicamente niña. Enfunda principios de un tal “Movimiento de Acción Revolucionaria”. De nuevo fuego contra fuego. Repetición invariable, es camino en lucha de clases mientras la riqueza quede en pocas manos. Por eso seguirán apareciendo seres valientes y talentosos como Carlos David, conocido como Diego, los que convierten sueños en objetivos estratégicos, aliando con las estrellas y empeñando su existencia para hacerlos tangibles.

NATALIA

*“Cómo se encuentra felicidad,
Si la fuerza juvenil se inutiliza,
Enervada por aroma enajenante
Que tienen fetiches de mercadería”.*

José Socorro.

Cuando empieces narrativa convidada por mí, sabrás qué fuerte es. Doy cuenta de algo leído y escuchado durante trayectos hechos cuando en Chihuahua entro y salgo la Sierra Madre Occidental, puerta de comienzo y retorno en Madera, por ruta Cuauhtémoc y pasando La Junta para Temósochic, sesgando Zaragoza y Gómez Farías del mismo rumbo: todos lugares inverosímiles donde le consta a un clarividente vulgo, a estudiosas personas y a notables del caso, han subsistido y siguen haciéndolo personajes forzudos, innegables héroes o ángeles mortales. Cada cual su versión debido a creencia, estudio, vivencia o boba ignorancia por inadaptación con la raza. En capital geográfica del estado de esta paramera te diré por anticipado, hubo embrujo que en mí floreció cuando me contaron historia aguerrida de Natalia y afluencia importante que la acompañó en fabulosos episodios, contados y vueltos a contar. Esos que no dejarán de comentarse jamás. Permíteme incidirte sobre tal asunto, para seguir atiborrándome con esas divisas únicas que me tiene boquiabierto. Es que son portentosos episodios. Escúchame para que algunos lances te queden de seres infrecuentes que quizás, algunos pudieras conocer en tu tiempo y debieras frecuentarlos para tu beneficio, como estos de quienes ahora, te relato lo que he escuchado y leído con estupefacción.

La tarde se había consumido tragada por esa oscuridad que arrasa sin distinción, cuerpos y terreno, objetos y aire; los miedos

los agranda como a las esperanzas la luz. Así es desde que se inventaron día y noche. Cuando empezaron serio ajetreo por conservar vida, mujer y hombre.

Una pareja abandonó céntrica sala de cine, adonde acudió para gastarse tiempo antes de meterse en su propio filme. El rodaje salvaje de constancia mundanal que tomaría set en mañana del siguiente día.

Fueron al hogar arrendado, por periferia de la ciudad. Adjunto a cena ligera les vino descanso para tener ojos y mente muy abiertos cuando el amanecer. Se declararon prestos para su atrevido rodaje.

- Dame un beso para dormir resignado, shashita-le dijo.
- Con cariño, corazón-repuso, posando labios en él.

Con serias dificultades ataron fuego del atrevido talle jovial. Una vez contenida la pasión se esfumó el torrente y, se dispusieron a dormir sin fundir sus cuerpos en la entrega hirviente, universal y milenaria que concede el amor con un colofón mostrado en volcánico fuego. Así alguien dio clic al apagador de bombilla. Arribó oscuridad que puso el yantar al cerebro con dulces miajas que enganchan mesada del corazón, como preámbulo para mundo de inconsciencia por descanso.

“Es corto el plazo, para definirse y buscarse tangibles sueños. Es larga, casi eterna, indecisión del humano que permite cultivo de trastornos. Lamentable es ancianidad cerebral en cuerpos rebosantes de energía: anamorfosis de groguis alejados del existir. ¡Oh juventud de qué servirías si por inmundicias, me desocupara de ti! Sin arrebatos, sin médula eres nada, juventud. Esta mujer que habla, sabe cuánto nos necesitamos tú y yo, porque tenemos reaccionar correlativo: firmeza. Me necesitas juventud, para que vivas y de ti se hable con estruendo. Yo necesito de ti toda tu energía, para existir y trascender. Para ser en verdad yo: Natalia, la que obliga tu muestra a través de mí”.

En estado de gracia incursionó al dormir. Le acompañaron razón

y sentimiento para tejerle deseo trasladado al mundo surrealista del sueño. Belleza física se plegó a sábana y frazada. El interior rumbaba hacia el amor: portada de su alma.

En el alba vino baño tibio para terminar despierte y cereal para avivarlo. Pronto fueron a la esquina y abordaron transporte de pasaje con dirección al centro. El radio del autobús con estruendoso volumen, semejando madrugadora tasca provincial, citó mensajes promoviendo una mueblería y a “picot”. Luego noticias breves: “Se desbarrancó lujoso automóvil del diputado Pantoja en Puebla. La devaluación dio otro paso negativo, dice la banca. Fidel Velázquez manifestó su apoyo al presidente Echeverría contra acusaciones sobre ‘Tlatelolco’ y ‘Jueves de Corpus’ del año que pasó. Nueva y agitada manifestación, antigubernamental desde la colonia Francisco Villa, aquí en Chihuahua. Aseguran, altos directivos de la Federación Mexicana de Fútbol que seremos sorpresa en próxima olimpiada Munich 72. Un doble asalto bancario perpetuado ayer, en Monterrey”. Dio fuerte continuidad entretenimiento forzado del grupo transportado, impuesto por el chofer, canción de moda interpretada por Los Bravos del Norte de Ramón Ayala. Con eso terminó recorrido para Pablo y Natalia. El sol se había mostrado completo y seguía, en maniobra milenaria, trepando sobre la invisible escalera celestial.

- Dame tu mano y ven conmigo. En ese lugar consumiremos más tiempo. Llegamos demasiado temprano.
- Vamos pues-consintió cediendo su femenina mano.

Parecía que rezaban en murmullos, sentados hasta el rezago del recinto. En realidad repasaban y se daban ánimos predestinándose mejor vida con un hogar confortable ganado a plenitud, donde tuvieran dulce estancia sentidos e instintos. Ella abandonaría carrera universitaria en derecho y él, economía. La acción en el plató les llevaría a hacerlo, sin revire.

Otra vez acometida reflexiva se derramó en Natalia. Instaló soliloquio sacando texto apropiado en oratorio personal, donde se

resguardaban.

“Aquí estoy. Dando el mejor tiempo de mi vida: esta juventud en superior momento. ¿Cuándo empezó tanto fervor?, me pregunto y doy respuesta fervorosa: en momento que me avivó predilección al género humano. Sin subterfugios me entregué a la causa cuando lo propuso Diego. Porque de nada sirve juventud hecha bazofia. Debe ser trayecto catártico para cuerpo y espíritu: transformación del mundo. No me dio la gana de seguir en marasmo. Por eso estoy aquí buscando y retando al ‘Belcebú’, señor del capital que arremete contra tropicados por él, nutriéndose de sus miedos. Lo enfrento sin muro de lamentaciones a mi lado, porque nada tengo para quejarme; es pérdida de tiempo. La asfixia cae sobre el alma cuando extravía su cometido de ofrecer favor y amor, sin vacilación. Sin esa asfixia que resbalo, aquí estoy alejando ahogamientos de mente y corazón para procrear lozano orbe, pleno de igualdad y nobleza. Por eso enfrento a Satán que alimenta al dinero. Por lo que creo y defiendo, aquí estoy. Que mi creencia con esta mocedad que poseo, sirvan al procesamiento”.

“Aquí estás Natalia, firme como lo dijiste cuando Diego te habló del escollo que puede llevarnos a perder existencia. Tiro o ráfaga que llegue, tal vez de costado o de frente, directo a la espalda o quizás a la cabeza en cualquier parte o al corazón, a riñones o estomago puede ser, o justo a la sien. Quién sabe, podría tratarse del final individual y reinicio grupal de la humanidad. Uno hace lo debido como puede. Así lo han hecho hombres y mujeres, en otras épocas: intrépidos, perspicaces, adelantados. Haciéndose héroes surgidos desde la nada. Atravesando fangos y contagiando purezas. Puntuales, cuando fueron requeridos para empezar brava tarea. Qué bien dijo Pablo Gómez: “Alguien tiene que empezar”. Ahora nosotros, yo. Aquí estoy, es 15 de enero y voy encontrando destino sin adeudo a la juvenil intrepidez”.

Cerraba Natalia, un aviente de su interior hacia el viento norteño, descubriéndole pasión de vida y amor. Hablaba para si. Al parecer

indiferente ante imágenes religiosas del recinto católico barrial “Santo Niño”. Otro improvisado camerino para retocarse fibras espirituales, antes de escena trágica como estilaba Shakespeare.

Dos finos dedos hicieron suave pinza y abrieron bolso. El bello rostro constató presencia del objeto metálico y una pieza de negro tejido. Capturó aparente tranquilidad para seguir camino al escenario.

- Es tiempo mi amor-. La sacó de su yo una voz que le producía inspiración.-Llegó la hora.
- Claro cariño, cumplamos cometido- contestó Natalia.

Se retiraron de unas bancas donde se habían acogido y emprendieron caminar en flanco norte del Chuvíscar, río que divide la ciudad de Chihuahua. Pasaron puente por la Colón y pusieron pie en borde sur. El tiempo acercaba manecillas inalterables, sin paraderos, hacia las nueve de fría mañana.

A sus costados, enfrente y hacia atrás, circulaba gente que acudía al trabajo. Otra en plena labor y algunos transeúntes directo al estudio, rezagados en horario. Era seguro que muchas personas que pasaban eran nada, por falta de trabajo o pereza. Vieron automóvil Galaxi de lujo con encorbatados: “Seguro políticos o empresarios, que van a tarea enervante de engaño y explotación contra los que se dejan”, alguno comentó, coronando puntada con risitas.

“Triple asalto bancario al abrirse puertas. Qué bárbaros, cómo se nos ocurrió. Debe ser éxito rotundo. Los camaradas de Monterrey ya lo hicieron con gran consecución. Fueron dos, lo dijo el camión. Qué gusto. Aquí estoy, redoblando cometido para que razonen quienes posean candorosa casta. Y es que heroicidad mostrada el 23 de septiembre no terminará. ‘Operación Madera’, buen título a férrea encomienda en homenaje a proeza del 65”.

Fue con mirada hacia los pasos de Pablo el suyo, esposo camarada en perentoriedades. Después visitó perfil corporal

lanzando imperceptible sonrisa al exterior, muy clara como implosión. ¿Seguiría felicidad o desgracia?, con tal cuestión pareciera... reflexionaba.

Caminando, convicción al frente, por sur del Chuvíscar sobre longitud asfáltica distinguieron edificio escogido para designio. Instantes más alcanzaron lectura del contenido en marquesina: Banco Comercial Mexicano. Este, con sus reflejos en puertas y ventanas desde estructura arquitectónica circular, los miraba.

-Hemos llegado, bonita.

-Aquí estoy presta, lo sabes.

En ella, sus pupilas se mostraron enigmáticas, agudas. Vio gente común, edificios y calles, los testigos de sus andanzas. Y el cielo donde las estrellas se escondieron para descansar un poco de los de este lado. Todo juntó y acomodó en gran recuerdo, como lo hacen quienes viven día a día en verdad. Luego un suspiro y los ariscos ojos hechos logística mirilla, accionaron. Atinaron a un *Volkswagen*. Se había dicho que podría estar uno así.

- Es el carro mencionado, ¿no se les hace?-habló su voz norteña.
- ¿Será?-interpuso Pablo, en duda.
- Casualidad, hay tantos. Son los económicos que usa mucha gente popular afortunada.-Tercio Óscar, recién incorporado.

“Y es cierto”, se dijo. Esos autos los veía desde niña, en cada esquina y mediados de cuadra. Casi como mismo número de perros en el barrio, había. Los observaba parados en tienditas, casas comerciales y escuelas. Abordados por vendedores y profesores, era muy usual. Cierto, lo traía en la memoria, esperaba paso cuando bajaban avenidas, si iban saliendo cocheras, veces que corrían perros y niños tras ellos. En parques y billares, cines y casas populares, lugares raros y por doquier estaban. De infancia a juventud le acompañaron en recorridos que hacía en Parral, por Juárez y Villa Ahumada. Ahora en la capital del estado donde

nació. Los manejaban personas agradables y pedantes, de eso no tenía la menor duda. Maquillaban colores serios y luminosos a estos peculiares y abundantes vehículos, según gustos del ocupante. No había manera de comprarse otros más caros, por eso circulaban por montones junto a personas ordinarias. Si alguien no podía mercarse uno, cuando menos algún cercano sí podría: eso abrigaba esperanzas de oportunidad del paseo en alguno de ellos. Era fortuna del tiempo, época de modesta austeridad.

Así pues, el que estaba junto al banco formaba parte del montón y sin importancia, cuando menos para ella. Debiera ser, qué más.

- Quienes están en el *Volkswagen* no son militares.-Se conformó la joven, según categórica seguridad de su acento verbal.
- Quién sabe-alguno cedió mensaje-ya ven cómo se la gastan estos.

Cuando el chihuahuense Diego Lucero Martínez hizo aguerrido y audaz pacto con el coahuilense Raúl Ramos Zavala, para proseguir la lucha armada iniciada por el grupo adelantado de Madera quizás ignoraban, o tal vez no, que tal deseo iniciaría un desemboque de viejas y apiladas tormentas contenidas. Los profesores Genaro Vázquez y Lucio Cabañas se habían alzado en montañas del sur por lo mismo que los de Chihuahua en 1965. Ahora ellos, primero por ciudades y después hacia la sierra.

La revolución vendría desde el pueblo, era cuestión de enseñarle cómo. Esa tarea les correspondía. Raúl en Monterrey y Diego en Chihuahua, sería reparto para cada múltiple asalto bancario: jornal desusado. Apostaban a incidir en historia innegable. Por eso se pusieron en tarea preparatoria y rauda. El comando de Chihuahua hizo ensayo, asaltó gasolinera y licorería en Juárez como inocente práctica bélica, infantil práctica. La fronteriza urbe y puerto terrestre del “inframundo” pernicioso hacia el “sueño americano”, alzaba primeros vuelos usando fuegos que, al tiempo se harían inacabables. Unos, eran asunción del bien; otros, los

más, engendros del mal.

Manecillas con tic tac, pasaban las nueve y el sol observaba desde su escalera invisible, recargada en imaginario muro del infinito.

- No me parece normal el ambiente-vino afirmación en masculina palabra llena de suspicacia.
- Parece que así es, por eso: ¡vámonos!-dijo el otro.
- Cierto, estamos muy retardados Pues... ¡vámonos!-se escuchó la potente voz norteña de Natalia.

No dio tiempo para más. Posibles dudas se hicieron nada. De su bolso, los finos dedos extrajeron cubierta de estambre negro con que cubrió cabeza. Luego puso fuera el objeto metálico. Los hombres hicieron igual. Armas pasaron a ocupar manos mientras se acercaban al rostro del banco: sus cristales en la puerta. Traspasaron piel del edificio y fueron al interior donde sus intestinos.

Acribillando rutina, fue cada paso decidido que daban tres figuras con capucha de montaña y dedos al gatillo, promoviendo espanto en cada empleado, usuario, mirón. Desconcertados vieron desplazamiento de ágiles figuras y, horrorizados escucharon grito autoritario: “Esto es un asalto”. El reloj con brinco sorpresivo, arañaba las diez esa mañana, mientras un astro rey se atareaba para encumbrarse en imperceptible trepadera y mejorarse vista sobre el horizonte.

El Banco Comercial Mexicano disponía escena del nudo de “triple asalto”. Se habían hecho dos temprano, uno en Futurama y otro en el centro. Desde tramoya del enigmático cielo, se conectaron solares luces y en locación bancaria actores dispusieron sus actuaciones. Natalia, con el recio proceder al decir “vámonos”, dictó acción.

- Entrega el dinero y nada malo pasará-habló Óscar desde la máscara, a responsable de primera caja.
- Pórtense bien y nadie saldrá lastimado-dijo Pablo, situado en izquierda de la sala.

- No grites, tranquilízate-arengaba a una mujer nerviosa, Natalia, al centro y muy cercana a la entrada.

No atendió consejo la muchacha que desde una población rural junto a familia, se avecinó en Chihuahua buscándose progreso. A su hogar en colonia Nombre de Dios, nunca volvió Magdalena. Esa jovencita, cliente bancario corrió para escapar de enmascarados. El umbral le dio recepción con mortal ráfaga. Comenzaba clímax del filme.

Sospecha confirmada: el ejército disparaba desde afuera. Y en Magdalena ponía pujanza a un femicidio, que agarraría estuarios imparables, inimaginables, con escrutinio oficial mentiroso. Máximo Contreras, ferrocarrilero jubilado no vería nunca más sonrisas de la hija que al banco fue a feriarle su cheque de pensionado. Serían incontables horas y días que lloraría junto con su familia, a su muerte. Al tiempo, en esa tierra faltarían milenios para cubrir llantos por mujeres asesinadas.

“¿Llegó la hora?, tal parece. Que a su antojo el destino actúe”, breve reflexión en muchacha del pasamontañas. El embate fue instantáneo, vertiginoso y brutal cuando recitaron fusiles de asalto instruidos por pericia militar; no cerebral.

Cristales hechos añicos daban paso a balas que llegaron, casi diez a la armadura muscular de Óscar y que aceptó, sin remedio. Otro cuerpo fresco quebrantado, con su tierna palabra acallada en una tierra cansada de vastas talas juveniles, otorgadas por forzamientos.

El teniente Espino, dispuso su arrojo y destreza al capital lanzándose donde el asalto con una colt 45 en la derecha. Iba civil por previo acuerdo con banqueros. Uno probando valor como ordenaban; otros cuidando dinero como fuese. De formas distintas: masticando vidas.

“Es creíble el rumor. Corre por fuentes de información que están en nuestro favor. El gobernador Flores Sánchez tomó acuerdo con dueños de bancos. Es que tienen certeza que el

movimiento revolucionario, de pillaje dicen ellos, brotará en el norte. Echeverría exige extremar cuidados a gobiernos estatales. Las matanzas, contra universitarios en ‘Jueves de Corpus’ y ‘Tlatelolco’, ponen de cabeza a este loco rapaz. El poder de su partido político ya es insoportable. Así es que amados compañeros, no descuiden detalles. Versa nuestro vulgo suspicaz que los ricos de Chihuahua han prestado carros compactos al ejército, para que este les proteja utilidades. Si queremos recaudar recursos vía expropiaciones para la lucha armada, y dar armas y dinero a Lucio, a Genaro, tengamos mucho cuidado. No quiero salgan dañados porque el amor revolucionario que les tengo es inagotable”, así dejó palabras Diego, para su relevante grupo cuando se manifestó listo para triple osadía. Fue declaratoria barrial antes de la filmación colosal. El comando dio reciprocidad fraterna. Después, cuerpos e ingenio se atraparon en preparativos bélicos.

Casi las diez y por boca del banco se remolcó en su lengua, el teniente Espino con su valor, cuidando hacienda de opulentos. Qué ironía; distantes e indiferentes a él. Tirado al suelo, con su colt 45 dispuesta al vómito mortífero, se le vino encima una máscara en estambre negro y un arma con ella. Se sintieron descargas invocando muerte y quejidos garantizándola. Así quedó en el piso acompañado por otros que se enrolaron en letal causa.

Al exterior, Ramiro, encargado del auto para huida del comando, hubo de recurrir al escape. Nadie de los suyos saldría por su pie.

El grupo femenino “Las Rosas”, sede en Universidad Autónoma de Chihuahua, son camarilla briosa y hembras ingeniosas con doctrina del cambio forzado que dé fin a explotación del hombre contra semejantes. Se inspiran en vehemencia de Rosa Luxemburgo, heroína alemana ascendiente de sangre polaca. Saben que vendrán días y noches de apuros para comprometida estirpe. Sobre todo en su tierra. “No necesitamos clarividencia para encontrar exacta transformación que le resultarán bastantes farallones antes de conquista”, pronunció a “liga Luxemburgo” Natalia, quien no

tuvo límites en acatamiento por su móvil. Entrañas se le turbaban entre cerebro y corazón con histórico pronunciamiento de Rosa Luxemburgo a plebe obrera alemana: “No debemos olvidar, empero, que no se hace la historia sin grandeza de espíritu, sin una elevada moral, sin gestos nobles”. De tal enmienda sacaba un poder que electrizaba sentidos: razón de su existencia. Energía inacabable fluía en la chihuahuense. Y sabía qué hacer con tal poder. He allí el encanto brotado, fascinación para allegados y buenos entendedores. Siempre plétora, sabía cocinarse nutrientes para sus vigorosos años, confluyéndoles tormentas para cosecharles pasivos de alegrías reales. Verdad, vigor, estremecimiento y sensualidad llevó a “Las Rosas”, de ahí a su pueblo.

El silencio era sofocante, interrumpido por sollozos medios, de alguna manera contenidos. Cinco cuerpos al piso, junto a cristales rotos y sangre reciente vio cámara óptica del agente del ministerio público encargado de averiguaciones previas, apersonado en la estremecedora bandeja del rodaje: sala principal del edificio circular, el recinto recaudatorio al servicio de adinerados.

- Revisa si alguien sobrevive-, ordena el agente ministerial.
- El que está en aquel lado se mueve-discursa el secretario.
- Aquí este agoniza-tercia una pasmada cajera, al filo del llanto.
- El militar está herido y quien tengo al frente ya no respira porque tiene bala en la sien-dice a su secretario.
- Ya viene el servicio médico-confirma el ayudante, adelantándose a posible ordenamiento de su jefe.

Pronto se llenó de ejército, judiciales federales y locales. También hicieron acto de aparición las infalibles “julias” municipales y el servicio forense. Se abarrotó de autoridades y curiosos ocasionales aplicados y afanosos en oficio y morbo. Óscar en agonía, Pablo mal herido y Enrique Espino con dos tiros que le recetó Natalia, fueron al hospital. Otros dos cuerpos quietos estaban dispuestos a la morgue. El público mirón cautivo en celuloide del impacto,

esperando identidad de enmascarado muerto por tiro a la cabeza. Caído muy cerca, donde Magdalena fue a quietud eterna.

- Son guerrilleros, dicen aquellos judiciales que vienen del D. F.- asegura el secretario.
- Se ve que no los quieren-contesta el agente-. Nada bueno saben.
- Dicen que ocurriría, más nunca pensaron fueran tres a la vez. “Con estos caídos atraparemos a otros malditos comunistas”, aseveran. ¿Cómo ve licenciado?-. Cuestiona el secretario.
- Sólo veo trance de arriesgados, muy insolente, contra gobierno. Esos que vienen de fuera cargan maldad oficial. Los caídos son valerosos, ni cuestionarlo. Sólo yo entiendo. Hagamos nuestra penosa tarea-. Cerró diálogo.

Cámaras de prensa para foto ocho columnas, muy listas. Fotógrafos prestos en un quehacer: captura del misterio y su descifre. ¿Quién está en ese pasamontañas? Retorcimiento en mentes vaga en la sala. Trabajos de oficios, por morbosidad se enlodan. “¿Algunos sentirán pena? Si no qué agobio, sería pura indolencia”, se plantea el jefe de averiguaciones previas. Dispone mano y aleja misterio del estambre negro, mortaja del rostro en estado de gracia perpetua.

Fin y principio de “Operación Madera”. Cuando la cara quedó descubierta, cámaras inmortalizaron a resuelta hembra y tribus de insolentes hilaron epígrafes con brasas al rojo vivo en lienzos de cortazas populares que tratan sobre ella.

El sol subió mucho más, a través del graderío inmaterial que está encima de criaturas terrestres. Qué absurdo, cuando logró cometido de la cima comenzó deslice en resbaladera incorpórea rumbo a occidente. A su ida instaló opaco alumbrado sustituto, red de lucecitas estelares. En oscuridad, policías federales preparaban apretura contra resuelta juventud. En cantina del suburbio el agente de averiguaciones previas tomaba vinos dobles sin atender amigos.

Su mente estaba zambullida en querencia: le dolían los abatidos, sobretodo ella. ¿Por qué? Se cuchichea que era un acercado al mismo ideal por costumbre de casta.

Esta es la historia que te brindo. Que lamentable sería si no existieran chicas que incendiaran exteriores e interiores del hombre y de la sociedad con sus fortísimas historias. Te aseguro que las mujeres seguirán construyéndose grandiosas y por eso esta reseña increíble carece de final. Confieso que sigo sin poder alcanzarle hebra porque trota sin resuello a la posteridad. Los sonidos en los tiempos, seguirán narrando, cantando prosas y coplas sobre Natalia, cuando resuelta acudió al triple asalto.

Así se revelaron estos hechos espléndidos dados junto al Chuvíscar, un 15 de enero cuando cayó Natalia igual que Rosa Luxemburgo, por violencia, un mismo día en diferente siglo. Misma causa: igual final.

Te confieso: cada vez que atravieso tierra tarahumara, Chihuahua que me significa corrientes de aguas y sangres frescas, me encorajina y me seduce el desenlace que tuvo este drama. Oficialidad perversa hizo trastrueque de verdades y dio versión confusa para acondicionarse crímenes de lesa humanidad como los que, otros hicieron a Sudáfrica cuando Nelson Mandela y aquellos cometidos por Pinochet. Igual a los de ahora en Oriente Medio y norte de África: “Mediterráneo en lumbre”. Debes haber escuchado sobre asombrosa cuerda dada por “Revolución de los Jóvenes” en Egipto, que fue inspirada en “Revolución de los Jazmines” lucida por aventados tunecinos. Después esa sangre nueva no tuvo reposo para buscarse desembocaduras. ¡Ah! Esa “Primavera Árabe”, cuantos corazones agitados. Si metido estás en esta narrativa del azoro grato, cuestionate: ¿Cuándo alzará su voz nuestra juventud? ¿Lo sabes? ¿Desde dónde surgirán novedosas respuestas que darán los valientes renovadores?

Comparaciones van y vienen cuando los bravos son arrancados como cuajo, de sus vidas. Así narran letras y personas sobre los que

perdieron existencia. Primero Óscar y Natalia. Diego después fue ejecutado. Ramiro también y Gaspar, histriones de la catástrofe. Extrajudicialmente la Dirección Federal de Seguridad, preparó masacre. Los otros, de película sin extras ni efectos especiales fueron a purgar cadenas extensas en cautiverios del régimen. En honor a su encomienda encontré mensaje que construye moraleja, para ti: "Sólo cometen errores quienes están haciendo algo. Sólo los remedian quienes los reconocen. Sólo tendrán el reconocimiento de la historia quienes no retrocedan ante los primeros golpes, quienes permanezcan firmes en sus principios y en sus trincheras".

En remansos cuando anclo por Delicias, Estela, tan buena camarada pero tan fina reticente, hermana de Miguel Quiñones y guardián de su legado me muestra medalla conmemorativa de la tremenda jornada del 72 que alguien mandó imprimir para evitarle olvido. También me entero cuando voy rumbo a Juárez, que muertes para activistas fémimas en pro de humanos derechos es mala parcela en extensión de este norte bárbaro. Balas les llegan en giratorio cerco de autoridad misógina y revólver en renta. Prosas, trovas y bosquejos no alcanzan a cubrir desgarré que cargan las madres en esta frontera espinosa por donde se mal accede al inframundo junto del imperio. Milenios hacen faltan para que amparen llantos de familias ultrajadas. Estoy seguro que el cielo norteño es parecido al de tu vida y al de la mía. Es cinta para pantalla en opacidad o en total oscuridad. Rara la mágica claridad. Y te diré, cómo hacen falta los que estuvieron allá en Madera y cuando el fantástico triple asalto, digo porque fueron héroes excelsos, emergentes, solidarios, incomparables, incisivos y bravos, buscando transparencia para sus semejantes. Vieras cómo me atrapa el brío de Natalia. Parece que la veo persiguiendo al destino, como pocos. Es inmensa intención atrapada en denodado cortometraje.

Si viajas por estos lares o escuchas ruidos del norte, haz reverencia y toma ejemplo. En un panteón de Chihuahua yace

Natalia. Un nombre de pila marca esa tumba: Avelina Gallegos: ángel de carne y hueso. Tan vibrante es su memoria que barrena coraza de la desesperanza.

LA LUCHA POR LA MADRE TIERRA.

*“Andaré por los cerros, selvas y llanos,
Toda la vida, arrimándole coplas a
Tu esperanza, tierra querida”.*

Atahualpa Yupanqui.

Mensaje importante le decía ella a él, que tan atento escuchaba. Ella, agraciada belleza puesta al aire era precisa, cadenciosa, apasionada en su comunicado y él absorto, contemplándola con devoción de siempre, tratando de acomodarse sin igual información en cerebro y corazón. Ella le dijo que un arrebatado corajudo del pueblo, orquestado por jóvenes pachuchos, arribado desde barriadas capitalinas cercanas al Politécnico, había dado como cuenta una solidaridad muy peculiar en favor del estudiantado, repeliendo agresión que pretendía imponerle doma para adocencarlo. Granaderos y soldados encontraron férrea oposición de tiernos rebeldes, muy especiales ciudadanos del vulgo. En respuesta de un instinto por sentido de clase, fueron contra carabineros amenguando represión contra los estudiantes. Toda aquella noche hubo balacera y la sangre corrió en ambos lados. Se preguntaban ella y él, cómo pasó, por qué ese apoyo intuitivo entre hermanos de venas pobres y cómo llegaron muchachos en pandillas pendencieras aportando resistencia garruda. A gritos, les contestaba su convicción: “el hartazgo no sólo asfixia las aulas, también, resuella en los callejones, con toda seguridad”. El gobierno “díazordacista” vivía en cumbre del choteo, motivo de trato osco, sordera aguda e impopular liderazgo. Por eso los pandilleros pachuchos arremetieron valientes contra ofensivas guardias gubernamentales, eran las conclusiones que sacaron ella y él, de esa información singular. Le agregaron que no se supo número de muertos, heridos y desaparecidos que resultaron de tan desigual

combate; el gobierno cubrió, como sabe hacerlo, con manto negro los hechos. Heroísmo trágico amaneció aquel 23 de septiembre en el oscuro 1968, esparcido por el rumbo del Casco de Santo Tomás. Quedaron, sumamente, impactados por lo maravilloso que es el mundano cuando sabe despertarse y abandona ceguera mental. Ella y él actores y testigos, verían desenlace trágico de su movimiento en pocos días más. La matanza del 2 de octubre en Tlatelolco los marcó. Llevarían en conciencia y venas brava enseñanza. El amor que los unió como pareja, alimentaron con fuego turbulento desde el principio, ese que muy pocos jóvenes en toda generación del planeta, saben encender como es debido.

Se acumularon jornadas que marcaron tiempos con tempestades amargas, como deben ser, y algunos alientos placenteros, conquistados entre cruentas tormentas. Con eso a su lado, seguirían sumergidos en absorción fabulosa, repitiéndose como péndulo imparabile por cuerda eterna, en cada época de sus vidas. Cuando se tienen evos, se esfuman recuerdos secundarios; jamás los tatuados dentro, en el espíritu. Se decían ella y él, cómo olvidarlo si fue valor, honor y sangre. Típica manera que estila la historia al escribirse, cuando es auténtica. Cómo no recordarlo. Quien tenga hechos de marca no necesita decirlo, porque las acciones hablan si la modestia por ser como es, calla. Quien no tenga marca, ya está muerto desde ahora y los recuerdos serán mudos o más bien nulos porque no valieron la pena, ni dejaron estela para observarle espuma. Por algo remarca Dante, en su “Divina Comedia”, que el inservible vaga por la eternidad sin recuerdo, sin rostro, sin nada. Sufriendo indiferencia, en respuesta a su nulo desempeño durante la existencia carnal. La vida eterna no es del cuerpo, es del alma que vive por sus hechos puestos al servicio de la necesidad humana.

Ahora, junto a otros nuevos profesionistas él y ella, miraban de frente a un hombre muy afable, conciso, atrevido y respetable que les explicaba funcionamiento del ejido colectivo en Torreón de

Cañas, dentro del municipio de Ocampo, Durango, pasadito Parral y cercano a entrada para San Bernardo, donde residen adornando las estrellas vigilantes de Miguel padre, el guerrero del pie de la sierra duranguense.

- ¿Qué habremos de hacer compañero Álvaro? – interrogó ella.

- Primero entiendan esencia al detalle de nuestra causa, para que le tomen más amor a esa limpia fraternidad que vienen regalándonos a los campesinos organizados.

Álvaro Ríos Ramírez, agrarista sonorenses se consagró, por mucho, en el orden requerido que estaban esperando los campesinos desprotegidos, enseñándoles sus estrategias audaces para conseguirse reparto agrario favorable, partiendo de su propia fuerza. Era forma tozuda pero, por supuesto, con fundamental inteligencia. La razón favorecía el cultivo de exigencias atrevidas por vital necesidad y, Álvaro sabía cómo hacerlo.

Fascinados ella, él y el resto, escuchaban desde sus almas, detalles del relato fantástico que aquel mago con suertes de bien, les brindaba.

“Conocí ‘al dedillo’, todo el proceso revolucionario que recién pasó en Chihuahua. Lo entendí desde que lo inició el profesor Francisco Luján Adame en la sierra tarahumara. Cuando se atrevió a quitarle oscuridad a los ojos del pueblo tan flagelado. El desenlace fatal pero heroico de septiembre en Madera, marca hechos de hombres verdaderos, salidos de filas guerreras que se guarda esta patria. Los que fueron al sacrificio sabían por qué, ya se ha dicho. La muerte les trajo galardón de bravos legionarios. Acabaron con críticas y supuestos, montados por fantoques. Ahora les explico donde comenzó. Fue Luján el nativo de Santo Tomás, municipio de Guerrero quien salpicó la región serrana con su polen libertario. Inquebrantable, incorruptible, invariable, loco graduado, insensato para bien, encontró discípulos convenientes. Así forjó su escuela para la vida con hombres y mujeres de acero. ¡Ay!, qué

sería de Arturo y Pablo, qué sería de la gesta en Madera si Luján no hubiese aportado ideas, hechos y vida al rudo camino que lleva a la dignidad. Qué sería de Chihuahua y de mi México sin hombres con la talla de Luján. Nada camaradas, habría sólo desesperanzas en carne y entraña y por eso, no soporto desalientos. Aunque falte mucho por hacerse agradezcamos a los héroes de Madera, que tierras de los “*Bosques de Chihuahua*”, esos latifundios del demonio han sido repartidas a los campesinos. La sangre valiente reclama tributo y por ello riega con rojo marchitas esperanzas. El profesor Luján, antes de su asesinato sabía que vendrían otros a seguirle sus pasos ascendentes. Demasiado apasionado, así como son los héroes, fue Luján, hecho a la medida de las circunstancias. Un roble, tesonero, honesto, contra bestias del mal. Sorprendente, maravilloso y oportuno resultó para el pueblo su aparición. Por cariño a él, su muerte caldeó los ánimos y aceleró la organización popular por derechos de la ‘madre tierra’, eso fue”.

El frío regional tomó posesión sobre cuerpos de expositor y escuchas. Las llanuras cercanas de sierra duranguense recibían su eterno visitante del atardecer, el clima congelante, calador de huesos, termómetro del carácter. La reunión quedó pospuesta para otro momento porque mientras haya cordura y condiciones el cuerpo busca su resguardo. Desintegrada la asamblea y regresados a sus yo, amortiguaron el efecto gélido con abrigos, mantas y café caliente. Álvaro se introdujo en chamarra de cuero café enmielada, la de toda tempestad y tal vez única. La fuerte inercia nocturna los llevó al mundo de sueños y reflexiones. En minutos lo más insignificante expiraría por tan sólo haber sido razonamientos fugaces, secundarios. La lucha por la existencia no tiene tiempo para ellos. No lo merecen.

Álvaro se despidió cerrando la mano izquierda con figura de puño, señal del ideal comunista de aquella camada juvenil. Ella y él una vez en intimidad, prendieron sus cuerpos a descanso y placer, este reclamado por la fogosa juventud que no tiene reposo

en quienes la aprovechan llevando frazadas de amor hasta los interiores.

Álvaro fue al encuentro del recuerdo. Era costumbre hacerlo para fortalecerse. Desde ahí nutría los principios y daba alimento a las nuevas estrategias. Su inspiración, aparte de su clan, eran los caídos fabricantes de eternidades, soñadores de mundos nuevos. Los que ahora se albergaban en los corazones nobles, mientras sus cuerpos habitaban una fosa común en el panteón de Madera.

Luego acudió a la sangre. Se aferró a la primera inspiración: su familia. La dulzura interminable y carácter firme de sus padres, Loreto y Librada, quienes le estimulaban sus sentidos para mantenerle limpio el corazón. En Villa Hidalgo del viejo municipio de Oputo, Sonora, vino a la vida en el año 1933. Su duro peregrinar campirano tocado por aires y trinos norteños enseñadores dados por el ambiente rudo, pero honesto, le fue fraguando temple. Los padres siempre listos, al asedio para que no variara un ápice ruta de navegación. Qué añoranzas le traía esa senda educativa de tantos conocimientos complejísimos que lo llevó a crearse moldura para buscar causa justa. Lucha por la “madre tierra” se convirtió en razón de existencia. Así lo diría por siempre y actuaría muy consecuente llevando al frente sus ideas y su pecho si fuese necesario, por lo que pudiese pasar. El batallar de los humanos por la tierra para supervivencia, es imperecedero. De su polvo sustentan alimento y techo las criaturas que la trabajan. Morada es en vida y muerte. Es madre cariñosa, amamantadora de sus hijos, cuando se le permite. Deja de hacerlo si es encarcelada en rejas de acero bajo fuegos asesinos. Luján también lo sabía y su arraigo con los campesinos desposeídos fue tan fuerte como su amor por la “madre tierra”, su idolatría. Ese elemento, regalo de la naturaleza o de Dios como le decía su mujer Angelita, lo empacaba en embeleso sin fin. Amoroso siempre, muchas veces contestaba a su amada: “Si es regalo de Dios, necesitamos recordárselo porque ahora, ese regalito lo posee el demonio. Es feliz el maldito, usando camuflajes y marrullerías

que le dan sus compinches, los del gobierno”.

Pasito a pasito, muy suavemente, la mañana fue resoplando sobre una densa neblina aferrada en la permanencia. Las plantas perezosas, con ayuda de rayos tímidos del sol, abandonaban la flacidez y cobraban firmeza, a pesar del cristalino rocío que se plasmaba sobre yerbas, hojas, pétalos y tallos. Al velo de brisa congelante, le rompía sus tejidos el astro rey. Entraba sin muchas dificultades como cuchillo ardiente, en principio disminuido de poder. Aquellos caladores grados bajo cero, tendrían que esperar otra jornada para su retorno con el molesto aprendizaje. Los animales en corrales, llano y ramales daban voz de presente con ronroneos, mugidos, relinchos, cacareos y otros sonidos peculiares. Ella se encaminó hacia un escarchado vidrio ventanal de la casa grande para observar el paisaje, humana costumbre milenaria de curiosidad logística. Él, fiel con su hábito importante, hacía anotaciones de impresiones sobre la jornada anterior. Cerebro y corazón ya habían acibillado lo irrelevante. Pronto el colectivismo dio fragancia al ambiente de los camaradas soñadores.

Fuera del caserón, alguna vez estuvieron los jinetes de Tomás Urbina junto a su especial general nativo del rumbo y, al lado de este uno de los periodistas más influyente de la época por su capacidad de transmitir noticias de fondo con mucha arte. El americano John Reed.

El calentito desayuno, complemento para reparación del cuerpo al cual dio parte el dormir, estuvo dispuesto y mandó nutrientes a quienes pronto los utilizarían en trabajo labrador. Aportarían, los egresados del Politécnico, aplicación en faena ruda del colectivo social anfitrión. También conocimientos profesionales y científicos, al orden campesino, si se pudiera. Así lo había solicitado Álvaro el estratega, uno de los fundadores de la autogestión para los camperos. Desde Sonora hasta Durango y Chihuahua los terratenientes, sobra decir odiosos para el vulgo, sabían de su enorme capacidad organizativa porque habían sentido la fuerza de

astucia y tenacidad del hombre. Con su arribo, como musguito en la piedra se multiplicaba el pueblo organizado. Caravanas, plantones, mítines, invasiones, amén de otras magníficas y hasta santísimas ocurrencias le daban fuerza al reclamo agrario. Así era aquel sorprendente hombre de rostro sereno y voz paternal.

- Antes que revisemos los potreros para hacer nuevos diseños, queremos entregarles unos libros que respaldan práctica que están llevando con magnífica teoría revolucionaria unos gobiernos triunfadores, con sus pueblos- les aclaró ella.
- Me encargo de distribuirlos– agregó Álvaro, agarrando varios tomos donde destacaba pequeño libro rojo con el nombre impreso en amarillo, del autor Mao Tse Tung. Y les adhirió composición lingüística, envuelta por tonalidades de confianza - Ayer les comenté sobre obra que en vida, la que sí vale, edificó el profesor Luján. En la próxima asamblea vespertina terminaré mi relato sobre este ilustre chihuahuense.
- Por favor Álvaro, es muy conveniente – interpuso palabra Benito Arredondo, joven campero y compadre a la vez que lo amistaba desde el nacimiento del orden campesino en el año 1962.

Cuando lo formaron en el mismísimo Canutillo, lo hicieron con hechos muy contundentes y les resultaron tiempos sin descanso en el ancestral epicentro del ideal de Pancho Villa, el increíble santo nuevo invocado.

Tardes después, regresados del trabajo comunal dejado en laderas, casa textil, linderos, estancieros, tienda de consumo, corrales y en otros lugares del predio colectivo, estaban instalados los habitantes de aquella alquería para entrarse en profundidad narrativa del realismo popular. Ventarrones de atrevimientos brotaron con el recuerdo evocado por Álvaro, sobre Luján. Campesinos y profesionistas, mujeres y hombres colgaron

compromisos, todavía más adheridos en la percha que pende sobre el muro de los compromisos. Cómo no hacerlo si quien narraba y sobre el que narraba eran guías virtuosos del pueblo que, gustoso y valiente, los había seguido en titánica lucha por la “madre tierra”.

Álvaro fue ameno; era método ancestro. Por su autoridad moral sus amigos regalaban silencio absoluto y escucha excelsa. Los ademanes ligeros y el rostro, a fuerza de ser muy sincero, daban marco elegante a palabras certeras, constructoras, coloquiales. Estas caían como remanso en mentes frescas, ávidas por encontrarse con aprendizajes de fuego. Claro, por eso estaban allí y no había alumnos desaventajados en la materia que se impartía; no ahora, en ese momento. Pareciera que no tuviera vida la mínima señal de advertencia controversial. No daban pase de lista ingratitud y traición; no esta vez. Aquel jefe esperaba un desarrollo ubérrimo y explosivo desde esa región norteña, partiendo de aquellos discípulos, era su esperanza calculada, vital.

- ¿Cómo fue que perdió la vida el profesor Luján?- cuestiona un campesino llamado Pancho Contreras, secretario del colectivo, al parecer por el libro de actas puesto en su mano diestra.
- Como la pierden los hombres bravos: a traición. Cobardemente, lo asesinó un sicario mandado por los caciques de la empresa denominada “Cuatro Amigos”. Era noviembre 26 del año 1959 en su hogar de Ciudad Madera. El reloj marcaba las seis pasado meridiano. Todavía sacó fuerza para ir sobre su asesino. Avanzó cincuenta metros y cayó sin vida ante mirada atónita de la familia y gente que tanto lo amaba por noble corazón que poseía, el que los potentados habían mandado estocar. El pueblo reaccionó con furia pero, esta vez, con mayor cautela, con método espontáneo aprendido desde la necesidad del instinto justiciero. No crean que fue fácil para Luján abrir mentes

ciegas de moradores serranos. Cadalso, tortura y muerte eran los panfleto mandados por señores capitalistas para retadores contra su poderío. Luján lo sabía y aún así, fue contra ellos sabedor del enfrentamiento fatal que pudiera darse, que se dio.

Así finó para darle asunción al Luján crecido, producto de leyenda escrita por el pueblo justo catador de heroísmos. La lucha por la “madre tierra”, era expresión inagotable de cerebro fértil y boca rebelde en cuerpo del profesor. Ni sus tantos ceses oficiales que limitaron enseñanza del alfabeto a sus lepes, ni las fatigas para recorrer territorios de los desposeídos con su credo honrado, ni los descalificadores y miedosos que encontró en su trajina, ni nada lo desanimó. Construyó escuela con tabiques hechos en buen fuego. Marcó camino, dio vida al pueblo y ahora vive en su recuerdo para la eternidad, por fuerza de su epopeya.

En el exterior, el silencio físico tenía montaje amplio. Ventiscas con aromas almizclados llegaron a los interiores. Ella se abrazó con él, dándole resorte al amor en tiempo y lugar quiméricos. Un beso discreto fue la práctica que reafirmó esa teoría. Algunas pupilas, ausentes las vergüenzas, sacaron a flote su recurso sentimental llamado lágrimas. No hubo preguntas, ni agregados. Sólo Álvaro dictó algunas instrucciones, consensuadas de antemano, para el día posterior. Con resolutivo moral se diluyó aquel singular parlamento, buscando los interiores de la casa grande y caserío del poblado. Sorteando ramales llegaba el asedio del aire helado. El rocío su pariente, tomaba preparativos en lo alto. Más arriba, el sembradío celeste estaba conectado enseñando figuras y señales para los virtuosos. Álvaro dejó de mirar el firmamento, suspiró y algo dijo en voz baja y fue a dormir tomándose de almohada varias meditaciones complejas. Sin ellas no descansaría.

- Sí Santos, estás cierto. Cómo han hecho bullicio estos muchachos, será por esos ideales firmes que se cargan.

Casta noble, senda invariable y religión razonada, deben ser sus familias.

- Son gente necesaria mi comisariado. Se nota en sus maneras finas. Álvaro les tiene respeto y confianza lo mismo quienes lo hemos tratado cualquier pizca. Aunque se rumora en altos mandos: tales nombres por los que responden no son auténticos. Se protegen se dice, porque son joyas valiosas para tesoros futuros, de los que habla mi Álvaro.
- Mejor ya no tratamos sobre temas misteriosos. Se llamen como se llamen son de los nuestros. Vienen a darle solidez requerida a nuestra organización campesina de los ideales villistas. De aquí, querido amigo, estarán saliendo generaciones bien combativas, impulsoras y detonantes. Todos los sin tierra tomarán ejemplo de lo nuestro y cuando lo consigan, aprenderán a cuidar su parcela con supremo amor. Nunca la prostituirán porque es la “madre tierra”, como dice el jefe que decía Luján y antes Villa, Zapata y los pueblos indígenas. La tierra la cuidaremos y lo mismo harán los que nos releven, en misma tarea. Nunca se venderá, ya verás. No sucederá, por eso están aquí los muchachos. Qué bueno.

Así terminó el intercambio verbal sostenido en el estanciero “el guajolote” entre Benito Armendáriz, autoridad ejidal y Santos Bonilla, ambos amigos de Álvaro, este último se asignaba protector del líder por voluntad propia y discretamente, cobijaba revólver sobre su vientre. Ese era comentario ascendente porque el rumor o chisme, añadió que guardaba arsenal en escondidos socavones por si llegaran a necesitarse. Por cierto, en una ocasión esto mismo le preguntaron al jefe Álvaro. En respuesta sonrió y una tos ligera le acaparó garganta y tiempo. Nada contestó porque sospechosa tos lo evitó.

Los hombres fueron al encuentro del caporal en turno, que saludando y sonriendo fue bajando del corcel. Después de palabras

y bromas rigurosas entre los jóvenes que sí saben serlo, los agraristas recibieron informe del encargado del agostadero. Les habló sobre el número de quesos fabricados en la quincena, acerca del estado físico de bovinos, ovinos, aves y bestias de trabajo. Señaló problemas y propuso soluciones para que se tomara trabajo la asamblea. Se diría para su orgullo, que ayudó con propuestas congruentes en mejora de aquel valle del trabajo. Con aportaciones adecuadas se fortalecería el ideal y los capitalistas verían encimándoseles su suerte negra. Para eso estaba el colectivo en Torreón de Cañas, no faltaba más, así pensó. Finalmente dio cuenta del accionar de los jóvenes provenientes del exterior, comisionados en “el guajolote”. Habló maravillas. Cual si fueran hermanos precisó de ellos. Si no eran caporales poco les faltaba, aseguró. Fuertes sus cuerpos porque iban a pie hasta la alquería y se miraban rebosantes en salud. “Siempre están ejercitándose y en lecturas constantes”, expresó con un dejo admirativo. “Van bien estos mozuelos”, alguno aventó esa expresión sintética que evaluaba excelencia y se dio por bien concluida supervisión en el estanciero, veinte kilómetros rumbo a la Sierra Madre Occidental duranguense, donde sigue siendo su lugar de ubicación y nunca cambiará.

Aquella tarde se encontraba sumergido en análisis de cobertura propia. Esto es un hacer de seres que revisan hechos en cada paso avanzado, registrando lo bueno y malo del camino propio y de los demás. Sabía que hay algunos que en nada se fijan pero aún así, pensaba en ellos. El frío ambiental contrastaba con enorme calor hecho por la vertiginosa combustión de los ideales que se traía Álvaro. Neuronas lo regresaron al campo donde empezó su gloria. Al cogollo inicial, hierro a cuero y entraña, cuya cursiva lo marcaría por siempre, sin revire. Recordó palabras del doctor Pablo y Arturo, discusiones sobre porvenires y controversias, las obligadas para el avance. Lo diría en recordatorio didáctico Domingo Borrego, proveniente de Canutillo y avecindado en

Revolución de Villa Hidalgo, Durango, donde fue otra invasión del sonoreño: “Me regañó tan fuerte que no olvido reclamo, cuando le dije se sacudiera preocupación, porque todo estaba tranquilo. Para qué angustias si quienes lo criticaban, sabían no pasaban porque la mayoría estaba con él, lo querían. Aseguré, las críticas que cargan eran malas; no servían al progreso revolucionario. Era propuesta amiga, queriendo evitar fatiga del luchador social. Me sorprendió y cautivó su respuesta. La llevo para siempre en sangre y divulgo para lección a quienes sepan dimensionarla. Me dijo, contundente”: ‘No digas tal cosa, menos de esa manera. La tranquilidad significa estancamiento porque sin crítica no hay mínima reflexión que haga posible propuesta progresista. Pierdes la atención con bobedad. Fíjate en esos cables de electricidad. Tienen uno positivo y otro negativo, recuérdalo. Los dos son hacedores de un campo energético vital. Si el positivo realmente lo es, aprovecha del negativo para darse impulso, fortísimo. La recarga te lleva hacia delante porque lucha de contrarios bien aprovechada, hace buena energía. Si nadie te critica te duermes y tantito peor, mueres por nada, inútilmente, sin relevancia; sin impulsos de nueva vida. Son descargas imprescindibles, son existencias’, como olvidar esto”.

Fue alguna vez, quizás un martes, tal vez viernes o en otra ocasión. No importa pero se habló en forma sobre el caso Madera. Lo sintetizó él, el egresado del Politécnico, su nombre queda en escondite de la trama mundana. Es importante como ella, pero lo es más para ellos aquellos hechos que narró:

“El camarada llegó a fecundar lo hecho por Luján. Álvaro puso rueda y rumbo a la inquietud. De Sonora fue a México para uncirse la estrategia crucial que le indicara el saber cómo hacerse senda victoriosa. Así trajo experiencia, talento y valentía al norte bravo. En Chihuahua el imperio del mal, por su represión extrema, sólo dejó camino al lenguaje de las balas, por eso lo de Madera. La prevaricación de jueces indignos dio obligación rebelde a los preclaros de la sierra. Álvaro lleva dolor por sus muertes. Les llora

y no seca lágrimas porque sabe, cultivan nuevo orden social. Luján, Arturo, Pablo, Miguel, todo Madera y más delante Óscar González son entraña inspiradora del hombre sin descanso, nuestro querido camarada, Álvaro”.

De las veredas que desembocan desde el pie de la sierra duranguense, los peregrinos bajan leyendas de ángeles y estrellas que versó Miguel padre. En su trayecto las van puliendo, haciéndolas más fabulosas. Recalcan en narrativa mágica la ascendencia divina que llega a los atrevidos. Cuando más solos parece que están, recurren al auxilio de lo desconocido, que buscan porque su instinto sabe hurgar. Vuelven vista al cielo procurando robarle un poquito de su intensidad para alimentar su apetito justiciero.

Miraba hacia lo azul de las montañas, cubiertas por una gris capa de niebla cuando le informaron letal informe. Durante la noche, el visitante gélido más rudo, recorrió caminos y rancherías. El cielo aportó lluvia y fecundaron aguanieve punzante, radical, extrema y mortal. La camada de guardianes del estanciero “el guajolote”, decidió incorrecto traslado cuando apareció la borrasca hurafña y perdieron rastro por mala noche. Murieron por hipotermia tres de aquellos jóvenes profesionistas. “Los casi caporales, mis hermanos, ya no estarán más con nosotros”, le recalcó el triste informante. Álvaro no dijo nada. El caudal de sus lágrimas estaba dirigido al interior del espíritu.

En ciudad Madera, entre pinos y encinos, táscates y madroños, tepeguajes y palodulces, vinoramas y alamillos que les aumentan adorno desde el suelo: preciosos rosales de enredadera, exquisitas margaritas silvestres, escasas verticales jarillas y dispersos zacatones tono bajo, descansa en su tumba. Luján. Hasta allá le llevan noticias de su causa los sabios caminantes que trajinan en las altas planicies de Chihuahua. Mientras un hombre sin vida en sus pupilas, retiene entre sus manos envoltorio de documentos. Es Leonel Fernando, hijo de Luján. Se dice: “Alguien vendrá por archivo de lucha que legó mi padre, para ponerlo en conocimiento

del mundo de ideas libertarias”.

A una orilla junto a la Panamericana carretera 45, en el “Hostal del Alba”, una mujer espera, paciencia puesta, la llegada de su comensal extraordinario y favorito. La espera ha entrado en madura edad para Olivia, la hija de Manuel Rodríguez. Álvaro Ríos cerró ojos por siempre y la luz cautiva en sus pupilas de ilusiones se mudó completísima, a los arrabales. Su cuerpo, escrituró a la tierra madre de Parral como eterna residencia y su ideal, se hizo simiente de surcos fértiles que tiene en reserva la patria para las emergencias.

La chamarra de cuero color miel, cuelga en el ropero de José Cruz Valles, otro amigo compañero. Los sueños del sonorese los viven a intensidad otros profesionistas como ella y él, salidos por obligación de entrañas calcinadas del paria desde otro ciclo listo para metamorfosis.

Las ventiscas con trajes de velos, en veredas que retornan a la montaña duranguense, llevan un lamentable rumor: el putrefacto capital hace rondín sobre huerto con vid de Álvaro, sembrado para servir como nutrientes de hombres libres. “Algún día regresarás camarada”, dicen ante su monumento en Torreón de Cañas, nostálgicos y agradecidos, viejos compañeros que cargan lágrimas en depósitos del alma, quizá por singulares culpas engendradas del descuido.

Ella y él ya más al norte, con fabulosa artesanía construyen cerámica receptora para frutos de vida. Son los que pusieron para siembra y cultivo Francisco Luján Adame, Álvaro Ríos Ramírez y los caídos en Madera y Tlatelolco. Ahí están a la espera, semillas que germinarán muy pronto gracias al polen que el viento boreal esparcirá en la patria. Lo dicen con la misma convicción que tenían cuando supieron de los atrevimientos que forjaron aquellos singulares jóvenes pachuchos capitalinos, aparecidos como fantasmas angelicales desde las barriadas durante el hartazgo vivido en sus mocedades.

Fresco al extremo, incorregible caprichoso como es, el aire norteño va recorriendo resguardos, llanos, montañas y caracteres. Implacable “el frívolo”, sigue siendo juez de molduras para vida recia. Sólo respeta a quienes, desafiándolo, corren junto o contra él, entre complejos relieves en nocturnales yertos. En la bóveda de grandes alturas, las estrellas, aparentemente tranquilas son sinodales del testimonio fidedigno. Esta fábula se cuenta desde la sierra de Madera hasta las cumbres en San Bernardo. Y porque existen escépticos hasta la médula incrédulos, alguien dijo: “Será mascarada para no comprometerse”. Las voces del bosque sentencian: “Cuestión de adentrarse en la textura que tiene la gente humilde para sentir bullicio de su burbujeante magia”. Es sabiduría aportada en las mismas leyendas que van narrando con frenesí los mayores a sus parvulitos en cumbres, planicies y cañadas de Sierra Madre Occidental desde Durango hasta Chihuahua.

CHISPA Y PÓLVORA

*“Si existiera un dios,
preferiría que fuera mujer...”.*

Edel Juárez

Albita y Rayo: para ustedes

- ¿Cuántos dice que fueron?

- Eran segurito, como mil demonios del mal armados hasta los dientes - contestó la vendedora de periódicos que mercaba en una esquina de calle Zacatecas y otra, a la reportera de una revista importante editada desde el Distrito Federal.

Por acto de repetición malvado, la tranquilidad de otro humilde hogar fue interrumpida, abruptamente. Estaba vivo abril, allá en el norte. Era la adolescencia del día. Fueron mil disparos, casi en una sola vez. De mil ojivas fue el vómito provocado por mil pólvoras. Mil cartuchos cayeron por esa consecuencia. Mil dedos tiraron de mil gatillos adheridos a mil armas. Estuvieron allí, lo dice el vulgo, mil hombres con mil cabezas descerebradas. Manipulados mil veces de mil formas, todos saben, por un “mil mandos” que vivía en una colina ubicada mil kilómetros al sur. Ese lugar sigue llamándose “Colina del Perro”.

El asombro fue uno solo. Digerible de inmediato, por quien ha sido parte de entrenamiento bravo, para saber acercarse a la muerte con irónica elegancia. Eso hacen quienes padecen la insólita loquera de atrevimientos.

Aguantó el momento. Hacía mil años que esperaba como sus amigos, advenimiento del final. Era irrupción mortal que sabía llegaría de alguna manera. Estaba tan segura y por tal razón noche a noche, hacía votos por venturas. Eran instantes de vida que la engrandecían; devorándola. Su juventud reclamaba respiro como

derecho natural, con fuego en la sangre. La lozanía exponía con puntualidad y constancia.

La jornada de trabajo quedó en suspenso. La mujer tomó a la niña en brazos, muy ágil. Se cubrió en parapeto que creyó más sólido: de la cocina, el muro.

A bocajarro, la mañana sufrió metamorfosis. El ambiente rutinario y provincial del barrio se tornó “dantesco”. Pareció que al soleado día se le nublaba la celeste techumbre. Escalofrió súbito, arribó a transeúntes y vecinos convertidos en actores espontáneos. El drama estaba puesto. Invitados sin invitación previa, ignoraban el guión dramático; apenas escribiéndose. Estrenaban tragedia norteña en primavera.

“Cómo una mujer menudita, bella y simpática fue objeto de ataque vil, artero, premeditado”. “¿Qué motivos tendrían los satánicos drogadictos para querer asesinarla?”, cuestionaría tiempo después don Erasmo el tendero de la cuadra.

Herminia como le fue posible tomó, en mano hábil, arma larga de cargador curvo. Determinada contestó atacando. Evitó acceso a los agresores. Aún así los disparos rompieron acústica natural. La infanta abrió el llanto. Su cuerpo: estremecimiento, desosiego. Desconcertada y aturrida pero centellante, aquella madre entretejía convicción con miedo. Su agitación era tormenta. Remolinaban cerebro y corazón. Signando su temible nombre, la muerte tocaba su puerta con disparos de metralla. La corta militancia consecuente le acercaba al final. ¿Estaba preparada? Según ella sí. Había venido presintiéndolo, calculándolo, olfateándolo. Esperaba cualquier zarpazo culminante en cualquier punto. En calle, plaza, esquina, puerta, donde se pusiera. “Revolución y Patria Nueva”, “Victoria o Muerte” eran destinos impuestos por voluntad. Pero como se hizo presente, no. La manera como arribó, refutaba. Ese cuerpo fatal lo rechazaba. No junto a su niña; compañera de combate, obligada. Le sofocó angustia inesperada, espanto mayor, terrible amarra. Había dicho: “Daría de ser necesario vida por mejor futuro”. Fuera del

cálculo estaba la sangre de los hijos. Difería de eso y daba contra a lo acontecido. Miedo, aflicción, provocaban tales motivos. El infierno estaba violentando aquel hogar, estrangulando lógica, cálculo, honor. Solitaria y digna enfrentaba destino de asfixia.

Tablas, paredes, pinturas, láminas, vidrios, utensilios y demás objetos se deformaron con cincelazos de balas. Su cámara visual captó imagen del agresor. Al abordaje estaba la bestial “brigada blanca”; ilegal policía del sistema. Sicarios portando al aire, etiqueta legal: “tortura y muerte”. El terrorismo de estado para ella solita. El aniquilamiento sádico; ofrenda al subversivo. ¿La piedad?; carencia total. Desgarres, aullidos, vómitos, hipadas, desangres, lágrimas secas, empañados recuerdos, sueños rotos y deseos emergentes antes de la muerte. Lejos los seres queridos. Huérfanos los brazos. Ausente el llanto del amor. Negada la confesión cristiana, para quienes la quisieran. Nada de flores, ni un...“adiós cariño”. Después, una fosa clandestina o sepulcro en el fondo de los océanos mexicanos. Así dictaba testamento del exterminio.

Matando por una Patria, cultivaban el valor con marihuana. Hacían carnicerías y deformaban el sistema, asesinando. Gendarmes represivos, violaban derechos del hombre en nombre de su presidente. Mientras Portillo el ejecutivo, desde una colina lo ocupaban devaluó, corrupción y empobrecimiento del país.

- Cállate chiquita, ya viene papi para dormirte. No llores mi cielo. Todo valdrá la pena, aquí está mamá - dijo en un ligero remanso concedido por la balacera. Luego como gacela, se recogió el cabello pajizo con mascada tomada del azahar, se diseñó una coleta. Los movimientos eran rápidos dejados por años del entrenamiento militar clandestino. Firme, realizaba su trinchera. Piernas y brazos conectaban vertiginosas órdenes cerebrales. “Que mucho les cueste, malditos asesinos.”

De milagro sobrevivió a una segunda escalada de metralla.

Como pudo, respondió con ataque. Mandó fuego al corazón para momento crucial. Mientras, cálculo y depredación cerraban su círculo trágico, sueños y pasiones estaban por irse, con ella.

“De lo hecho, no me arrepiento”, resonó la mente. Dio un beso a su niña y en cuclillas puso línea de combate. El final venía.

- ¡Déjenla malditos perros, pueden lastimar a su hijita! ¡Ella es una bebita! ¿Qué no tienen madre?-.Así gritaba una atrevida en la calle. Junto al cadalso, sorprendidos, los ejecutores miraban.

Herminia constató rara pausa del ataque mortal. Agachando miras, silenciaron los fusiles. La niña dejó el llanto y su madre se dio respiro. En su paupérrimo bunker, sentada se puso en descanso abordada por inusual sedación.

Le vino sueño fugaz vertiginoso, imagen del pasado.

Un día, con vestimenta de zagala bajó del valle donde habitan deidades. Arribó con equipaje de remendadas ilusiones. Fue a una normal para mujeres en región algodонера. En el lugar afianzó arte del amor al prójimo. No era piedad; sí vocación.

Cuando regresó al valle y las llamas le quemaban pasivos. Había mutado la remendada veste. Ahora llevaba puesto nuevo estilo al interior, tejido con ideales y pasiones.

Niña mujer, precoz en ideal, abandonó carrera docente y vistió guerrera. Muy tierna se acomodó pertrechos para combate, desdibujando sueños de aspiraciones familiares. Con visaje doloroso, los guardó en su repisa de improvisaciones. Luego les daría turno: pensó.

El silencio continuaba y su marasmo también. Muda era la metralla.

Recordó. Fue primera vez. Sus sentidos se embriagaron por embelesos. Emanó fuego: vino el placer. Un joven que traía flores de vida fue el causante. Hablaba por los muertos en Madera. De reguero de pólvora le vino desenfreno. Se enamoró de fuerte causa impregnada con fragancias del amor con la pasión en brote

primario.

Luego, otro misterio en su temprana vida. Ese sentimiento quedó diluido o guardado durante recorrido del camino rudo.

Otro enamoramiento, también tocó fuerte y le fue compañía hasta aquel aciago día. Se convirtió en su abrevadero espiritual, recurrente.

Durante campaña temeraria nace Rayo su hijo símil a saeta como ella, amazona de puerta del bosque.

Muerte al acecho y seguía en los recuerdos. ¿De qué están hechas ciertas criaturas? Vino a su agitada memoria la incipiente evolución denominada “liberación femenina”. Ella apretujó con hechos la causa real. Niña mujer, madre guerrillera: simetría y simbolismo adelantados a la época.

Cierta ocasión Rosendo, un compañero activista preguntó:

- Chaparrita, ¿qué piensas de la liberación femenina que tanto se habla en el medio?

Herminia lo observó a su manera, fija. Pensaba: “liberación femenina”, reciente estrategia burguesa, amañada. Cómo explicarse concepción real, el motivo verdadero. Qué comprenderían las mujeres humildes sobre oportunidad al trabajo si sus parejas no lo tienen. Cómo hablarles a esposas de obrero y jornalero sobre “onda femenina” digna; en arrabales, todo es supervivencia eterna. De qué manera entendería la compañera del minero, su derecho a salud plena; su hombre fenece al día en oscuros socavones y ella, es cura única. “Liberación femenina”, un garabato intelectualoide esparcido desde el sistema con nubes aromáticas, confusas para hacer “morder anzuelos” de simulación. Incomprensible en mentes abrumadas. La mujer trabajadora por desgaste en el humilde hogar, no lo entendía. Estaba ocupada en su única industria; la miseria.

Liberación envuelta en esnobismos. Repleta por comparencias de emperifolladas bisexuales, voluntariosas del “bien”. Piadosas maltratadas por cruento yugo marital. Había un absurdo: liberación proclamada por mujeres con supuestos ideales; sin hechos vistos.

Todo esto: desacuerdo y repudio para Herminia.

Dibujó sonrisa, la implícita. Con seso y rostro iluminados, vació concepto sobre pregunta lanzada:

- Mira Rosendo, la mujer busca igualdad, por instinto. Si está entendida sobre justicia le pone mucho sentido. Y cuando la pareja coincide, juntos buscan equidad compartiendo ideas y esfuerzos. Pero en la refriega hay absurdos. La mujer de nivel se enfrenta al hombre por reconocimiento interno. La igualdad comienza en familia. El sistema político, que padecemos, manipula nuestras entrañas de convivencia. Degrada por escala, la equidad femenina. Se da hasta con mujer del burgués. Pero más notoria en la del trabajador que seguido, su pobreza se mal cura con golpes y se embalsama en vicios. La cúspide de explotación se llama: mujer. Heroína encadenada a injusticias. Doblemente luchamos, porque el feroz e inhumano sistema, tiene sello machista. Dicho sello, qué coraje, tatuado en pieles de nuestros hombres. Muchas que llevan los revolucionarios, lo tienen; qué trabajo queda.

La realidad de la calle Zacatecas, le regresó presente. Ecurridizos se hicieron los recuerdos. Volvió al estrado donde era actriz principal de reparto. Sus sentidos describieron logística. Los fusiles seguían mudos. Un murmullo femenino llenó el ambiente. Empezaron a ser patentes palabras de mujeres sin alcanzarse descifre del ronrón.

Albita, su segunda crianza permanecía quietecita y fruncía entrecejo. Pareciera, observaba a Herminia sonriéndole con plenitud y naturalidad, por inocencia. Desconectada del entendimiento ignoraba los daños; padecimientos de los adultos. No entendía que su madre escribía líneas históricas con tinta del volcán. Trazaba escritura grama en versos de amor, vida y libertad. Elevada prosa pulsaba con sudores. Exordios y exhortaciones cargados por aspiraciones, construía con valor. Existencia honorable siempre

para todos, clamaba con bolígrafo que tintaba fuego. La sonrisa infantil destinaba caricia para el alma. Así lo sintió.

- Así quédate chatita linda. Cariñito. Comprende a mamá. Ayúdala un poquitín. Tesoro: duérmete un ratito. Pronto vendrá papá, verás jugará contigo y...

Eran palabras estiradas desde el rincón de zozobras. Dichas a la niña; dirigidas para ella. Palabras fortalecidas con verbos cándidos del amor y adjetivados sustantivos. Hablaban sus adentros, suplía los miedos con heroísmos. Se aplicaba devoción y autoestima: remedios en urgencias. Curaciones para quienes hacen tareas de otros que sabiéndolo estos, incumplen o hacen poco, o nada. Esos pasivos provocan que otros hagan heroísmos. Mensajes amorosos con líneas de sangre, remiten heroínas.

Así aprendió otro arte: el encendido de fogatas, soplando fuego propio. Hablándose profundo se lo transmitía, reaccionaba. Alentaba ingenio, bravura, su chispa y pólvora. Se las arreglaba para esquivar vacío, causa extraviada y valor menguado. Su hija simbolizaba la vida, su esencia de rebeldía y su razón de mujer madre.

Una mujer en trance, orgullo de fieros militantes, estaba en zona explosiva. Le mantenía erguida, convicción y locura quijotesca. El combate, dicen biógrafos de héroes, se gradúa por su fuerza efectiva contra despotismos. Quien no esfuerce, será olvido.

Sus padres le enseñaron transparencia. Se echó en hombros honestidad y convidó a decididos compañeros a su carga. Por eso la aventura por Asia y Europa donde fue a ordenar: condición física, clarificación política y aplicación militar. Procuró en serio, enfrentamiento desigual contra el gobierno para buscarse un nuevo orden social y esa consecuencia estaba por arrebatarle vida. “¡Qué delicaditos me salieron!”, decía entre amigos con mofa que le caracterizaba.

Creía en compañerismos desechando cobardía y traición. Sin embargo, delación de un miedoso la tenía en emboscada.

- ¡Maestra! ¡Maestra! ¡Escúcheme! ¡Soy su vecina! – era matiz de voz chillona, proveniente de su banqueta que se filtraba por la planta baja.

Hincada, pasó bajo la ventana hacia donde mejor escucharía. Reactivó sentidos y la niña junto al muro reacomodó, puso índice en gatillo. Preguntó más dueña de sí:

- ¿Qué sucede?, ¿por qué está aquí?
- Soy la señora que vive atrás de su casa. Me dieron permiso para acercármele-dijo mientras llegaba al pie de la escalera.

Quedó atónita. Sorpresa en demasía. Estaba con una vecina del barrio en situación embarazosa. ¿Cuántas otras vecinas habría tenido durante el trayecto de su azarosa vida? Viviendo por retazos en barriadas de tantas regiones, ¿cuántas? Como Ana Frank pasaba vida en confinamientos de la clandestinidad, siempre al filo del precipicio mortal. Cohabitando con algunos singulares saltarines, de mata en mata. Con latente riesgo de ser descubierta por el verdugo.

Ahora, en el desierto norteño estaba circunstancialmente frente a una inesperada mujer, sosteniendo un diálogo muy inusual. La tranquilidad asumida por la espontánea dama desató maravilla y esperanza. En la antesala de muerte se dibujó un “ojalá”, el “puede ser”: vida para el retoño lo básico. Salvación de la chiquitina concebida con Santiago, el otro comprometido.

Se acomodó al momento. Más serena, suavizó preguntas:

- ¿Qué pasa señora? Ya le reconocí. ¿Qué quieren estos chacales? ¿Cómo y por qué le dejaron llegar conmigo?

Esporádica y fugaz actriz en drama ajeno sin aparente temor, estaba enfrente. Contagiada por brote epidémico que padecía Herminia: fiebre contestataria. Acogió la aventura, sacándose rutina de cuajo. Quitó la pasividad medrosa y colocó borbotón de atrevimientos. Convirtió su accionar de la sombra a la luz. Del silencio al estallido fue su protesta espontánea. Medio abierta la

puerta de aquella alma, dio mensaje certero.

- Maestra, escúcheme por caridad - a flor de piel y fascinada, salían las palabras- me dieron no sé por qué razón, oportunidad de hablarle, derecho a platicarnos.

Fina actuación, voluntad desconocida era escena. Una extraña amalgama inspiradora la mantenía atenta y fija, amarrada al estrado del drama inimaginable.

-¿Qué sucedió? ¿Cómo logró...? Estos no son humanos -. Le llegó aguda, la modulada voz chihuahuense.

Hablaba sin agitarse pero con precauciones debidas. Sabía quiénes construyeron el cerco. Era la gendarmería de Nazar, un trasegador y perdiguero asesino. Otro con apellido olor a "nazi".

- Mujeres de esta cuadra y otras comenzamos a gritarles, viera usted: "¡No son hombres, buitres malditos!". " ¡Cómo se atreven, con dos mujeres; una de cuna"! "¿Qué carroñeras los parieron?". Viera maestra, que hijos de tal madre son. Poco a poco fuimos juntando más mujeres. Aunque con mucho miedo, exigimos bajaran armas – comenzó habla rápida por ahorro de tiempo. Estaba muy adentrada en el personaje asignado por la casualidad. Lo aceptó y le dio vibra.
- Sepa señora, son una bola de carniceros, ciegos obedientes con quien ordena atrocidades. Torturan y liquidan sin misericordia.

Se asomó recuerdo fugaz. "El Maestro", comandante de la atrevida agrupación definía a Nazar, jefe de los sicarios: "Es lastre de rata por cavernas traicioneras, chillido del infierno en cámaras torturadoras, pedazo de membrana satánica con sangre putrefacta, maraña angustiada para la mente inocente, densa neblina odiosa antes y después del crimen".

La voz interlocutora notoriamente cariñosa pero presurosa, le hizo volver a los hechos de abril.

- Queremos salvarlas, casi nos metimos en medio de las

balas. Así suspendieron los disparos. Exigimos clemencia y obligados nos escucharon. Dijeron que la entregáramos de inmediato. Pierda cuidado, nos haremos cargo de su niña mientras regresa.

Tomó la pequeña contra su pecho y casi da abierta bendición la atea a singular vecina por tan insólita protesta. Maravillada, vio un puñado de mujeres valientes que pusieron en entredicho la legalidad policial.

Caminos misteriosos recorren los humanos. Caprichosas formas adopta la muerte para posesionarse o para retirarse. Mágicas hembras, le dieron zancadilla al tentáculo del luto. Solidaridad de mujer: justicia al natural, más allá del razonamiento.

- Maestra Herminia, esos desgraciados sólo esperan su entrega.

Quedó pensativa por segundos, calculando el alcance generado por esas amigas improvisadas, mandadas por algún arcángel o por el mismísimo Dios en quien creía la plebe. Del que se dice, hace justicia con mano izquierda si grande es la ofensa. Ese del que hablaban los sacerdotes amigos, afectos a la “teología de la liberación”, la que induce al hombre a búsqueda de felicidad en la mismísima tierra, antes que en su muerte. El Dios que enseñó a pescar, no la dependencia. El que rechaza y castiga explotación del hombre por el hombre. Creyera o no, allí estaba su vecina, materializándole un hecho improbable y sorprendente.

- Sí, voy a entregarme. Aunque no sé qué será de mí, me permitirá salvar vida a mi hija.

Lentamente el núcleo femenino fue nutriéndose, haciendo evidente la descomunal negociación. El respeto para la integridad física de madre y descendiente, fue el singular acuerdo.

Albita se quedó en aquel barrio del milagro. A Herminia le fue impuesto por residencia el Campo Militar Número Uno, morada transitoria antes de la última desaparición. Mucha casualidad, suerte o macro milagro si alguien terminaba con vida.

En el camino pusieron junto a ella dos hombres acribillados, con tiro de gracia y sin maquillajes al cuerpo; fuera decoros. Uno su esposo, otro el comandante superior. Dio fe: “La jornada de combate fue amplia. Lo sospechaba”.

Del ardor en su coraza, ella sabía; nadie más.

Aguantó como lo hacía siempre. Puso su máscara de frialdad ante el morbo. Sus lágrimas tomaron caudal interno y la dolencia brotó invisible, imperceptible. Los agresores sin olfato de talentos, no lo captaron. Se convulsionó en secreto, sin muestras visibles. Llegó potencia para impulso por la vida aunque casi agotó su fuente del dolor maximizado. Sentidos, instintos, músculos y neuronas alcanzaron alto nivel. Más que en todos sus tiempos, sufrió desgarrándose y balbuceó para sí y sus muertos, postrada junto a ellos. Con ambos construía sueños. Ahora, silenciada la vivacidad vertiginosa, apaciguado su fuego contagioso, ausente esa voz rebelde por los labios quietos, abiertos los ojos al adiós, empezaban su leyenda. Se fueron con ellos compartidos sueños en tan poco tiempo. Nada habló. Quedó quietecita, estacionada en andenes del misterio. Después el tiempo hizo su trabajo: cicatrizar heridas; agrandar agravios.

- ¿No la has visto, para nada? - cuestionó a Rosendo un joven e inexperto militante, conocido como el “quince”, portando mezcla de miedo, asombro y admiración por reciente historia de heroísmo.
- No es de esa manera. La he visto dos o tres veces. Respetando su silencio le saludé cortésmente. Grande es la mujer que sola bebe su dolor. No reparte ni un traguito. Para ella es su desgracia y la absorbe, digiere y vuelve a consumirla. Corta vida y cuánto secreto carga. Honor y valentía escogió para crecerlos sin recesos. Marca indeleble, herencia eterna su distinción por siempre.

Se supo, abandonó mazmorras tiempo después. Manifestaciones

hechas por sociedad civil y activistas tesoneros en pro de reformas políticas, aflojaron garras del presidente. Ya en la calle, respiró segundo aire vital. Recuperó cuerpo inerte de su hombre. Tomó el aroma de su esencia y le dio sepulcro en tierra de flores del sureste. El recuerdo depositó en pomo de fibras sensitivas y lo guardó en su repisa recurrente. Después, reanudó tareas diseñando con los hijos su peculiar construcción, la que muchos no diseñan, aunque quisieran; por cobardías.

Dicen que la han visto aquí y allá, repartiendo secretos de su repisa, a quien merece. Regalando jirones de vida. Pero bien guardados mantiene misterios impresionantes e increíbles. Y sigue tejiendo mortajas para sepultar angustias. Tal vez, esperando regreso de la fábula que se fue un día en primavera. Esquiva sesga fondo, cuando advierte intrusos yendo sobre su intimidad, para ella sagrada.

El joven “quince” maravillado aún, dice a todo camarada:

“Por las noches, favorecida por sus estrellas recorría veredas llevando revoluciones. Merecidamente le decíamos “chica de las estrellas”. Ni dudarlo: eran aliadas de su suerte. Sorprendente, al menor chasquido “Chapis”, como también le llamábamos, recurría al uso de explosiones propias, siendo bella y alegre, amiga y compañera, traviesa y pasional, muy impulsiva. Implosión de sentidos e instintos esta “chispa y pólvora”, sigue siéndolo. Dicha y nada más llevan quienes la trataron. Doble si los consideró parte de su esencia”.

Muchas ocasiones, impartiendo clase de retórica en escuela superior, otro compañero de la chihuahuense da lectura a una prosa poética dedicada a la “niña mujer” y “amiga de las estrellas”. Nunca dice autoría y así la refiere: “Es un ‘rocío astral’ para brote de vida nueva, ‘cuerpo en cadencia’ que solventa caricias desbordantes, ‘yegua de las estrellas’ en camino oscuro y yermo, ‘Juana de Arco’ para nuevos incrédulos y los recientes retos, ‘matriarca adelantada’ con frescos ideales concedidos a

‘primaverales combatientes’, ‘leyenda renovada’ que mistifica la verdadera historia, la popular”.

Era la adolescencia del día cuando esto sucedió, cuentan los hermanos de la chica que una vez bajó del valle de entrada a la montaña, donde habitan los dioses del bosque y descansa Miguel con sus amigos, pasada la fantástica alborada.

Estos hechos rasgaron conformismos. Iniciaba jornada la semana y corría año último en séptima década del siglo XX, cuando la tranquilidad de otro hogar fue interrumpida, abruptamente. Vivía abril, allá en el norte.

EL SOLITARIO Y SU AMIGO OCASIONAL

*“Cuando no hubo ya de qué vivir,
Se alimentó del alma”.*

Norman Daniels

Ideas le llegaban vertiginosas, sin orden ni terminación. Se apilaban en lo más hondo de sus neuronas, expuestas al límite de resistencia. Su cabeza daba vueltas y vueltas, como rehilete frente a tempestad. Ni siquiera se acordaba que no había probado alimento desde hacía un resto. Tomó riesgo, desde el momento que supo la exactitud de su tarea en aquella misión que los llevaba, una vez más, a fronteras que separan vida y muerte. Siempre “jugándose” con encumbrados peligros, al borde del error fatal que les resultara cárcel; o muerte. Más seguro lo segundo. El sistema no tenía tiempo para carcelarios; ni reos. Ante eso la valentía superaba, emergente, los ideales revolucionarios del solitario hombre, que esperaba compañeros en aquella agreste latitud, cobijada por ralos algodones y un rebaño corto de cabras criollas, cuidadas por dos mayores, un menor y tres perros.

Dependía de propia decisión, lo entendía. Se habían tardado más del tiempo convenido. Cada instante se volvía angustia. No había ocasión ni ganas para alimento. Función cerebral era objeto único. Tal vez habrían tomado otro camino por necesidad o comodidad, y no tuvieron tiempo ni manera del aviso. Pero si algo salió mal, cómo saberlo, qué hacer. ¿Estarían bien, o se presentaron problemas?, esa era la maldita duda de Dalson. Por eso su cabeza era remolino sin control. No tenía reposo alguno. Ni cuenta tomó que uno de los pastores se le había acercado.

- ¿Le puedo ayudar en algo?- le dijo, acomedido y sincero -

hace ratillo lo estamos viendo desde la compuerta - indicó con una mano - y pensamos si podríamos ayudarle en algo. Digo. Si se necesita.

-No se preocupe, estoy bien. Muchas gracias. Sólo espero unos amigos que ya vienen. Vamos a preparar carne asada allí, en esos mezquites - dijo señalando hacia el fondo de un costado -. Este lugar está discreto y confortable. Ya traigo carbón y asador. Ellos traerán cervezas, carne y lo demás, eso espero - repuso con calma falsa Dalson, esbozando sonrisa calculada. Así era el plan original, pensado por las dudas. En caso de extraños por accidente. Por si alguna intrusión, ocasional.

-¿Entonces su troca está bien?, porque nos decíamos que eso lo tenía agüitadillo, y mi compadre Tolón me aconsejó: "Échele una mano compadre, usted sabe chicanadas, aunque este camionetón no creo tenga fallas"- repuso amable el arriero, que fue tomado del brazo y alejado del vehículo con sutileza.

-Agradezco interés que tienen. Son muy amables. Mi mueble sí está al tiro. Se han tardado mis amigos y es razón para desesperación de mi persona. Caminando y fumando, medio me aplaco - contestó Dalson sacando por enésima vez un cigarrillo con ofrecimiento al labrador que aceptó de buena gana.

El horizonte permanecía quieto, inmóvil, incapaz de llamar atención del esperador. Sólo tractores y ciclistas esporádicos pasaban por el lugar. Ni traza del "Chaval" y los demás. ¿Por qué tanto retraso?, si estaba bien preparado. No eran novatos. Aquello se había delineado con anticipación, cuidando detalles y exagerando cautela. Ya habían hecho "trabajos" en distintos lugares cubiertos por suerte fabulosa. Lo hacían, según Barrera, con sigilo y rapidez, como víbora de cascabel. No había existido, que recordara, larga espera. A eso se debía revoltijo mental en Dalson, maestro rural convertido en activista revolucionario. Profesor que abandonó familia, trabajo y distracción mundana, por razón de principios asomados a tempranera valentía. Estaba, allí,

con neuronas maltrechas. A pesar del miedo y la desesperación, que lo consumían, las preparaba para tomar decisiones.

-Me llamo Doroteo, como el caudillo - habló extendiendo diestra el campesino, sacando a Dalson del reclusorio mental, quien lo miró y de igual manera, alargó mano al amigo circunstancial. Esbozó sonrisa sentida. Recibió correspondencia. Amistad nueva, emanada en el desierto, fue apretón rudo y calloso mandado por Doroteo.

- Le diré que hay desesperaciones canijillas, más que estar esperando a compañeros con frita y chelas para festín - con mueca burlona, paternal, pícara, dijo el cincuentón Doroteo al maestro, agregando:

-La desesperación que consume, es del alma; no de la mente. Alma es vida, alegría; mente, momento, miedos. El espíritu prolongación de dignidades. El cerebro cultivo de pánicos. Espanto a fatalidades nunca entra en seres con principios. La desesperanza, los malos hacen llegar a cabezas huecas para que la adopten y hereden.

El hombre se sustrajo, lo acompañó una bocanada al cigarro. Pareciera que a Dalson, oleada de reflexiones lo inundara. La diferencia: mayor serenidad en el arriero, quien se atrevió y en señal de aprecio, asentó suave palmada en hombro del maestro. Ante el silencio cómplice y complaciente de su escuchante, prosiguió:

-La vida es cruel para el pobre, mi amigo. La desesperación canjera vida y llega a consumirnos si no completamos sustento para la familia. Esa sí es terrorífica cuando carecemos de conciencia, si no estamos preparados. Nos duele un resto, a los que nos hemos percatado del tormentoso pasado y quisiéramos prever futuro justo. Yo quedé a mitad de carrera por muerte de mi padre, quien era sostén único. Tuve que hacerme cargo de la parcela que dejó, tan agraviada por falta de crédito. Ahora aquí estoy, a sus órdenes, en envoltura de campesino fracasado y mocho como ingeniero agrónomo. Obligado, estoy aplicado en

que sobrevivan mis hijos. Una estudia en la normal de Saucillo, otro se me fue a Chicago dejando la preparatoria y el mayor que habita en la penitenciaría de Durango purgando pena por culpa del narcotráfico. A la primera, única esperanza que queda a mi mujer tengo que enviarle como puedo lo que va necesitando. Al que está con los gringos, pues ni hablar, le sostengo a esposa e hijo recién nacido. Nos dejó sin avisarnos a mi Matilde y a mí. Pero Doroteo el mayor, de plano que remata esperanzas. ¿Qué le digo mi amigo?, de nada le sirvió haberse recibido como licenciado en administración de empresas. Cayó en el “favor” de don Demensio. Sí, el que compra ejidos y conciencias. Usted sabe quién es este tipo, debe conocerlo. Y todo por culpa del maldito sistema. Desde De la Madrid, hasta ahora, nomás ha ido empobreciendo campesinos, jornaleros y maestros. Imagínese a los indios. Por cierto, usted tiene finta de maestro, bueno, me parece pero a mí qué me importa, dirá usted. Pero sí digo que el desgraciado don Demensio, con disfraz de justiciero, como el que se carga este gobierno del “Pelón” diabólico, me lo enroló. Dizque lo llevó de administrador a sus empresas. Nomás lo indujo, involucrándolo en sus cochinas, igual que hizo y sigue haciendo con muchos otros. Por supuesto, el señor muy libre porque este capitalismo así es, chupa al pobre y deja en el goce a quien tiene poder del dinero. De este binomio viene el mismísimo sistema que nos somete. El que puso al ejido en quiebra, a la puerta de su desaparición. Nomás mire, nuestros hijos volverán como peones a las tierras que antes eran propiedad de sus ancestros. Bueno, disculpe por tanta confesión, pero me salió... nomás para entretenerlo, tómelo así. Mi padre era como yo, muy platicador, muy cardenista y muy villista. Por eso me dio en nombre Doroteo, para honrar al Centauro. Me dijo: “Aparte del general Cárdenas necesitamos contar con más ‘Villas y Zapatas’. Los necesarios, para que ajusticien abusadores del poder”. Así decía mi viejo, cuando todavía vivía el “Tata.” Ya presentía caída del tiempo ejidal. Se le veía rostro demacrado

y triste. ¡Malditos neoliberales!, qué bueno que mi padre no vive para ver la corruptela y supiera cómo están empobreciendo al país. Los ejidatarios primordiales se van muriendo, pero sus ejidos son cadáveres de tiempo atrás. Como aquí - indicó hacia el oriente, a un lejano caserío - donde mi viejo fue comisariado ejidal, dos veces. Cuando joven se anotó como voluntario para deslinde territorial, apoyando las brigadas cardenistas durante el reparto agrario del 36. Año con año era abanderado en los desfiles de octubre. Se festejaba al ejido por estar la tierra en posesión campesina. Ya casi ni se hacen, más bien no. No hay ánimos. Es poco el dinero. Si mi padre resucitara moriría otra vez de tristeza y coraje. Dos finas lágrimas asomaron a sus pupilas y con la punta del pulgar y el índice de mano siniestra pareció borrarlas. Luego Doroteo quedó callado, dando pauta, para que su receptor tomara la palabra, pero no respondió. Se quedó sereno, estupefacto, atento. Estaba consumiendo las elevadas reflexiones del medio ingeniero y campesino. Su cabeza dejó de darle tantas vueltas. Por instantes, se sustrajo de su difícil realidad. Fueron partículas de tiempo, muy dimensionadas, que Dalson vivió a intensidad. Hay ocasiones especiales en la vida, que instantes son extensión. Un segundo son minutos, y un minuto son horas. Un recuerdo equivale a una vida y ésta, a un mundo. Así era aquel momento para el solitario maestro. Compartiendo escenario de configuración mortal, con un filósofo, que le dictaba conferencia interesante, inusual. Exposición encajada en su doctrina, la que comprometía sus principios, por la cual arriesgaba existencia. Hasta entonces reparó en el remanso que provocó Doroteo y en la sustracción centella, que hizo, de su penosa realidad. Instante ligero, brisa pasajera, remanso fugaz, de igual manera partió. Entonces volvió agrandada, la preocupación. Otra vez le vino figura indomable del "Chaval" y el resto de compañeros. No menos atributos, tenían éstos. Esta vez, por división en su atención se mostró más frío, más sereno. Guardó máscara del miedo, sin mostrarla. Se puso otro rostro: pincelazo

de serenidades y sonrisas. Ni cuenta, cuando se sintió preparado para la tarea que horas antes le fue asignada.

Sin indicarse pausa, ambos se aplicaron en lo propio de sus actividades. Doroteo salió de prisa hacia el rebaño, metido en linderos de parcela ajena. Dalson por su parte, se acercó a la camioneta y en su caja revisó, por inercia, el contenido bajo utensilios y bolsas de carbón, que eran parte del camuflaje. Cubrían dos armas largas. Al mover disfraz el sol candente encendió un cautivante pavón negro de una escuadra cuarenta y cinco. Las acercó hacia el lado del chofer, presintiendo algún peligro. El instinto moldeado en zipizape de confrontaciones por causa, le enseñó riesgos extremos, calientes. Lo inusual, esta vez un amigo fortuito que le había reconfortado su interior. Sintió fuerza espiritual, como mandada para magnificarle y gratificarle convicción. Se decía: "Cómo es posible que este hombre campesino, salido de la nada, enarbole mis ideales". Pareciera que estaba junto a su padre. Al que dejó en un ejido de San Indalecio. También era hombre pensante. Sopesaba lo que se hacía contra la política social de "Tata Lázaro", por causa del monopolio. Él y su madre le dieron estudio, esforzándose. Argumentaba ella: "Para que sea hombre preparado y conozca gente importante". "Para que nadie lo humille y con fuerza ayude a los que no saben defenderse". Ese era legado de padres. Por eso no dudó ni un ápice al comprometerse con los norteros de más del norte, que se cruzaron con él. Quienes dieron rumbo a su trote justiciero. Los procedentes de Madera y San Bernardo, entre ellos un amigo de Miguel conocido como el "Catorce".

Callado, era su actitud habitual. Solitario en el accionar y muy serio en decisiones, alérgico a palabrería. Muy práctico eso sí, en faenas de reclutamiento, expropiación y ajusticiamiento. Nunca supo se cree, que sus compañeros lo llamaban "El Solitario", por su consecuencia y efectividad singular, individualizada.

Como por encanto se puso sereno. Más listo para la ocasión, adecuó sus interiores. "Le atoraré a lo que venga", rumoraba. Fue

entonces que volvió ojos al polvo. A lo lejos, una nube presurosa, formaba extrañas figuras: fantasmas del tierral. Las hacía vehículo en movimiento. Alertó sentidos, encendió camioneta y la puso en brecha dirección al norte.

Una avioneta, como las que fumigan parcelas apareció en escena. Bajó tanto que casi le contempló rostro al copiloto. Éste también lo observaba y señalaba. Así le pareció. La nave levantó vuelo y el maestro regresó ojos a la línea de polvo. Imaginó era producida por sus amigos. “Vienen huyendo”, fue pensamiento rápido y ya no tuvo duda. “Carne asada suspendida”, era la clave en caso de problemas.

Doroteo había regresado. Se apostó al costado de una puerta mientras el chofer bajaba lento, tenso. Momento crucial estaba porque lo quiso el destino. Así son las cosas: exactas para la historia.

El casi ingeniero, por corazonada, dijo:

-Amigo, recuerde este pueblo olvidado por Dios y María Santísima. En él, existe un camarada puesto a sus órdenes.

Recibió propuesta inesperada, jamás imaginada que sustantivamente, abrió puerta a imaginación, la alcoba de ideales.

-Claro compañero, aseguro que no olvidaré jamás. Siga con ese ideal que le dejó su padre y no pierda esperanzas porque algo bueno pasará, le aseguro. Alguna vez alguien ayudará a vencer desosiegos – se lo afirmó con seguridad fraterna.

Dalson se había percatado, al frente del núcleo polvoriento venía la camioneta roja esperada. Por instinto se despedía del campesino emergido de la magia al que signó: “Compañero”, mote sagrado, elevado, sustantivo si viene de un “encuerdado” vanguardista como él.

Aguda era visión de Doroteo que creyó encontrar pareja de utopía: una alma gemela entre tanta soledad injusta. Siempre buscando a Dios en su páramo de necesidad y verdad. Esa creencia era obsesión y le quedó admiración por la semejanza de

ideales. Había encontrado en el hombre, amistad increíble para la ocasión.

- Que le vaya bien compañero. Compañero, - con voz baja, pausada y modulada siguió parlamento de Doroteo - así nos decíamos en la escuela allá en Chapingo cuando lo de Tlalnelolco. Y con más energía, después de la matanza más solidario se hizo el término. No se diga cuando acciones de Genaro Vásquez y Lucio Cabañas. Gente como esa hace falta. Nomás piense, cuán importantes resultan las personas como Arturo Gámiz, el duranguense heroico. Ese valiente adelantado a su época, achaque para conformistas e inútiles en la causa popular. "Coco" de idiotas utilizados en corporativismos que diseña el estado. Ándele, igualitos a los de ahora, compañero. ¿Sabe qué?, gracias por llamarme compañero. Me recordó buenos tiempos estudiantiles - concluyó dando un suspiro descendiente, el sorprendente e ilustrado pastor.

Más rápidas, fueron palabras del interlocutor ante eminente cercanía de los esperados con angustia de Dalson.

-Yo pienso igual pero qué le hacemos, tengo que retirarme. La carne no se pondrá al fuego. Seguro entenderá por qué. Espero verlo. Por las dudas, recuerde mis palabras: de ningún abusón se deje. Gracias por cómo piensa. Me despido porque destino y suerte me reclaman. ¡Cuídese!

- Usted también hágalo compañero, vaya con bien.

Tiempo más, no hubo. La pick up de color rojo había llegado. Como relámpago descendieron dos hombres que iban al máximo en tensión. Con apuros se mostraban firmes, organizados, sagaces, agudos. Estaba fuera la rutina en actitud normal. Lejana la tranquilidad.

Uno dijo a oído de Dalson, algo inaudible. Otro abrió fuego con brava voz, y timbre en megafonía. Parecieron no reparar en acompañante ocasional. Ni tiempo para atención. Entonces vinieron palabras aclarando incertidumbres, causando asombros. Las pronunció el "Chaval".

- Se complicó esta misión. Estando en el trabajo pasaron hartos federales, dicen que fue casualidad. ¿Filtración?, no lo sabemos. Allí quedaron acribillados el “Rubio” y Barrera. No pudimos traerlos. ¡No pudimos! - Dejó mascarada dolorosa y asomo de lágrimas, al concluir. La impotencia mordaz, inevitable “compañera”, estaba con ellos; otra vez.

Doroteo observaba, absorto. El relato le puso nervios en contracción. Se empeñaba en descifrar el ajedrez. Sentidos e instinto le llevaban más allá, de apariencia a imaginación. “¿Quiénes eran esas personas?” “¿Qué juego mortal sostenían?” “¿Cómo era posible su actuación, sin previo aviso”, pensaba.

El estupefacto testigo, tiempo ni oportunidad tuvo para mover pieza alguna en juego de adivinanzas. Los acontecimientos se arrejuntaron, cuando regresó la avioneta y se puso cercana a ellos.

El “Chaval” gritó desde la camioneta roja:

- ¡Me estoy desangrando! ¡Vámonos ya, no tardan en encontrarnos! ¡Vámonos por Dios!

Dalson asumió responsabilidad del comando. Le tocaba esa misión. Dictó reparto de órdenes categóricas y el grupo tomó decisión firme, de hombría. Cambiaron a Prado, que había recibido herida al otro vehículo y a “Chaval”, también en sangre. Las armas pasaron a la camioneta que apuntaba a brecha del norte, rumbo al escape. Jugaban escondidas y esta vez perdieron juego. Sobre todo el “Rubio” y Barrera.

Doroteo reprimió inquietas preguntas. Como si fuera uno de ellos, ayudó en cambio de la carga. Su camisa rasa y gris se cubrió de grecas y manchones púrpuras. Desde lejos, envuelto en extrañamiento, Prado lo observaba.

- ¡Tírale a esos hijos de la madre!- con virilidad Dalson gritó, y desde el acerado caballo grana, el “Sureño” dio vida a una máquina en tripié. Sobrevinieron escupitajos de fuego y plomo sobre territorio celeste, como para interrupción de tránsito a

pájaros, naves y ángeles.

-¡Se fue! ¡No está la avioneta! ¡Cuélenle antes que regrese! ¡No nos vayan a agarrar estos desgraciados!- hablaba, metido en problema ajeno, Doroteo. Como si adivinara o supiera que algo bueno portaban esos desconocidos, que habían entrado en su vida, sin previo aviso.

Arrancaron rumbo a estación del ferrocarril e hicieron un recorte hacia la carretera que va a región menonita. Abordo iban quienes salieron ilesos: un callado Rubén y el "Sureño", de fonética estruendosa. Envueltos en tierra oro se fueron. "Nube de ensueño sin igual, el pajizo polvo"; seguiría diciendo Doroteo, al paso del tiempo.

Le regaló una cigarrera y el encendedor que le dio su padre, agregado un clavel rojo quién sabe de dónde sacado. Muertas las palabras, levantaron mano izquierda en altura del hombro. Era señal para despedida. Una amistad que llegó y pasó como viento en la llanura. Ese que no retorna, porque no hay montaña ni contraviento que lo haga regresar, pero que al irse limpia impurezas y fecunda florales, como símbolo de presencia imborrable. Así aquellos dos hombres: amigos en camino destellante de la vida. Compañeros por deseos de dignidad, compactados.

La franja horizontal de arcilla fue desapareciendo sobre coordenada que señala el norte. La vista café de Doroteo estuvo en ella. Llevaba sombrero en mano como reverencia. Absorto permaneció un momento, sintió que había comprendido fondo del suceso y, sonrió.

Se desplazó hacia las cabras y los perros, el compadre e hijo de este lo esperaban. Muy asustados salieron entre los mezquites, su refugio contra escaramuzas. Tolón, aún tocado por el terror aventó preguntas de rigor y exigente propuesta:

-¿Quiénes eran compadre? ¿Qué querían? ¿Por qué el avión y los balazos? ¡Corramos a casa, ya, compadre!

- No tenga miedo, nada malo pasará. Sólo son unos jóvenes

soñadores, ganosos por divertirse. Pero algunos de arriba no les place y mandaron avión “aguafiestas”. Pero tiene razón compadre, es mejor irnos al pueblo, no resulte que se desquiten con nosotros estos tipos del poder – dijo en susurro el revolucionado Doroteo.

Desde la base desértica, extrañas nubes iban en ascenso. Su color dorado presagiaba lo inevitable, segura tolvanera; lluvia regional. La pizarra en occidente ponía parrilla de encendido rojo, junto a caligrafía negruzca de nubes, contornadas por el azul opaco del espacio.

Rebaño, perros, infante y hombres se adentraron en la nebulosa de su escabrosa sociedad. Atrás quedaba mágica realidad de aquellos llanos. Cuando la tarde mandó su estrella favorita, certificó el fantástico suceso. Imposible olvidarse de aquel maestro que tenía neuronas expuestas al límite de resistencia y que conoció al hombre, salido desde la nada, que le magnificó y gratificó su convicción.

EL CATORCE, LOS EMPOLVADOS Y EL CHUPÓN

*“Tan sólo al pronunciar su nombre,
nos fluyó la sangre de la vida plena”.*

Joseph Socorro

- Te digo que ya nos pasamos. Este camino no se me hace conocido. Creo que vamos hacia otro lado. No distingo tumbas, ni pinabetes donde están estas. Diles a los de atrás lo que te digo, tú que tienes voz fuerte.

-Ya decía, me son desconocidas lagartijas de estas sendas y la tierra tan picante, que se filtra por nariz, pestañas y orejas. Se me llenaron zapatos y calcetines. Tremenda es la comezón. De cualquier manera espérate tantito, la familia del muertito avisará si vamos mal. Aguanta otro poquillo, ¿qué va a pensar el difunto? Dirá que no la hacemos. Ya ves cómo era directo y franco el maestro.

-Está bien, aguanto. Pero creo que vamos a otro lado.

Así platicaban unos exhaustos hombres, que iban al inicio del cortejo fúnebre, cargando cuerpo frontal del féretro. La parte superior del camino arcilloso era crespada de polvo fino, blanco y volátil donde se hundía calzado del sufrido grupo de ese cortejo. Paciente se plasmaba en rostros y ropas, haciendo más penosa la caminata rumbo a un reborujado panteón del árido norte.

La mañana había cubierto gran parte de su jornal y daba señal del adiós. Era día de navidad y el amanecer despertó frío. El sol puso contradicción causando estragos en pieles femeninas y masculinas durante la procesión. Modosito, un vientecito procedente del norte recogía greda alba y la depositaba sobre siluetas en movimiento. De esa manera: sol, arcilla y caminata causaron malestares sobre

singular avanzada que sellaba, con incómodo finiquito conclusión de una vida humana.

En medio de la columna una fuerte voz timbró. Imperativa, mandó su mensaje al frente. Sombrero en mano, abanicando el aire, un rudo campesino, hablaba gritando. La mano izquierda junto a su boca, simulaba una bocina.

-¡“Chupón”!, ¡“Chupón”! ¡Diles a Lolo y Luis que ya equivocaron camino! ¡Qué se regresen! ¡El panteón está atrás! ¡Van derechito a la normal de Santa Teresa! ¡Córrele “Chupón”! ¡Vuélale y diles!

El muchacho entendió y puso veloz carrera para entrega de mensaje dictado por Gregorio Acero, o alguien muy parecido, compañero y amigo del muertito. Corrió portando alegría, habitual en él. Atravesó un griterío que le festejaba gracia en movimiento. Cargaba simpatía radiante, especial, contagiosa. Gozaba, arropado por cariño popular. Los campesinos sabiendo su padecimiento, lo compensaban con amor. Le minimizaban retraso cerebral adquirido al nacer que juntado a pobreza, es calamidad. Chistera con maravillas y patrimonio comunal se volvió Pancho el “Chupón”. Así entendía por manía de chuparse un dedo pulgar, como amamanto de bebé.

En loca carrera, arrojó más polvo al público: motivo regocijante. Entre neblina de sutil tolvanera corría el consentido del maestro cuando, éste, caminaba al sepulcro. Pensamiento colectivo: “En alguna parte estará aplaudiendo acciones juguetonas de Francisco”.

El “Chupón” cumplía encomienda dando raro tributo a su “ante”. Traducido significaba “Comandante”. Así llamaba al caído en lengua corta, malabarista, graciosa. El joven era mensaje profundo, rostro pícaro, inteligencia sujetada, corazón noble.

- Creí que Gregorio Acero había muerto. Tenía esa idea. Ahora lo estoy viendo vivito y coleando, gritándole al “Chupón”- con incertidumbre puesta, dijo el profesor Anselmo.

Andrés sacó pañuelo y dio dos tallones a la mejilla izquierda, quitándose tierra, rascándose. Complementó diálogo:

--Desde la madrugada que llegué de Chihuahua estaba en el velorio junto a Chuy Cárdenas y Juanito Ruiz. No me conocieron o no me vieron. Traté de saludarlos. Ya no estaban. Ni cuenta me dí a qué hora salieron.

Maestros y campesinos habían sido arrancados del regazo familiar en "Noche Buena". Muerte abrupta de Gilberto, profesor amado del pueblo Santo Niño quitó celebraciones empalmado luto. Sin empaques se hizo reunión en región árida coahuilense. El normalista del arte improvisado, experto en confrontación justiciera dejó existencia cuando llegaban aromas de navidad.

Para sepulcro pidió su pueblo adoptivo. Donde otorgó décadas esforzadas con juventud de fuego. Porque la gente le dio como respuesta: querencia.

El cuerpo fue recibido en cada punto cardinal del poblado. Tocaron trovas, sonaron campanarios, alabaron oradores y responsaron devotas. El respeto ganado dijo: ¡presente!

Murió en grandeza. Ahuyentó poses y amarguras. Hizo cuentas: su cariño no esperó correspondencia, pero la tuvo. Reconoció ingratitudes, bajezas, cobardías y alertó a los suyos. Lo dijo de muchas formas porque pasaba sin aviso, de ceremonioso a rústico. Del formalismo brincaba al bromista exagerado. Carrilla gruesa, ingeniosa.

El preceptor anecdótico antes del fin, a su manera instruyó a Tomy con desfachatez característica: "Me sepultas donde habita la gente que amo. Quienes quieran a este 'viejo', vengan, diles. Los alegres como yo, pasen lista en mi funeral, recálcales. Amargados y fingidos queden fuera, repíteles lo necesario: que no entren. A ver cómo haces eso. Arréglatelas. Quienes lucharon junto a mí por causa popular, los quiero a todos. Vivos y muertos que no falten. Busca la manera. Tú sabes hacerlo.

La hilera blanquecina recompuso rumbo, cuando el "Chupón"

avisó a los del frente sobre camino equívoco. Ya estaban en terrenos del municipio de San Pedro. La punta rectificó y enfiló por brecha correcta. Sin embargo la jornada se había tornado sufrida, correosa: semejando a Gilberto. Problemas encima, peligro en acecho, fue rutina del maestro, ahora muy difunto como su amigo de San Bernardo. El compañero de correrías e ideales fue al más allá donde Miguel. Inspiración moral e impulso revolucionario recogió del camarada. Siempre en líos por estas causas. Educación popular, preparación política y reivindicación social convirtió en legado de trabajo que defendió con palabra y hechos; puños si exigía la ocasión. Por algo también le llamaban “Bronco”.

Entre el polvo, al frente del contingente Tomy acudió a su interior. Se le amontonaban anécdotas y bromas del maestro ausente. Embelesada veía querencia de un pueblo que acudía al despido del amigo y líder. Con lágrimas al borde pronunció monólogo balbuceado: “¿Dónde has ido amor? ¿Quién te suplirá en cargar penas del mundo? ¿Cuántos más tendrán tu vocación? ¿Existen ángeles para llevarles reclamos? Tú, ¿qué eres? El pueblo está contigo. Te reconoce esencia justiciera. Descansa cariño, otros seguirán fabricando eternidad. Seguiremos trajinando con pendientes propios y ajenos”. Vino sonrisa de alivio. Dejó balbuceo y fue al pensamiento. Cuántos pendientes había. Recordó uno empecinado en alto grado, gracioso, inusual: hasta San Bernardo a la casa de Miguel Quiñones fue Gilberto por tierra, para plantar un árbol sobre la llanura septentrional de Coahuila, en una institución que llevaría nombre de su amigo. La tierra permanece sobre banqueta en un negocio cervecero propiedad del muerto, orillas de Santo Niño. Y debe cuidarse de vientos, perros y borrachos, para que no la vuelen y ensucien. Pendientes ingratos dejan los dotados. “Broma y carrilla, careta que portaste como burladero a la amargura. Tu realeza: estricto en principios y severo vigilante para su cumplimiento. Hombre sin dobleces entre amistades y traiciones: amigo fino puesto; contrario fuiste implacable. Deslealtades

íntimas te consumían acarreándote angustias y rabias. Decías que envidia era madre de las traiciones. Sobre todo envidia por talento ajeno. Sostenías que un malagradecido es alevoso. Busca pretextos para justificar defección y después sigue traicionando; se hace escuela. Lo delata beneficio personal, usura y embolso. El honesto corrige y habla de frente. El traidor es falso hasta con los suyos. Alertabas sobre cuidarse de ellos. Nunca pregunté por qué sostenías ‘Luzbel los esculpió con estiércol y carroña sobrantes, encontradas después del diluvio’. Así hablabas en el estudio de teoría política ante compañeros sindicales y labradores”.

Una sólida vez el Grupo Campesino 27 de Febrero, invadió tierras del latifundio. Él, fue dirigente máximo. Se vio guerrero hábil y gallardo; pocos así. Con nudillos pétreos puso a sus pies policías del régimen. Era consecuencia con osadía. El grado de “comandante” ganó en trifulca callejera. Su lucha: es causa que estremece y algunos la asumen. Fue resistencia consumada y quedó como patrimonio del movimiento.

Decía: “Cuando alguien se dice redentor, pero cuida intereses propios y si no compromete, ni comparte; no le crean. Desconfíen, es un tranza”.

Fumador empedernido fue Gilberto. Conocía el daño; su final. Pero con entereza vio señal de partida y su pistola descargó contra la pared. Él mismo encendía sus salvas de honor. Apoyado en recuerdos esperó el fin. Corazón y cerebro al máximo. El amor le dio serenidad.

Mañana navideña. Cortejo único. Singular muerto. Maquillaje gredoso. Diciembre juntaba amigos con ausente, envolviéndolos con polvo para comediantes. Jornada norteña de sepelio. Presentes: ardor del corazón y sabiduría del alma. El hombre caído conocía error humano y perdonaba, sabiendo que la pureza tiene sus límites. El vino curativo entrelazaba recuerdo con porvenir: lo que dice adiós y lo que se queda. El recién ido formuló recetas mágicas, consejos solutivos. Quedaban al cuidado de quienes forjaron

hechos junto a él y en otros que vendrían a continuarlos.

Mañana de sepelio campesino con llantos, rezos y consuelos. De esquelas, huérfano. De parias, rodeado. El podio popular seguirá narrando esa fantástica historia.

- ¿Has oído hablar del “Catorce”?- preguntó Andrés a Anselmo, mientras se cubrían en un raquíico mezquite del camposanto.

- Sí, escuché relatos. No sé si exista. Ya vez, la gente necesita en quién creer. Va creando héroes, “ángeles vengadores”. Los necesita.

- El “Catorce” es realidad. Gilberto lo conoció. Sí, aunque te asombres. Casi fueron una misma persona. Entrelazaron alianza en ideal y acción, sin precedente. ¿Uno será el otro?- con dejo de misterio, concluyó.

Lo creído por Anselmo era rumor en la región. Sólo hipótesis de los cercanos al difunto. Leyenda: simple, cíclica, mítica, audaz, emergente. ¿El “Catorce”?, un justiciero que azota a ricos y gobierno por causa de ideales nobles. Dicen algunos que proviene de zona carbonífera, donde malacateros y derrumbes; otros, aseguran era trapequista en un circo de nombre raro, procedente del centro y aquí quedó por enamoramiento; muchos afirman: era chamán en región del manantial.

Bastante se escuchó que formó parte del contrabando de armas en apoyo al movimiento revolucionario mexicano y un poco más al sur. Este amigo se rumora, cura heridos y sepulta muertos, insurrectos. Deja en cada acción un clavel rojo. Significa revolución. Es un limpiador: contención para el grupo de inconformidades.

Sí qué se parecían. Expresión clave, certera, enigmática fue consigna del grupo amigo, para siempre.

El óvalo de maquillados en blanco sacados del estrado de una opereta, dio espacio circular. Como núcleo, el féretro. Catafalco era la tierra extraída de reciente tumba. Vinieron los responsos y cuando iba en descenso el profesor, se escuchó desarticulada voz. La expresión: “¡...ante igo ío!” “¡...ante igo ío!”. Era el “Chupón”,

arengando a blanquecinos para corear su consigna. “El Solitario” entendió y descifró mensaje. Dio pauta y fue incorporando voces roncacas y ladinas al coro. Homenaje colectivo con brote espontáneo, como Gilberto. La consigna fue rápido en crecida, estremeciendo y llenando de orgullo a muchas almas nobles: “¡Comandante, amigo mío!” “¡Comandante, amigo mío!” “¡Comandante, amigo mío!”. Al final aplausos.

-¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! ¡Va a caerse!- gritó una mujer cuando vio al “Chupón” que iba de bruces a la tumba. Manos ágiles evitaron tragedia al estilo película cómica. Fue detenido y se canceló costalazo.

-Eso le pasa por borrachote. Desde el velorio anda en la “baba” bien “enzoquetado” por tanta cochinado. ¡Agárrenlo!, puede darse un ranazo-- secundó una pariente cercana del “Chupón”.

Los harinados mostraron sin control, chispa de festejo ante el chusco incidente. Hasta en eso, Gilberto llevaba ofrenda alegre, improvisada.

Pedro Rivas el “Coco” y Lupe Campos, campesinos del grupo, replegaron al “Chupón” quien quedó mirando el horizonte, satisfecho. El rostro empolvado, bermejo y regordete parecía una mascarada de mimo. Su mechón, pelo erizo, era tiara de príncipe mendigo. Unas lágrimas suspendidas en mejillas, por causa de tierra árida: simbólicos diamantes. Tributo de amistad y reconocimiento a la hombría a su manera, muy especial.

Serena con sonrisa ligera puesta y acomodándose dolores en el decoro, Tomy repartía claveles rojos a los amigos de Gilberto, diciéndoles:

-- Me pidió que les diera esta flor. Dijo: “Ellos conocen significado”. Y en mi nombre, gracias por lealtad brindada.

En fracciones, la columna de empolvados fue retirándose. Salió del arenoso hogar de muertos. La soledad con su reinado hizo entrada. Del tributo popular, sólo el eco. Quietud armónica emanó al final.

Cuando llegó la noche, estrellas de navidad mostraron brillo intenso. Su elegante reflejo se hizo evidente en el espejo natural del suelo armiño invernal, en aquel cementerio norteño.

Una figura reza y solloza, en la reciente tumba. Después, ayudándose por rebote de luz astral visita otras sepulturas. Algo deposita. Jesús Cárdenas, Juan Ruiz, Gregorio Acero son nombres impresos en las cruces. Tres líderes del movimiento agrario.

Esto sucedió en desierto coahuilense, cuarenta años después que partió Miguel. Recién cumplidas cuatro décadas del ataque al cuartel.

Hoy en día, amigos y familia del ausente agrandan pasión cuando leen mensaje escrito en lápida: "Aunque no puedan verme ni tocarme; sí podrán hablarme, y escucharé. Los corazones nobles me encontrarán: nos unirán acciones justas". Gilberto.

Seguirán repitiéndose los ciclos de construcción y destrucción mientras impere falla humana; es penitencia irrevocable.

Desde las alturas el cielo mandará aguas y vientos. En montañas harán erosión las lluvias y trasladarán por venas terrenales, fragmentos hasta llanuras resacas para que la fuerza solar poderosísima, fabrique arcillas. Los amplios andamios del desierto permitirán que locos vientos entren con velocidad extrema para engendrar tolvánicas en el norteño llano.

Habrà de repetirse miles de veces esa furia de arena en vuelo y, seguirán construyéndose leyendas de pasión rebelde, multiplicando erosión en tiempos de la vida. Los hechos revelarán secretos y formarán nuevos.

¿Cuántos secretos se fueron con Gilberto? Cuando sus amigos tengan que partir, ¿cuántos se irán con ellos? ¿Quiénes continuarán descifrándolos, construyendo relevos? Quién sabe. El cambio no permite freno.

EL CHAVAL

*“¿Quiubo tú todavía víboras?
Yo creía que ya morongas”.*

Efraín Huerta

En definitiva queda claro, sí ocupan terrenos existenciales los seres extraordinarios que han deambulado durante siglos en el amplio camino de la evolución del mundo, dicho por crónicas que soplan alientos de la vida y de la muerte. Son criaturas de igualdad que se han tomado tal derecho por su instinto natural. Cuando se les niega, lo arrebatan. Parecieran, en toda generación, carismáticos ángeles justicieros. Son alérgicos, muy coléricos contra sometimientos y distancias impuestas a las clases sociales por perversidades autoritarias y por absurdas reglas discriminatorias. Odian explotación del hombre por el hombre que es una estulticia encubierta por convivencia social. Existen desde confines de la creación y les mueve derecho a vida, libertad y justicia. Invariable intuición llevan. No aceptan racismos, ningún tipo de segregación. Suelen ser violentos cuando se ven entrampados por redes opresoras. Pero su violencia tan única, está recargada de sapiencia. Para contrastes, reparten frazadas de amor a quienes consideran sus iguales. Un sentido de libertad los hace opositores a supeditadas y humillaciones. Toda enajenación pegajosa, se la resbalan porque tienen escurridizas mentes idealistas, carentes de herrajes. Nunca se podrá colocarles candado alguno o nudos encarceladores, es imposible. Acciones ejecutadas por estos, motivos son para continuas y novedosas arriesgadas. Siempre, “locos” les dicen sus antagónicos. Los descamisados les llaman “revolucionarios”, “ángeles emergentes”. Son imprescindibles.

Estos personajes, agrandan tarea, perturbándole páginas a la historia falsa. ¿Será que así los ángeles justicieros se vuelven

héroes?, y ¿viceversa? Puede que sea cierto.

-Cuando llegaron a ese pueblo del desierto, albergue de calor y sol, sus venas apenas sí completaban hilos de sangre. Eran puras gotitas que resultaban insuficientes, sin capacidad para formarse algún microscópico arroyuelo que le diera ligerito hálito de vida, algún latido a su corazón, aunque fuera uno. Tenía fija la mirada y se le oían tronidos en huesos y cartílagos. Saliva le salía poquita, por la boca de labios partidos, arcillosos y amarillentos. Su cabello desaliñado, estaba empapado por compostura de químicos malolientes. Esos que deslían sudores, que encuentran a su paso tierra hedionda por el tiempo. El pulso imperceptible, se esfumó. Su corazón no mandaba pulsación. Cuando su compañero lo bajó del auto, el cuerpecito chaparro iba suelto y su pantaloncito lleno de orines. Por eso, se hacían insoportables olores- así hablaba, con pasión, un hombre a su compañero en mesa bohemia, repleta de botellas.

Era un rincón en tertulia de mucho abolengo, en una céntrica avenida norteña. En pared, justo al pecho del cuadrante colgaban enseres toreros y otras españolerías. La ciudad era bañada por sol incandescente que comprimía lo que veía, chicharrando pavimento, objetos y personas.

Óscar escuchaba a Juan el “dimi”, mote ganado por narrativa y diálogo envueltos con uso de frecuentes diminutivos. Efecto del alcohol reflejaba encanto, inspiración y sólido argumento del profesor relator. El oyente en cambio, reproducía la historieta como cinematografía. Dentro, en su imaginación veía reparto, luces y escenificación. Su amigo, imparable hablante era singular guionista y por supuesto, el director.

- Entonces, ¿qué sucedió con el “compañero”?

- Fíjate, Oscarito, tuvo muchas dificultades “El Solitario” para llevarlo a una habitación vacía. Con apuros lo acomodó en el puritito suelo. No reaccionaba y los ruiditos, se hacían cada vez menos. De su gonzate brotaban boqueadas con soniditos agónicos.

El individuo ya transitaba p'al "otro laredo". Médico, enfermero, camillero y confesor emergente era "El Solitario". El instinto le acomodó acción para salvar o despedir a su amigo. Conectó una manguera y lavó aquel cuerpecito moribundo. Un viejo abanico muy ruidoso, sirvió para refrescarlo gracias a la mezcla del viento con el agua que cubría al herido.

Me platicó "ya sabes quién", que cuando llegó Lunas se puso a coserlo. Así nomás, como no queriendo. Sin anestesia, sin medicamentos. Ni una pastillita, le dieron al pobrecito. A ese ingrato le tronaba el cuerito cuando le pasaban agujón de lado a lado, cerca de sus partecitas nobles donde recibió el balazo. Allí merito, donde el cuerpo es más duro, cerca de lo fundamental.

Me comentó, "el que ya sabes", que el doctor Lunas dijo irónico: "Paramos la hemorragia. Ya pa' qué, si no queda sangre en sus venas. Su corazón niega respuesta, pero no podemos hacer más. Mejor despídase del amigo, como se debe".

Entonces pasó eso que nadie se puede explicar. Sí Óscar, aunque no seas creyente, hay un Dios. Lo juro por Diosito Santo. Que se cae el abanico, de puro sopetón sobre Salvador y ¡zas!, se dio un estirón... ¡uf!, un costalazo. El ventilador, por usadito no tenía equilibrio y sus cables estaban peloncitos. Imagínate. Toquezote que recibió por estar mojadito. Por Diosito que eso lo revivió. Así les gritó: "¡Ay!, ¿qué pasa?, ¡ay!, ¡quítlenme esta tarugada!"

Fue un milagrito del que manda desde arriba. Si no, cuando menos envió un arcángel a que retirara ponzoñas de luzbel, ese bicho molesto que siempre se ensaña con los amolados. Por eso, ¡cuádrate Oscarín!, qué misterios tiene la vida. Misterios que se cuentan y seguirán contándose en toda generación. Uno de ellos es este, propio de nuestra juglaría.

- Reconozco. No sé qué. Es muy raro este asunto, como todo lo que rodea la vida de nuestro amigo y...

Ya no pudo proseguir. Un músico de cuerdas le preguntó casi al oído:

- ¿Cuáles cantamos profesor?, ¿las mismas? Ayúdenos, aún no hemos hecho la cruz.

- Ya saben que sí - contestó sonriendo - avientense “la número cien” y que la cante David.

El grupo romántico que por treinta años amenizaba la hora de botana, era un atractivo seguro del casino.

Impulso tomó la inspiración. Fuerte voz del cantinero tenor, acaparó atención de ajumados concurrentes. Las notas del bolero, compuesto por Cortázar y Sabre, convertidas a ritmo de tango fue cantado en tiempos de cuatro cuartos. Se agigantó imaginación y los bohemios echaron al cesto del olvido temporal, pudores, heridas y quebrantos.

Óscar meditó la canción llevada con rítmicos acordes, que habla sobre amor de un hombre por muchas mujeres, tema muy adecuado para cantinas. Y siguió jalando la imagen alegre de su amigo “Chaval”.

*Yo sé que andas diciendo
Que nunca me has querido,
Que sólo fui en tu vida
Un rato de placer.*

El recuerdo pegó en Óscar, como si hubiese sido ayer cuando lo conoció, en aquella escuela de la llanura blanca donde imperan candentes los cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra. Era un sencillo trabajador de mantenimiento. Nadie sabe por dónde apareció y un misterio permanente lo seguía siendo. Desconocía secretos del “Chaval”, como le había dicho al “dimi”.

Sin embargo, conocía lo que la mayoría sabía, o creía saber de tan singular personaje.

Corría rumor que tiempo atrás, había trabajado en una fábrica del noreste dedicada a construir empaques quién sabe de qué. Se dice, por ahí conoció activistas contra gobierno, radicales

flamígeros de una “liga”. Ellos le abrieron mundo de sueños del que no despertaría. Se comentaba que sus amigos y él tuvieron desencuentros con sindicato y patrón. Al “Chaval” le resultaba lo mismo. Se cuenta que tomó venganza propia, prendiéndole fuego a un módulo de la fábrica. Entró a su primera fuga de una cadena interminable.

Así mostraba amor y lealtad a sus querencias. Lo haría el resto de sus días, sin ambages y descartando simulaciones.

Quién era en verdad este hombre. Ningún allegado recordaba Óscar, se había atrevido a preguntárselo o, tal vez sí. De propia voz nunca se escuchó que tratara el tema.

- ¿Piensas que se recupere? Se me hace complicadito, no sé a ti - le habló con voz calmada su amigo de farra, sacándolo del marasmo.

- Quién sabe, es muy difícil. Dijo aquel que la embolia lo tiene vegetal. Así como quedan. No habla. Está sin movimiento. Qué castigo para el que nunca detenía su andar. Pero acuérdate, de cuántas se ha salvado antes. Por ahí piénsale. Haz memoria.

La ocurrencia se volvió sonrisa y siguieron sumergidos en nostalgia azul. Trovadores y compás musical, proseguían embelesando corazón y mente. La nebulosa soñadora los acaparó, llevándoles siluetas y recuerdos. Mentes y cuerpos adoptaron estremecimientos.

*Yo sé que estás mintiendo
Porque sé que me quieres,
Me lo han dicho tus ojos
Y tus labios también.*

En el lugar “despista penas” había estado a quien decían: “aquél”, “ya sabes quién”, “el que te platicué [...]”.

Acostumbrados a confundir partiendo de la palabra lo nombraban así desde que juntos, anduvieron clandestinos para

derrocar al gobierno. Era una estrategia protectora, el anonimato para la vida. Con identidad verdadera sería abismo y muerte. Los tiempos habían cambiado y novedosa criminalidad aportaba el narcotráfico. Su monserga para calma engañosa mandaba el estado. Juan y Óscar, mantenían el instinto de observación para conservar vida. Lo habían hecho en persecuciones bárbaras y aniquilamientos cobrados al contado a la izquierda recia. Sucedió cuando estuvieron junto al “Chaval”, a quien Óscar profesionalizó en explosivos a lo que pronto le tomó cariño y costumbre.

“Aquel”, les expuso sobre desgracia del amigo, sobre su estado comatoso y de la pobreza extrema en la familia. Por si faltara, peligros seguían acechando al enfermo, les confirmó.

-Recuerdo cuando salvó la vida gracias a los toques eléctricos. Bribón afortunado, cuántas veces recibió metralla y salió adelante. Como si nada, sacude sus agonías. Es un gato y amigo de las calaveras. Por eso no se lo llevan. Le respetan osadía,—pícaro se expresó Óscar.

- Tiene las suertecitas con él – secundó su compañero –. Recuerdo cuando lo detenían en retenes federales buscándole algún asuntito prohibido. Nunca encontraron pistolitas y metralletas que trasladaba al sur. Por más que le buscaron, ¡nada! ¡Qué fortunita del chaparro!

- Hablas con razón. Aún con desgracias es un hombre afortunado. Eso, reciben los que arriesgan como una misteriosa y justa bonificación. Son caritativos y entran al fuego por ello. Acuérdate, llevaba frutas y juguetes a nuestras familias, aunque iba cargando heridas frescas y ocultando sus dolores para él solo.

El sonido orquestal seguía. Neuronas potenciadas daban paso a libación y palabra atropellada. Fuertes eran las maravillosas embestidas del recuerdo. Luego sobrevenía una contextura succionada por un deseo ideologizado: conceptos de vida para el ausente. La música lo recordaba.

*Perdono tus ofensas
Porque sé lo que eres,
La mujer que en mi vida
Fue la número cien.*

Se abundó en recuerdos de alto impacto, singulares en el “Chaval”. Inevitable, el absurdo asomó su mascarado de hipocresía. Embarró al diálogo de esa bohemia imagen de Filiberto, diputado reciente con amnesia crónica de origen y compañeros. Estaba muy ocupado yendo de su curul, presuroso, a citas precisas para él en oficinas y recámaras. La política de alianzas envolviéndolo en juntas de acuerdos y protocolos con el presidente en turno. Muchos viajes a otros continentes y con los gringos para copiar progreso y adaptarlo al pueblo, del que alguna vez fue parte el olvidadizo. Eso sí, lo seguían ocupando los asuntos de miserables, analizándolos en centros convencionales de grandes hoteles, aunque ya no fuera a barrancas y callejones donde salió prometiendo regreso sí hablaba de obreros y campesinos. Su memoria flaca le expulsó a Salvador y dejó de importarle aquel hombre que puso sangre para legitimar reclamo insurgente. Al amigo compañero, adiós. Aplicó hielo al corazón y calcinó un “montoncito” de principios que le quedaban.

Con la borrachera les visitó otra imagen y otro hecho. Una maestra del desierto comprometida con la causa, alguna vez habló emocionada cuando la autoridad con decretal manía buscó alijo para armas, irrumpiendo hogar de Salvador: “Cómo iban encontrarle. Él sabe hacer las cosas. Sólo muestra escarcela colgada en alcayata de su alma, con dos morrales dentro. En uno recoge penas y en otro están alegrías que reparte. Qué más podrían hallarle los carentes de talento”.

Recordaban a Feliciano el “rudo” que dijo: “¡Ah!, en este hombre brotan personalidades y se acomoda a lo necesario, que bursátil es “Chaval”.

- Quiso decir otra cosa, o ¿no? - habló Juan muy metido en añoranzas, aflorando sonrisa.

- Nuestro compañero supo ser amigo verdadero – le refirió Oscar – era tal su sencillez que marxismo aprendió en surco en que se acomodó. Cuando se hablaba teoría en círculos de formación política dormía y roncaba en forma. Los círculos giraban sobre Ho Chi Minh, Trotsky, El Capital, Kim il Sun, el “leninismo como práctica triunfante” y la “Vía asiática”. Lo despertaban cuestionándolo y, rápido argumentaba: “Estaba analizando lo que dicen”. En realidad estaba aburrido.

La complicación teórica rechazaba porque entendía el qué hacer. Y eso sabía hacerlo muy en serio.

En contraste, le ganaba la emoción cuando “El Catorce”, amigo personal de Miguel Quiñones Pedroza, platicaba del nativo de San Bernardo, de Madera, Pablo, Arturo y demás que atacaron el famoso cuartel en 1965. El “Che” y Villa eran su inspiración por tanta decisión y arrojo. Para él eran izquierda total, sin confusiones. Soñaba con otra División del Norte para alistarse en ella.

En un escrito sin rúbrica, encontrado en un rescoldo sagrado de la insurgencia moderna, se lee: “No he visto, en mi vida, hombre tan valiente y comprometido como este. Se va jugando vida en cada día de sus días. No guarda reposo al exponerse por otros. Que contrariedad de compostura es “Chaval”. Sencillo, con línea fuerte y práctica concreta. Se hizo rebelde por instinto, inercia, destino y necesidad. Sus ojos vieron tanta sangre de otros más la propia. Pero no cesó en buscarse democracia. Unos murieron en defensa de su causa, otros quedaron como huérfanos de guerra, en miseria y, algunos amamantan olvidos con cuota burguesa”.

Sin causa revolucionaria, no supo ni pudo adaptarse al sedentarismo. Era urgido en cambios. Dormía poco, aplicado en tarea de benevolencia y al acecho de los enemigos, según doctrina revolucionaria. Intolerante con fingidos, incompetentes e incompletos, decía: “Compañeritos, quien se diga revolucionario

que actúe como tal. Al pueblo no se le abandona y la revolución no tiene descansos, días festivos, ni vacaciones. Siempre es tiempo de revolución. Los dudosos resultarán oportunistas y traidores. Déjenlo al tiempo, se acordarán de mí. Darán zarpazos. A otros tocará señalarlos. Que las afrentas nunca se olviden”.

- Dicen que anda metido en asuntos duros del sur, muy calientes. Dizque en el mero Oaxaca.

- Bueno sería. Imagino qué sustitos daría a gobernantes necios de allá. Sus problemitas tendrían.

Castigo para el enemigo y recompensa al amigo es su obra cabal, según sus recios camaradas, muy brillante. Tanto que una vez escribió su nombre con diesel en la calle, y le prendió fuego el natural incendiario.

Parroquianos y músicos habían regresado al mundo de realidades. Pagadas las cuentas, fantasías quedaban resguardadas en el bar. Habían reconstruido hechos mágicos y se retiraban absortos, beodos.

Cuando los amigos ebrios y cargando anhelos salieron del santuario de sueños, el sol se ha había fugado. Los esperaba un estampado de plata sobre el infinito. Artificiales brillos en pupilas y originales resplandores en sus almas dejó el vino consumido. Iban prendidos del amigo alérgico a imposiciones y colérico al insulto. Las lentejuelas del cielo se mostraban generosas en octubre. La marquesina del casino, llamado “Perches” por apellido español del clan propietario, alumbraba el retiro. El pentagrama estrellado, observante fiscal de los tiempos, parecía mirarles.

Uno de ellos, gritó bajo las candilejas:

“¡No te rajes Chaval!”.

Entraron a los intestinos de la temerosa ciudad, donde los escondites del miedo se multiplicaban. Operaba bifurcación para crimen: narcotráfico e impunidad. Violencia creciente que invitaba a la aceptación de una vieja sentencia: “Quien ame la paz, que

prepare la guerra.”

En otro lugar cubierto de árboles y flores silvestres, una mujer ponía agua en claveles rojos. Sus ojos secos por llanto agotado, miraban una imagen. Musitó: “Glorioso apóstol y patrono de casos difíciles, escucha a tu noble sierva que lleva corazón cocido por tanto dolor. Si pudiera te regalaría más lágrimas pero mi manantial se agotó porque soy hembra de un pecador temerario consagrado a lo tuyo, quizá sin él saberlo. Oye mi voz arcángel de veinticuatro horas, tú que tienes audiencia eterna con quien tanto ama. Dile que le suplico, deje conmigo a mi hombre. Habla con Él, Estrella Reluciente. Haz que escuche. Explícale bien. Aclárale todo. Este fiel servidor si acaso hizo mal, fue por construir justicia. Robó y mató pero tuvo que hacerlo. Fue legal con tu Señor que es el mío. Por construir igualdad y hermandad es ahora un moribundo porque causó estragos necesarios, que feroces se volvieron en su contra como demonios multiplicados. Héroe amigo del necesitado y líder escuchador, ayúdame. Bríndame piedad. Si intentas arreglar el mundo, deja que vivan quienes sí te apoyan. Que mueran todos los creadores del mal: especuladores, políticos, envenenadores, agiotistas, traficantes, ingratos y traidores. Dile al Supremo que los fulmine, que los zambuta en sótanos del castigo eterno. Quítanos a los asesinos de alegrías. Los que matan explotando al prójimo. No te llesves a quienes salvan venturas, aún con violencia. Este hombre ha dicho que no es lo mismo un sicario por ignorante; que un vengador por hambre. Santo de afligidos muestra tu luz, esa que te adorna cabellera. En fin... qué remedio, comunícale a quien todo manda, que aceptaré su voluntad. Siempre la he aceptado por la buena aunque a veces, ya no quisiera”.

Volvió vista al pasillo donde el enfermo. Lo miró con fuerza y le pareció que quiso hablarle. Tuvo esa impresión. En su rostro tocado por brisa de mar, emanó sonrisa. Con paso lerdo fue a una arboleda y, sus pasos y su figura fueron cobijados por la misteriosa noche con sus racimos de oro.

JOSÉ ARCÁNGEL

*“Desde los tiempos más remotos
vuelan los ángeles guardianes,
siempre celosos de sus votos
contra atropellos desmanes” [...]*

Silvio Rodríguez

Nos avisaron que se fue José. Nos dijo Carmelita, su amiga y secretaria de tantos años. Repentino partió, muy a su estilo. Escogió un 23 de julio en calurosa madrugada. Dando dos campanadas el reloj desde una yacija del St. Lukas Hospital de San Antonio, Texas emprendió el inevitable viaje. Antes se hizo buen anticipo, cuatro horas previas al final, se cubrió de divina serenidad. Entró en silencio profundo, para seguir soñando. Tomó para almohada la eternidad. Sabemos que emprendió el largo viaje lleno de mítica. Misma que se desliza en tiempo retenido, acrecentando fábula con magia. Partió con autosuficiencia mística generosa, tejida y sembrada por décadas en su sendero del bregar. Fue José tan congruente con la vida plena como con la muerte. Hecho a la medida le queda este decir: “Sólo aquel que ha vivido, merece morir”. Puntual, sereno y súbito se consagró. Así es su forja tersa y áspera, porque un hombre que pone sangre y honor en tierra a riesgo, está cubierto con rocío de leyenda, sigue viviendo y lógico: es siempre un corpóreo presente sin alteración. Junto al cosmos va creciendo, transformándose y trascendiendo. Así es el eje de las leyes del cambio, en toda generación.

Es cierto, nos decimos, no es grisácea la consternación ya que conocimos la misión bien cumplida por este desusado varón. Pero tampoco es celeste porque cuánto más habría podido brindarse, virtuoso y enérgico, como era este denodado campeador moderno.

Pensamos que el irreverente norteño en alguna otra vida fue un “roble”, porque era símil en toda su extensión. Parecía personaje literal de novela épica del siglo XX, muy en estilo de León Tolstoi o Walter Scott. En la dimensión, configura “al dedillo” con el perseverante José Arcadio Buendía, ese protagónico contumaz de los *Cien años de soledad*, la obra genial de Gabriel García Márquez, donde el principal y su amada Úrsula le construyen con fibra y amor, bravura sabia al famoso pueblo Macondo, base del desarrollo comunal de la estirpe Buendía. En esa semejanza, José edificó su propio imperio material junto a su querida Lolita. Cubriéndolo con querencia, coraje y cordura, le dieron impulso al desarrollo de su sangre. En esta etapa constructiva para huella, José revirtió su árbol de vida compuesto por un solo tallo: él, hijo único. Procreó diez vástagos. Masoquismo genial a la usanza antigua, que así sentencia: “Doy vida y doy camino”. Diez hijos que le heredan su faz, claridad y palabra ráfaga. De ellos, acercada a nosotros la menor quien entiende cuando le llaman: “¿Dónde te encuentras?, ‘lágrima de flor’, no olvides esa gigante herencia que tienes por vestimenta”. Es nuestro deseo: “Ojalá sumen sencillez en el brillante legado, los hijos de José”.

Cuando recordamos a este indispensable personaje lo imaginamos franco, lúcido, con peculiar tono verbal norteño y desfachatado. Su estruendosa voz y la plácida sonrisa, era infalible estrategia audaz para buen diálogo. Lo recordamos festejado con quienes quiso y estimó. En contraposición, preponderante contra necios y petulantes. Lo vimos para certificar, con un funcionario adjunto que despidió por confabulado y rapaz. Su nombre encajaba entre aquellos que no se pueden ni deben pronunciar. Tiempo después sacamos por conclusión que el tal numerario, en realidad era un peligroso y encubierto trasegador de grado medio. José, siempre firme combatió contra muchos seres siniestros usando fuerza y destreza. En contraste puso cobijo a criaturas promotoras del bien que necesitaban de oportuno apoyo. Él, dispuesto sin

regateos. Preponderante si el motivo apuntaba alto, si era de extrema contingencia.

En nuestras remembranzas lo plasmamos con agrado, finura y respeto: inquieto en todos los sentido, hiperactivo consumado, tozudo en opinión y hecho, caminante de zancadas grandes y rápidas. Incapaz de mantenerse quieto por un solo instante en el mismo lugar. Siempre dando órdenes con didáctica sugerencia: estilo aceptado. Solidario con la causa popular, aportándole óbolo recurrente, justo. Una lógica de su identidad norteña chihuahuense: “Te quiero o te friego y no tengo punto medio”. Por esta consecuencia nos dijo Lolita, la mejor forma de corresponderle era exactamente su misma fórmula: ser su amigo o su enemigo, sin disfraz ni tanteo. Decir verdad siempre, de esa simple e invariable práctica hizo doctrina social y familiar, obligada.

En la mullida hojarasca del Río Nazas, una tarde de otoño consensuamos reflexiones. Fantasías que hicieron asomarnos a genealogías distintas. El vino nos “apadrinó” ideas brillantísimas, y por primera vez apareció el inusual concepto: “José es un indispensable”. “Es un arcángel”. Así nació leyenda: la nuestra, que trata sobre un ángel mayor “José Arcángel”. Con él concebimos la realidad mágica propia.

Hoy, siendo más claros, maduros y serenos, desgastados los cuerpos y crecidas las mentes, recordamos tal concepción, diciéndonos: “Qué tarea ardua y sinuosa dejan los ‘importantes’ cuando al cumplir con nosotros, se retiran. Siempre preclaros señalan el rumbo; pero nos quitan sendero. Ellos, dejan algunas herramientas; pero queman las naves. Se van a una metamorfosis al ideal, esa propia de seres superiores. Nosotros quedamos para abrir nueva ruta y está escrito que lo haremos con mucho dolor y con poca felicidad. Siempre con prestancia y paciencia. Única, caprichosa y contradictoria fórmula pero efectivísima, para conquistar un poco del triunfo humano correcto”.

En ese octubre, en esa hojarasca, en esa rivera, Roberto Rosales

y Sabino Reyes compañeros consecuentes de por vida para nuestra causa, y muy afectos al mundo metafísico dieron claridad sobre el “espacio arcángel”. Nos dijeron que seres superiores como José, cuando tienen que irse no nos abandonan del todo. A propósito, con ingenio muestran su cimienta. La dejan visible para que la observemos y busquemos mejorarla. Explicaron que por finas acciones los “grandes” se convierten en estrellas que pincelan estelas para señalarnos rumbo certero. Así ayudan a cruzar el mar infinito de la confusión que es nuestra vida misma. Sólo es cuestión de entrarnos seriamente en mente y corazón, para encontrar señales. Pero aclararon: no todos los que se van nos dejan un rumbo. Solamente aquellos que fraguaron destino templándose con fuego así como lo hace siempre el acero. Embobados escuchamos que hay intrascendentes que desperdiciaron oportunidades vitales y resulta inútil buscarles su estrella. No la tienen porque nunca intentaron mínimo paso trascendente.

De la variante opinión quedaron fabulosos sentimientos colectivos que nos acompañaron desde entonces como propiedad y herencia de tribu. El ritual milenario que hace del trabajo elemento dignificante para la raza humana es inamovible e invariable. Así como lo señalara José, quien con jornal y amor hizo perfecta simbiosis, para resaltar más su heráldica de “roble”. Presencia virtuosa del gentil hombre. “Sí ves a un ser, justo en trajín para darse sustento sin tomar ventajas, honra su esfuerzo: porque estarás reconociendo al trabajo como único elemento válido en compleja construcción para conseguir dicha desde los confines de la existencia”.

Nos sigue quedando claro, los arcángeles dejan torrenciales de presencias. Presencias en la maderería con la mano encallecida, en el molino de piedra a la hora del desayuno obrero, en la oficina ejecutiva de buena fe, en la reunión familiar junto al alimento, en el cuidado maternal para los nietos, en el merecido ascenso personal, en la reflexión para alejar necedades y torpezas. También

en el murmullo que musita tranquilidad y en esas finitas ventiscas de nuestras esperanzas. Presencias en la vida plena. Presencias, muchas presencias que son cosas gratas.

Todavía, al paso del tiempo cuando nos reunimos algunos amigos de aquellas andanzas, recordamos cómo fuimos configurando el hábitat del “mundo arcángel”. Conllevados tal vez, por nuestras creencias en singulares y asombrosas tradiciones familiares, por los conocimientos astrales y bíblicos que bien nos aportaron Roberto y Sabino, por simples especulaciones reflexivas o, por una idea cumbre de construir mundo mejor, lo cierto es que fuimos acarreamos personajes y elementos al territorio de arcángeles y antagonicos. José fue singular ángel inspirador, graduado en orden superior. Como un amigo que se hizo añoranza, pudo fabricarnos este realismo lleno de maravillas. No paramos en el asombro. Sigue acompañando nuestro tejido y osamenta en rúa que aún andamos.

Una hilada se nos fue soltando, como cascada de aguas inspiradoras. Así surgieron los trasegadores. Los antagonicos de esos arcángeles se llaman trasegadores. Entes malignos encubiertos, labiosos, calculadores. Parecen personas justas, pero no. Son carcomanos envidiosos y perversos. Ellos pululan en todos los lugares junto a la idiotez. Están en oficinas, aulas, ejidos, familias, vecindades. En los gobiernos hay muchos. Salen por todos lados y de toda la forma como se conciben los sexos. Disputan a los arcángeles fe y acción de nosotros los mundanos. Por eso existen caminos del mal y caminos del bien. Mezquindad y corazón en disputa entran. Algunos mundanos, por cierto muy pocos, se convierten en arcángeles. Otros terrestres, esto sí mucho, desarrollan depravación de trasegadores. Pero, cuánta desgracia, la mayoría pasa debatiéndose de por vida entre valores justos y pecados capitales. Trasegadores son demasiados y cual sicarios están conscientes y contentos del mal que hacen. Los arcángeles son pocos, los necesarios, y tienen fiel prestancia natural hacia la benevolencia. Los trasegadores son putrefactos, pero destructibles.

Los arcángeles en cambio, se transportan entre dimensiones morales y metafísicas. Son inmortales.

De tan especial manera pincelamos imaginación del alma. Vida en el maravilloso valle del “arcangelado”. Con fantasía ajustamos realidades. Empezamos a distinguir diferencias entre justos y depredadores. Hicimos listas de ellos agarrando tiempos pasados y presentes. Hasta imaginamos como serían aquellos del futuro. Inspiración, venida de vivencias rudas y deseos reprimidos, hizo otra típica epopeya buscadora de amor y libertad.

Agónico el atardecer, trabajados corazón y mente concluíamos logística de localización, exigiendo: “¿Dónde se encuentran los ángeles mayores?”.

Algunos, imperceptibles van llegando ahora mismo. Otros ya identificados, preconizan mensaje de vida. Los “nivel alto” dan sabiduría para hacer amalgama nueva. La hojarasca oro bruñido, el plateado río y una calmada tarde de un octubre convulso, fueron testigos. En colectivo, construimos una historia más de cariño y fraternidad: “José Arcángel”.

Corto vértice fue nuestro encuentro de vida con José, aunque poco basta para admirar una vida plena de un hombre recio y generoso. Contra abusos dimos respuesta: él con dureza; violentos por mandato, nosotros, que es misma sustancia con diferente cara. Vimos idilio de carácter con audacia. Respeto máximo por la humanidad y mano franca generando ayuda. José el mundano perteneció por costumbrismo a un partido político único de su tiempo. Tomó filiación para edificar junto a otros, por vocación, llevó su verdad como bandera y encontró poca y sí, mucha falacia; claro que nos lo dijo, sincerándose. Por eso fue protector definido y convencido de la causa popular corajuda y razonada. Le encantaba la solvencia rebelde encabezada por una vanguardia consecuente, lo aclaró como un “millón de veces”. Rebasada la resistencia que provocan las herejías adaptamos una especial cofradía hecha

para revanchas de nuestra “liga” justiciera. Cómo olvidarnos de inteligencia, amor y cobijo brindado por José, aún llevamos ese herraje en piel, cerebro y corazón. Imposible el olvido. Infinito será. “Traidores y malagradecidos no pasan”.

En este recodo de nuestra existencia, México se pintaba así: Carlos el presidente “innombrable”, empezaba fea tarea que atomizó la economía popular y evidente emergía como un trasegador mayor; el muro de Berlín caía y en consecuencia el bloque socialista, desvencijándose la teoría marxista, base nuestra para conseguir liberación e igualdad; la economía de mercado, con soplo anglosajón se asomaba como preludeo de ambiente desolante; el control monolítico mostraba exceso en abuso con defección a Colosio y levantamiento armado de Marcos en selva Lacandona; nuevos esfuerzos producto de convulsiones, daban pequeños resultados para democracia, “arañando” entrañas de la “Guerra Sucia”, empezaba cerco justiciero contra un temido y odiado trasegador satánico, Nazar Haro, corresponsable en tortura, persecución, cárcel, desaparición y muerte de muchos compañeros nuestros y otros. Hombres y mujeres en plenitud de pensamiento y vida.

Vivíamos tiempos huracanados portando juventud de hoguera. José, situado en cenital con brillantez por su congruencia, nítido y chispeante nos describía como “izquierda inteligente”, levantándonos el ego; esa vanidad tan difícil de erradicar. Pronosticaba tiempos venturosos para nuestra revolución mundial, como él lo concebía. Filósofo y profeta lo argumentaba y anunciaba, como si fuera su gran anhelo, el único. Por su solidaridad terminó por ganarse nuestra más alta amistad. Por inteligente y amigo acabó “perturbando” estabilidad de nuestro obligado sectarismo ultra. Al tiempo, sabemos fue para bien. Este brillante estadista, cosa afortunada, estuvo junto a nosotros. Dio cariño de patriarca adjunto que llegó porque así son algunas circunstancias. Nosotros necesitados, todavía agradecemos tan honorable distinción.

Recordamos cómo se fue. En vísperas de su navidad última nos habló de los males padecidos. Dijo que la salud se le quebrantaba relampagueante. Fue en casa para descanso, ubicada en ribera del Nazas. En el apasionado coloquio, varias botellas de sus tequilas reposados pasaron a mejor vida. Hablamos de ausentes y presentes, de vivos y muertos, de Arturo Gámiz y Pablo Gómez, de Miguel Quiñones y Florencio Lugo, de Madera y San Bernardo, de las estrellas y Miguel padre, de amores y desamores, de cosas buenas y cosas malas, según punto de vista nuestro. Hasta hicimos lista de perversos para colgarlos en árboles justicieros de cólera ancestral. Conversamos sobre ilusiones mutuas como si fuésemos hermanos desde las vidas pasadas. Fuimos dueños del momento, arregladores de presente y futuro. Carcajadas fueron festejo para ocurrencias chispas. Fue bacanal del ingenio lagunero norteño. En contrario sostuvimos algunos instantes de silencio: brindis milenario por las penurias. De hecho sin saberlo, nos despedíamos de José para siempre. Fue cierre con broche de oro, por nuestra amistad mortal. Una liturgia adelantada por sus exequias. Nunca más volvimos a verlo. Carmelita nos dijo meses después del atraso en su salud. Falleció cuando abríamos trabajo político en Zacatecas. Con el tiempo lo supimos por ella misma. Y nos pidió escribiéramos algo sobre él. Así anidamos, y seguimos haciéndolo, enorme y fantástica reflexión basada en sincero sentimiento por este hombre que por todos los tiempos será llamando “José Arcángel”.

Como epílogo, hemos dicho de mil maneras que ahora, en este tiempo de recomponer caminos espinosos, tomaremos una necesaria utilidad de su ejemplo “enfrentando y venciendo retos” como señalaba. Será otro centro de inspiración para sobreponernos al quebranto. Con cuerpo mostrando huellas de batalla, seguimos combatiendo toda acción trasegadora, antes que el tiempo nos gane y nos consuma eterna vergüenza; sin remedio.

Un epitafio nuestro, reza así: “A la memoria del entrañable amigo ‘José Arcángel’, hombre imprescindible de gloriosa época:

por la firmeza del carácter, la fuerza de sus nobles principios, su incuestionable solidaridad social y su imborrable ejemplo familiar”.

Veranos y veranos, muchos veranos después de su partida, seguimos ante su recuerdo diciendo: “El hombre que sabía escuchar, seguirá haciéndolo. Ni modo, es que hay tanta problemática causada por la constante torpeza del mundano. Y como el caballero andante, seguirá cabalgando, su dulcinea suspirando, los trasegadores ladrando, como se dice de los perros que lo hicieron al paso del “caballero andante”, y nosotros escudriñando sobre la natura arcángel”.

Aún seguimos aprendiendo y decimos: sobre los recientes e imperantes hechos de violencia y explotación lacerante, aberrante, la tarea heroica no tiene minúsculo reposo. Hasta el trayecto circulatorio de los tiempos seguirán esforzados esos ángeles supremos y la leyenda que habla sobre estrellas mágicas de Miguel padre e hijo, y de Cuca y Estela, dejará de serlo porque, encendida la total redención humana, tomará texto real. Será tangible y cura de males atroces. Se aclararán misterios de creación y metamorfosis; no todos. Todavía no pasa, Pero así será. A otros tocará verlo y vivirlo.

PARA GERARDO, DE LA FAMILIA
SANDOVAL SALINAS

"Gerardo.-Leí, no sin emocionarme hasta las lágrimas, los escritos maravillosos que me enviaste incluido "Óscar y la Alegría". Desde el fondo del corazón te doy las gracias por el tiempo y esfuerzo que has dedicado a escribir de manera tan bella todos estos cuentos en los que narras las acciones de los compañeros caídos en Madera, y describes magistralmente rasgos de su personalidad e historia personal que son desconocidos de alguna manera explican su participación en aquellos hechos heroicos. Estoy seguro, que tus excelentes trabajos te darán el éxito y el reconocimiento nacional que mereces como escritor. A nombre de la familia Sandoval Salinas te doy las más expresivas gracias".

Manuel Sandoval Salinas.

COMENTARIO DE JAIME MEJÍA
FARÍAS

"El libro es también un 'homenaje' profundo y mordaz en ironía que José Gerardo rinde a LOS CRETINOS, entre los que destacan el general Práxedes Giner Durán y varios presidentes de México, quienes obligaron a nobles jóvenes a tomar el camino de las armas para cambiar el status quo de ese momento, apresurando con esta epopeya el paso hacia la consolidación de la izquierda mexicana".

OPINIÓN DE UN EXCOMBATIENTE EN MADERA

El maestro José Gerardo Alvarado, después de más de 7 años de investigación, entrevistas y consultas de múltiples archivos, concluye la obra "Una alborada para Miguel", con el material recabado de la memoria y la conciencia de participantes, de testigos y del pueblo mismo, que viene a ser el contenido histórico referente a los acontecimientos relativos al movimiento revolucionario, el cual culminó con el asalto al cuartel militar de Ciudad Madera, en el estado de Chihuahua.

De manera magistral, en un volumen de 18 capítulos, el autor plasma no sólo la actuación sino el sentir, la conciencia, el arrojo de los principales participantes en el movimiento revolucionario al que hacemos referencia y en el cual destaca la participación del profesor Miguel Quiñones.

Es un esfuerzo máximo de capacidad y talento, el maestro logra, a través del trabajo realizado, la obra que, indiscutiblemente, será una primicia que habrá de ubicarse entre las múltiples manifestaciones, que forman parte del acervo cultural ya existente en torno al acontecimiento revolucionario del 23 de septiembre de 1965, donde dio inicio el movimiento contemporáneo en México.

Raúl Florencio Lugo Hernández.

MINERVA ARMENDÁRIZ Y SU MADRE GLORIA PONCE B

José a continuación transcribo lo que mi madre escribió para ti: La lectura de su cuento, lo hube de suspender dos veces y pedir a alguien que me lo siguiese leyendo porque la emoción me hizo llorar... es un cuento hermoso envuelto en una triste realidad. Ayer llevé una copia a mi mejor amiga, casi mi hermana, que vivió y lloró conmigo la pérdida de mi hijo y cuando lo leía yo observaba su reacción, se le erizó la piel y el rímel de sus ojos corría junto con sus lágrimas, se volvió y me dijo: "¿quién lo escribió?... es algo hermoso, más que eso, lo estoy viviendo y sintiendo ¡qué forma tan emotiva y hermosa de escribir!".

"Así es que reciba mi agradecimiento infinito y una muy calurosa felicitación por la forma de hacer entrar hasta el fondo del corazón la emoción que conlleva su lectura. Una vez más ¡GRACIAS!". Gloria Ponce B.